

# Todo el mundo es **GILIPOLLAS**

Y tú, más



Alma azul

AN

Eba Martín Muñoz

D.J.57

**Todo el mundo es gilipollas**

**( Y t ú, m á s )**



**Todo el mundo es gilipollas**

**( Y t ú, m á s )**

**Eba Mart ín Muñoz**

Título original: *Todo el mundo es gilipollas (Y tú, más)*  
© de la obra: Eba Martín Muñoz, 2019

©de la presente edición: Alma negra Ediciones, S.L.  
[almanegraediciones@gmail.com](mailto:almanegraediciones@gmail.com)  
[www.almanegraediciones.com](http://www.almanegraediciones.com)

Primera edición en Alma Negra: septiembre de 2019

Corrección y maquetación: Eba Martín Muñoz  
Diseño de portada: Juanma Martín Rivas  
Ilustraciones: Marco Lachmann, Juanma Martín Rivas, Christophe  
Gorks, Mohamend Hassan y Lumapoche.  
Preimpresión: Eba Martín Muñoz

Impreso en España  
Estilo Estugraf Impresores, S.L.

ISBN: 978-84-120596-5-6

Depósito Legal: M-24445-2019

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por

la ley. Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

## Dedicatoria

Este libro es para ti por haberme escogido.  
Sí, para ti, querido lector, va dedicado.

A Leo y Poe por llenar mi vida de risas y  
mi ropa de pelos.

# Índice

[Índice](#)

[Nota de la autora](#)

[El día, el fatídico día](#)

[El contrato](#)

[Primer salto](#)

[Segundo salto](#)

[Tercer salto](#)

[Cuarto salto](#)

[Quinto salto](#)

[Sexto salto](#)

[Séptimo salto](#)

[Octavo salto](#)

[Noveno salto](#)

[Décimo salto](#)

[Epílogo](#)

[Sobre la autora](#)

[Agradecimientos](#)

## Nota de la autora

La historia que vas a leer arranca en 2028, aunque se trata de un dato del todo irrelevante puesto que podría haber transcurrido en cualquier otra fecha (pasada, presente o futura) y la historia seguiría siendo la misma, porque en ella no encontrarás una trama futurística con tintes de ciencia ficción ni naves espaciales tripuladas por *robots*.

En un mundo como el nuestro, lleno de adelantos tecnológicos, de descubrimientos y avances, todos somos conscientes de que nada ha cambiado en lo esencial. Continúan existiendo el hambre, las desigualdades sociales, la destrucción progresiva del planeta, la falta de empatía...

Y los gilipollas.

¿Os habéis dado cuenta?

Con cada nuevo paso hacia el «progreso», nuevos gilipollas brotan hasta multiplicarse díscolamente como setas silvestres tras un día de lluvia.

Que no lo digo yo, ojo, que lo dicen trece de cada diez estudios sociológicos. ¿O acaso no has tenido nunca la sensación de que, cada día que pasa, hay más y más gilipollas, pero muchísimos más de los que recordabas hace diez o veinte años?

Y sé sincero, ¿a que incluso tú también eres un poco más gilipollas que el día anterior? ¿A que te vas agilipollando más y más mientras miras con odio secreto a los gilipollas de tu alrededor, que, a su vez, se esfuerzan cada día por perfeccionar su máster en Estupidez por la Universidad de Wisconsin?

Pero no, no temas: esta novela tampoco es un tratado sobre el *gilipollismo* humano (no quiero meterme en más sagas extensas por ahora). Lo que encontrarás aquí es una historia de ficción fantástica aderezada con humor; absurdo y surrealista a veces, crítico y mordaz otras, negro, blanco, amarillo y de todos los colores porque el humor no sabe de racismo; y tras la que se esconde una historia tan real dentro de lo irreal que te sorprenderá.

Te aguarda un mundo tan parecido al nuestro, una vida tan dolorosamente

familiar que acabarás riendo con esa risa incómoda en la que se oculta el miedo...

# El día, el fatídico día

—¿Cuál es el secreto de la felicidad, Maestro?

—No discutir jamás con imbéciles.

—Pero, Maestro, eso no puede ser.

Debe de haber algo más...

—Tienes razón.

**Anónimo.**

¡B eeeeeee, beeeeeeeee! El despertador holográfico bala sin piedad y con *cabronismo* creciente sobre mi cabeza. Mi migraña y yo estamos a punto de atizarle al bicho una hostia nada virtual para hacerle callar, pero entonces recuerdo el motivo por el que debo levantarme dos horas antes de lo habitual y sonrío como un caballo excitado.

¡Hoy es el día! ¡El gran día!

Me reúno, por fin, con el agente literario con el que todos los escritores sueñan (chupaos esa, gañanes) y con el que yo mismo he soñado siempre. El pulso se me acelera al imaginar jugosos contratos con las mejores editoriales europeas y mi nombre estampado en cientos de libros exhibiéndose con chulería en todas las librerías.

¡Hoy es el día!

—Que viene el lobo... —susurro para apagar el despertador, que interrumpe sus balidos de inmediato, y salto al frío suelo de mármol con los pies desnudos para despejarme del todo.

Vuelvo a sonreír. Si la reunión sale como espero y Fernando Macías accede a representarme, saldré de allí siendo un hombre nuevo. Iré directamente al trabajo y le diré a mi jefe por dónde puede introducirse mi puesto y sus malditos zapatos (pista: tiene tres letras).

Si no sale bien...

Bueno, iré directamente a la zapatería y punto.

A vender zapatos de mierda otro día más.

Tecleo en la consola del vestidor el atuendo que he escogido para mi gran cita: un tradicional traje azul marino de raya diplomática, camisa blanca y corbata satinada de idéntico tono azul. Las puertas correderas se abren para ofrecerme dos perchas con la ropa que acabo de seleccionar, perfectamente colgada, planchada y organizada. Los zapatos emergen del suelo sobre la plataforma calzadiana. Presentan el brillo característico y hermoso de un pulido reciente, como tiene que ser. Llámalo deformación profesional o fetichismo, pero podría enamorarme de alguien solamente por los zapatos que llevara.

*Sí, lo sé. Estás pensando: «¡Valiente gilipollas!». ¿A que sí? Pues de Carla me enamoré cuando iba descalza. ¡Qué cosas!, ¿verdad?*

Admiro su lustre y pienso que estos son los zapatos de un triunfador: bonitos, limpios y brillantes. Me giro para contemplar a Carla, que continúa durmiendo en su lado de la cama. Por un momento estoy tentado de despertarla para que observemos juntos mis zapatos y me desee suerte en la reunión, pero sé que finge.

No está dormida.

No abriré el ojo ni se moverá de la cama hasta que yo me haya ido de casa para evitar hablar conmigo. Ayer tuvimos una bronca de siete grados y medio en la escala Richter. Vamos, de esas tan gordas tan gordas que la presencia Rubens y se pone a pintarnos en un cuadro. Ni siquiera recuerdo el motivo de la pelea, cómo empezó ni quién la empezó.

Frunzo el ceño y decido intentarlo pese a todo.

—Carla, cariño... —susurro desde el vestidor con los ojos puestos en el brillo cegador de mis zapatos.

Nada. Silencio.

—Carla, hoy es mi cita con el agente... —lo intento de nuevo un poco más alto y mirándola esta vez.

Gruñe algo ininteligible.

*¡Joder, qué mal finge! Si me hiciera eso en la cama, no se me levantaría en la vida...*

*Claro que...*

Hago cuentas con las manos y sumo siete dedos, uno por cada mes que llevamos sin acostarnos.

—¿Qué nos ha pasado? —musito en voz baja, pero no lo suficiente parece ser.

Ella gime algo que se parece sospechosamente a un «Vete a la mierda» y

se gira hacia el lado que he dejado vacío.

Parte de mi alegría se evapora con la misma velocidad a la que desaparecería un maletín de billetes sobre el escritorio de un político. Parecemos un matrimonio viejo y desgastado a pesar de ser jóvenes y de llevar apenas dos años de casados.

En serio, ¿qué ha pasado? ¿Cuándo dejamos de reírnos a todas horas con las tonterías del otro y de hacernos el amor a cada momento con los ojos, las manos y los labios?

Sacudo la cabeza tratando de liberarme de los pensamientos grises que han hecho huir a patadas a mi alegría y entro en la ducha.

¡Hoy va a ser un día fantástico, joder!

Hoy va a...

Miro mi reflejo en las mamparas-espejo de la ducha y la certeza me muerde las tripas.

Hoy va a ser un día de mierda.

El agua de la alcachofa llueve cálida sobre mi cabeza, convirtiendo mi pelo rubio pajizo en castaño. Ah, ¿que no me he descrito aún?

Soy rubio y de ojos azules.

Mola, ¿eh?

Pues no.

No soy un tipo feo, de esos de cerrar los ojos con ansia para no tener que verlo más, pero tampoco atractivo ni agraciado. Podría resumirme en una palabra y sus cientos de sinónimos: corriente, vulgar, ordinario, común (y todos los que te sepas sin tener que recurrir al diccionario). Enclenque, de fisionomía tipo palillo desgastado; ni alto ni bajo; de piel amarillenta, como de enfermo de ictericia o de familiar lejano de los Simpsons; y luego...

Bueno, luego están estos dos ojos tan minúsculos que me hicieron ganar el apodo de «Chinchetas» desde el mismo momento de mi nacimiento hasta los veintinueve años de edad. Y no han sido más por un único motivo: son los que tengo ahora mismo.

De hecho, solo mi padre y Carla me llaman por mi nombre real: Mikel. Todos los demás, incluidos Koldo<sup>[1]</sup> (el cabrón de mi jefe) y mis amigos, me llaman por ese dichoso mote. Cuando me veo a mí mismo en el espejo, hasta a mí me dan ganas de saludarme con un «¿Qué pasa, Chinchetas?», porque son pequeños de narices, dos minúsculos puntitos azules nadando sobre una cara amarilla, como si me los hubieran hecho a desgana y corriendo con la punta de un cuchillo. No exagero, no; que, si hubiera nacido en China, me

habrían apodado igual (pero en chino, claro) y sería la vergüenza genética de toda la familia por «minusculez ojeril».

Solo poseo una cosa que me hace sentirme orgulloso y especial: mi sonrisa. Carla siempre dice (o decía) que tengo la preciosa sonrisa de un dios griego del Olimpo y que se enamoró tanto de ella que se quedó conmigo solo porque estaba incluido en el lote. Por supuesto, yo nunca le confesaré que lo que a mí me enamoró perdidamente de ella fueron su risa de pito y sus pies descalzos y perfectos. Seguiré manteniendo a salvo mi hombría repitiendo mi versión habitual: que me fijé en su canalillo y en su culo. Por ese orden.

Sea como fuere, la imagen que me devuelve el espejo me inquieta. A pesar de que hoy podría ser el día en el que mi gran sueño de escritor se cumpliera, una alarma interna me impide desplegar mi sonrisa de efectos mágicos sobre mis congéneres. Y no es que abuse de ella. Para nada. Como todo superhéroe, reservo mi superpoder para situaciones cruciales e importantes, con moderación y responsabilidad.

Ensayo una nueva sonrisa. Nada.

Mi curva labial se mantiene obstinadamente recta y la sensación terrible de que algo malo va a suceder me vuelve a golpear.



Trato de animarme al verme ya vestido y calzado. Estoy impecable. Seguro que la sonrisa reaparece en cuanto estos estúpidos nervios me dejen en paz.

Mientras *Cocinator 2030* me prepara el café y las tostadas, yo coloco en la mesa todo lo necesario: mantequilla y mermelada, azúcar, cubiertos, taza y servilletas biodegradables.

*Cocinator 2030* bala de nuevo.

Sí, es el estúpido sonido que escogimos para nuestra vivienda inteligente. Los primeros meses nos parecía gracioso. Ahora odio a las ovejas con toda

mi alma y he desarrollado una curiosa alergia a la lana. Se podría decir que me he hecho racista de ovejas. Solamente se permiten cambios de sonido cada cinco años, así que el próximo timbre deberemos meditarlo muy mucho antes de que acabe odiando o siendo alérgico a todo bicho viviente.

—Que viene el lobo... —repito para desconectar la alarma.

Lleno la taza hasta arriba de café y coloco las tostadas recién hechas en el platito. Solo entonces me permito mirar el reloj holográfico de la cocina para comprobar la hora. Suspiro.

Voy bien de tiempo. Voy cojonudo de tiempo.

Aún dispongo de sesenta y cuatro minutos exactos para desayunar, intentar un acercamiento suicida con Carla antes de lavarme los dientes, coger el coche y llegar al despacho de Macías.

Comienzo a relajarme.

*No me va a pasar nada malo, joder.*

*Son solo nervios por el gran día. Nada más.*

Me llevo la taza humeante a la boca y me abraso mi súper poder.

—¡Joder! —exclamo con lágrimas en los ojos.

¿Cuándo se ha convertido mi desayuno en aceite hirviendo? El dolor me obliga a soltar la taza a lo descerebrado y el café termina derramado sobre mi pechera. Casi debo agradecerlo, pues la camisa ha impedido que el líquido asesino me dé un beso ardiente sobre la piel. La taza de porcelana baila *break dance* sobre el mármol, como diciéndome con chulería «¿A que tú no sabes hacerlo, listillo?».

Acerco las manos a los labios en un acto reflejo y constato que hasta las ampollas sobre ellos son más grandes que mis chinchetas. Decido ignorar el tema (no es hora de rivalidades) y corro al dormitorio, donde Carla continúa postulando para su papel estelar de falsa Bella Durmiente. La miro un segundo y me pregunto qué pasaría si la besara ahora mismo a traición, pero el dolor de la carne quemada hace que lo reconsidere un poquito.

Me detengo alucinado frente al espejo al comprobar mi nuevo aspecto. Melones, tengo ampollas como melones en los labios. Definitivamente, tendré que ir a la unidad de quemados después de la entrevista. Mierda.

Reprogramo la consola del vestidor y esta me devuelve una camisa idéntica a la que llevo puesta. Salvo por el manchurrón de café. Coloco la prenda sucia en la percha retráctil y pulso el botón LPS: limpieza en seco, planchado y suavizado.

Cincuenta y cinco minutos para mi gran cita.

Vuelvo a estar listo e impecable, todo lo impecable que se puede estar cuando, en lugar de labios, tienes el mostrador de una frutería.

¡Joder!

En la cocina las tostadas se han cansado de esperarme y reposan sobre el plato tías y frías. Ese pensamiento me lleva de nuevo a Carla y a sus ojos verdes acusándome de algo. ¿Por qué discutimos anoche? Mi migraña se dispara.

Maldigo sin mucho convencimiento por ambas cuestiones: Carla y las tostadas, porque los hombres también podemos cagarnos en dos cosas a la vez, e incluso en tres. De todos modos, las quemaduras de la boca y la lengua me han quitado levemente el apetito. Trato de beber agua al menos y en el proceso me cago en los treinta y tres reyes godos, desde Ataúlfo hasta Rodrigo.

Cincuenta minutos.

A la mierda el desayuno. Ya lo tomaré en el hospital por vía intravenosa.

—*Caddla...* —susurro asomando mi cabeza antes de irme—. Me *dengo* que *idd...*

*Coñe, ¿ahora hablo tarado también?*

Creo que mi dicción le ha llamado tanto la atención que se sale de su papel Disney y abre uno de sus ojos para observarme con él. No recuerdo qué le he hecho, en serio, aunque no me siento muy inocente. Mis testículos tratan de ascender por la garganta para alojarse en ella, pero mis ampollas no le dejan espacio.

—¿Qué te ha pasado? —me pregunta con su voz neutra de tutora *on line*, que reserva para sus alumnos.

—Me he *demado don* el *dafé* —replico.

—Te has quemado con el café... —traduce ella.

Joder, doy pena. Carla está a punto de reírse y todo, pero en el último momento frunce los labios y me espeta:

—No recuerdas nada de anoche, ¿verdad? Como siempre...

Le devuelvo una mirada culpable y me encojo de hombros. No tengo ni idea, no, pero decirle eso sería como invocar a Satanás y a todos sus primos. Ella sonrío cansada y me da la espalda en la cama.

—Quiero el divorcio, Mikel.

Cuarenta y tres minutos.

—*Duego habbamo*, ¿*zí?* —respondo con orgullo. He capeado bien el asunto.

—Gilipollas —replica en total desacuerdo.

Cuarenta minutos y vuelvo a acordarme de los godos. Un imbécil ha aparcado en doble fila junto a mi coche y me ha encajonado de forma rotunda. No tengo escapatoria. Solo podría salir de ahí con un vehículo de oscilación, pero mi sueldo de zapatero solo me da para tener uno de esos modelos antiguos con sus ruedecitas monas deslizándose sobre el asfalto en vez de sobrevolarlo.

—*Dilipollazzz* —escupo en voz alta a modo de venganza.

Treinta y nueve minutos.

Corro hacia el tranvía y lo cojo *in extremis*.

Odio el tranvía. Bueno, no al tranvía en sí, que nunca me ha hecho nada. Odio a la gente que usa el tranvía porque les tienen tanta alergia al desodorante y al jabón como yo a las ovejas.

Me acomodo en el único asiento libre que queda y enseguida compruebo por qué no lo ocupaba nadie. La mujer oronda de al lado (que yo soy muy de eufemismos y de no usar términos peyorativos como «vaca burra», «mujer-carpa» o «foca monje») no solo invade la mitad de mi asiento con uno de sus muslámenes, sino que es muy pero que muy alérgica.

El viaje es largo y duro, pero esto es Esparta.

Llego vivo a destino.

Siete minutos.

La agencia de Fernando Macías se encuentra a cinco minutos de la marquesina en la que me he bajado. Toca correr y mis quemaduras aúllan conmigo a cada zancada. Por todos los satélites, creo que voy a desmayarme de dolor.

Un gato negro me corta el paso. Lo miro un instante con curiosidad familiar, pero no tengo tiempo para detenerme e ignoro su maullido lastimero.

Un minuto.

Me hallo frente al vídeo-timbre con la mano posada sobre él. Pulso y mi pulso se acelera con ello. La puerta acristalada de efecto acuático se abre como una cortina de agua. Entro de inmediato rezando para que ocurra algún milagro (o varios): que no note el estropicio en mi cara ni mi pronunciación de demente y que vuelva a mí mi sonrisa de dios griego.

*Upsss.*

Por su mirada de horror constato que no hay milagro que valga. Me ofrece la mano y la silla, que acepto con un amago de sonrisa que se queda en

desprendimiento de colgajos de piel.

—¿Qué le ha sucedido, Mikel? No tiene buen aspecto.

Sonrío en mi interior porque parece preocupado de verdad y, sobre todo, porque me llama por mi nombre. Claro que, en un agente literario, no estaría bonito que me llamara «Chinchetas», ¡qué cuernos!

—*De he demado* —le explico con contundencia.

—Se ha quemado. Ya veo... Quizá debamos posponerlo para otro día, u otra semana, porque eso tiene una pinta terrible y huele a pollo frito — responde con una inusual franqueza para su profesión.

Mis colgajos de piel y yo no podemos estar más de acuerdo con su afirmación, aunque de ningún modo me iré de aquí sin saber si me va a querer representar o no.

—*Pedooooo...* —murmuro.

—Tiene madera, señor Lara; sin embargo, no estoy del todo seguro, ¿sabe? Es lo que quería comentar con usted... —me explica con una sonrisa profesional que me deja chafado. Es la misma cara que ponen los padres cuando van a comunicarle a su hijo que van camino al dentista y no al parque de atracciones.

—*¿Podddd?* —exijo saber.

—Verá... Su estilo es poco comercial, decimonónico si me apura, por lo que tenemos dudas de que se vaya a vender.

—*Compdddendo* —le suelto sin comprender, pero lo suficientemente ofendido.

¿Decimonónico, yo? Me entran ganas de sacarme el monóculo y metérselo en ese agujero con el que rima mientras me atuso la perilla dieciochesca... Noooo, es coña: no tengo perilla, pero los monóculos molan. Lo que hago es intentar cegararlo con mi radiante sonrisa, pero solo consigo desear una muerte rápida a causa del dolor.

—Los temas que trata en sus escritos —continúa él, ajeno a mi arrebato de violencia mental—, quizá estén un poco desfasados, pero no se trata de un «no» rotundo, señor Lara; es, más bien, un «quizá». Me gustaría de verdad que nos reuniésemos para comentar algunos de sus textos, analizar sus respuestas y tomar una decisión al respecto. Por eso opino que lo mejor ahora es que acuda al hospital y que, cuando haya recuperado su dicción, concertemos una nueva cita. Sigo interesado... —añade con la mano extendida mientras se levanta de su asiento.

No llevo bien que me invite a irme tan pronto con todo lo que me ha

costado llegar hasta aquí, pero decírselo no va a ayudarme demasiado, de modo que me alzo yo también a regañadientes, estrecho su mano con mi cara de jugador de póker a punto de sufrir una embolia y me despido.

—*Dues de ddamadé otddo día, ¿zî?*

—Hágalo —concluye con una sonrisa.

Salgo a la calle.

*No ha ido tan mal después de todo, ¿no?*

*¿Tú qué opinas?*

Comienza a chispear y yo, sin paraguas. Me debato entre ir derecho al hospital más cercano, al trabajo o regresar a casa para hablar con Carla antes de que se ponga a impartir sus clases frente al ordenador. El chispeo veraniego se convierte en lluvia monzónica despiadada sobre mis ampollas. Decido resguardarme en un bar un rato. Entonces escucho un maullido a mi espalda. Me giro y no veo una mierda porque todo es agua a mi alrededor. Llueve tan a lo bestia que casi parece sólido.

—¿Qué va a ser? —me saluda el camarero robótico sin mirarme mientras se lima los fusibles de los brazos.

*Ya no hay profesionalidad, joder.*

Dudo unos segundos porque la bebida alcohólica de mayor graduación que he probado ha sido una cerveza «Sin».

—Un cubata —le digo haciéndome el chulo, pues he leído por ahí que el alcohol desinfecta las heridas y las mías son muy gordas.

—¿Un cubata de qué? —me suelta el Cables mirándome a las chinchetas.

—Hum... —finjo meditarlo como si supiera de qué estoy hablando—. ¿De... Cuba?

Ole ahí. Lo he bordado.

El otro se da la vuelta, zascandilea un poco tras la barra y al rato me sirve una copa con el color de la Coca Cola y un olor a desinfectante que tira para atrás.

*¿Lo ves?*

*Esto seguro que me limpia las quemaduras.*

Le meto un trago de macho que deja el vaso tiritando. Vuelvo a chulearme con un segundo trago. El camarero enarca su ceja maravillado por mi virilidad. He bebido, por lo menos, dos dedos. Ahí queda eso...

—*Dóbame* —le digo.

El robot niega con la cabeza como si le estuviera hablando en suajili. ¡A ver si ahora me van a entender los humanos y no las máquinas!

—*Dilipollazzz* —acierto a decir, un poco achispado.

La cabeza me da vueltas y siento que floto. Mis brazos son rayos de luz y mis piernas, espaguetis. El tipo robótico de la barra parece que ha entendido esta última frase a juzgar por la posición agresiva de sus cables en la cara. ¡Joder, qué mala suerte!

—Son cinco argentos<sup>[2]</sup> —me dice con cara de pocos amigos.

Coloco la mano derecha sobre el datáfono para hacer el pago y me despido entre elegantes eses e hipos.

—*Adósssss*.

—¡Si se ha dejado el cubata entero! —escucho gritar a alguien a mi espalda.

Sin girarme, agito la mano en el aire a modo de respuesta y salgo a la calle. La lluvia se ha relajado un poco y llueve como se debe llover, sin prisas ni ansias asesinas. Decido coger un taxi hasta el trabajo. Más que nada, porque tengo un mareo de espanto y no sé cómo llegar de aquí hasta el curro en tranvía.

¡Vaya! Estoy de suerte. Un taxi libre aparece delante de mis propias chinchetas. Después de repetirle la dirección un par de cientos de veces, el taxista asiente y se pone en marcha conmigo en el asiento trasero. Mis ampollas, mi borrachera y yo nos echamos un sueñecito durante el trayecto.



—Llegas tarde —me saluda el majetón de mi jefe con muy mal café.

Son menos cinco. ¡Menos cinco! Tengo una respuesta ingeniosa para eso que incluye darle el nombre de una clínica donde lo ayuden a resolver esa obsesión suya con los relojes.

—Y me voy al hospital ahoda —respondo al final con el índice muy tieso para que se vaya enterando.

Koldo arruga el ceño sin quitarme la vista de encima: chinchetas, ampollas, chinchetas, mi baile de borrachuzo, y otra vez a las ampollas.

—Está bien —dictamina como si de verdad le hubiera pedido permiso—, pero te lo descontaré del sueldo. Y, si vuelves a faltar de nuevo, te vas a la puta calle.

—¿*Dómo*?

—Ya me has oído. No se puede estar faltando siempre. Hoy un quemazo, hace un par de meses lo de tu padre...

—Mi *padde mudió* —respondo encabronado.

El alcohol acaba de evaporarse de mi organismo.

—Y no te lo desconté —responde el miserable con una sonrisa sucia que me hace desear ser dentista para hacerle toda la boca.

—¿*Dabes* qué? Que te metas los *dapatos pod* el culo, *includdendo* los de *aduja*. *Dilipollazzz* de *miedda*. Me *laddgo* de aquí —le escupo mostrándole la longitud de mi dedo índice.

Él me devuelve una mirada atónita. Creo que le ha impresionado lo largo que es mi dedo o bien no me ha entendido una palabra.

—¿Que te vas? —repite entre sudores.

Pues era por mi dedo entonces. Se lo enseñó una vez más y le doy la espalda en un giro dramático muy de *vedette*.

Sé que debería ir al hospital, pero ahora mismo me siento inmortal y necesito saber qué le he hecho a Carla y por qué no recuerdo nada. Callejeo por las calles hasta llegar a la nuestra. Un gato negro, ¿el de antes?, me corta el camino y se enrosca entre mis piernas. Lo observo asombrado mientras frota su cabeza contra mí.

—¿*Uddano*? —pregunto, e inmediatamente sé que es una chorrada porque Urano era un gato canela, no negro, y lleva muerto más de cinco años.

El gato maúlla ante mi voz y clava sus ojos en mí. Los observo incrédulo con más atención. Son los ojos de mi viejo compi gatuno.

—¿*Uddano*? —repito con miedo.

Esto se tiene que deber a la suma interesante de abrasarse la boca, recibir una petición de divorcio, fracasar con un contrato soñado, emborracharse por primera vez y despedirse del trabajo.

Estoy teniendo una alucinación, es eso.

Fijo fijísimo.

El gato maúlla con más fuerza empeñado en demostrar mi equivocación. Cierro los ojos para no verlo.

—No *edes deal*, no *edes deal* —le digo.

Los abro y ahí sigue el cabrón.

—¿Qué *quiedes* de mí?

—Miauuuuuu —responde.

Como respuesta, es bastante pobre.

Agito la cabeza. Lo mismo ayer me golpeé la cabeza y tengo un trauma, una conmoción cerebral, y por eso me duele y no recuerdo la discusión de anoche. Pero eso no casa con la actitud de Carla. Me habría llevado al hospital en lugar de querer divorciarse de mí.

Barro la calle con los ojos en busca de respuestas. ¡Vaya! El capullo del coche oscilatorio se ha ido y mi utilitario está libre de nuevo. ¿Y si...?

De repente, subir a hablar con Carla en este estado no me parece tan buena idea y me ha dado un poco de canguelo, la verdad, así que solo puedo hacer una cosa antes de enfrentarme a ella: conducir y conducir hasta que mis nervios se calmen.

—*Odde, ¿quieddes dad una velta donmigo?* —me dirijo al minino maullador que le ha robado la mirada a mi gato muerto.

El animal se ciñe a su papel y responde lo que se espera de él:

—Miauuuu.

# El contrato

Hay dos cosas infinitas:  
el universo y la estupidez humana.  
Y del universo no estoy seguro.  
**Albert Einstein**

**M**i Seat Alcorcón vuela por el asfalto. Acomodado en el asiento del copiloto, el gato negro maúlla de un modo aterrador. Aparto un momento la vista de la carretera para mirarlo y le pregunto qué le sucede. La conversación con él empieza a resultarme un tanto monotemática y unidireccional, de modo que devuelvo mi atención al tráfico cuando este repite su maullido penoso como si le aquejara una colitis aguda.

El pensamiento espontáneo de una tapicería chocolateada y maloliente irrumpe en mi cabeza.

—Gato, *dada de cagaddse* aquí, ¿*vade*? —le advierto mientras me pregunto cómo narices me ha podido parecer buena idea meter en el coche a un gato callejero.

Le echo un nuevo vistazo nervioso.

Realmente, tiene los ojos de mi pequeño colega Urano. Son sus ojos. Él también me está estudiando. Maúlla otra vez. Quizá esté decidiendo en qué parte del coche cagarse primero.

Ahora soy yo el que se caga en todo.

Sin embargo, los problemas diarreicos del minino de repente se me antojan triviales cuando la visión amenazadora de una pared impacta contra mis ojos.

¿De dónde petetes ha salido esa pared? Trato de reducir la velocidad, piso el freno y cambio de marchas como un poseso, pero mi coche continúa en su alocada carrera al encuentro con ella.

Empiezo a verlo todo ralentizado y veloz a un tiempo. Siento mi cuerpo

fragmentarse en mil pedazos. Los maullidos del gato cagón se enredan en mis tímpanos hasta que dejo de escucharlo y el mundo se vuelve silencioso. El gato se ha desintegrado igual que mi cuerpo, que se escinde y reagrupa de modos imposibles para crear nuevas figuras.

Ahora soy un paraguas; un flamenco; una magdalena con *toppings* de chocolate, una cacerola... Miro mis asas de colores sobre el volante y no puedo evitar acordarme del día en el que Carla y yo nos pegamos aquel atracón de setas de aspecto sospechoso que habíamos recogido en el bosque «porque la comida no se tira».

Los colores de mis extremidades se tiñen de luto y mis ojos también.

Mi último pensamiento es para ella...



Mis párpados remolonean en su rutina habitual. Veo una luz parpadeando a lo lejos. Me levanto del asiento y de mi propio cuerpo.

Esto me acaba de dar un mal rollo que te pasas. Tú no te lo imaginas porque no te ha sucedido a ti, pero es algo espantoso incorporarse del sillón y perder tu cuerpo por el camino. Habría preferido mil veces limpiar la tapicería de varias diarreas gatuneras.

¿Y el gato? Lo busco con la mirada, pero no hay rastro de él, ni fuera ni dentro del coche, ni fuera ni dentro de su cuerpo. Entonces abandono el vehículo, que también ha cambiado de forma y ahora es un acordeón. Me encuentro en el interior de un túnel tan oscuro como el aparato reproductor de un escarabajo. La única luz es esa intermitencia en la lejanía.

—No vayas hacia la luz —maúlla una voz en mi cabeza en una versión alternativa y *underground* de *Poltergeist*.

Es evidente que estoy sufriendo algún tipo de alucinación. Me giro y no hay nadie.

La voz está en mi mente. Fantástico.

Puedo asegurar, sin temor a equivocarme, que este está siendo el peor día de mi vida y con diferencia. Peor aún que el día de las setas... Seguro que

ahora aparece el gato escapista y se caga en mis zapatos.

Desobedezco a la voz y me encamino hacia el parpadeo. Ahora soy Caroline yendo hacia la luz.

—¡No vayas! —grita el maullido en mi cabeza.

Finjo ser un sueco con otitis y continúo. Desde que somos bien pequeños, sabemos por instinto que la luz es buena y la oscuridad, mala. Oscuridad=caca. ¿Verdad? Pues no voy a quedarme aquí. Además..., ¡que estoy en un túnel, pepinos! ¡Literalmente en un túnel! ¡Por San Google! Como siempre nos han contado las películas y los lunáticos regresados... Esto solo puede significar que, en una escala del uno al diez, estoy muerto en un nivel nueve por lo menos.

—¡Ayyyyyyy! —grito cuando algo macizo se estampa en mi cogote.

*¿Así que se también se siente dolor cuando uno está muerto? Flipo. No le veo ventajas al asunto.*

El objeto que ha impactado contra mí con nocturnidad, alevosía y por la espalda cae al suelo con estrépito metálico.

—No me jodas... —dictamino con mi prodigiosa habilidad para resumir cualquier situación conflictiva mientras me agacho a recogerlo y reparo en que vuelvo a hablar con normalidad.

*Hummm. Vale. Adiós quemaduras y ampollas. Primera ventaja...*

Examino el objeto entre mis manos con una mezcla de confusión y perplejidad. A ver, reconozco que morirme debería ocupar el puesto número uno en el ranking de cosas extrañas del día, mucho más que ser golpeado por esta curiosa lámpara dorada, pero...

—¿Una lámpara mágica? —pregunto en voz alta.

Mi voz retumba contra las garras de la oscuridad que me tienen aprisionado. La lucecita intermitente del fondo parpadea a mayor velocidad, como un semáforo a punto de cambiar a rojo. La luz se debilita poco a poco hasta apagarse.

*Mierda pa` mí.*

*Parece que ya no se puede cruzar al otro lado. ¡Estúpida lámpara golpeadora de nucas! A saber qué me he perdido ahí delante...*

Todo es negrura a mi alrededor salvo por el objeto dorado que sostengo ahora entre mis manos y que emite una luz tímida.

*Por eso la llaman lámpara, claro...*

—Por eso no, imbécil... —replica una voz grave dentro de ella.

Bien. Ahora sí que he encontrado algo aún más psicodélico y raro que

lo de morirse. Me acerco la lamparita a los morros y achino el ojo para tratar de ver, sin éxito, su interior.

—Que me frotes, capullo —dice la voz con una ternura infinita que me lleva a sospechar que su dueño trabaja como profesor en el Bronx, celador de prisiones o instructor en el ejército norcoreano.

Admiro las letras talladas sobre la lámpara y las acaricio un segundo. Efectivamente, parece hecha de oro. ¿Cuánto me darían por ella? Varios sueldos como vendedor de zapatos, eso seguro.

Mis reflexiones se ven interrumpidas por el movimiento inquieto del objeto, que se retuerce entre mis manos como una víctima silenciosa de lombrices. Sea lo que sea lo que haya ahí dentro, está cabreado y tiene ganas de salir. Silbo con disimulo y abandono la lámpara en el suelo antes de enfilarse hacia el punto en el que la luz brillaba hace unos segundos.

*Que otro pringado libere al bicho de Alien. Yo paso.*

Apenas doy cuatro pasos cuando la lámpara me calza una nueva hostia en el cogote. Me giro cabreado. ¿También voy a ser el tonto estando muerto?

—¿Quieres pelea? —le digo con la mirada retadora, la voz tensa y los pantalones cagados.

—Que me frotes o te provoco tal contusión que te desnucos para siempre, y ni genio ni Paraíso ni nada... —me dice la lámpara, ajena al olor del miedo que emana a litros.

—¿Eres un genio? —pregunto para cerciorarme, aunque las pistas están ahí para el que quiera verlas.

—Desde luego, tú no, chaval —replica la voz.

—¿Vienes a concederme tres deseos? —vuelvo a preguntar sin recogerla todavía del suelo.

—No... Vengo a pedirte la mano —responde el otro.

No me gusta su sarcasmo, pero sí lo de los deseos y la idea de volver a ver a Carla y a mis padres, de modo que permanezco en silencio y me agacho a recuperar la lamparita.

—Es tu última oportunidad. O me frotas o te froto yo la cara...

No hay mucho que pensar.

—La froto, la froto...

Un humo increíblemente denso comienza a brotar del pitorrito dorado. Su densidad es tanta que me desorienta. No sé si estoy en un callejón del Londres victoriano, si he regresado a los baños de la facultad de Filosofía y Letras, o si soy un figurante en *La niebla* de Stephen King. Comienzo a toser

con fuerza. Tengo miedo a perder mis pulmones de muerto en una de las toses.

*¿Estoy de verdad muerto o solo flipando?*

—Las dos cosas, tarugo —replica la niebla gris.

Recalco lo de gris, muy gris. Gris grisáceo, gris contaminación a tope... Nada de humito azul claro como nos han enseñado en los dibujos.

El humo revolotea ante mi mirada de pánfilo, se organiza y reagrupa buscando su sitio como piezas de un puzle. Comienza a solidificarse; sus formas se adivinan ya. Es un tipo muy alto y fornido, de eso no hay duda.

—¡Esto es otra cosa! —exclama el tío cuando se mira sus imponentes brazos (he visto vigas maestras más finas que cualquiera de sus extremidades).

—¡¿M. A. Barracus?! —acierto a pronunciar.

*Esto, señores, es más raro que morir y nadie puede discutirme lo.*

El negrazo esboza una media sonrisa de orgullo al ser reconocido, pero esta se le enfría enseguida.

—Llámame genio. No, míster T. No, mucho mejor: llámame genio míster T —decide al final sin dejar de presumir de músculos y de enorme pectoral abarrotado de joyas y oro—. ¿No dices nada?

Examino la situación y respondo como habría hecho cualquier otro en mi lugar: me doy la vuelta y decido buscar el hospital más próximo. Esta alucinación ya está durando mucho.

La lámpara se me clava por tercera vez en la nuca. El tipo negro de la tele me la ha lanzado con saña. Se lo he visto en la mirada.

—No eres real —le digo sin detener mi avance.

—Y tú eres muy tonto —responde él en tono condescendiente.

Ahora ya no está detrás de mí, sino delante, cortándome el paso.

—A ver si te queda clara una cosa —me dice M.A. (*perdón, es que me da la risa nerviosa. Jijijiji*)—. He venido a ayudarte y a darte una oportunidad única que muy pocos mortales disfrutan, y lo hago porque me lo ha pedido el Jefe, pero estoy a punto de darme media vuelta y dejarte aquí tirado...

—¿El Jefe? —repito, demostrando lo selectivo que soy con los discursos ajenos—. ¿Hablas de Dios?

El pecho del genio negro se agita bajo toda esa joyería como una tarrina de gelatina. ¿Se está partiendo el culo de mí? Sus carcajadas y lagrimones como puños me lo confirman. Frunzo el ceño y espero a que se le pase el cachondeo.

—Mi jefe es Urano —me informa.

—¿Tu jefe es mi gato muerto? —sé que sueno como el eco, pero no puedo evitar repetir sus palabras.

Su sonrisa se tensa y niega con la cabeza.

—Mi jefe es Urano. Algunos gatos son divinidades que viven de incógnito entre los mortales —me explica muy serio. Joder, ¡que no bromea! —. Tienen la facultad de otorgar vidas nuevas a los humanos que lo merecen e impedir así su final.

—¡Estás de coña! —escupe mi boca antes de que pueda pararla.

El genio me fulmina con la mirada y yo le pongo ojitos para aplacarlo. Cierro una cremallera imaginaria sobre mis labios a modo de tregua, que parece funcionar porque continúa:

—En la Antigüedad, los mortales eran mucho más sabios que ahora y conocían todos los secretos que escondían la Madre Naturaleza y la magia. Sabían que los gatos eran deidades inmortales a los que había que venerar, como sabrás por el antiguo Egipto. A medida que la civilización se fue desarrollando —sigue explicándome el negro, más que cómodo en su papel de profesor de Historia—, los hombres olvidaron todo aquello y solo recordaron aquel estúpido dicho que asegura que los gatos tienen siete vidas. Mas no tienen siete vidas, sino infinitas, y son los encargados de distribuirlas. Tú salvaste (y cuidaste) a Urano al menos una vez y ahora él desea recompensarte por ello.

—¿El gato cagón era él entonces? —me atrevo a preguntar a riesgo de parecer disperso.

—Sí. Supongo que quería salvarte pero eres más gilipollas de lo que creía —¡Ehhhhhh!—, y por eso has muerto antes de tiempo. Estoy aquí justo para arreglarlo.

—¿Ahora es cuando me concedes los tres deseos? —pregunto cada vez más animado. Si hay que flipar, se flipa hasta el final. Hemos venido a jugar...

—No, ahora es cuando te doy un único deseo que tiene muchas condiciones, pero cuidado: debo advertirte por ley de que me llaman genio por algo...

—¿Por qué? —pregunto cayendo en la trampa.

—Porque tengo una mala leche que te cagas, *pringao*. ¿Por qué crees que nos llaman «genios»? ¿Por nuestro carácter dulce y afrutado? Mi deseo no tiene posibilidad de devolución ni reclamación y tampoco lo puedes elegir tú

—responde agitando el oro de sus brazacos.

—¿Nooooo?

El genio niega conteniendo la risa. Llámame desconfiado, pero esto me huele mal y no es a causa de mis pantalones. ¿Un regalo que no puedo elegir ni devolver? ¿Y si es una mierda? ¿Y si no lo quiero? Yo, que siempre le encasqueto a los demás todo lo que me han regalado a mí previamente si no me hace tilín... ¡Y aquí no estamos hablando de una cafetera o una camisa hawaiana!

—¿Y de qué se trata? —pronuncio con miedo.

M. A. esboza una encantadora sonrisa de niño cantor de Viena y responde:

—Vas a tener la posibilidad de retroceder en el pasado para enmendar tus errores y, si no eres demasiado imbécil (que tengo mis dudas), podrás ser feliz y morirte algo más tarde.

—¿En serio? —pregunto emocionado, porque, de primeras, no veo le ninguna pega a su regalo.

Ya me lo estoy imaginando: reconquisto a Carla, invierto en viviendas inteligentes y en empresas robóticas, me cargo a todas las ovejas, y...

—Joder, es que eres gilipollas de verdad... —suspira el genio interrumpiendo mis fantasías—. En fin, dime una frase de control —me apremia.

—Todo el mundo es gilipollas —le respondo con el orgullo herido y la barbilla altiva.

—Perfecto entonces... Tu frase de control será «Todo el mundo es gilipollas» —anuncia entre hipos y risas descaradas—. Esto va a ser divertido...

—¡Ehhhhh! ¿Qué es eso de la frase control? —replico—. ¡Yo solo me estaba defendiendo!

Como eso de responderle a alguien con palabras está muy sobrevalorado, M.A. ignora mi intervención y chasquea los dedos. De inmediato aparecen unos folios flotantes en el aire. El genio de las narices los coge con intención de revisarlos, asiente satisfecho con la cabeza y me los tiende junto a un bolígrafo tan brillante que ya lo quisiera Swarovski.

—¿Qué es? —susurro con repentina timidez.

Me da miedo cogerlo y, a estas alturas, no pienso disimularlo. Para algo estoy muerto...

—Lo llamáis «folios» —contesta el simpático.

Su respuesta no me calma lo más mínimo, así que escondo mis manos bajo los sobacos por si me obliga a cogerlos a la fuerza. El negro pone los ojos en blanco y cabecea.

—Es un contrato, tu contrato para regresar a la vida. Fírmalo o no podrás volver... —me dice al final.

—Entonces sí existe un modo de librarme del regalo si yo quisiera, ¿no? —le acuso con mi dedo en un gesto victorioso por haber encontrado una grieta en su plan—. Si no lo firmo, ¿puedo librarme de ti y volver a la luz?

El genio agranda los ojos y me mira muy serio. Está pensando en patearme o en cómo he podido sobrevivir tanto tiempo a pesar de la teoría darwiniana de la selección natural, como si lo viera.

—De verdad que eres muy tonto... Ahora comprendo lo de las diez veces —suspira. Por mi parte, contengo mi lengua y mi curiosidad ante lo que acaba de decir—. ¿Por qué ibas a querer ir a la luz en lugar de volver a la vida?

*Buena pregunta. Piensa algo inteligente para responderle...*

—Pues parece que se va a quedar buena tarde, ¿no? —silbo mirando al techo del túnel—. Dame eso, que lo firmo —reclamo con aire desenvuelto y el brazo extendido hacia él.

El genio deja caer los documentos sobre mi mano. Tras sus labios se oculta una sonrisa que no me gusta un *pixel*.

—¡Estos papeles están en blanco! —exclamo atónito mientras paso las hojas a toda velocidad—. ¡Pero blancos, blancos!

—Es el contrato estándar de un genio —me explica con los ojos puestos en sus uñas—. Firma al final de cada hoja, donde dice «Firmar».

—¡Pero si no hay nada escrito! —insisto.

—Verás el documento al completo una vez hayas estampado tu rúbrica en cada uno de los folios —me garantiza él en un bostezo sin dejar de hacerse la manicura.

—¡Pero esto es un atropello! Podría estar firmando, no sé..., cualquier locura, como darte mi primogénito o tener que lavarte los gayumbos a mano cada día —chillo encabronado.

*Como no deje de mirarse las uñas y me empiece a hacer caso, ahora mismo salto sobre él y le muerdo los tobillos. He dicho.*

M.A. me mira con curiosidad. Tiene los ojos húmedos, vidriosos. ¿Está llorando?

—¡De la risa, chaval! —confiesa el otro sosteniéndose la tripa sin

disimulo—. A ver... Las cosas están así: o lo tomas o lo dejas. No hay más. El de los regalos es Santa Claus, no yo. Yo soy un genio con poca paciencia, muy mala hostia y ganas de echarse una siesta. Cuando firmes, lo verás. Tic tac, chaval. Tic tac.

—De acuerdo —lloriqueo derrotado antes de estampar mi solitaria firma en los cinco papeles grapados.

Y, en efecto, apenas tres segundos más tarde las hojas se visten de párrafos abarrotados, de cláusulas infinitas y de letra pequeña con letra aún más pequeña a su vez. Miro apesadumbrado los papeles:

## **CONTRATO DE REGRESO A LA VIDA**

El señor Mikel Lara se compromete a respetar todas las cláusulas y condiciones abajo firmadas para disfrutar de los diez mom...

—Mejor lo miramos juntos, ¿te parece? Urano ha especificado que debes tenerlo todo claro antes de regresar al mundo —me dice sin asomo de risa ya, y eso sí que me empieza a dar miedo.

Las cosas se han puesto serias. Asiento en silencio con la lengua inmovilizada por una saliva tan densa que parece yeso. M.A. se sitúa a mi derecha y señala el primer párrafo.

—Como ves, vas a volver a un momento concreto de tu vida, que no dependerá de ti, y eso ocurrirá hasta un máximo de diez veces.

—¿Diez veces? ¿No bastaría con una sola vez? —pregunto sin comprender.

—Si fueras un gato, con una sería suficiente, sí; pero, como los humanos sois genéticamente gilipollas —apunta sin rastro de ironía ni burla—, tendrás diez intentos: diez posibilidades de viajar al pasado para descubrir qué has hecho mal y repararlo. ¿Comprendes? —me dice como si fuera tonto.

Sonrío como si fuera tonto y asiento.

—De acuerdo. Vamos a ver el primer punto: «La frase de control». Tú has elegido como frase «Todo el mundo es gilipollas». Mírala, aquí aparece —señala con su dedo—. Esta frase sirve para deshacer el momento que estés

viviendo. Es decir, si ves que has vuelto a fastidiarla o que no eres feliz, basta con que la pronuncies y saltarías a otro momento.

—¿Quieres decir que si, por ejemplo, vuelvo con Carla y ella me pide otra vez el divorcio, yo suelto esa frase y todo se soluciona?

—En serio, ¿cómo conseguiste aprender a atarte los zapatos tú solito? ¡No es eso lo que he dicho ni lo que pone aquí! —exclama el negro, cuyo rostro está adquiriendo un curioso tono morado—. Con la frase de control solo agotas uno de los intentos que te ha dado Urano, y volverías a empezar en otro punto del pasado, pero el éxito (o el fracaso) dependerán exclusivamente de ti.

—Bien. Y si no uso nunca la frase de control... —intervengo con pose de intelectual para impresionarlo, aunque no funciona a estas alturas.

La boca del negro se deforma unos segundos antes de soltar una carcajada ruidosa. A continuación, veo cómo se retuerce con las manos apoyadas sobre el estómago. Le cuesta mantener el equilibrio. Se dobla más y más. Si no se estuviera riendo de mí, lo ayudaría para que no se cayera al suelo

*Bah, ya se ha caído. Que se joda...*

—¿Qué sucede? —alzo la voz por encima de sus estridentes risotadas.

—Que la frase de control no tienes por qué pronunciarla tú —contesta al fin desde el suelo en un charco de lágrimas (*espero que sean lágrimas*).

—¿...?

—Cualquiera que la use en tu presencia deshará el punto en el que estás y te irás a otro —me explica con sorna. Se nota que el tío adora su trabajo.

—Pero eso es... —titubeo.

—¡Muy divertido! —finaliza mi frase con poco tino. Si fuera un concursante de *La ruleta de la suerte*, no se llevaría un *cagao*.

—No..., ¡es una putada! —le discuto yo con los ojos horrorizados puestos en todas esas líneas de letra apretujadita que, seguro, esconden varias cabronadas más—. ¡Este contrato parece confeccionado por un sádico! ¡Por un editor en vez de por un genio!

—Gracias —me contesta cuadrándose mientras esboza una sonrisa auténtica de orgullo—. Porque soy negro y no lo notas, pero me has sonrojado y halagado. En realidad, compartimos gremio banqueros, editores y genios. Yo estoy colegiado —añade sin bromear.

—¿Cómo os llamáis: Ilustre Colegio de Cabrones? —escupo enfadado.

M. A. me dirige una mirada atónita y asiente.

—¿De modo que has oído hablar de nosotros? —pregunta con su pecho

de palomo hinchado.

—Ahora entiendo muchas cosas... —aporto a la causa en un intento fracasado de ofenderlo.

—Bueno, por suerte —añade plantándose a mi lado de un grácil salto impropio de su volumen—, aquí viene la cláusula dos. Veamos...

Miro hacia donde apunta su gigantesco dedo y sonrío. Por fin una buena noticia...

—Segunda cláusula —resume el genio con su voz de barítono—. «La fórmula de detención». Del mismo modo en que tienes una frase de control que te hará saltar a un punto distinto al que estés viviendo, cuentas con una frase que paralizará en el acto cualquier movimiento futuro. Es decir...

—¡Que, cuando la pronuncie, ya no habrá más saltos temporales! —exclamo alborozado sin sopesar todos los peros.

—Eso es, Sherlock —asiente el otro—. Pero debo advertirte de los peligros de emplearla, pues solo podrás hacer uso de ella en una única ocasión y será del todo irreversible. Si la utilizas, aunque sea por error, aunque estés incluso en tu primer salto, no habrá vuelta de hoja: te quedarás atrapado en ese momento y deberás vivir tu vida a partir de ahí. Además...

—¿Además? —mascullo entre dientes.

—Veinticuatro horas después de haberla dicho, perderás todos los recuerdos acumulados hasta la actualidad. No recordarás ni el accidente, ni a mí, ni nada de lo que ha sucedido en fechas posteriores al momento en que pronuncies la fórmula... —me explica con el semblante serio.

—¿Me estás diciendo que, por poner un caso, salto al 2018, arreglo lo que tenga que arreglar (o no), digo la frase de detención porque soy feliz y, al día siguiente, me olvidaré de toda mi vida desde ese día hasta hoy?

—Ehhhh, ¡te estás espabilando, tarugo! ¡Qué bien se te da resumir! —festeja como si me estuviera haciendo un cumplido—. Eso es: lo olvidarás todo porque, en realidad, esos recuerdos habrán dejado de existir, de ser reales y crearás unos nuevos.

—¡Pero entonces puedo volver a hacer las mismas tonterías (o, incluso, peores) y morir antes de tiempo! —exclamo preocupado.

Mi interlocutor asiente con una sonrisa de esas que transmiten cualquier cosa menos felicidad.

—Así es. Es el problema de ser gilipollas, sí. Por eso debes pensarte muy bien si vas a usarla. Tienes que estar seguro y, sobre todo, sentir que has aprendido.

Mis ojos se achinan hasta convertirse en motas de polvo (se trata de mi mirada suspicaz).

—¿Aprender qué?

—Eso tendrás que aprenderlo tú... —susurra misterioso.

*Qué guantada tiene a mano abierta...*

M. A. parece amigo de la violencia y se ríe de mis instintos homicidas. Seguramente porque no soy más que un mosquito bailando frente a un elefante africano.

—Bien, ¿y la frase de detención es...? —retomo el asunto con fingida despreocupación, como si no me interesara del todo.

—«Me quedo aquí» —dice a la vez que su dedo índice se coloca bajo esas tres palabras.

Lo miro atónito. Ni de coña. Las manos y el pechamen se le mueven frenéticamente. Se está tronchando por dentro en una lucha despiadada por no exteriorizarlo.

—¡Pero eso es...! —refunfuño sin valorar sus esfuerzos de mierda.

—¿Muy divertido? —juega a adivinar el tipo con cientos de lágrimas asomándose en sus ojos.

—¡Una putada! —le contradigo—. ¿Y dices que Urano me está recompensando, no?

Al escuchar ese nombre, se le congela la risa y niega repetidas veces con la cabeza.

—El Jefe es quien te da los diez momentos. El de las cláusulas y el contrato soy yo...

—Pues eres un pelín *joputa*, si me permites decirlo... —le suelto sin cortarme un pelo.

¿Qué va a hacer: matarme?

*Otra ventaja, mira...*

—Se hace lo que se puede —asiente encantado—. Pero esta vez no es mérito mío, lo confieso: es la frase estándar que usamos en casos de «devoluciones» como el tuyo. Si supieras los momentazos que nos ha dado... Está el mortal en un sillón bebiendo una cerveza, le pregunta Fulanito si lo acompaña a no sé qué, y ¡adivina qué dice!

—¿Me quedo aquí? —respondo sin necesidad de usar el comodín del público o de la llamada.

Parece que el premio que he ganado por acertarlo a la primera son nuevas

e irritantes carcajadas. Acabo de relegar a las ovejas a la segunda posición en mi lista de archienemigos letales, por debajo de los genios negros bañados en oro.

—De pelín *joputa*, nada; *joputa* del todo —le digo. Me he venido arriba.

M. A. saca un pañuelo bordado, se limpia las lágrimas y suspira rollo zen hasta tranquilizarse.

—¡Qué bien nos lo vamos a pasar! —exclama con una sonrisa abierta—. A ver cuánto duras... La porra está calentita. Yo he apostado que dirás la fórmula en la tercera vida...

—¿Hacéis porras con nosotros? —pronuncio, y me arrepiento de inmediato al hacerlo—. Es igual, no quiero saberlo... ¿Vamos con el resto de cláusulas?

El genio se vuelve a poner serio (comienzo a pensar que tiene problemas de bipolaridad), carraspea y señala al tercer párrafo.

—Tercera cláusula: Podrás invocar a tu genio cuantas veces quieras, en caso de duda, de peligro...

—Ohhh, suena bien —apunto con la inercia que aporta ser un pardillo.

—Para invocarme necesitas una superficie donde tu imagen se refleje. Puede ser cualquier cosa: un espejo, un objeto metálico, el agua... Yo apareceré en tu propio reflejo para responder tus preguntas.

—¿Solo para darme respuestas? ¿No intervendrías si estuviera en peligro? —trato de asegurarme.

—Exacto. Y, créeme, a medida que saltes en el tiempo, te surgirán preguntas y sus respuestas te ayudarán en el camino de la felicidad —dice con tan buen rollito que me dan ganas de abrazarlo. Igual nos hemos hecho amigos—. Eso si sobrevives, imbécil...

*Nada de amigos. Enemigos. Enemigos mortales.*

—Ya. ¿Y la puñetera frase de invocación? Déjame adivinarlo... Esta vez será algo muy chungo con palabras en sumerio y quechua mientras hago el pino puente y sostengo una macedonia de frutas en la frente, ¿no? —replico, pues ya me lo estoy viendo venir—. ¿Qué haces? —le pregunto al verle sacar un objeto del bolsillo de sus bombachos.

—Anotar esta idea para el futuro. Muy interesante... —responde el cabrón.

*Qué tirria le estoy cogiendo...*

—Para invocarme —se vuelve a poner serio—, deberás pronunciar, frente a tu reflejo, las siguientes palabras: «¡Oh, Capitán! ¡Mi capitán! Nuestro

espantoso viaje ha concluido. El barco ha enfrentado cada tormento, el premio que buscamos fue ganado...»

Nuestros ojos se examinan un momento. Quiero ver si está de coña o es cierto. Esta vez no se ríe. Maldición.

—¿Debo decir esa estrofa? —pregunto sin convicción.

—Así es.

Lo busco en el contrato. De modo que es cierto...

—¿Eres seguidor de Walt Whitman<sup>[3]</sup>?

Me mira como si fuera ahora yo el que le hablara en sumerio o quechua.

—Soy cinéfilo —reconoce con un deje de pudor. No me lo imagino tirado en un sofá viendo pelis dentro de su lámpara mágica—. Al único Walt que sigo es a Walt Disney. ¿Sabías que hizo una película sobre Aladdín? Es el único que ha dignificado nuestra profesión —dice con la mano en el pecho y el rictus grave.

—A mí también me gustan las pelis —meto cuña para hacerme el simpático—. Sobre todo, las de vaqueros...

Barracus me mira con la misma expresión con la que lo harías con un gusano aplastado pegado a la suela de tu zapato. Exhibo mi sonrisa de dios griego y doy gracias porque él también sonríe.

¡Ha funcionado! ¡He recuperado mi don!

Me felicito interiormente por ello hasta que mira el reloj de cuco que lleva sobre sus pectorales y me suelta que debe irse porque ha quedado con una genia recién divorciada en su lámpara.

—En fin... —concluye con repentina velocidad—. El contrato lo podrás consultar cada vez que quieras. Basta con que frotes tus manos una contra otra y lo recuperarás. Es imperdible, irrompible y todo lo que acabe en -ible.

—¿Pero ya me sueltas al mundo? —pregunto paralizado por el miedo, como un conejillo alumbrado por los faros de un camión que va a su encuentro—. ¡Aquí hay cuatro hojas de cláusulas!

Él repite su gesto de mirar la hora, se encoge de hombros y me dice:

—A ver. Te resumo lo importante: Tienes diez saltos. Puedes pasar de uno a otro usando la frase de control...

—Todo el mundo es gilipollas... —apunto.

—Exacto. También saltarás si alguien la dice cuando estés delante. Cada vez que necesites algo de mí, buscarás tu reflejo y recitarás los versos del capitán para hablar conmigo. Si usaras la fórmula de detención, los saltos temporales que te quedasen desaparecerían y tus recuerdos, también. ¿Cuál es

la frase? —me dice en un tono de maestro de la vieja escuela que me da escalofríos.

—¿Me quedo aquí? —mi afirmación es más pregunta que otra cosa.

—Muy bien. Si llegaras al décimo salto sin haberla usado, te quedarías en ese punto porque ya no hay más. Eso lo tienes en la cláusula seis —me explica removiendo las hojas al tuntún—. A efectos prácticos, llegar al décimo momento es como haber gastado la fórmula de detención y, un día más tarde, perderías la memoria. Eso es lo básico.

—Pe... pero... ¿Y ahora qué va a pasar? —titubeo.

—Oh, bueno —responde con una preciosa sonrisa de serpiente—. Ahora es cuando yo pronuncio mi frase para que des tu primer salto y...

Y, antes de que me dé cuenta, me atiza un zurrascazo en la cara que hace que todo se vuelva tan negro como el *joputa* del genio.

# Primer salto

Solo los tontos tienen muchas amistades.  
El mayor número de amigos marca el grado máximo  
en el dinamómetro de la estupidez.  
**Pío Baroja**

**M**e duele tantísimo la cabeza que temo abrir los ojos por si me encuentro en el interior de la boca de un bicho con mucha hambre y muchos dientes: un cocodrilo, un león, un *tiranosaurus rex* o un perro pekinés. Siento calambres en las extremidades, la lengua de estropajo, unas horribles ganas de ir al baño y un miedo creciente que se duplica cuando un murmullo de voces comienza a acercarse en exceso a mí.

Decido hacerme el dormido o el muerto, para lo cual saco la lengua como en los dibujos animados y no muevo ni un músculo. Algo debo de estar haciendo mal porque provoca el efecto contrario y unas manos furiosas me zarandean sin contemplaciones. En la mano derecha sostengo un objeto de dureza interesante. No puedo mirar de qué se trata o me descubrirán. ¿Y si les atizo con él?

—¡Mikel, coño! ¡Abre los ojos! —berrea en mi oído una voz conocida con muy poco tacto y una necesidad urgente de un enjuague o cepillado dental.

Obedezco de inmediato y la sorpresa es mayúscula. Recuerdo todo lo que me ha dicho el genio sobre los saltos en el tiempo y eso, pero en realidad no estaba preparado para semejante visión. Jamás pensé que volvería a ver a mi amigo Kepa<sup>[4]</sup> con pelo. ¿Hace cuántos años que se ha hecho defensor acérrimo de la alopecia precoz y de sus efectos eróticos en el sexo contrario? ¡Si incluso fue el tema de su tesis doctoral! La calvicie y sus cualidades erógenas...

—¡Kepa! —respondo sin ocultar mi asombro al verlo sobre mí con esas melenas rizosas.

A su lado se encuentra Patxi<sup>[5]</sup>, mi gran amigo de la facultad, al que no veía desde hace... hace una vida, ¡por todos los Windows!

—¡Menuda hostia te has dado, tío! —apunta Kepa, siempre al grano—. ¿Estás bien? Por un momento pensábamos que la habías diñado, chaval. No te movías...

—¿Sí? ¿Qué me ha pasado? —pregunto confuso desde el suelo mientras calculo mentalmente en qué año puedo estar según las pintas que llevan estos dos.

—No estamos muy seguros —interviene Patxi—. Íbamos hacia la fuente para hacer la tontería esa de echar la monedita para pedir un deseo, y...

—Estábamos de espaldas, pero el galletazo que te has pegado ha sido monumental —le corta Kepa y eso me hace sonreír a pesar del dolor.

Siempre sacaba de quicio a Patxi porque con él no era imposible terminar una sola frase. Este lo mira con cara de macho cabrío cabreado, aunque esta vez se ahorra la discusión para observarme con cara de preocupación.

—¿Estás bien, Chinchetas? —me dice.

—Eso, eso, ¿lo estás? —continúa Kepa en su habitual diarrea verbal—. Nos hemos girado al escuchar la caída y ya estabas en el suelo desmayado cuando hemos corrido a cogerte. ¡Joder, tío, vaya golpe! Nos has dado un susto de muerte, en serio...

—Creo que estoy bien, sí... —respondo un poco aturdido y un mucho de dolorido—. Has dicho algo de una fuente... ¿Dónde estamos?

*Que sea en Roma, por favor, que sea en Roma...*

—En Roma —certifica Patxi y yo sonrío con todos mis músculos, incluso con los políticamente incorrectos—. ¿No te acuerdas? Deberíamos ir a un hospital a que te vea un médico... —niega con la cabeza.

—No, estoy bien. Estoy más que bien, joder. Estamos de viaje por Italia para celebrar que hemos terminado el Grado, ¿no? —les pregunto cada vez más sonriente.

Ellos intercambian una mirada preocupada y asienten de forma sincronizada.

—¡Pues estoy de puta madre! —afirmo mientras me levanto del suelo de un movimiento rápido.

Mis articulaciones se quejan. Me siento como si hubiera dormido en la cama de un faquir, pero, ¿a quién le importa eso cuando estoy a punto de volver a conocer a mi esposa?

—Yo creo que te debería ver un médico... —repite Patxi con suavidad,

que se muestra repentinamente obsesionado con la medicina.

—Sí, joder. Estás un poco raro —añade Kepa con un gesto circular en la sien.

—No me he quedado tonto ni tengo un traumatismo, tranquilos. Solo estaba algo desubicado —les garantizo sin mentirles ni un poquito—. Por cierto, ¿me decís qué día es hoy? —les interrogo con mi astucia sutil para que no sospechen que vengo del futuro.

—Es jueves, tío... —responde Patxi con la vista fija en mí sin fiarse del todo.

Ahora mismo me estoy maldiciendo por mi mala memoria. Recuerdo cómo y dónde conocí a Carla, incluso el día que era porque lo convertimos en nuestro aniversario por encima de cualquier otro. Ni nuestro primer beso o encuentro íntimo, ni nuestra boda, nuestro aniversario fue el día en el que nos conocimos: el uno de julio de 2021. Yo había cumplido veintidós años y ella estaba a punto de hacer los veinte, que acabamos celebrando juntos.

Mi corazón enloquece de nervios y decide convertir mi pecho en un frontón de pelota vasca en el que golpearse a lo loco.

—Sí, ¿pero en qué día estamos? —susurro de emoción con una sonrisa psicótica que no ayuda a tranquilizar a mis colegas.

—A uno de julio. Llegamos anoche de Barakaldo, ¿recuerdas? —me interroga Patxi.

—Claro que sí. ¡Ni en un millón de años me olvidaría de este día! —celebro de buen humor. El dolor muscular y el de cabeza han dejado de importarme.

Bajo la vista hacia mi mano derecha y me topo con una libreta de color negro que no he visto en mi vida. La levanto con curiosidad y cierto temor.

—¿De dónde has sacado esa libreta? —curioseas Kepa después de acercarse a cotillearla.

Me la arrebató de las manos antes de que pueda reaccionar y la abre con descaro. Segundos más tarde se encoge de hombros y me la devuelve con indiferencia.

—Está sin estrenar —apunta—. ¿Vamos a tirar esa monedita a la fuente y a pensar nuestro deseo? ¡De aquí no nos vamos sin mojar! —sugiere entre palmoteos que recuerdan a una morsa en celo.

Patxi y yo asentimos conformes y reanudamos la marcha. Estamos a tan solo medio kilómetro de la Fontana de Trevi. Unas italianas de escotes muy sociables y extrovertidos se cruzan con nosotros y con nuestras caras de

jóvenes pajilleros salidos. Kepa y Patxi intercambian unas frases patéticas en *itañol* que hacen reír a las mozas, pero de esa risa que augura mucha fiesta y diversión en posición horizontal, y yo aprovecho para abrir la extraña libreta que llevo en la mano.

## Libreta de viajes en el tiempo

( sí, la he bautizado así yo. Original, ¿eh?)

Por si te he atizado demasiado fuerte en la cara y tienes pérdidas de memoria, te recuerdo que podrás acudir al contrato y revisar las cláusulas cada vez que lo desees simplemente frotando una mano contra la otra. Todas las reglas, frases, fórmulas y excepciones se hallan entre sus hojas.

Te informo también de que esta libreta te acompañará en cada uno de tus saltos temporales, pero no temas: nadie más que tú podrá leer su contenido ni escribir en ella (sus letras son invisibles para el resto de los mortales), y basta con que la invoques mentalmente para que se aparezca entre tus manos.

Urano quiere asegurarse de que vas a hacer las cosas medio bien y te propone que la utilices para anotar todos tus viajes, atendiendo especialmente a las fechas y lugares a los que saltes, además de las cagaditas y estupideces que cometes antes de que lo olvides. Quizá así lo logres, ¡quién sabe! De vez en cuando, cada doscientos años más o menos, un gilipollas lo consigue y tiene una vida próspera y feliz.

Usa esta libreta, como digo, porque te ayudará, si anotas tus errores, a reconocerlos y enmendarlos. Y, si te estás planteando de primeras decir la fórmula de detención, no seas payaso (que te estoy viendo) y piensa que, si la pronuncias sin haber aprendido nada, perderás los recuerdos acumulados y repetirás cada uno de tus fallos pasados. Recuérdalo.

Debes aprender primero tres lecciones valiosas, tres. Una sobre ti, otra sobre los demás, y otra sobre tu muerte. Tenlo en cuenta.

Nos vemos dentro de poco y no me falles: recuerda que he apostado por ti en la porra a que la cagas en el tercer salto.

¡Feliz viaje!

Firmado,

El fabuloso genio de la lámpara mágica, M.A. Barracus.

Postdata: No se te ocurra tratar de alterar el futuro de los demás dándoles información privilegiada o perderás saltos en el tiempo por capullo (cláusula trece).

—Sí, él también viene *con noi* —dice Patxi a las italianas mientras su mano tenaza se cierra sobre mi brazo y tira de mí con fuerza para que me una a ellos.

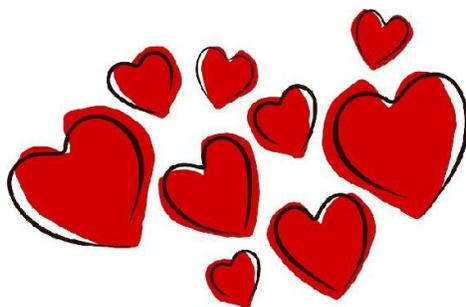
Cierro la libreta y esbozo una sonrisa de compromiso. Yo solo quiero llegar a la fuente y esperar la llegada de Carla. Además, ¿qué hacen estas italianas aquí? En el viaje de mi anterior 2021 no las conocimos...

*¡Claro, eso es! ¡Mi caída-desmayo ha retrasado toda la secuencia temporal y ha alterado el presente!*

Me zafo de la mano de mi colega y echo a correr como un moroso perseguido por Hacienda.

—¡Me voy a la fuenteeeeeeeeeee! —grito sin girarme hacia ellos, los cuales vociferan un par de palabrotas de esas que se entienden en todos los idiomas.

Solo quiero llegar a tiempo y que la magia vuelva a llenar nuestras vidas. ¡Carla! ¡Voy a ver a Carla!



Llego a la fuente con la respiración entrecortada y con los pulmones empujándose en la tráquea para ver quién sale primero de mi boca. Pero yo sonrío.

Sonrío, sonrío y sonrío al verla. Está mirando a ambos lados para asegurarse de que no hay *carabinieri* en la costa. Se ha quitado sus sandalias doradas para mojar sus pies en el agua y...

¡Oh, no! Ahora es cuando se resbala y yo debería estar justo detrás de su

espalda, sostenerla como un caballero andante sin caballo antes de que se vaya al agua y que nuestros ojos impactaran en el otro. ¡Mierda!

Corro de nuevo y es tarde. ¡Vaya torta se ha comido! Si llegamos a tener hijos, seguro que nos salen tontos... Ese pensamiento me mordisquea el cerebro: «Hijos». Lo dejo pasar y me arrojo a la fuente para salvarla ante la atónita mirada de sus amigas, Miren<sup>[6]</sup> y Aintzane<sup>[7]</sup>.

Vale, sí: no es que me haya tirado a un mar bravío y encolerizado. Sé que es una fuente que cubre hasta media pierna y es imposible ahogarse, pero aun así me siento como Kevin Costner salvando a la Houston en *El guardaespaldas*.

La cojo entre mis brazos enclenques aunque yo los siento musculados por una dosis extra de testosterona y orgullo de salvador. Ella me sonríe con ese fruncir de labios tan suyo cuando no sabe qué decir. Sus ojos violetas me estudian con curiosidad mientras la levanto del agua.

—¿Estás bien, Carla? —susurro sin ser consciente.

Ella agita sus pestañas oscuras y largas entre sutiles movimientos de cabeza.

—¿Cómo sabes mi nombre? ¿Te conozco de algo? —pregunta extrañada.

—N...no, no... —maldigo en arameo. *¡Qué malo soy en este juego! Me va a pillar enseguida y yo miento como un niño de tres años con un rotulador en las manos y las paredes pintadas sospechosamente del mismo color—*. Es que tienes cara de Carla...

Mi mujer, futura mujer o exmujer (no sé cómo llamarla) se suelta de mis manos de pulpo y se recupera una postura más digna y erguida.

—¿Y cómo es una cara de Carla? —pregunta divertida con sus dedos enredándose entre sus cabellos.

*¡Está coqueteando conmigo!*

—Pues... así como la tuya ... —improvisado con los carrillos ardiendo. Seguro que los tengo de un rojo reventón que enamora... —. Una cara bonita y femenina, con ojos como los tuyos, de chica decidida y que le gusta la literatura... —añado jugando sucio.

La boca de Carla se abre de incredulidad.

—Pues vaya... Sí que me llamo Carla y, de hecho, estoy estudiando Literatura Comparada —confiesa ella sin ser consciente de que ya lo sé todo.

—Yo soy Chin... Mikel. Soy Mikel —me presento con la mano tendida hacia ella.

—¡Carla! —grita su amiga Miren con las sandalias de esta en alto—.

Corre, sal, que se acercan dos polis...

Ella asiente y se encamina hacia ellas, que nos lanzan miradas interrogantes, pero Carla no puede dejar de mirarme. Yo tampoco a ella, si te digo la verdad. La ocasión anterior solo pasamos una hora juntos y nos dimos los teléfonos antes de que ella y sus amigas se fueran a cenar con no sé quién puñetas para luego viajar a Florencia, y nosotros nos fuéramos a Bolonia a darnos el fiestón padre.

Recuerdo que la llamé el mismo día en que regresamos a casa y que ella dudó unos segundos al otro lado del teléfono antes de decirme que sí a mi invitación de ir a tomar algo.

*Pero esta vez no voy a separarme de ella...*

Aintzane, una mujer larguirucha y desgarbada (la versión femenina de mí mismo, vaya) le tiende sus sandalias de auténtica Cenicienta y yo aprovecho para practicar el noble arte del voyeurismo babeando internamente ante sus pies perfectos.

—¿Y tú quién cojones eres? —me espeta la borde de Miren sin cortarse un megapíxel, porque la tía es vasca vasca, pero vasca de narices.

—Tú tienes cara de llamarte Miren y de adorar los animales —me tiro el pegote.

¡Que le estoy cogiendo el gustillo a esto de saber lo de los demás, oye!

—¿Y tú eres el nieto de Rappel o qué? —me pregunta sin esconder su desconcierto.

Las tres me miran como a un bicho raro, de modo que decido cortarme un poco. Además, tampoco sé lo que va a pasar ahora. Las cosas no son exactamente iguales a como ocurrieron siete años atrás. Ni siquiera están aquí mis amigos jugando a quién pierde y le toca ligar con la amiga fea de Carla. ¡Qué capullos somos los tíos a veces!

—A mí también me ha acertado el nombre —dice Carla como si nada en cuanto ha terminado de calzarse—. Oye, ¿de verdad que no nos hemos visto antes? Tengo la sensación de conocerte...

—Oh, pero eso es porque voy a ser el amor de tu vida y te vas a casar conmigo —me escucho decir.

*¿Pero cómo he podido decir yo eso?*

Carla agranda los ojos y la boca, atónita, y replica con un deje divertido, coqueto y reprobatorio a la vez:

—No me gustan los descarados.

Y me da la espalda para dejarme ahí tirado como un programa de

Windows obsoleto antes de abrazarse a sus amigas.

—¡Carla, espera, por favor!

Algo en mi súplica o en mi tono de voz le hace volverse a mí. Quizá se deba a que estoy llorando a moco tendido, nunca lo sabremos, pero funciona y su cara se suaviza.

—Hablaba en serio... —le digo con convicción.

—Tenemos que irnos —le recuerda Aintzane en voz baja.

*Gracias, Aintzane. Recuerda esto el día de tu boda cuando te dé un exprimidor en lugar de las alfombras persas que te regalé.*

—Anota mi número, anda —me responde Carla con una nueva sonrisa.

Yo se la devuelvo y sé que aquí, justo aquí, se acaba de enamorar de mí. De mi sonrisa. Entonces sonrío mucho más, a lo loco.

—Ehhhhhhhh, ¡pues sí que pierdes tú el tiempo, Chinchetas! —grita la voz de Kepa a lo lejos.

Ladeo la cabeza hacia ellos, que se están acercando a nosotros con los ojos colgados de las curvas mamarias de las italianas.

—¿Tus amigos? —pregunta mi futura con una mueca de desagrado.

—Pero muy poquito... —me defiendo con miedo.

Ella parece dudar, aunque al final me dice:

—Apunta, va...

Extiendo el chip de mi muñeca hacia el chip de la suya y unimos nuestra piel para intercambiar teléfonos. La electricidad nos sacude a los dos, no solo a mí. Me mira turbada.

—¿Qué ha sido eso?

—¿El destino? —susurro.

Me estoy poniendo tan místico que me dan ganas de dejarme barba, y comprarme una túnica y un cayado.

—Ehhhhh —vuelve a gritar Kepa a pesar de los pescozones que le está arreando Patxi—. ¿Te vienes con nosotros? ¡Última invitación!

De pie, Carla parece aguardar mi respuesta antes de atender a las llamadas de sus amigas. Ni siquiera me giro para responderles y, con la vista clavada en los ojos de ella, contesto en voz alta:

—No, yo me qued... —me interrumpo con brusquedad.

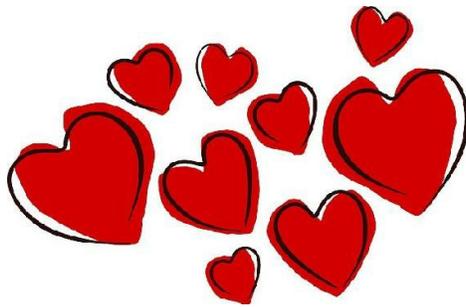
¡Puto genio cabrón! Casi la cago a la primera. Que no, que yo no duro ni dos telediarios. En una película de asesinos en serie, yo sería la rubia tetona a la que se cargan primero mientras trata de sacar su tacón de aguja de la alcantarilla en la que se ha quedado atorado. Y en una de zombis, pues... No,

te equivocas, no me convertirían de los primeros: ya empezaría la peli siendo zombi. Ese soy yo.

—¿Quééé? —se asegura Patxi esta vez.

—Que, si esta bella señorita me lo permite —digo sin apartar mis ojos de los suyos ni un segundo—, me quedo con ella...

Las mejillas de Carla adquieren un rubor encantador y me regala una preciosa sonrisa. Sabía que la quería, pero no recordaba cuánto. Aguardo unos segundos hasta que ella me da el «sí» más importante para nuestro futuro...



—Pero... ¿por qué es tan importante para ti? —ríe ella sin dejar de acariciar mis manos, con las que le cubro los ojos.

—Porque es tu primer cumpleaños conmigo, estrenas decena y quiero que sea perfecto, simplemente perfecto... —respondo sin dejar de bebérmela con la mirada—. ¿Me prometes que mantendrás los ojos abiertos mientras abro la puerta de mi casa?

Ella asiente entre risas y corre a taparse sus propios ojos en cuanto retiro mis manos de su cara. La espío sin ningún pudor. Estoy nervioso, muy nervioso, pues todo está resultando diferente a nuestra vida pasada pero similar al mismo tiempo, y tengo miedo de cagarla o de no aprender nada. Me dan ganas de decir la frasecita y quedarme así con ella para siempre, aunque sé que no debo, que no saldría bien si me olvido de nuestro pasado-futuro juntos.

Abro la puerta tiritando como un flan y acaricio su rostro antes de llamarla.

—Carla, ya puedes abrir los ojos y entrar...

Ella no se hace esperar y entra de un salto en mi casa con los ojos llenos de interrogantes.

—¿Y eso...? —señala con su mano al frente.

—Eso es...

Urano maúlla celebrando nuestra llegada. Ronronea como el motor de un camión-cisterna y muestra su alegría por reencontrarse con Carla restregándose contra sus piernas.

—¡Qué cariñoso y bonito que es tu gato! —exclama encantada antes de inclinarse sobre él y acomodarlo entre sus brazos—. Ya me dijiste que era un gato especial pero no me lo imaginaba así de sociable.

Urano cierra los ojos y se deja hacer en su regazo mientras le rascan la barriguita de color canela. Está disfrutando el tío...

—¡Si es que no me extraña nada! —vuelve a exclamar con una sonrisa perenne—. Es como si me conociera...

—Toma, porque lo hace... —respondo con mi irritante hábito de decir lo primero que me viene a la cabeza sin filtrarlo.

—¿Cómo? —pregunta ella sin hacerme mucho caso, pues el bandido de Urano la tiene totalmente entregada a él.

—Cosas mías. ¿Vienes al sofá? Tengo algo para ti... —confieso tratando de ocultar que estoy luchando contra cinco litros de sudores fríos, un temblor de piernas terrible y un ataque diarreico que amenaza con estropearme el momento.

—¿Te encuentras bien?

*Vaya, pues me lo está notando, sí.*

Esbozo una sonrisa de merluzo y asiento.

—Te estás poniendo amarillo por momentos... —apunta Carla muy seria.

—¿Nos sentamos? —le suplico.

Ella accede y los tres, gato incluido, nos acomodamos en el sofá del salón. La veo echando miradas furtivas hacia el cartel de la pared que le he preparado con mis manitas, pero contiene su curiosidad al verme tan descompuesto. Si la Carla de ahora es igual que la de antes, me preguntará cualquier otra tontería en su lugar para ayudarme a que me relaje y no me dé un chungo.

—Háblame de Urano. ¿Cómo llegó a tu vida? —dice tomándome con la mano libre que el gato acaparador me ha dejado.

Lleno mis pulmones de aire, cierro los ojos un segundo y sonrío. Carla nunca me falla(ba) en estas cosas.

—Fue hace año y medio, justo antes de El Cambio<sup>[8]</sup>. Un grupo de chavalines armaba barullo en un callejón mientras jugaban a lanzar piedras.

No sé qué me dio aquel día porque soy de valentía más bien tacaña, pero me enfrenté a ellos cuando escuché el llanto. Te confieso que pensaba que se trataba de un bebé, pero lo hice. Los espanté —recuerdo con orgullo sincero. Ella me mira embobada. Veo el amor en sus ojos y eso me da el coraje que me hará falta cuando termine el relato—. El caso es que me encontré con el pequeño Urano en una esquina. Era una bolita de color canela, salpicada de manchas negras de grasa, suciedad y sangre. Nunca me había planteado tener un animal de compañía, ¿sabes? Aun así, me lo traje a casa, lo llevé al veterinario, lo cuidé y se salvó. Ahora es el mejor amigo y compañero de piso que podría tener.

—Es una historia preciosa... —dice ella.

Entonces deposita a Urano en el suelo, se acerca a mí mordiéndose el labio en un gesto pícaro y todo su cuerpo se funde en el mío, convertido en lava por el poder de su beso. Me sumerjo en su boca y la beso con desesperación mientras pienso en cómo esto se pudo estropear un día, cuándo y cómo fue. Me resulta imposible, inconcebible.

Carla se aparta de mí.

—¿Qué te sucede? Pareces ido —apunta.

¡Qué buena sería la jodida como detective!

—Sí, tengo algo que enseñarte. Bueno, te he hecho una tarta también, pero yo que tú no me la comería a no ser que quieras terminar la velada en una camilla romántica en el hospital junto a mí. Porque yo también agonizaría a tu lado por solidaridad, por supuesto... —disimulo y doy un salto rápido que me permite escabullirme hacia la cocina.

Al fondo, escucho las risas de Carla y noto su mirada a mi espalda. Sé, por ella misma, que cada vez que me daba la vuelta ella aprovechaba a mirarme el culo (como yo, vale), así que camino sacando pompis como las mujeres de los anuncios de perfume para que caiga rendida ante mis encantos. Me va a hacer falta...

Regreso con la tarta, que está de foto. La faena es que está solamente de foto. Carla la aprueba con un cabeceo rápido y sonrío.

—Bueno, ¿y ese cartel? —pregunta después de admirar mi postre incomedible.

—¿No te gusta? —finjo escandalizarme.

—Es bonito, e intrigante... ¿No habría sido mejor algo como «Feliz vigésimo cumpleaños, Carla»? —pregunta encantada.

—¿¡Pero qué escritor de pacotilla sería yo con semejante alarde de

originalidad!? —exclamo con los brazos en jarras a lo maruja.

Carla se tapa la boca para esconder una carcajada y, sin poder evitarlo, pasa la yema del dedo sobre la tarta de merengue y se lo lleva a la boca.

—¡Ohhhhh! Está... —susurra—, ¡repugnante! —añade la descarada con una sonrisa de felicidad que me la comería entera ahora mismo (a ella, no a la tarta).

—¿Entonces qué me dices? —ataco.

—¿A qué? —pregunta desconcertada.

—Vuelve a leer el cartel, por favor —le pido—. En voz alta esta vez...

Mi mujer se gira hacia la pared y lee:

—Carla, hoy será el primer día de tu nueva vida... ¿Qué signif...? —se detiene al volverse a mí y descubrirme arrodillado en el suelo con un modesto anillo bailando en mi mano temblorosa.

Me tiemblan hasta las pestañas. Ella se lleva las manos al rostro. Me mira mí, al anillo, a mí, al anillo. Después a Urano, que se ha metido por medio. Luego, otra vez al anillo y a mí. Son los cuarenta segundos más terribles de mi vida, sin contar cuando me maté un poco en el coche, pero eso ya lo sabes...

—¿Qué dices? —pregunto en un hilo de voz con la sonrisa hambrienta.

—¡Que estás como una puta cabra! —me acusa, pero su acusación está llena de risa y felicidad, no es en plan «Tío, eres siniestro y me largo de aquí»—. ¡Solo llevamos un mes saliendo!

—Ya, bueno, pero no nos hemos separado ni un día desde entonces. Yo he finalizado los estudios y tengo un par de entrevistas en dos periódicos, además de otro par de libros que podrían interesarles a las editoriales... —le escupo atropelladamente todos los argumentos que me había preparado.

—¡Pero es solo un mes y yo aún no he terminado siquiera mis estudios! —protesta débilmente. Es su forma de pelearse conmigo antes de darme una respuesta afirmativa.

—Tampoco nos vamos a casar ya mismo... Solo nos estaríamos prometiendo y, cuando acabes la carrera o te sientas preparada, nos casamos. Va, ¿qué me dices? —repito con mi sonrisa de dios griego que tanto le pone.

Aún sigo arrodillado en el suelo, esperando su respuesta. Sus ojos violetas me tienen atrapado y no pienso moverme ni un milímetro hasta que me dé mi

«sí, quiero». Sus labios dibujan la curva más hermosa del mundo, adelantándose a sus propias palabras.

*¡Joder, cómo te quiero!*

Mueve la cabeza muy despacio, se agacha en el suelo conmigo y susurra esa sílaba mágica: *SÍ*. Su aliento me acaricia la cara y mis chinchetillas se encharcan con una lágrima en cada una.

—¡Síííí! —repite subiendo el tono.

—Ya verás cómo esta vez vamos a ser felices —le prometo después de envolverla en mis brazos.

—¿Esta vez? —repite, pero no deja de reír. Es tan feliz como yo. O más —. Cosas tuyas, ¿no?

—Eso es... Cosas mías... —corroboro.

No me puedo creer lo bien que está yendo todo. ¿Cuántos pueden reescribir su propia historia? Soy un afortunado, coño, y más feliz que nunca.

El genio no ha vuelto a incordiarne y empiezo a pensar que todo fue un sueño, que no existen ni él, ni el contrato con sus ochocientas cláusulas, ni el estúpido cuaderno de viajes. No existen.

Voy a dedicarme a Carla, a conseguir ese puesto de becario en el periódico que rechacé en su día por la escasa remuneración y perseguiré mi sueño de ser escritor. Nada de «Trabajaré temporalmente en esta zapatería» en esta ocasión. Voy a luchar por lo que quiero y a esforzarme por ser mejor persona y marido. Lo juro.

—¡Ehhhh! ¿Qué piensas, Mikel? —pregunta ella apoyada en mi hombro. Seguimos unidos en un abrazo largo y apretado.

—En lo feliz que me haces... —murmuro en su oreja.

—¡Qué cosas! ¿Te podrás creer que el día que te conocí me pareciste un auténtico gilipollas? —me suelta riendo.

Me separo ligeramente de ella para comprobar si me está vacilando, pero las lágrimas de sus mofletes me tienen un poco despistado.

—Estás de coña, ¿no? ¡Yo pensaba que te habría resultado encantador! —replico con el orgullo herido.

—A ver... Más tarde, sí. Pero, de primeras, arrojarte en plancha a una fuente que cubre media pierna para «salvar» a una tía que ni conoces... jejejeje. Reconoce que es de memos, o inquietante, raro, o inusual.

—Vale, vale... Ya me hago una idea. No hace falta que hagas un repaso completo al diccionario... —replico medio enfadado, medio en broma.

—¡O todo a la vez! —remata ahogando mi enfado en sus labios de miel.

Nuestras lenguas inician su baile. Ahora soy un papel y Carla es el viento. Me transporta a lugares pasados y futuros. No dejo de ver imágenes de mi vida cuando ella me besa. Me mareo y me separo bruscamente. Mi prometida me mira enamorada. Esta vez no es consciente de mi alteración, pues en su cabeza también revolotean cientos de pensamientos, planes e ideas.

—Pero, cuando dijiste mi nombre con esa seguridad... Fue... No sé cómo explicarlo —continúa ella—. Como tú dijiste, como si fuera el destino. Y que nos fuéramos los dos a encontrar precisamente en Roma siendo ambos de la misma ciudad... De verdad que rompe todas las estadísticas. Va a ser una historia preciosa que podremos contarles a nuestros hijos y nietos —me cuenta con los ojos soñadores y risueños.

*¿Hijos? ¿Nietos?*

Un dolor de cabeza me invalida. Sé que aquí hay algo y que debería hablarlo con ella. En su lugar, hago lo que cualquier cobarde de raza haría: me salgo por la tangente.

—¿Y tus amigas qué dijeron de mí? Porque algo te han dicho, seguro... —saco tema a la desesperada.

Carla duda un segundo hasta que finalmente decide contármelo.

—Mi amiga Miren es un poco burra y dijo que solo un psicópata se tiraría así sobre una desconocida, y que me mirabas los pies con una fijación pervertida. ¡Qué tontería!, ¿verdad?

—Je, je, je —rio como un rinoceronte asmático—. Verdad... Yo solo te miraba las tetas, lo juro...

La maniobra de despiste funciona y Carla rompe a reír.

—¿Y Aintzane? Porque creo que a ella siempre le he... —rectifico—, que le caía bien.

—Bueno... Dice que eres majo pero que nunca se sabe. Ella siempre tiene una frase para estos casos (y para todos en realidad).

—¿Cuál? —pregunto inocentemente.

—Que por muy majo que parezcas, todo el mundo es gilipollas hasta que se demuestre lo contrario.

Abro la boca horrorizado. La sala se ha congelado, incluso el salto de Urano hasta la mesa ha quedado suspendido en el aire. Trato de despertar a Carla, pero su cuerpo comienza a parpadear y a convertirse en humo. Todo a mi alrededor desaparece. Yo desaparezco también. Soy humo. Soy nada.

No puedo gritar y solo quiero llorar.

—¡Caaaaaaaarla!

## Segundo salto

El estúpido que tiene mucha memoria  
está lleno de pensamientos y de hechos;  
pero no sabe sacar conclusiones de ellos.  
**Vauvenargues**

Tengo esa sensación intensa de que alguien me está mirando fijamente y no parará hasta que me dé por enterado. Sabes de qué te hablo, ¿a que sí? Igual que cuando entras a un establecimiento regentado por chinos y varios pares de ojos como los míos (achinados) se te clavan en el cogote y en otras partes de tu anatomía, haciendo que te sientas un vulgar delincuente, mientras buscas aprisa lo que hayas ido a comprar antes de acabar confesando entre lágrimas todos tus pequeños pecados, incluyendo la chuleta que te hiciste en el instituto en el examen de Geografía.

Dos veces he acabado contando yo lo de Geografía, y a lágrima viva... Quien sea que esté ahí delante, tiene la mirada persistente y una genética muy china.

*¿Será mi Carla? ¿En qué año me habré despertado? ¡Qué nervios!*

Levanto los párpados con timidez para toparme con una mujer de sonrisa cálida que me mira como lo haría yo con un croissant relleno de Nutella, con devoción. ¿Quién será?

—Levanta, dormilona, ¡que es tu cumple! —canturrea la mujer mientras me acaricia la cara.

—¿Dormilona? —repito en voz alta y entonces el escenario me da vueltas de miedo miedoso al reparar en mi voz añorada y de pito.

—Sí. Todos los sábados nos despiertas a papá y a mí a deshoras y hoy, que es tu cumple, ¿te quedas en la cama? —dice la mujer, ¡hablándome A MÍ!—. ¿Estás bien? Te veo pálida, princesa... A ver si te estás poniendo

pachucha... —añade al tiempo que comprueba la temperatura de mi frente con el dorso de su mano.

—¡Señora! ¿Qué confianzas son esas? ¡Que todavía soy un hombre casado! —le espeto aturdido con mi voz de niña de san Ildefonso y un manotazo rabioso para alejarla de mi cara.

—¡Micaela! ¿Qué has dicho? —pregunta la mujer con los ojos distorsionados por la sorpresa.

Se lleva una mano a la boca y otra al corazón. Creo que le va a dar un jamacuco o bien se está preguntando dónde guarda el teléfono de su exorcista de confianza. Por esa razón, no porque oiga las carcajadas del genio cabrón dentro de mi mente, decido cambiar de táctica y fingir que soy tal Micaela, y no Mikel, un hombre de veintinueve años metido en el cuerpo de una niña de... ¿cuántos?

—Jijijiji —disimulo—. Que era bromaaaaaa.

«Mi madre» esboza la sonrisa tensa que se te pone con la llegada de invitados gorriones que nunca han sido invitados. No las tiene todas consigo. Decido echar toda la carne en el asador.

—¡Maaaaaami! ¡Te quiero! —Y me arrojo a sus brazos con ímpetu y ganas, frotándome contra ella como aprendí de Urano.

Mi actuación termina de convencerla, puesto que abandona sus reservas y me envuelve entre sus brazos con una lluvia de besos y de risas espontáneas. Nota mental: comprobar si estoy en la obra de teatro de fin de curso, porque estoy hecho un actor-actriz fantástico.

La risa del genio vuelve a incordiarne. Me lo imagino tirado en el sofá de su lámpara, mirando el espectáculo en una pantalla de ochenta y cinco pulgadas mientras se rasca su culo negro con una mano y come palomitas con la otra.

*¡Desgraciado!*

Más risas.

*No te cortes, no...*

—Mamiiiiii —le digo a la mujer que me abraza. Le estoy poniendo morritos y agitando mis pestañas infantiles de modo coqueto. No puedo fallar —. ¿Cuántos cumplo? ¿Tantos como tú?

Su pecho se agita al reír y niega con la cabeza.

—¡No, boba! ¡Pero si llevas toda la semana gritando que ibas a cumplir ocho años! ¿De verdad estás bien? ¿Quieres que anulemos la fiesta de cumple de esta tarde con tus amiguitos? —me sugiere preocupada.

Es una trampa. Lo sé. Ningún niño en su sano juicio rechazaría una fiesta de cumpleaños con más niños, tarta, velitas, caramelos y regalos. No hay que subestimar jamás el poder de una madre, que lo mismo te predice una lluvia por mucho sol que haga justo cuando vas a tender la colada, que encuentra un objeto que nadie más ha conseguido encontrar, que detecta a un extraño viviendo en el cuerpo de su hija. ¡Vaya marrón!

—No, no, nooooo —me apresuro a contestar—. ¡Estoy muy bien, mami! ¡No me quites la fiesta, porfiiii! —alargo las sílabas finales como he visto a hacer a los dos mocosos que tengo por sobrinos—. Solo he tenido una pesadilla, nada más.

Ella suspira como solo una madre sabe hacer: como si te estuviera perdonando la vida o salvando de un cáncer, y asiente.

—Vale... Pero no vuelvas a darme esos sustos, princesa —responde más relajada—. Ahora a la ducha, venga, y a desayunar.

—¡Síiiii! —grito eufórica.

No sé si estoy sobreactuando y, más que una niña, parezco un adolescente con exceso de sustancias químicas o alcohólicas en su organismo, pero me he metido en el papel y ya no puedo parar. Me levanto sobre el colchón y comienzo a dar saltitos alegres sobre la cama.

—¡Es mi cumple! ¡Es mi cumple! —canto lleno (o llena, que ya ni sé) de alegría.

Siento dos personas conviviendo en el mismo cuerpo: la propia cría y yo mismo, y nos estamos haciendo coleguis muy rápidamente. Mamá contempla mis saltos visiblemente más aliviada.

—Oye, mami... —susurro en su oído cuando esta me coge entre sus brazos para llevarme a la bañera—. ¿En qué año estamos?

Esta vez la buena mujer no se alarma. Parece ser que las criaturas de esta edad no llevan muy bien lo de las fechas. Fascinante...

—En junio de 1983, pequeña despistada —me regaña fingidamente mientras captura mi nariz entre sus dedos y finge comérsela.

Yo me indigno al verlo, pero de verdad, y le exijo a mamá que me reintegre de inmediato mis fosas nasales para poder respirar y tener una vida digna. Mamá se ríe ante mi discurso y me asegura que lo hará en cuanto finalice el proceso natural de digestión. ¡Será cochinota!

—Está perfecta —dictamina mamá al introducir una mano en el agua de la bañera—. Voy a encender la cafetera y a preparar el desayuno, pero vuelvo en un periquete, ¿de acuerdo? Nada de hacer tonterías. Báñate y

enseguida regreso para lavarte el pelo, ¿sí?

—¡Que ya soy mayorrrr, jooooo! —protesto.

Ella me guiña un ojo y sale del cuarto de baño, momento que aprovecho para ponerme de puntillas (¡maldito metro treinta!), echar el cerrojo de la habitación y enfrentarme a mi propio reflejo en el espejo.

—¿Cómo era? —digo en voz alta, pero enseguida se me pasa al descubrir mi nueva apariencia—. ¡Ehhh, soy guapa!

Sonrío encantado (o encantada) al ver mi apariencia angelical. Soy tan mona que me darías tu cartera sin pensártelo solo porque te lo he pedido. E incluso me darías las gracias. Podría ser la doble de Shirley Temple... O ella mi doble, ¡qué narices! Agito los tirabuzones rubios y chuleo de pelazo frente al espejo, pero, sobre todo, chuleo de ojazos azules. Sí, como lo has oído: O-JA-ZOS. Son tan grandes que casi no me caben en la cara y se me salen por los lados. Soy el sueño de un dibujante manga. ¡Soy mi propio sueño! Si no fuera una niña y no estuviera en el siglo XX, claro...

Aprieto mis manos diminutas hasta convertirlas en puños furiosos y grito:

—¡Ehhh, genio!

Una risa lejana resuena en mi cerebro como el murmullo de un río. Lleno de aire mis pulmones y espiro con tranquilidad, como he aprendido en el programa de televisión «Relajación para ejecutivos agresivos y amas de casa».

Ahora me vienen la frase de invocación y todas esas pijotadas del contrato y la libreta de viajes. ¡La libreta de viajes! Por fin comprendo su utilidad y el detallito de apuntar las fechas. ¡Se va a enterar el muy... el muy! ¡No puedo decir palabrotas! ¡Ni siquiera pensarlas! ¿Y eso...?

—¡Serás... GENIO! —le escupo al cristal—. Venga, vamos allá: «¡Oh, Capitán! ¡Mi capitán! Nuestro espantoso viaje ha concluido. El barco ha enfrentado cada tormento, el premio que buscamos fue ganado...»

El espejo bizquea y parpadea como en una fiesta loca de luces intermitentes. Mi preciosa nueva cara de angelito rubio se emborriona y queda sustituida por el gepeto del genio.

—¡Ehhhhhhhhhh, tío! —grita a modo de saludo.

—¿Estamos en el Bronx o qué? —replico, cabreado como una mona—. Además, ya no soy un tío. No sé si lo habrás notado... —añado señalándome.

M. A. se ríe tanto que puedo ver su campanilla agitándose obscenamente en el interior de su boca. Después de beberse un litro y medio en lágrimas de risa, Barracus me mira muy serio y responde:

—No has leído el contrato. Muy mal, chaval. Te has tirado mes y pico pelando la pava en tu primer salto y ni siquiera has leído el contrato ni estrenado la libreta. ¿Qué crees que vas a aprender así?

De repente, todas las recriminaciones, acusaciones e insultos que pensaba arrojarle se me quedan grandes. Me siento como si una banda de profesores chinos me hubiera pillado copiando en el examen de Geografía. ¿Qué le digo yo ahora?

—¿Por qué no puedo decir o pensar tacos? —le suelto en una maniobra perfecta de despiste y sigilo que ya querrían para sí los ninjas.

El genio cabecea un par de veces antes de hablar. Tiene la vena hinchada del cuello del esfuerzo que está realizando por no reírse en mi cara. Se lo noto, que yo soy muy notador y siempre noto esas cosas. Llámalo intuición. También ayuda que oiga sus risas en mi cabeza, vale, pero ahí está mi intuición.

—Veamos, chaval, ¿por dónde comienzo? Urano está decepcionado contigo por tu pasividad en el salto anterior. Cierto es que te dedicaste en cuerpo y alma a ser mejor tipo y hacer feliz a Carla, y eso te honra, pero no es esa tu misión. Debes aprender para enmendar tus errores, ya te lo dije. Tres aprendizajes: sobre ti, sobre los demás y sobre tu muerte. Si ignoras eso, solo habrás dado un pequeño paseo por tus vidas antes de morir definitivamente.

—Mis vidas... —repito. Hay que reconocer que el tío sabe cómo captar la atención de su público—. ¡Pero tú me hiciste creer que podría volver a mi vida y saltar sobre el pasado! ¡Me has engañado!

—No, te has engañado tú solita, monada —dice con guasa—, y tampoco has estudiado el contrato. Cláusula siete, membrillo de melocotón. Los saltos temporales abarcan toda tu existencia, no solo tu última vida. ¿O crees que los errores que cometiste en tus anteriores vidas no te han llevado a lo que eres ahora (o eras antes) y serás luego? Perspectiva, chaval, perspectiva...

—¿Me estás diciendo que voy a estar dando tumbos por diferentes cuerpos hasta que me harte, se agoten los saltos o diga la fórmula de detención? ¿Es eso? —chillo a lo loco como un soldado en la guerra antes de enfrentarse al enemigo o una maruja en rebajas.

—Eso depende de ti —me contesta sin ápice de burla—. Ignoro el paradero de cada viaje en el tiempo porque sucede según lo que hayas aprendido o necesites aprender. Podrías quedarte para siempre en ese cuerpo, independientemente de los saltos, a otros, volver al tuyo, incluso, no regresar a este jamás.

—¿Quieres decir que podría no volver a Carla ni a mis padres jamás? ¿Que podría quedar atrapado en un siglo al que no pertenezco?

—¡Vaya! Te he cogido despejadito hoy, ¿eh? ¡Buen resumen, chavalote! O niña, o cuchicuchi...

Me entra la rabia asesina y golpeo el cristal con mi puñito.

—¡Mari... posa! ¡Cacho cabr... itillo! ¡Mentiroso de mie... !! —suelto de corrido—. ¡Jopetas! ¿Por qué no puedo decir una buena palabrota? —le pregunto abatido. Hasta eso me lo ha quitado.

*Jopelines... Gilipichis de genio... Le cogía del... y le... ¡Caracoles!*

—Forma parte de tu adaptación al cuerpo. Piensa que eres tú en realidad, solo que un «tú» antiguo. Cuando llegas a esta vida, lo haces desde tu existencia actual, pero eso se va diluyendo. ¿Recuerdas lo que te dije de las veinticuatro horas? ¿El proceso de un día por el cual olvidarías todos tus recuerdos una vez dijeras la fórmula o agotaras los diez viajes?

—¡Nooooo! —niego horrorizado—. ¿Cómo voy a aprender así algo?

—No, no es eso. Tranquilo —contesta el negrazo desde el espejo.

Permanece con el semblante aún serio, como si le debiera dinero, y eso hace que se me suelten las tripas. En fin, ya veo que mi cobardía estomacal también me acompaña en mi cuerpo de niña.

—Las primeras veinticuatro horas digamos que eres como un huésped parásito dentro de tu nuevo cuerpo. Poco a poco, todo tu ser se amolda a lo que fuiste un día y, a pesar de que seguirás siendo tú y recodarás todas tus vivencias, te fusionarás con lo que eres y sabes de esta época. Por ejemplo, ahora no sabes ni cómo se llama tu madre, ¿verdad?

—¿Mamá? —respondo sin poder evitarlo.

Yo era el que siempre levantaba la mano en clase ante la pregunta del profesor, aunque no tuviera ni pu...ra idea.

—¿Pero por qué no puedo decir tacos?

—Porque el proceso de simbiosis ha comenzado y Micaela no dice ni conoce la mitad de las palabrotas que usas. Tampoco puedes obligarla a decir o hacer nada que viole su esencia y carácter. Debes respetar tu nuevo «yo» y trabajar desde él. Mañana verás cómo conoces todo sobre tu nueva antigua vida, incluyendo el nombre de tus papis —asegura con el labio superior semi alzado. Que no, que se lo está pasando teta el ma... landrín.

—Miñini virís quími quinicis tidi sibri ti niví intigui vidi —lo imito con mi voz de niña vengadora satánica—. Pues bota y bota, que en tu culo explota —añado para dejarle sin argumentos.

*¡Ahí lo llevas! ¡Chúpate esa!*

El desconcierto de M. A. ante mi respuesta es más que evidente. Abre su enorme boca y dibuja una O redondísima que asemeja un túnel.

—¡Que me aspen! ¡Qué rápido se está dando la fusión de tus «yos»! —sentencia asombrado—. O es que eres gilipollas de serie, que todo puede ser...

Yo ignoro el comentario, le hago un gesto de rebote con las manos y le saco la lengua para demostrarle que estoy muy por encima de sus chanzas e insultos.

—Bueno, ¿tienes alguna preguntita? Porque he quedado, ¿sabes? No veas lo bien que nos lo estamos pasando contigo, Mikel... Micaela —rectifica—. Cuando casi dices la frase nada más llegar, me meaba, lo juro. Todo el gremio cambiando sus apuestas porque así no llegas ni a semifinales. ¡Ja, ja, ja, ja! Pero, mira, al final duraste bastante y no fuiste tú el que dio el salto.

—Ya... —me pongo triste al pensar en Carla. ¿Y si de verdad no vuelvo a verla?—. Pero lo estaba haciendo bien, ¿no? —lo miro suplicante.

El genio me sostiene la mirada y parece compadecerse de mí.

—No del todo. Sigues fallando en lo principal, pero debes verlo por ti mismo, ver qué haces mal, por qué tu vida será siempre un fracaso si no... —se calla.

Al ver que mi genio ha hablado de más, disimulo como puedo y me pongo a cantar canciones de anuncio de televisión que no sabía que supiera.

—Las muñecas de Famosa se dirigen al portal,  
para hacer llegar al niño su cariño y su amistad.  
Y Jesús, en el pesebre, se ríe porque está alegre,  
Nochebuena de amor, Navidad jubilosa.  
Es el mensaje feliz de las muñecas Famosa.

—¿Qué dices, tarado? —me recrimina el otro con enfado, como si fuera culpa mía.

—Sí, claro, mata al mensajero —le respondo fuera de control. Esta conversación no tiene ni pies ni cabeza.

Él cabecea de izquierda a derecha y repite:

—¿Alguna pregunta más? Me divierto más observándote desde mi pantalla gigante.

*¡Lo sabía! ¡Mal... malo malote este genio!*

—No, por favor, no te vayas. Tengo un par de dudas importantes. Y te prometo que hoy mismo me lo leo todo y estreno la libreta con fechas y de

todo todito. ¡Lo juro por Calimero! —le ruego agitando mis pestañas rizadas, a las que él tampoco es inmune porque me mira arrobado.

Seguro que le apetece pellizcarme los carrillos. En su lugar, agito mis rizos y esbozo mi sonrisa irresistible. El genio suspira sabiéndose vencido y asiente.

—Si yo nací en 1999 y ahora, en 1983, tengo ocho añitos como Micaela, ¿significa que me moriré con veinticuatro años para renacer más tarde como Mikel?

M.A. frunce los labios al tiempo que asiente. Parece francamente impresionado por mi reflexión.

—Chaval... sigue por ahí. Vas muy bien. En efecto, Micaela murió con esa edad para regresar como Mikel, pero todo eso puede cambiar con tus nuevos actos.

—¿Cómo voy a cambiarlo siendo una cría? —le interrogo a traición a ver si cuela.

—Saca tus propias conclusiones, apunta, observa y actúa. Algo habrás hecho mal para morir tan joven...

—¿Y si me niego a ser una niña? —lo reto.

—Pues que habrás tirado a la basura una oportunidad y es más que probable que, de ese modo, no vuelvas a ser Mikel el zapatero y escritor frustrado a punto de divorciarse.

*¡Qué capacidad de síntesis tiene el jo... tero!*

—Comprendido: la frase de «Todo el mundo es gi...».

Me llevo las manos a los labios y los amordazo con ellas para que se callen de una vez.

—¡Huyyyyyyyyy! —jalea el genio—. A punto ha estado de ser gol, ¿eh? ¡Qué nervios! —exclama con renovadas risas. El maldito ha recuperado su buen humor.

—Decía que esa frase no vale de nada más que para tocar las pelotillas y que la digan los demás, ¿verdad? —susurro con la rabia enrojeciendo mis carrillos.

*Jope, incluso así estoy adorable. Soy como un chihuahua. Por mucho que me encab..., que me enfade, la gente solo te mira riendo con la frase «¡Ohh, qué mono» en sus labios...*

—No del todo. Si sientes que ya has aprendido algo importante en esa vida, una de las tres enseñanzas que debes recoger, o te sientes en peligro o con dolor, puedes saltar usando esas palabras.

—¿Y si no lo hago? Quiero decir, ¿y si, por ejemplo, sigo en esta vida hasta la muerte? ¿Qué sucedería?

—Si mueres, ese salto queda agotado y vas a otro punto en el tiempo, pero nada te asegura que sea el inmediatamente posterior, que ya sé por dónde vas...

—¡Me hago popó en tus muelas! ¡No es justo, caramba! ¿Y de qué murió, o me muero, siendo Micaela?

El genio niega repetidas veces y su voz se queda flotando en el aire. El reflejo en el espejo ha desaparecido.

—Eso tendrás que averiguarlo tú.

Su respuesta me irrita y respondo gritando al techo:

—¡MIMIMIMIMIMIMI MIMIMI!

—¿Con quién hablas, cariño? —se escucha la voz de mamá tras la puerta, que trata de abrir—. ¿Por qué has cerrado la puerta, Mica?

Corro a abrírsele. Menuda bronca me va a caer cuando me vea sin quitarme el pijama aún ni bañarme, y el agua fría como los pies de un oso polar, o los de Carla en cualquier época del año...

—¿Qué haces así todavía? ¿Y con quién hablabas? —me pregunta ojiplática.

—Ehhhh... —balbuceo mientras improviso algo bueno—. Con mi amigo imaginario. Se ha bañado él primero, el abusón, y ahora me toca a mí.

Las facciones del rostro de mamá se dulcifican. ¡Qué guapa es! Me dan ganas de abrazarla mucho y muy fuerte.

—¿Conque un amigo imaginario, eh? ¿Y cómo se llama ese bribonzuelo?

—M. A. Barracus —le suelto en un alarde de creatividad e imaginación.

Mamá se ríe y me abraza.

Yo me río y la abrazo también.

Decidido, me quedaré un tiempo por aquí en este cuerpo a ver qué aprendo. Ser una niña tampoco está tan mal...



Treinta chiquillos sonrían sin complejos, exhibiendo sus encías, en cuanto me ven aparecer por el salón. Sonríó a su vez como ellos, a lo mula

desdentada, y me acerco con prudencia al mogollón. Llevan las manos pegajosas y los zapatos sucios. ¡Caracoles! Mientras no me toquen o me hagan preguntas personales sobre mí o sobre ellos (por ejemplo, sus nombres), todo irá viento en popa.

—¡Hooooola, caracola! —me saluda un crío al que le saco una cabeza.

Lleva algo escondido a su espalda. ¡Qué mal disimula, coñ... Logroño!

—Tengo algo para ti... —me dice el mocoso acompañando cada palabra con una coreografía tan elaborada como compleja consistente en balancearse de un lado a otro sin caerse ni dejar de sonreír.

A juzgar por su cara roja, es más difícil de lo que parece. Me encojo de hombros, alargo las manos para que me dé lo mío y espero. No sé muy bien el protocolo en estos casos.

—¿No me dices nada, Mica? —me pregunta con la voz dolida.

Entonces alza sus ojos hacia mí y una corriente eléctrica, un súper rayo, me hace sentir como un pincho moruno al atravesarme desde mis zapatitos blancos e inmaculados hasta mis tirabuzones dorados.

—¡Yo te conozco! —lo acuso con el dedo mientras me zambullo en esos lagos violetas.

—¡Claro, boba! —se ríe el chiquillo—. ¡Soy Carlitos!

Acto seguido, brinca hacia mí, me tira del pelo con ganas (él sí se sabe el protocolo) y me planta en las manos un paquete enorme, tan grande que no me explico cómo podía estar ocultándolo a su espalda.

—¿A que no sabes qué es? —se hace el interesante.

Yo aún no he recuperado el habla ni el aliento. Me he ahogado en sus ojos y no encuentro la orilla. ¡Es Carla, tiene que ser Carla!

—¡Diii! —exige.

—¿Es chuli? —acierto a decir, mimetizándome con el entorno.

Carlitos asiente con orgullo y se frota las manos nervioso como si las tuviera envueltas en ortigas.

—¡Di qué es antes de abrirlo! —palmotea. Se va a despellejar vivo como siga con ese tic.

—¿La Play Station Pro- 21? —aventuro, porque es lo que le pedí a Carla en mi último cumpleaños.

Arruga su nariz pecosa y niega.

—¿Qué es eso?

Busco con la mirada a mamá a ver si me echa una manita. Claro, en esta época no había Plays ni Internet. Me hago popó en todo e improviso otra vez:

—¿Una peonza?

—¡Pero mira qué grande es! —niega entre risas como si yo fuera tonta.

¡No lo soy!

—¡Pues una gigante, carapedo! —contratoco con un argumento aplastante que le demuestre mi superioridad deductiva.

Carlitos vuelve a negar ignorando mi insultito y agranda aún más sus ojos violetas en una clara invitación a prolongar el juego hasta que cumplamos la mayoría de edad. Sus cejas suben y bajan como en un baile. No se cansa el chaval.

—Coj... Cojitos en pantalones, ¡no sé! ¿Una Nancy? —suelto a la desesperada.

El muy bribón se parte su culito. Así no llegamos a ninguna parte y yo estoy un poco pez en regalos infantiles; conque no te cuento ya si pertenecen al siglo pasado.

—¡Me rindo, jopetas! —suspiro.

—¡Ábrelo, ábrelo ya! —me apremia con una sonrisa triunfal.

Tiene las manos tan coloradas como la cara. Es el niño fuego. Asiento y ataco sin piedad el envoltorio de colorines. La caja es grande y mi mueca de expectación y alegría se va transformando en cabreo máximo a medida que me encuentro papeles y papeles a motrollón, sin sentido del gusto o del ahorro. Se ve que en esta época aún no hay conciencia ecológica ni pasión por el reciclaje. Rebusco entre tanto cadáver de árbol y me encuentro con...

—¡OOOOOOOOHHHHH! —gimo con frenesí.

Mi cuerpecito infantil tiembla de gusto y emoción al verlos, aunque no sé muy bien qué son.

—¡Unos *Walkie talkies* para hablar por las noches! —celebra convertido en canguro eufórico—. Mamá me ha adelantado la paga porque es un regalo para los dos, ¿eh? —añade poniéndose de puntillas para parecer más alto. Y casi lo parece...

—¡Son geniaaaaaales! —respondo entre gritos y saltitos alegres, los míos más altos que los suyos, que para eso soy mayor—. ¿Tú vives aquí al lado? —le pregunto en un susurro confidencial cuando nos cansamos de competir por ver quién llega antes al techo de un brinco (lo dejamos en empate técnico).

Carlitos va a responder, pero una nube de críos chillones e hiperactivos nubla nuestra conversación y escasa intimidad. Enseguida llueven decenas de conversaciones a mi alrededor que se podrían resumir en «Y tú, más», «No,

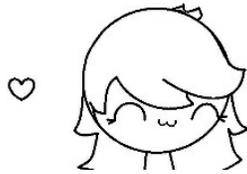
tú más», «¿Jugamos?», «¿Qué te apuestas?», «Tu madre está muy gorda» y «Eso me lo como yo». Conversaciones, a decir verdad, más interesantes que la media de las que he mantenido estos últimos años como adulto.

—¡Niños, niños! ¡Atencióóóón! —exclama mamá, haciendo que, con su voz mágica, todos nos giremos hacia ella y la miremos expectantes.

También ayuda que sostenga entre sus manos una tarta de tres pisos de chocolate. ¡Jod... Jopetas, cómo me voy a poner!

—¡Cara de culo el último! —chilla un crío al que me dan ganas de pegarle solo de escuchar su voz, y eso que no me ha hecho nada.

Corremos en manada hacia mamá, que sonrío sin tenernos miedo ni nada. ¡Qué valiente es y cuánto la quiero!



Abro los ojos desconcertado. ¿Qué hace ese papel rosa lleno de unicornios decorando las paredes? Levanto las manos y me reubico.

Estoy muerto y ahora soy una niña pequeña... Suspiro y me levanto de la cama de un salto. Quiero escribir en la libreta todo lo que viví ayer junto a un resumen de mi vida porque igual he dado con algo importante... Más tarde, si papá y mamá siguen jugando a los médicos en su dormitorio, me leeré el contrato de pe a pa.

¡Menos mal que no soy una niña de dos años! ¡Genio ca... cho malo!

## Libreta de viajes en el tiempo

Pues aquí estoy. ¡Ay, va! ¡Qué letra más fea! ¿Y mi caligrafía de siempre?

¿Me estás mirando, genio pesado? ¡Mira, estoy usando tu libreta!

Voy a intentar hacer un resumen de todo. Ahí va:

MI VIDA COMO MIKEL LARA

Nací en 1999. Mi madre murió de cáncer cuando era solo un niño y mi padre falleció hace apenas unos meses de un infarto. Eso sí, murió haciendo lo que más le gustaba: correr. No era ladrón ni nada parecido, ¿eh? Su afición eran las motos y tuvo un accidente subido a una. Tras varios días coqueteando con el coma y la vida, al final se lo llevó la muerte.

Sobre mí, siempre he querido ser escritor. Creo que nací para ello, aunque no he podido demostrarlo. Por eso estudié el Grado de Escritología, una carrera muy nueva que nos vendieron a mi generación como prometedora y práctica. ¡Vaya caca de la vaca! Casi todos mis compañeros de carrera están en paro o trabajando de becarios en periódicos o editoriales. Y con el intrusismo... Le das una patada a una piedra y salen dos cucarachas y tres escritólogos. En fin...

Que siempre quise ser escritor, pero me metí a trabajar en una zapatería de forma temporal para demostrarle a Carla que sabía llevar un jornal a casa.

A Carla la conocí cuando terminé los estudios, en 2021. Fui a Italia con unos amigos a celebrar el final de nuestros estudios y, pardillos que éramos, nuestra entrada en el mundo laboral. Ella iba a cumplir veinte años (es dos años menor que yo) y cursaba el Grado de Literatura Comparada. Cosa del destino, ¿a que sí?

Nos casamos cuatro años más tarde, en 2025, algo atípico en las costumbres del siglo XXI, pero Carla quería finalizar sus estudios y encontrar un buen empleo. ¡Y vaya sí lo hizo! Se doctoró e imparte el máster de Literatura Comparada *on line* a alumnos de todas las partes del globo. Y yo... pues yo seguí vendiendo «temporalmente» zapatos hasta el día de mi muerte, sin conseguir publicar ni ejercer de algo similar.

En algún momento, Carla y yo dejamos de sonreírnos tanto y llegaron las discusiones, mis lagunas de memoria y los dolores de cabeza.

El día de mi muerte ella me había pedido el divorcio y no bromeaba, aunque yo quisiera hacerme el tonto y cerrar los ojos.

El día de mi muerte...

El genio dijo que debía aprender algo sobre mi muerte. Pues bien, esto es lo que sé de ella. He muerto a la edad de veintinueve años por:

- a) Accidente de tráfico
- b) Muerte por gato
- c) Por tonto
- d) Sospecho que todas las anteriores son correctas.

Y eso me lleva a mi nueva anterior vida...

## MI VIDA COMO MICAELA

No tengo ni idea (todavía) de cómo me apellido, de cómo se llaman mis papás ni de dónde vivo. Según M.A., lo sabré en cuanto la integración de mis dos personalidades o vidas sea completa, y ese proceso parece que tarda un día entero, pero ya llevo un día aquí y, no sé, no siento que sepa más que ayer... Aunque cada vez estoy más descontrolado y me siento menos yo cuando me relaciono con cualquier persona de este siglo.

Estamos en 1983 y ayer cumplí ocho años, lo que significa que nací en 1975. Las fechas me darían un poco igual si no fuera porque se supone que yo (Mikel) debería nacer dentro de dieciséis años y, para eso, Micaela debe morir. ¿Por qué y cómo muere Micaela tan joven? ¿Por qué yo he muerto tan joven? ¿Es eso lo que debo descubrir sobre mi muerte: que siempre muero joven por tonto, por gato o por accidente?

Sin embargo, aún me preocupa algo mucho más que eso: Carla. Está aquí. Ahora se llama Carlitos y es un niño más pequeño que yo (creo). Lo que al principio me dio alegría (¡Mi amor está aquí!, ¡Estamos predestinados a estar juntos!... y todas esas cosas mientras pensaba que podría arreglarlo con ella y volver a empezar, ¡y de qué modo!)... como digo, lo que al principio me alegró ahora me asusta. Si ella también está aquí, si ella es verdaderamente Carlitos, significa que ella también morirá joven o no podrá nacer como Carla.

¿Están su muerte y la mía relacionadas? ¿Siempre hemos estado juntos? ¿Cómo puedo salvarla a ella? No creo que pueda sin salvarme a mí mismo, ¿pero de qué?

Creo que una de las tres cosas que debo aprender tiene que ver con eso. ¿Y si lo que yo hiciera afectara a otras personas? ¿Y si varios estamos relacionados a lo largo de los tiempos por alguna extraña razón, y estamos condenados a repetirnos y a convivirnos?

Según termino de escribir estas líneas, las páginas cuadriculadas de la libreta comienzan a brillar como si hubiera una *rave* de luciérnagas en ellas. Aparto de inmediato las manos del cuaderno (ya sabes el dicho: «niña precavida vale por dos») y soy testigo de cómo se van desintegrando mis propias palabras. Las letras se revuelven y retuercen como lombrices, se separan y reagrupan a su antojo en nuevas y caprichosas asociaciones. Después, el brillo se extingue tan repentinamente como había llegado y me quedo boquiabierto ante el nuevo mensaje.

¡ Enhorabuena, berzotas!

De verdad que me has dejado estupefacto. A ver si Urano ha hecho bien en salvarte...

Efectivamente, tienes razón en algunas de tus observaciones. Has aprendido (o deducido) rápido, por lo que procedo a confirmarte tus sospechas una vez que las has expuesto, tal como exige la cláusula cinco.

Una) Tu aprendizaje sobre tu muerte:

Mueres joven SIEMPRE y, básicamente, es por una de esas tres razones que con tanta precisión y concisión has apuntado: muerte por gato, muerte por tonto y muerte por accidente. Básicamente, podría resumirlo en que eres gilipollas, pero por escrito no me resulta tan gracioso ya que no te veo la cara de panoli que se te queda cuando me meto contigo.

En fin, que ahora que lo sabes, debes tratar de evitarlo y enderezar tu vida. A ver si duras un poco, porque vaya desperdicio...

Dos) Sobre la vida de quienes te rodean:

Así es. Muchas almas están interrelacionadas unas con otras a lo largo de los siglos en sus diferentes existencias. No siempre las mismas personas, no siempre del mismo modo, pero ahí están. Y, por supuesto, funcionáis como una pequeña colmena. Todos tus actos influyen en la vida de los demás, así como los de ellos influyen en la tuya. Y eso se aplica a vuestras muertes en algunos casos.

¿Tu aprendizaje? Descubrir el modo en el que influyes a aquéllos a los que tienes cerca, así como sus consecuencias de cada acto.

Tres) Sobre ti:

Sigues sin aprender nada, pero, bueno, siendo un salto a la infancia, tampoco me voy a poner muy tiquismiquis. Hay algo que aún tienes que ver por ti mismo. Lo tienes delante de tus narices... Cuando lo descubras, todo cambiará, tú cambiarás y la vida de tus seres querido también...

Debes encontrar lo malo que hay en ti, dejar de negarlo, detectarlo y erradicarlo.

Enhorabuena, princesita: Lo has hecho tan bien que ya estás preparadita para el siguiente salto.

—¿Cómo? —pregunto desconcertado y sintiéndome algo timado—. ¡Yo

quiero quedarme aquí, tener una mamá, ir al cole, presumir de ojos, estrenar mis *Walkies* y jugar con Carlitos! —gimoteo en voz alta con mis puñitos furiosos golpeando el aire.

Las letras se agitan como lo haría el enorme pechazo empotrado del negrazo. ¡Será cabritillo! ¡Se está partiendo el pompis de mí!

Cláusula diez: el aprendizaje conlleva un nuevo salto temporal para que puedas seguir aprendiendo. Deberías leerte el contrato de una vez, imbécil.

—¡Pero yo quiero quedarme en esta vida y aprender desde aquí! ¿Y si digo la fórmula de detención? Ahí te jo... ribiarías, ¿eh?

Por todas las lámparas del desierto, ¡qué gilipollas eres! Prepárate, que nos vamos de viaje. Ah... Y ese chaval al que querías pegar, ¿no te recuerda a nadie? Piénsalo, se llama Luisito. Ata cabos... o cordones. Jajajajajajajaja...

Prácticamente puedo escuchar sus groseras risotadas resonando en mis tímpanos. Abro mi boquita de piñón con la intención de gritar la fórmula de marras e impedir que me aleje de esta vida (sé que en ella puedo ser feliz, lo sé. Ya me siento Micaela y no quiero morir. ¡No quiero desaparecer!).

El grito se desintegra en mi garganta, se rompe por las esquinas, se deshace como el papel mojado. Mi dormitorio de unicornios parpadea. Yo trato de parpadear también pero no tengo párpados ni ojos, ni nada.

La nada me engulle.

Ahora yo soy la nada.

Soy NADA.



mostrándole cuánto me mide mi falange más larga y esbelta. El genio se ríe y se retira de mi cabeza con su habitual fórmula de despedida:

*Gilipooooollas.*

Me incorporo con dificultad del suelo. Me crujen los huesos cosa mala, pero ha llegado la hora de convertirme en un intrépido explorador y hacer un reconocimiento del lugar. Me ajusto mi sombrero de Indiana Jones imaginario y miro a izquierda y derecha.

El escenario me resulta vagamente familiar. Me hallo en un saloncito modesto donde compiten, en cantidad y desorden, legajos de papel y capas de polvo. Hay una chimenea encendida y la luz de sus llamas proyecta sombras fantasmagóricas que bailan sobre mí y las paredes, engulléndonos, haciéndonos suyos. Los muebles son escasos, sencillos pero robustos, de estilo muy retro. No sabría situar en qué año estoy, pero sé que estoy en una época antigua.

—No hay más que verme la ropa... —digo en voz alta mientras examino mi chaleco negro y estos pantalones de tela sobaqueros—. ¡Huy! ¡Qué voz de barítono tengo! —añado encantado.

Me muero de ganas de verme en el espejo. Seguro que estoy buenísimo y tengo unos ojos muy muy grandes. El karma me lo debe...

Corro (bueno, no lo hago, pero lo intento) por la estancia en busca de un espejo o superficie que me devuelva el reflejo de mi apariencia. Nada. Me asomo a la puerta del salón y sonrío victorioso al reparar en el antiquísimo espejo que decora la pared amarillenta del corredor.

*¡Qué nervios, por favor!*

Avanzo hasta el objeto deseado. El corazón me va a fracturar un par de costillas de seguir así. Lo mismo la espicho antes de llegar. Esto sería muerte por tonto, seguro. ¡Lo que se iba a reír el genio aunque no ganase la porra! Las manos me sudan. No sé por qué siento tanto miedo de descubrir mi nueva imagen pero es así. Cierro los ojos un segundo, tanteo el espejo con las manos, me obligo a inspirar y espirar varias veces, y los abro. Los abro y...

—¡Me cago en la puta! —exclamo a falta de un tecnicismo o expresión que reproduzca con fidelidad la situación—. ¡No puede ser!

Acerco mis manos a la cara con timidez y me autopellizco los carrillos y me abofeteo para asegurarme de que soy yo, de que soy él, y ¡él soy yo!

—¡Me cago en la puta! —resumo sin dejar de darme palmaditas en el gepeto que durante tanto tiempo decoró mi habitación infantil en forma de póster.

—¡Soy Poe! ¡Soy Edgar Allan Poe! —grito lleno de júbilo y euforia—. ¡Siempre he sido escritor! ¡Chúpate esa, señor agente literario! ¿Poco comercial y de estilo decimonónico? ¡Ole, ole y ole!

Interrumpo mis saltos de alegría.

—Un momentito... ¡No me jodas, genio! ¡Poe se murió muy joven y por causas muy chungas, desconocidas y poco claras! ¿Fue muerte por gato, por tonto o por accidente? ¡Porque le daba a la botella y al láudano que no veas!

El silencio me hace comprender que estoy hablando solo. Cojonudo, ya me he metido en el papel a la primera. Cualquiera que me vea gritándole a las paredes... ¿En qué año murió Poe? ¿En qué año estaremos?

—Sí, muy fan de Poe pero no te sabes más que es del siglo XIX —le recrimino a la cara que se asoma al otro lado del espejo (la mía, vaya; o la de él)—. ¿Dónde está Internet cuando se le necesita?

Si llega a estar aquí mi amigo Kepa, habría respondido alguna parida de las tuyas tipo «Internet no existe, son los padres». Yo le habría dado una galleta por respuesta y habríamos seguido bromeando. Pero, claro, Kepa tampoco existe en este siglo. Ni Carla...

—¡Carla! —exclamo ilusionado con un objetivo claro: salir a buscarla—. Si estás ahí fuera, ¡te encontraré!

Me atuso mi ridículo bigote, contemplo esos pelos desgreñados y lamidos por una vaca, y advierto que no hay nada que hacer con este peinado.

*¡Y esta raya a un lado! ¡Por favor! ¿Será mi peluquero el mismo que el de Aramis Fuster, Donald Trump y Eduardo Manostijeras? Ahora que sé que tenemos infinitas vidas...*

Me llama la atención que nuestros ojos (si no tenemos en cuenta el tamaño, que te veo venir) sean tan parecidos. Jamás se me habría ocurrido que compartieran tonalidad. Y el color de mi piel, y las ojeras... ¡Es tan «yo»! ¡Soy tan Poe!

Decido que es hora de salir a la calle, de manera que regreso al salón para coger algo de abrigo y me arropo con una chaqueta negra que ríete tú de la ropa térmica de Decathlon. ¡Puro lujo calórico!

*¡Ehhhh, que llevo la chaqueta de Poe con la que ha posado tantas veces! ¿A que un poco de envidia sí que te doy? ¿A que sí?*

—¡Pues no solo llevo su chaqueta, sino que soy Poe! —celebro dando palmadas eufóricas.

Intuyo que estoy perdiendo un poco el norte... pero, ostras, ¡es que soy Poe! Si no puedo estar un poco loco ni siendo Edgar (es que ya somos amigos

y ahora puedo tutearlo y llamarlo por su nombre de pila). No, jolines, ¡que llamarlo ni que ocho cuartos! ¡Que soy él!

Me obligo a inspirar y expirar una bocanada de aire para alinear mis chacras y todo eso, y atravieso el oscuro corredor hasta la puerta de salida. Trago una saliva espesa entremezclada con pánico y expectación y tiro de la manilla con la mano taquicárdica.

*Debo comportarme con discreción*, me digo a mí mismo, *Que no noten que soy un hombre del futuro. ¡Joder, qué nervios! ¿Habrá coches de caballos por la calle? ¡Yo solo los he visto en hologramas y en el cine!*

Cruzo el umbral. Ya lo he hecho. Grupos de gente caminan a uno y otro lado ajenos a mí. Los observo con cierta sensación de mirón pervertido, pero sus ropajes, su forma de hablar y de moverse... me resulta fascinante y llamativo.

Un hombre inclina levemente su cabeza y se toca el sombrero a modo de saludo.

—¡Hey! —respondo disimulando. Cuantas menos palabras diga en público, más probabilidades tendré de superar el día de hoy hasta que me fusione. Más tarde ajustaré cuentas con el genio...

—¿Se encuentra bien, señor Poe? —me dice el hombre saludador con el rostro contraído.

¡Maldición! Mi inglés americano del siglo XIX está un poquito oxidado.

—Yes, yes... —digo yo. Que se note que he ido a un colegio de pago bilingüe...

El hombre vuelve a tocarse el ala del sombrero en un ademán claro de despedida y yo falsifico una sonrisa.

—Wait, wait! —exclamo—. ¿Year? ¿Day and month?<sup>[9]</sup> —sigo con mi estrategia de la economía lingüística por encima de todo.

—¿Me pregunta por la fecha en la que estamos, señor Poe? —repite el amable hombre sin ocultar su turbación y desconcierto. Al menos, me entero de lo que me dice...

Agito la cabeza de arriba abajo esperando que ese gesto signifique lo mismo que en mi época.

—Hoy es tres de octubre de 1849, señor Poe. ¿De verdad se encuentra bien?

Tenso mi falsa sonrisa y le señalo a la derecha con cara de «Uohhhhh, ¡mira lo que hay ahí!». El memo pica y gira su cabeza hacia el punto que le he señalado. Mientras tanto, yo me he escabullido sigilosamente (si por sigilo

se entiende atropellar a un frutero y tirarle todo el género por el suelo a causa de un desafortunado accidente: estaba corriendo sin mirar hacia adelante). Dejo el 203 de Amity Street y me adentro en nuevas calles, llenas de olores y formas nuevas para mis sentidos.

Al doblar una esquina, me topo con tres caballeros de vestimenta elegante que me sonríen misteriosamente. Me detengo sin saber muy bien qué hacer.

—¡A quién tenemos aquí! —exclama el que parece más joven con una sonrisa que transmite cualquier emoción menos alegría.

—¿Os conozco? —titubeo tanto en la voz como en los pasos que doy en retroceso.

Los tres se cruzan miradas de asombro y extrañeza turbada.

—¿No nos reconoces? —pregunta el más corpulento.

Niego con la cabeza y ya estoy a punto de echar a correr hacia el lugar del que venía cuando el tercer hombre abre la boca y, sin esconder su sorpresa, enuncia:

—¿Te esposas en un mes con nuestra hermana y no nos reconoces?

Clavo los pies en el suelo de tierra y actúo como se esperaría de un hombre adulto en esta época histórica. Cierro los ojos para que ellos tampoco me vean a mí.

Infalible.

O no, porque escucho sus pisadas acercándose a mí en una nube de polvo que me irrita la garganta. *Nota mental: no volver a dar credibilidad a los estúpidos planes de una niña y estar más atento porque aún pienso como Micaela.*

Me doy por vencido, abro los ojos y la sonrisa, y finjo que acabo de despertarme de una siesta, bostezos y estiramientos de brazos incluidos.

—¿Me voy a casar de verdad? —pregunto dubitativo en un inglés que mejora por momentos.

Eso es francamente estupendo porque ahora puedo cagarme en mí mismo también en inglés por no saberme al dedillo la biografía del que era mi ídolo.

*¡Caray! ¡Que yo soy mi propio ídolo! ¿Saldrá mi foto en el diccionario junto al término «ególatra»?*

Los tres caballeros me han rodeado en apenas tres zancadas, de modo que postergo mis cavilaciones para cualquier otro momento, uno en el que no sienta miedo, por ejemplo. Todos ellos sonríen y yo ni siquiera recuerdo el nombre de mi prometida.

—¿Realmente no nos reconoces? —pregunta uno.

Para ser mis futuros cuñados, a mí me dan un mal fario terrible.

—Tengo pérdidas de memoria —respondo con honestidad. Si lo hacen en la tele con lo de las pérdidas de orina y una sonrisa de dentista, ¿por qué no yo?

—Le hemos dado a la bebida de nuevo, ¿eh? —interviene el más joven mientras dibuja con la mano una botella ficticia.

—Yo no bebo —replico molesto.

Mi respuesta es acogida entre sonoras carcajadas por parte de los tres conocidos desconocidos, que me palmean el hombro con evidente risión y lágrimas en los ojos. Vamos, un *déjà vu* en toda regla si cambio a los caballeros por cierto genio cabrón...

—A eso hemos venido a Baltimore. ¡A celebrar tu despedida de soltero antes de que te esposes con nuestra hermana! —exclama con jovialidad el que a todas luces parece el mayor.

—¿Carla? —aventuro a decir como si estuviera jugando al «¿Quién es quién?» aunque sin preguntarles si usa sombrero o lleva gafas.

Los tres hombres tornan a cruzarse una mirada suspicaz y desconcertada que dura apenas un segundo.

—Sarah Elmira, nuestra hermana se llama Sarah Elmira —apunta el corpulento (paso ya de jugar a adivinar más nombres por si me gano un mamporro. Las manos de ese hombre parecen haber nacido para machacar cabezas como la mía).

—Por supuesto. Un nombre muy hermoso. Más hermoso será su rostro... —susurro conciliador, pero no funciona a juzgar por cómo me acuchillan con sus miradas.

—Venga, «hermano», vayamos a celebrar las nupcias venideras y tu ingreso en nuestra familia —dice uno de ellos, ya no sé cuál, después de pasarme su brazo por encima del hombro.

Un segundo caballero hace lo propio con el otro hombre desde el extremo opuesto. Me siento como un reo custodiado de camino a la horca o a cualquier otra pena de muerte.

*¿Existirá la silla eléctrica en 1849? Siempre sido malísimo en Historia...*

—¡Bebamos hasta desfallecer! —grita eufórico el tercero, que se ha posicionado delante de mí y nos hace de guía a través de las callejuelas.

*No tengo escapatoria. No obstante, si pronunciara ahora mi frase, estaría consumiendo una vida de forma estúpida. ¿Y si lo que debo aprender se encuentra aquí, delante de mis bigotes, justo en esta escena? ¿Y si la tal*

*Sarah es mi Carla?*

—De acuerdo —concedo como si tuviera alternativa y pudiera zafarme de sus manos—. Sin embargo —aprovecho para meter esta locución adversativa sin que me miren con asco por pedante, que para algo estoy en el XIX—. Sin embargo... —repito con mi índice muy estirado—, únicamente me tomaré una copa, que tengo muy mal beber y me emborracho enseguida...

Debo de tener el payaso subido, porque se están partiendo sus ojitos americanos a cada palabrita mía.

—Lo sabemos, lo sabemos... ¿Quién no conoce tus legendarias borracheras con una sencilla copa de vino? —responde el jovencito estrujándome contra él.

Observo las facciones del hombre que me está hablando en un vano intento por dilucidar si hay ironía en sus palabras, realidad o, simplemente, me está tomando el pelo. ¿Poe tenía la misma tolerancia al alcohol que yo? ¿Ninguna?

—Este servirá... —señala el corpulento a una puerta de madera sin ningún tipo de identificación.

Nos adentramos en ella. Resulta ser una taberna oscura y poco poblada, apenas unos cuatro hombres de aspecto sombrío y apático que alzan sus vasos al vernos entrar. Respondemos al gesto con un cabeceo rápido de cortesía y ellos regresan a un tiempo a sus vasos para hallar la felicidad en el fondo de estos sin saber que, en realidad, se están alejando de ella, que la están ahogando a cada trago.

Alguien ha puesto en mi mano una copa llena de un líquido dorado que, por jugar a adivinar, podría ser *brandy*. Sonríe a todos y nadie en particular, y lo apuro como un niño bueno de un trago. Bueno, de seis tragos, pero ya he batido mi récord, así que cuenta positivamente. Y mucho...

¡Soy un mago! ¡El vaso que sostengo entre mis manos está lleno de nuevo! Los hermanos de mi querida y dulce futura esposa me jalean para que beba más y más, aunque juraría que ellos no han tomado ni gota.

*¿Qué despedida de soltero es esta? ¿Y las azafatas holográficas en bolas?*

Todo me da vueltas. El mundo se dobla sobre mí. Siento una presión terrible en la cabeza. El culo de un gigante se ha sentado sobre ella y no me deja respirar ni moverme. Me aplasta, me aplasta, me aplasta. ¡Me ahoogo!

De fondo escucho murmullos, risas, palabras inconexas que juegan a confundirme con disfraces entre la fantasía y la realidad. Ya no puedo

discernir el sueño de la vigilia. ¿Qué es real? ¿Yo soy real? ¿Estoy muerto?

La palabra «muerte» acaricia mis oídos con dedos melosos un segundo antes de que mi cerebro cruja como una ramita seca. El dolor agarrota mi cuerpo y mis sentidos. Grito y arañeo el dolor desde dentro. Necesito salir de mi cuerpo, pero no hay salida. Todo es oscuro, doloroso, hostil.



Camino dentro de una serpiente. En ocasiones es de colores; en otras, negra como el ala de un cuervo. En ocasiones, la serpiente soy yo. Repto sinuosa por el suelo empolvado y sonrío. Nadie se mueve como yo en este mundo de criaturas de dos piernas.

Un animalito de bigotes tan graciosos como los míos me habla. Él también sabe inglés americano antiguo. Le dejo que me toque y finjo escucharlo porque su sonido me provoca risa. ¡Pronuncia las eses de un modo desternillante!

—¡Señor Poe! ¿Qué hace vestido con esos harapos? ¿Qué le ha pasado a su ropa? ¿Y en el rostro? ¿Y en la cabeza? ¿Se encuentra bien, señor Poe?

Me agita con suavidad y me gusta. Se lo hago saber con una sonrisa.

—Continúe hablando, se lo ruego, señor Bigotitos. Sus eses son deliciosas y me mecen como lo habría hecho mi madre de tener una... —lo animo. La educación hay que mantenerla aunque seamos de especies distintas.

—Le han golpeado y asaltado, ¿no es así? Cuénteme qué ha acontecido, señor Poe. Soy Joseph Walker. ¿No se acuerda de mí? —canturrea el animalito.

Agradezco tanto su melodiosa voz en medio de esta oscuridad y silencio que se lo hago saber uniéndome a él. Y canto, canto, canto.

—¡Soy Edgar Allan Poe, tío! —le digo al oído para que lo flipe un poco.

Con suerte, se lo dirá a los demás animalitos del bosque y me harán una fiesta con guirnaldas de flores y buenos alimentos. El conejito deja de sonreír. Intuyo que no le gusta mi voz.

—¡Pues ya no te llevo al karaoke, te jodes! —le respondo cruzándome de brazos, el gesto internacional y transoceánico para indicar que te has enfadado.

Y mucho.



—¡Ehhhhhhh! Pshhhhhh. ¡Despierta, membrillo! —me grita una voz vagamente familiar.

—¡Cinco minutitos más, jooooooooo! —respondo y sonrío encantado al no escuchar ningún maldito balido sobre mí.

—¡Que te levantes, coño, o te levanto yo! —brama la voz.

*¡Joder! ¡Es el genio!*

La sonrisa se me resbala de las comisuras con la fragilidad que poseen las cosas hermosas y la sensación de bienestar o felicidad. Abro los ojos a regañadientes. Estoy en un hospital, pero a pesar de todo se lo pregunto:

—¿Dónde estoy?

—En un hospital —confirma el negrazo, que está sobrevolando sobre mi cuerpo.

—Tengo otra pregunta...

M.A. oscila sobre mí y asiente con la carcajada alojada en el estómago, pronta para salir a nada que hable.

—¿Cómo haces para no caerte y que el aire aguante tu peso? —le suelto con el coraje del que ya no puede perder nada porque todo lo ha perdido.

El genio de la lámpara no se ríe esta vez. Se limita a observarme con carita de pena y a asentir.

—La estás palmando, ¿sabes? —me dice al fin.

—¡Caray! ¿No tenéis ninguna asignatura en la Escuela de Genios sobre tacto o diplomacia? Pero tengo otra preguntita... —añado y me callo adrede, porque en el cine siempre funciona aquello de hacer una pausa dramática de segundos antes de decir algo, lo que sea—. ¿Para qué diantres he saltado a una vida a escasas horas de morirme? ¿Cómo podría haberlo evitado? ¿Y Carla?

—Soy más de letras, pero he contado más de una pregunta —responde el genio con su pachorra habitual mientras sigue oscilando en el aire y chuleando de movimientos mágicos—. Aunque te responderé: tu Carla murió ya hace unos años. Se llamaba Virginia y fue el amor de tu vida. Murió muy joven, de tuberculosis. Y no, no podrías haber evitado tu muerte.

—¿Entonces? —lo interrumpo malhumorado alzándome sobre el lecho—. ¡Ay va, yo también floto como tú! ¡Mírame! —exclamo dando vueltas sobre mí mismo en el aire.

—Estás sedado, capullo. Es tu alma la que corretea. Volviendo a lo que nos ocupa... —retoma Barracus después de detener mi trote alegre en el techo—, ibas a morir de todas todas. En una tómbola de muertes, tú llevabas como ocho papeletas, para que te hagas una idea. Te han dado una paliza de aúpa, y esta ha acelerado un tumor cerebral del tamaño de mi puño, que los médicos no encontrarán hasta mucho después, ya calcificado. El alcohol también ha acelerado el proceso (junto a otras sustancias), y ese par de mordiscos de rata en una de tus axilas...

—¡Estás bromeando! ¡Ni en una telecomedia barata se muere una persona de tantas cosas a la vez! ¿Y quién me ha hecho esto en la cabeza? —me señalo mientras me llegan imágenes imprecisas de un gigante sentado sobre ella.

—¡Adivina! Tus ex futuros cuñados. Tu enlace con su hermana multimillonaria habría mermado su calidad de vida. Suma dos y dos, aunque tú también seas muy de letras; además de lento...

—¡Joder! Y, repito, ¿para qué traerme aquí si ya estaba sentenciado?

—Recuerda: yo no te traigo. Tus saltos dependen de lo que aprendas en el camino y de lo que vayas requiriendo. No siempre se tratará de evitar tu fallecimiento, sino de aprender algo de dicha situación y de ti mismo. ¿Qué crees que has aprendido?

—¡Joder! Pues que soy Poe, un puto genio de la literatura, y que debo creer en mí y en el artista que llevo dentro. ¡Que siempre he sido escritor! —exclamo con entusiasmo, pues soy muy de dejarme llevar.

—Demasiado Coelho —niega con la cabeza—. ¿Qué has aprendido de verdad? Nada de frasecitas motivadoras sobre tus capacidades, ¿qué has aprendido de ti como Poe?

—¿Que soy un borracho de cuidado, que me va el alpiste mogollón y que esta muerte es más ridícula aún que la mía en el futuro? —pregunto de carrerilla cruzando los dedos para que el profesor no me catee en el examen oral.

—¡No has aprendido nada! —ruge el genio.

Va, lo voy a decir: lo prefiero riéndose de mí a todas horas que enfadado y gritándome.

—Ehhh, si al menos tuviera aquí a la Patrona de los Desamparados, podría... Yo podría... —titubeo flotando tímidamente en el aire.

—¿Quién es esa? —se interesa el otro. Puede que sea uno de esos coleccionistas frikis de estampitas de vírgenes.

—Santa Wikipedia de Todos los Exploradores —rumio entre dientes.

—¡Qué guantada tienes! Aunque, con todo lo que llevas encima, te lo pasaré esta vez —replica el genio con su manaza negra apoyada en mi hombro flotante—. Piensa un poco en esta muerte, en qué sacas en claro de ella, y atento a tus alucinaciones. No serán plato de buen gusto, pero te ayudarán a entender y a estar más preparado para dar un nuevo salto. ¿Sí? —susurra con una sonrisa conciliadora.

—¿Tengo otro remedio? —farfullo a media voz, como haría un chihuahua con el enemigo demasiado cerca.

—No, payaso. Pero buen trabajo... Te veo en nada, vendré a recogerte muy proooooonto —se despide poniendo voz de fantasma.

Este genio va muy de guay, pero a mí me da que se siente muy solo y se aburre un rato largo. No como yo, que ahora tengo rabo de gato. ¡Huy! ¡Soy un gato! ¡Miaaaaau!



—Edgar, soy tu amigo James. ¿Me escuchas? Hace dos jornadas que te encuentras en el hospital Washington College, en Baltimore. Yo mismo te traje en cuanto me llamó el señor Walker. Has estado delirando y ahora... Ahora me puedes ver, ¿no? —susurra una voz que sale de una cara borrosa inclinada sobre mí.

Enfoco la mirada mas no alcanzo a ver más allá de ese rostro nebuloso e informe. Todo me resulta lejano, ajeno y extraño. Parpadeo y asiento para hacerle comprender que le he escuchado, aunque no lo reconozca, y caigo de nuevo en la bruma.

—Edgar, Edgar... ¿Qué nos puedes decir de esas ropas que llevabas? —oigo en la lejanía.

Ya me he ido.

Esto es oscuro y acogedor pero algo me expulsa. ¡No quiero irme! ¡No quiero salir! Quiero quedarme aquí para siempre, calentito y protegido.

Unas manos frías me separan del cuerpo que amo y rompo en un llanto desgarrado. Entonces unos brazos que huelen a ella me envuelven. ¡Ehhh, estoy con mamá otra vez!

Sonrío.

Unos pasos que se alejan.

Papá nos ha abandonado.

¡Regrese, Padre, regrese! Madre llora, enferma y tose. Madre también se va, pero ella en posición horizontal.

Madre se ha ido...

No quedan más brazos que nos acunen y protejan. William se va a vivir con los abuelos. Quedamos Rosalie y yo. Nos separan; yo, a una casa, ella, a otra.

¿Qué pasa?

Ohhhhh... Vuelvo a flotar en la bruma. ¿Qué es eso? Ya veo: universidad, juegos de azar, alcohol, apuestas y deudas. Mi padre adoptivo me chantajea. Esa carta, ¡oh, esa maldita carta!

¿Y este tormento qué es? ¿De dónde surge? Lo acaricio con dedos tímidos: es mal de amores. Contemplo mi uniforme. ¡Estoy en el ejército! Sin embargo, quiero regresar a casa, hacer las paces con un padre que nunca lo será. Desearía volver a ver a la única madre que aún permanece en mi memoria olfativa, cobijarme entre sus amorosos brazos. Tengo miedo de olvidarla también a ella.

¿Muerta?

¡No puede ser! Me arrodillo sobre su tumba entre lágrimas prestadas. Quiero deshacerme, fundirme con ella y el polvo. Mis ojos están secos y ciegos, mi llanto sabe a ceniza y soledad.

¿Padre se casa de nuevo?

Abandono West Point. Publico mi tercer libro gracias a mis compañeros. Gracias, gracias, gracias.

Lágrimas negras tornan a ensuciar mi cara. William ha muerto. Hambre, sufrimiento, desesperación y pobreza. Lucho contra el mundo porque el mundo lucha contra mí en desigual combate, pero la nada cada vez es más fuerte. Me agarra con sus dedos crueles presionando sobre mi garganta.

¿Moriré yo también?

*Manuscrito* impide que muramos de inanición. ¡Cincuenta dólares!<sup>[10]</sup> Mi prima Virginia y yo nos esposamos en secreto. ¡La amo tanto!

Aguarda... ¿No es Carla? ¡Lo es! Pero este cuerpo que habito no la desea carnalmente, la amo en espíritu y con todo mi ser...

Viajamos, me readmiten en el periódico. ¡Lo he logrado! Triunfo. Soy un genio en vida, ¡mi alma se regocija! Virginia y yo celebramos un segundo enlace matrimonial. ¡Anhelo compartir mi amor por ella con el público!

Buenos años, sonrisas, más lucha pero soy dichoso. Lo soy. Virginia toma el té sonriente, abre sus labios para honrarnos con su voz y su música de arpa. La voz se troca en sangre, sangre que desangra mi corazón.

El alcohol mitiga las penas.

Sangre y alcohol. Sangre y alcohol.

Miseria, hambre, más dolor, sangre y alcohol. Un cuervo me habla y yo le hablo a él. Mi diálogo con él me hará inmortal. Pero eso yo no lo sabré...

Virginia se va.

Se va...

Virginia se ha ido.

Una parte de mí se va con ella. Soy una cáscara vacía, un corazón agujereado que ya no puede bombear sangre. Finjo que sigo vivo. Los engaño a todos y me relaciono con diferentes mujeres. Ellos no lo saben. No saben que soy un fantasma, que me apoderaré de sus almas.

—¡Que Dios ayude a mi pobre alma! —enuncio en un grito que retumba por paredes blancas que no puedo ver.

Unas manos se cierran sobre la mía como si su contacto pudiera hacerme regresar.

No lo hará...

No lo haré.

Llevo demasiado tiempo muerto en esta tumba para escapar de ella. Ya no hay saliva en mis labios. Solo saben a tierra y gusanos. Yo mismo soy un gusano y me retuerzo en el corazón de un pobre diablo que también soy yo.

Soy gusano, diablo y corazón.

Lo soy todo y no soy nada.

Plutón viene a despedirme. Su cuerpo es un simple pellejo, pero se acerca maullando con osadía y mirada retadora. Se restriega entre mis piernas y ronronea con el sonido de los muertos. Él también dejó de existir hace mucho.

Plutón...

Un momento... ¡Yo le puse al mío Urano! ¡Siempre fue él! Tú y tus siete vidas... Querías que lo viera. ¡Querías que lo viera!

¡PUES YA LO HE VISTO!

Siempre fuiste tú y siempre fui yo; un borracho, un adicto, un alma atormentada... ¿Qué más debo saber?

—¡Estas son las campanas de la muerte! —grito antes de que el gusano devore mi voz y mi lengua—. ¡Estas son las campanas de la muerte!<sup>[11]</sup>



—¡Vaya viajecito por el tiempo te has pegado, eh? ¿Una biodramina<sup>[12]</sup> para el mareo? —dice el vozarrón del genio.

Le lanzo una mirada confusa a través de la niebla que empaña mis ojos.

—Yo... —musito.

—Date un segundo. Acabas de morir como Poe y seguramente te sientas más ligado a él que a tu última alma. ¿Es así? —pregunta con una expresión de comprensión.

Asiento sin descanso. Mi cabeza se mueve sola como un muelle. No puedo parar. ¿Me habré estropeado con tanto meneo temporal?

—¿El gato del relato era Urano? —le digo en cuanto mi cabeza se detiene. Así, como para romper el hielo, ¿sabes?

—¿Eso es lo que te preocupa? —se ríe el otro, que exhibe su habitual sonrisa guasona—. Sí, pero dime qué has aprendido de tu viaje...

—Creo que mi problema es la adicción —afirmo con rotundidad ambigua, pues no me siento en absoluto de acuerdo.

—¡Bingoooo! ¡No está nada mal, Mikel! —celebra Barracus—. ¿Por qué pones esa cara?

—Porque yo no soy adicto a nada: no bebo, no fumo, no he traicionado jamás a Carla, y soy trabajador. No sé...

—Pues ya lo tienes todo hecho, chavalote —ríe el tipo apoyando su cuerpecito ligero sobre mí—. Ahora solo debes descubrir cuál es tu adicción en cada una de tus vidas y aprender de ello. Bien, para evitarla y enderezar tu vida sin poner en riesgo la de los que te rodean, bien para comprender cómo hacerlo en la siguiente.

—¡Oh, cojonudo! Y luego, si quieres, te preparo unas bandejas de sushi con la mano izquierda mientras construyo un estanque con la derecha, que estoy que lo tiro... —refunfuño haciendo caso omiso de las carcajadas del otro.

*Yo no sé qué tipo de educación reciben estos genios. ¡Que acabo de morirme, por favor! ¡Menos risas!*

—Por cierto, ¿dónde estamos? —pregunto bajando la voz.

Miro a mi alrededor acobardado. La oscuridad es tan apabullante que me deja sin aliento. Vuelvo a sentirme en la piel de Edgar Allan Poe. Respiro y sueño como él. Es demasiado real, demasiado doloroso. Cierro los ojos para refugiarme en mi propia oscuridad y alejarme de esa otra.

—Estás en el túnel donde te conocí, chaval. Está oscuro porque encender la luz para nada es tontería.

—¿Cómooooo? —me da tiempo a preguntar antes de que el enorme pie del genio cabrón se estampe contra mi culo y me mande volando de regreso al mundo de los vivos.

Doy vueltas sobre mí mismo a una velocidad asfixiante. El estómago me hace el pino puente y me cago en todo lo cagable por no haber aceptado esa biodramina. En esta ocasión no hay suspensión en el espacio ni en el tiempo, no hay ralentización ni humo. Nada de parpadeos.

Todo está acelerado y caigo, caigo, caigo...  
Hasta que mis huesos se quiebran por el beso feroz del suelo.  
Lloro, vomito y grito.  
La oscuridad viola mis ojos una vez más.

## Cuarto salto

Contra la estupidez, hasta los dioses luchan en vano.  
**Johann Wolfgang Goethe**

Lloro, vomito y grito.

Unas manos me agitan. El dolor es mayor que el miedo y esta vez no remoloneo. Abro los ojos del tirón.

—Don Miguel, don Miguel... ¿Está usted bien? —me pregunta una mujer cuyas facciones amables se ven empañadas por la preocupación.

—Buenas... —digo escuetamente para no descubrirme, pues no sé si estamos por la mañana o por la tarde, ni en qué siglo.

*Al menos habla castellano, menos mal...*

—Don Miguel... ¿Sabe qué le ha pasado? Le acabo de encontrar inconsciente en el cuarto de baño.

—¿Cómo? ¿Compartimos baño? —le pregunto sonrojado mirándola con más detenimiento por si estoy delante de Carla y no la he reconocido por el hostión astral—. ¿Estamos casados?

El gesto de la mujer se deforma grotescamente. Se lleva las manos a la boca, de la que se escapa un «Jesús, María y José», y se amordaza con ellas.

*No, va a ser que no. No estamos casados ni un poco...*

—¡Santo cielo! No, don Miguel, no estamos casados. Debe de padecer una conmoción cerebral o algo así. ¿Qué recuerda? —me interroga la mujer sin atreverse a tocarme ni a levantarme del suelo.

*Socorrista o enfermera ya sé que tampoco es...*

Le sonrío para que no se preocupe en exceso mientras la miro y requetemirola. Es atractiva, de unos treinta años y sonrisa dulce. Su vestimenta no me da demasiada información. Aunque esa falda tiene cierto aire retro, Carla podría llevarla perfectamente. De hecho, creo que tiene una igual.

*Espero, al menos, que en esta época haya Internet...*

—Don Miguel... —repite con suavidad la mujer al tiempo que apoya su mano en mi antebrazo con cierta aprensión—. ¿Qué recuerdas?

*Joder con la pregunta. Que qué recuerdo, dice.*

—Me acuerdo de un gato. ¿No habrá visto por ahí uno? ¿Cómo se llama usted y qué hago en este baño?

La mujer se persigna sin ocultar su nerviosismo.

—Soy doña Emilia y está usted en la escuela, don Miguel —responde mientras me ayuda a abandonar el suelo e incorporarme.

Me apoyo en ella con dificultad. Estos viajes temporales me están haciendo papilla los huesos. No creo que sobreviva a otra caída como la anterior. De verdad que no...

*¡Ehhh, carajo, qué bajito que soy!*

—Los muchachos —continúa ella, ajena a mi dolor—, han venido a buscarme para dar aviso de su ausencia. Estaban preocupados, más bien extrañados, de que no regresara a su clase.

—¡Ostras, Pedrín! ¿Soy profesor? —interrumpo emocionado.

La garganta de la mujer bulle en una risa nerviosa. La barbilla le tiembla ligeramente, aunque se esfuerza por simular tranquilidad. Creo que me toma por demente, trastornado o moribundo.

—Sí, don Miguel. Ambos somos maestros en la escuela de secundaria del pueblo. Yo soy la maestra de las chicas, y usted da clase a los muchachos, además de ser el director del coleg...

—¿Que soy el director? —interrumpo mega flipado.

Jamás me habría imaginado dando clase. ¡Yo...de profe! ¡Qué cosas tiene la reencarnación! Si alguien me hubiera dicho a mí esto, le habría dicho que tururú. ¿En serio me gano la vida enseñando a chavales? Que sí, vaya, que es mejor que vender zapatos, cierto; pero es que no consigo imaginarme en un aula llena de chavalería. Si me gustan tanto como... no sé, como irme a la cama sin cenar, pillar una buena gripe o hacer abdominales.

*¡Qué cosas!*

—Como le decía —prosigue la mujer de rostro tan dulce como su voz—, al comprobar que pasaba el tiempo y no regresaba, he venido en su busca. Y es obvio que no se encuentra bien. ¿Quiere que llame a su esposa para que le atienda don Marciano?

—¿Quién es don Marciano? ¿Mi mujer se llama Carla? —la interrogo de corrido.

Ella cabecea con el gesto cada vez más preocupado, sostiene la puerta del

aseo del profesorado para invitarme a salir y guarda silencio unos segundos como si buscara las palabras. Sus ojos se han humedecido. Está a punto de echarse a llorar.

*Como lo haga, yo me uniré a ella, lo prometo...*

—Don Marciano es el médico y su esposa se llama Carola —susurra con la voz quebrada—. Voy a llamar de inmediato a su señora y al doctor. Me está usted asustando...

—A ver... Si estoy bien —le digo para que no se preocupe tanto antes de soltarme de su brazo y fingir unos saltitos ridículos que me hacen llorar de puñetera felicidad—. ¿Ve?

No sé qué pinta tengo, pues solo alcanzo a verme unos pantalones de tela marrones y una camisa blanca, pero imagino que ver a todo un señor director dando brinquitos de canguro en mitad del pasillo de la escuela es un espectáculo que la pobre Emilia no olvidará jamás.

—¿Ve cómo salto? Ole, ole, y oleeeee —me arranco ahora con unos pasos de jota y sevillana mezclados (o eso creo).

Mis ojos explotan en pequeñas gotitas de alegría. ¡La leche, cómo duele! Pero no puedo dejar de hacer el ganso. Mi esposa en esta vida se llama Carola y eso debe significar algo...

—Usted no está bien —dictamina la aguafiestas con un meneo contundente de cabeza y sus brazos en jarra, postura femenina por excelencia antes de que te comas una zapatilla o te caiga la del pulpo.

—Venga, vayamos a llamar a mi mujercita querida —respondo más animado.

—Y al doctor —repite ella con su dedo mirándome a la cara en actitud desafiante.

—Y al doctor... —repito yo, que no estoy para duelos psicológicos de esos—. Por cierto, ¿me permite una preguntita de nada?

Ella detiene su avance y me observa entre el miedo y el desconcierto (todavía no se ha decidido la buena mujer). Recoge la mano hacia su pecho como si temiera algo y asiente con una sonrisa nerviosa.

—¿En qué año estamos más o menos?



—¿Y dice usted que no recuerda nada antes de la caída? ¿Se cayó usted?  
—pregunta el doctor mientras se empeña en iluminarme mis ojos (¿*Cómo serán?*) con una linternita pequeña pero matona.

—No mucho —me veo obligado a reconocer.

¿Qué voy a hacer? ¡No puedo jugar a adivinar una vida que no conozco y aún quedan horas para la dichosa fusión! Le voy a dar *pal` pelo* al genio...

—Pero seguro que me echo una buena siestecita y me levanto como nuevo —aseguro.

Mi mujer envuelve mi mano con las suyas. No deja de llorar. Le echo miraditas de reajo, pero, por más que la miro, no veo a mi Carla en ella. ¿Me he casado con otra mujer?

*Genio cabróóón...*

El doctor, como todos los médicos del mundo mundial y de todas las épocas del tiempo temporal, me ignora y sigue explorando por aquí y por allá. ¿Les regalarán con su licenciatura el *pack* completo del médico: bata blanca, fonendoscopio, caligrafía borrachuza y ese hacer del desprecio un arte?

—Vuelva mañana a mi consulta. Le haré más pruebas —dictamina con su voz de «Por mi fonendo que me haces caso»—. ¿Alguna pregunta?

—Sí, una de hecho... —pronuncio con timidez súbita—. ¿En qué año estamos?

Mi desconocida mujer rompe a llorar orinándose en cualquier norma del decoro y del buen aparentar. Se limpia los mocos con la manga y hace gorgoritos con la boca.

—¡Se va a morir! ¿Verdad que sí? —solloza.

*¡Esta mujer es una histérica!*

—No, no se va a morir. Hágale una buena cena, mucho reposo hoy y me lo trae mañana de vuelta —contesta don Marciano.

—¡Un poquito de por favor! —exclamo indignado—. ¡Que estoy presente y soy un adulto! ¡No habléis de mí como si no estuviera, coño!

*Y ahora me he olvidado del «usted», joder. Me pillan fijo. ¡Qué difícil es hablar en viejuno!*

Los dos me miran sorprendidos. Mi esposa cruza una mirada extrañada conmigo. Sabe que no soy yo la muy... Se acaba de dar cuenta al mirarme a los ojos. Se sorbe los últimos moquetes, se recompone su traje de chaqueta con dignidad y me espeta:

—Estamos en 1969.

Hago cálculos rápidos. Si nací como Micaela en 1975, eso quiere decir que tengo... ¡ocho años en esta nueva vida para aprender o cambiarlo todo! El vértigo se apodera de mí y les vomito todo el contenido que tenía en este cuerpo y en los cien anteriores.



Los ojos castaños de Carola se clavan escrutadores en mi nuevo rostro, que aún no he tenido ni tiempo de comprobar. ¡Ni siquiera sé cómo soy! Ahora mismo no podría reconocermé a mí mismo en una simple fotografía. De locos, ¿verdad?

—¿Qué sucede? —pregunto con timidez sin dejar de espiar por el rabillo del ojo los muebles de la estancia.

No quiero hablar demasiado hasta que la dichosa fusión con esta vida actual sea un hecho o acabarán por descubrirme. Pero su mirada es inquisitiva, directa y penetrante. Sospecha.

Y sospecha mucho.

Sus ojos son como mis chinchetillas de tanto que sospecha.

*¡Maldita intuición femenina o lo que sea!*

Se le ha puesto cara de china maquinando algo. Finalmente sonrío con candor, como quitándole hierro al asunto de ser un impostor dentro del cuerpo de su marido, y se acerca a mí con cautela. Acaba de cogerme la mano. La tiene ligeramente sudada. Se sienta sobre el borde de la gran cama matrimonial y me invita a hacerlo a su lado. Cada vez sonrío más.

*Joder, joder, joder.*

—Hace mucho que tú y yo no...

Su voz es casi un susurro. Sus mejillas se ruborizan. La mujer (mi mujer) retira sus ojos para pasearlos lentamente por «nuestro» dormitorio. Ahora evita cruzarse con los míos. Creo que espera algún tipo de respuesta enérgica, ya sea mediante palabras o mediante acciones. Yo, como soy un hombre activo, de hacer cosas y tal, me decanto por esta última. Le acaricio la humedad de la mano y bostezo ruidosamente.

*Esto lo pillo hasta yo...*

—Quizás yo... —responde ella a mi lado, demostrando una preocupante «otitis ovarial» (*vamos, que escucha lo que le sale de los mismos*)—. Quizá, si esta noche nosotros... A lo mejor eso te ayuda a relajarte. ¿Qué te parece si apago la luz?

—¿Apagar la luz? —pregunto lleno de desconcierto.

*¡A ver si voy a estar interpretando mal las señales de apareamiento de la fauna autóctona! Debería haber visto más documentales...*

Abro la boca para responderle que mejor me deje ponerme el pijama y que, ya si eso, apagamos la luz después. El orden en este caso es muy importante porque yo no puedo dormirme de otro modo. Además, a mí lo que me apetece es saber pequeños detalles como: ¿DÓNDE COJONES ESTOY? ¿Soy feliz? ¿Por qué Carla no está conmigo en esta vida?... Preguntas de ese estilo que no se le pueden preguntar a una esposa con la que llevas...

—Carola, ¿cuántos años llevamos casados?

Ella tuerce el morro y suspira:

—Demasiados. Nos casamos cuando tú tenías diecinueve años y yo, dieciocho.

—¿Cómo es posible? —se me escapa.

—Bueno, es lo que tiene que me preñaras, ¿no? —Hay cierto deje acusatorio en su voz, un poso de amargura latente.

*¿Tenemos hijos? Eso sí que no me lo esperaba...*

—¿Cómo pudo pasar tal cosa? —se me escapa en voz alta.

Ella me mira asombrada, casi divertida. Disloca los ojos y ríe.

—Pues un día me llevaste a dar un paseo al río y...

—¡Ya, ya! ¡Ya sé cómo se hacen los niños! —la detengo.

Ahora mismo no puedo (ni quiero) imaginarme teniendo sexo con ninguna mujer que no sea la mía (la de verdad). Igual mañana la cosa cambia en cuanto me sienta don Miguel y me convierto en un salvaje empotrador, pero hoy... Hoy sigo siendo Mikel.

—¡Papá, mamá! —irrumpe la voz de una chica mucho antes de que una cabeza de cabellos castaños atravesase el umbral y nos dé alcance—. ¡He sacado un nueve en francés! —grita alegre sin esconder su orgullo.

Carola se incorpora del colchón para abrazar a la chica. Yo observo a la recién llegada del mismo modo en que lo haría al ver aparecer a Jason Voorhes con su máscara de hockey y su machete: con un miedo súbito y espantoso. ¿Es mía?

—¿No vas a felicitar a tu hija, Miguel? —me reprocha mi esposa.

Aturdido, me levanto y le ofrezco la mano a modo de saludo.

—Enhorabuena, hija. Es para estar contenta...

Madre e hija inician un baile de miradas extrañadas. Primero se enredan en mi mano, que sigue extendida y solitaria en el aire sin que nadie la estreche; después, se miran entre ellas; luego, vuelta a mi mano y, finalmente, a mi cara.

—Tu padre se ha desmayado en el colegio y le están haciendo pruebas —explica Carola a la chica, y casi siento que esté dándome una coartada, un salvoconducto para seguir siendo un usurpador, como si me dijera con sus gestos: «tranquilo, puedes quedarte cuanto gustes: no te delataré».

*¿Qué pasa aquí?*

—¿En serio? Ahora comprendo por qué doña Emilia tenía esa cara descompuesta en clase... —responde la muchacha sin dejar de mirarme—. Imagino que no querría preocuparnos.

Yo también la estudio. Es una criatura realmente intrigante. Calculo que tendrá unos quince años. Es pecosa, bonita, de baja estatura para mi generación, y de sonrisa fácil y cálida. Sus ojos son idénticos en color a los de su madre, pero en ellos destaca un brillo especial: están llenos de curiosidad e inteligencia.

Me cae bien de inmediato.

—¿Te encuentras bien, papá?

Esa palabra me provoca diarrea mental. Si hablo, solo soltaré pedos verbales. Se me han descompuesto todos los pensamientos y no puedo articular palabra. Mis palabras se arrastran en pañales por el suelo de mi mente. Muevo la cabeza de arriba abajo y emito un gruñido que pueda interpretarse como un sí.

—Mejor lo dejamos descansar, Noelia —interviene la madre al reparar en mi cara desencajada—. Si necesitas algo, llámame —añade con una sonrisa sugerente—. Te puedo subir la cena más tarde si quieres...

Como ignoro qué clase de cena quiere traerme, si pretende cenarme a mí o que me la coma yo a ella, me apresuro a responder cuanto antes para que no quede lugar para la confusión.

—Uyuyuiiii, ¡qué sueño más tonto! ¡Pero si ya son las seis! Me voy a meter a la cama y no salgo ya hasta mañana —exclamo haciendo aspavientos exagerados con las extremidades, con lo que me vuelvo a llevar un par de collejas visuales de mi familia recién adquirida, que me hacen sospechar que

no lo estoy haciendo muy bien.

—De acuerdo entonces. En la escuela ya están avisados de que no irás a trabajar mañana y a las diez nos espera don Marciano para hacerte unas pruebas, ¿de acuerdo? —Me mira con el semblante duro, sin rastro ya de la ternura de antes.

Digo a todo que sí con una sonrisa y atranco la puerta en cuanto las dos desconocidas salen de la habitación.

—Vamos, Noelia. Tu padre necesita dormir —escucho la voz de Carola mientras sus pasos se alejan por el pasillo.

¡Qué duro va a ser esto!



Me despierto con los primeros rayos del sol deslizándose entre mis pestañas. Es bien temprano y todos duermen menos yo, claro que he debido de dormir diez horas seguidas por lo menos, pero no te imaginas lo duro que es el *jet lag* en los viajes temporales...

Carola, la mujer que duerme a mi lado, babea generosamente sobre la almohada con la boca semiabierta desde su sueño profundo e inquieto. Aprovecho la coyuntura para contemplarla unos segundos.

Aunque todavía no me he integrado del todo con mi nuevo «yo», ya sé más que suficiente de esta existencia a la que me enfrento para sobrevivir a ella y al día de hoy. Tengo información suficiente como para reconocer la tristeza profunda que hay dentro de mí al saber que ni ella ni yo somos felices.

Pero no es una infelicidad abierta, hablada o reconocida. No. Seguramente, hasta nos engañemos creyendo que esto no está tan mal.

Jamás hemos hablado de ello. Nunca.

En esta casa nunca se ha hablado de nada. Los silencios se adueñaron hace tiempo de nuestras palabras mientras fingíamos la felicidad que la sociedad nos impone. Y no puedo evitar pensar en Carla. Yo sí la amo y pensaba que éramos felices. ¿Cuándo dejó de ser feliz conmigo y por qué? ¿Y por qué no he hecho nada al respecto? Querría hablar con ella, pero no es

posible: me toca apechugar con esta nueva vida.

Carola continúa babeando ajena a mi escrutinio. ¿Por qué fingimos felicidad? Sí, ya lo veo. Lo hacemos por nuestra hija, Noelia, y también por nosotros, por orgullo, porque no vamos a decir «somos infelices» si los de al lado sonríen más que nosotros en las fotos y tienen mejor vajilla, unos niños más guapos o un coche más grande.

Ni ella ni yo somos culpables en realidad de este fracaso. O, mejor dicho, ninguno de los dos es inocente. La observo con más atención. Es una mujer bonita, entregada, y una gran madre. Me ha querido mucho, y me quiere. Sé que me echa de menos.

Susurro en mi mente un «Perdóname, Carola» y me escabullo del lecho como los ladrones. El corazón me pide ir a un sitio concreto, ver a alguien concreto.

Ahora ya sé. Debo ir.

Me visto con sigilo y abandono la casa a hurtadillas. Las calles de la aldea a estas horas están desiertas y la tranquilidad apacible de sus caminos apenas se ve interrumpida por la aparición de algún labriego o ganadero. Saludo con la cabeza a los hombres con los que me cruzo hasta llegar al obrador.

Son las seis y media de la mañana.

No puedo tragar saliva porque mi corazón le obstruye el paso a la garganta. Golpeo con los nudillos la puerta de la panadería y aguardo hecho un manojo de nervios. Un gato escuálido y sucio se acerca a mí desde el otro extremo de la calle. Se mueve con excesiva confianza, como si el mundo le perteneciera. Hago memoria y no me consta que en esta vida tenga gato. No, no es mío. Además, parece callejero (mucho) y un poco *joputa* (mucho).

—¿Urano? —pronuncio en voz bajita.

El minino parece reconocerse en ese nombre y me lanza un maullido complacido. Casi le puedo escuchar ronronear, aunque se mantiene a cierta distancia. Maúlla una segunda ocasión y ¿me guiña un ojo? antes de saltar al muro contiguo. Lo miro atónito. Es él, Urano, solo que ahora es un gato atigrado de calcetines blancos.

—¿Y esta visita? —le digo desde abajo, preocupándome en todo momento de vigilar que nadie me pille en plena conversación con un animal callejero.

No por nada, sino porque es una actividad un poco incompatible con dirigir una escuela y ser profe de los chavales del pueblo. No se trata de estar cuerdo, sino de parecerlo. ¿No es así?

Su respuesta es un tercer maullido que me suena a advertencia, pero ¿de qué?

La puerta del obrador se abre con cierta holgazanería, aunque son sus manos las que la abren. La sorpresa golpea su rostro bronceado.

—¡Miguel! —atina a decirme.

—Yo... ¿Puedo pasar un segundo? —pregunto con la voz quebrada.

Me falta el aire y no puedo respirar.

Se hace a un lado para facilitarme la entrada y me adentro en el local sin superar el impacto de vernos. ¿De modo que era verdad? Mis manos se van solas al bolsillo de mi chaqueta de pana, cogen un cigarrillo y lo encienden mucho antes de que pueda ser consciente de ello.

*¡Vaya! ¡Y también soy fumador! ¡No gano para sorpresas! ¡Jódete, Ramona!*

Me mira con ojos interrogantes. Ya ha recuperado su expresión fingidamente relajada después del primer impacto. Coge un paño para limpiarse los restos de harina de las manos y finalmente me pregunta:

—¿Y bien?

—Tenía que verte —contesto al cabo de tres o cuatro caladas nerviosas y ochocientos latidos epilépticos.

—Habíamos quedado en no volver a hacerlo, ¿no es así? Estás casado y todo eso... —replica manteniendo la distancia, con sus preciosos ojos violeta clavados en mí.

Me dan ganas de llorar, de decirle que le quiero ahora y siempre, en esta vida y en la otra, en la mía y en todas las que vivamos.

—Necesitaba verte y confirmar que existes... —susurro cogiéndole una mano a traición.

Sus ojos se oscurecen un segundo, se empañan, se llenan de sorpresa y dudas, se encogen y achican. ¡Son tan expresivos!

—¿Qué estás haciendo? —su voz tartamudea también.

—No tengo ni puñetera idea, pero eres tú, Carla, aunque ahora te llames Carlos. Eres ella...

Carlos esboza una sonrisa extrañada que me habla de amor, de dolor, de desconfianza y esperanza a la vez. Yo le sonrío igual, porque eso sí sé hacerlo. Podría sonreírle así en cualquier vida.

¿Qué vamos a hacer ahora?

¿Qué voy a hacer ahora?

—Nada... no vas a hacer nada. ¡Gilipooooollas! —resuena en la

habitación.

El sonido rebota en las paredes, juega a entrar y salir de mis oídos una y otra vez.

—¿Has oído eso, Carlos? —pregunto a mi amado.

Sus labios se abren para hablar pero se quedan congelados a medio camino antes de que pueda decir nada.

—¿Qué sucede? —grito desesperado al ser testigo de cómo sus pupilas se vuelven cristal oscuro y muerto.

Su boca se convierte en humo. La panadería comienza a parpadear como un árbol de Navidad.

*No puede ser...*

Me miro las manos. Ellas también se están fundiendo, son intermitentes y empiezo a desaparecer. El entorno no da vueltas sobre mí, soy yo quien da vueltas alrededor de él.

—¿Por quééééé? —grito frustrado con un sentimiento de odio alojado en el vientre.

—¿Has violado la cláusula trece, imbécil! —apunta la voz grave del genio, que esta vez no se digna en aparecer—. Nada de dar a nadie información privilegiada de su futuro o pasado, ¿recuerdas? ¡Buen viaje, capulloooooooooo! Te lo vas a pasar bien, ya lo verás... No, no es cierto —añade con una risa guasona—. YO me lo voy a pasar bien.

—Pero yo... —trato de protestar.

La voz no se proyecta más allá de mi lengua y mi garganta porque ya no tengo. Ahora soy un punto negro que gira enloquecido. Soy un punto.

Un punto.

Un puntito en el universo...

# Quinto salto

Los estúpidos solo se dan cuenta  
de que poseen algo cuando se lo arrebatan.

**Sófocles**

Tengo frío. Mucho frío. Siento mis extremidades mojadas y huele a vertedero. Estoy tumbado sobre una superficie irregular dura como la piedra. Juraría que se trata del suelo.

*¿Otra vez me he desmayado y estoy en mitad de un baño? Espera..., ¿y si vuelvo a ser don Miguel y se ha repetido la escena para que la comience de nuevo sin fallar esta vez? Claro, ¡eso es!*

En un acto que ya se ha hecho ritual, abro los ojos con miedo, muy poco a poco, por si tengo que volver a cerrarlos de golpe y hacerme el muerto, el borracho o el dormido. La oscuridad de la noche es completa, apabullante, pero, aun así, mis ojos son capaces de contemplar el nuevo escenario.

*¿Cómo es posible?*

Este despertar es el más desconcertante de cuantos me he enfrentado hasta ahora. Me siento tan decepcionado como confuso. No solo no me encuentro en ningún baño, sino que..., no sabría muy bien cómo definir mi ubicación.

*Esto es..., esto es...*

—¡Guauuuuuuuu! —ladro.

*¿Cómo? ¿Qué acaba de pasar?*

Estiro mis brazos hasta colocarlos delante de mi cara y flipo en colorines. ¿Pero qué hacen estas patas peludas en mi cuerpo? Sin saber por qué, me llevo una de ellas a la boca y me la lamo para secármela. Quiero gritarme y llamarme tonto. Quiero obligarme a dejar de chupar mis patitas llenas de barro y mugre (*¡qué asco, coñe!*) pero mi cuerpo parece haber encontrado el Nirvana en cada lengüetazo que me doy.

*¡Soy un perro onanista y vicioso!*

Ladro más fuerte para expresar mi descontento; sin dejar de chuparme, eso sí. El cuerpo mojado de un segundo perro se me acerca con cara de pocos amigos.

—¿Guauu guauuu guuuuaau guau? ¡Guauuuuuuu! ¡Grrrrrr!<sup>[13]</sup> —me suelta el can, de raza bretón.

En un principio lo miro desconcertado, no tanto porque me esté hablando en perruno, ni siquiera por entenderlo mucho mejor que el inglés americano antiguo, no, sino porque...

—¿Soy una perra? —le suelto en castellano y en humano.

Si alguna vez te has preguntado cómo es la cara de un perro antes de que le dé un infarto de caballo, estás de suerte, porque el perro pone justo esa cara. Abre la boca mucho, como una piraña huérfana con muchos años de hambre atrasada, juega al escondite con sus propios ojos hasta ponerlos en blanco, apoya la pata en su corazón y cae redondo al suelo sobre unas briznas de paja que amortiguan el sonido de un golpe seco. Todo esto sin decir ni guau.

Como yo también soy algo melodramático, aplaudo a dos patas por su gran actuación. Si depende de mí, se lleva el Óscar fijo al mejor protagonista canino. La alegría del momento se convierte en «uy, ¡qué mal hueso!» cuando reparo en que tres pares más de ojos nos están observando desde su lecho (el suelo mojado), manteniendo las distancias y evaluando la situación. Como ya sabes, soy extremadamente intuitivo, y hazme caso cuando te digo que esos perros quieren hacerse un pijama con mi mugriento pelaje. ¿Por qué lo sé? No sabría darte una razón en concreto. Detallitos variados como su cara de malas pulgas, los gruñidos de «ven aquí, que te voy a enseñar a ladrar», mostrarme la blancura y belleza perfecta de sus dientes, o cómo encrespan sus pelillos del lomo en simultaneidad.

Yo, que soy de sistema nervioso delicado, empiezo a hiperventilar con generosidad ante tanto despliegue coreográfico. Ellos son tres y yo, solo uno. ¡Hijos de perra!

—Solo está actuando —susurro a los seis ojos puestos en mi garganta.

Entonces apoyo mi suave patita peluda sobre el cuerpo de mi compañero canino para darle un meneo y que se levante del sitio, pero el muy perro se hace el muerto mejor que yo. Le doy una patada disimulada, no exenta de violencia, con los cuartos traseros.

*Uyuyuiiiiiii... ¡Que este perro está más seco que el carácter de un*

*inspector de Hacienda!*

Ladeo ligeramente la cabeza, esbozo una sonrisa de «No me matéis. Y, si lo hacéis, que sea muy rápido e indoloro, porfi», me rasco la picadura en la oreja de una garrapata, y me insufla de coraje cuando veo que los perrazos se alzan sobre sus patas para contarme al oído alguna cosita de perros. Cuando digo «lleno de coraje», sustituye «coraje» por «sudor», porque estoy sudando como un luchador de sumo en una sauna con un traje de esmoquin. No sé si los perros transpiran, pero te juro que yo sí. A chorros.

—Soy forense, tranquilos —digo a lo loco gracias a mi gran cultura televisiva y a mi predisposición a la novela negra.

Aquello parece funcionar porque los tres perros detienen su avance y se miran confundidos. Un par de ellos gruñe y el tercero emite un sonido de baja frecuencia que jamás habría escuchado siendo humano.

—Eso es, muchachos —prosigo con la valentía que otorga la honorable sensación de estar cagándome de miedo—. Certifico su defunción. Hora de la muerte... —añado mirándome un reloj imaginario en la pata—. Muy tarde.

A estas alturas, la pequeña manada de perros no sabe si venir a explicarme con ejemplos prácticos las consecuencias de haber matado a uno de los suyos o fingir que están soñando y volverse a dormir.

—Puedo certificar más muertes si queréis... —gruño entre dientes para darle más empaque a mi farol.

Los perros reculan con una mirada atemorizada. Cruzan sus ojos evaluando la situación y se vuelven a su trocito de suelo a dormir.

*Gracias, C.S.I.*

No puedo evitar sonreír triunfalmente. ¡Los he acojonado! ¡Yo solo! ¡A una manadilla de perros de caza! Claro que es posible que, en cuanto me duerma, me ataquen a traición. O mañana. En cualquier momento... ¡Y no puedo hablar en perro hasta que no me adapte a este nuevo cuerpo! ¡Joder, soy un perro! No, ¡soy una perra!

*Y tú, genio, ¡tú sí que eres un hijo de perra!*

Entonces algo me toca el hombro... o la paletilla... lo que sea que tenga ahora. ¡Me toca por detrás, y punto! Me doy la vuelta y me encuentro al negrazo con el semblante serio de dar retortijones por el miedo.

—¿De verdad creías que habías achantado a una jauría de perros cazadores hablándoles de certificados? ¿Que los habías asustado con tus palabras humanas? —me suelta.

¡Qué arte tiene el jodido para herir los sentimientos de uno en cuatro

palabras!

—¡Si ni siquiera saben qué es un forense! —me remata con crueldad—. ¡Por el turbante de Aladino! ¡Qué gilipollas eres!

—¿A qué has venido? Porque no recuerdo haberte llamado y estoy muy ocupado ahora... —contesto con mi hocico apuntando al techo de madera del cobertizo y mi orgullo herido de muerte.

—Claaaaaro. Ya te limpiarás las patas más tarde. He venido porque la ocasión lo merece, ¿no crees? —dice él mientras se acomoda en una silla que aparece de la nada cuando chasquea los dedos.

*Me pregunto si me podrá dar una cama a mí, que tengo los huesos...*

—No, nada de premios —responde a mi discurso mental—. Como ves, esto es un castigo. Solo te librarás de él cuando hayas aprendido la lección. Y a ver si leemos el contrato de una vez, ¡que no espabilas, mendrugo!

—¡Ehhhh! ¡No seas injusto! —trato de defenderme mientras lucho contra mis ganas de olisquearle la entrepierna—. Quitando la primera vez, que hice mal (lo reconozco), no he tenido ocasión en los demás saltos. Cuando era Micaela y me puse a ello, me hiciste saltar porque ya había aprendido que siempre muero joven y que tanto mi vida como mi muerte influyen en las vidas y muertes de mis seres queridos u odiados. ¿No es verdad? Después, llegué a mi muerte con paliza siendo Poe y en este último salto ni siquiera he estado veinticuatro horas... ¿Cómo voy a leer nada en estas condiciones? —replico indignado.

—Bueno, parece que ahora vas a tener tiempo... —señala al cobertizo y a mí—. Por cierto, eres una pointer muy bonita y te llamas Betsy, aunque mañana dispondrás ya de esa información... Y, respecto a esos —señala a los tres perros que fingen dormir sin quitarnos el ojo de encima—, no te preocupes. No te harán ningún daño. Mañana serás una perra más, como ellos —casi se atraganta el muy genio al decirme esto—, y no recordarán nada de lo sucedido hoy. ¡Anda, que mira que cargarte a Fiona!

Me rasca la oreja y yo no dejo de agitar la pata como un poseso. ¡No puedo parar! Una parte de mí quiere darle lametones y otra llamarle de todo en todos los idiomas posibles.

—¿Por qué soy una perra?

Me arrepiento al instante de haber formulado esa pregunta. M. A. se tira al suelo agarrándose la tripa de la risa. ¡Él sí que es un actor! ¡Y cómo sobreactúa! Finalmente, se incorpora para recuperar su asiento y adopta una pose estirada, como muy monárquica, ¿sabes?

—¿No pensarás de verdad que siempre has sido una persona? En nuestro periplo vital, somos todo tipo de seres vivos según cómo hayamos vivido. En principio, tú ibas a viajar solo por algunas vidas de tu existencia como ser humano para poder aprender y alcanzar la felicidad, pero la violación de la cláusula trece (que, además, te subrayé yo mismo en la Libreta de viajes en el tiempo), requiere un correctivo importante... —añade dejando la palabra en el aire.

—¿Cuál? —ladro con miedo.

—No podrás salir de aquí hasta que no averigües qué falló en tu vida anterior, hasta que no sepas tu adicción, y es una faenita porque estás en 1707 —me responde antes de levantarse de su asiento.

—Y soy una perra... —añado meditabundo.

—Y eres una perra —concuerta él—. Así que, como no descubras tu adicción...

—¡Eso es fácil! —le interrumpo—. ¡Fumaba como un carretero! Y, si me iba a morir en pocos años, seguro que fue de un cáncer de pulmón o de algo. ¡Eses es mi vicio y eso hizo que muriera joven! —exclamo triunfal, deseando tener la gabardina de Colombo para agitarla con actitud chulesca.

—Eres muuuuy tonto —niega con la cabeza. Sus ojos sonrían. Tiene ganas de reírse, pero se contiene en esta ocasión—. Es cierto que morirás de cáncer, no te lo niego, pero no es eso lo que debes averiguar. Hay una importante lección en esa vida que deberías resolver para entender a qué eras adicto en la última, Mikel. Mientras no llegues a ello, te quedarás aquí siendo una perra de caza. Ah, y dos advertencias... —añade con su dedazo gigante puesto sobre mi hocico—. Tu dueño es un poco... cabrón (mucho más que yo), así que te invito a que te apresures a resolver el enigma. Y dos: tanto si lo consigues como si no, volver a romper la trece implica la disolución del contrato.

—¿Cómo? —le pregunto aterrado, pues ya se ha dado media vuelta para irse y yo no tengo manos para sujetarlo o impedirlo.

El genio me observa en silencio. Por primera vez, juraría que parece triste, e incluso preocupado por mí.

—No puedes interferir en la vida de los demás. Basta con que le digas a alguien que vienes del futuro o que les pasará tal o cual cosa, para que lo modifiques todo de manera tan sustancial que podría cambiar tus próximos nacimientos. No es el deseo de Urano. Si algo va a ser alterado, será porque te lo ganes con tus actos, no con tus palabras.

Me planto de un salto delante de él y le pongo ojitos antes de que se marche y me deje solo en esta vida de perros.

—Entonces... —lloriqueo—, ¿voy a quedarme para siempre en este cuerpo si no adivino eso?

El genio se rasca la cabeza meditando sobre ello.

—No. Si mueres, saltarás a otra vida, pero mucho me temo que podría ser peor que esta puesto que no habrás hecho gran cosa para ganarte un ascenso. Pero Mikel, o Betsy, recuerda esto: desaparecerás del todo si vuelves a infringir la cláusula trece. Lo pone claramente en la catorce. Te lo enseñaría, pero los perros no sabéis leer —añade entre risas a modo de despedida.

Las carcajadas se quedan sobrevolando en el sucio cobertizo, donde los tres perros duermen profundamente entre sonidos de sueños. Les arrojo una mirada reticente y desconfiada, me lamo la setilla tumbada en el suelo y caigo en sueño perruno, un estado similar al coma profundo.



—¡El amo! ¡El amo ya está aquí! —ladran mis compañeros caninos al sentir el olor de un hombre aproximándose a nuestro cubil.

—¿Nos dará de comer hoy? —pregunta un bretón famélico que atiende al nombre de Flash.

Muy a mi pesar, noto cómo se me hace la boca agua ante la perspectiva de ingerir cualquier cosita comestible, viva o muerta. Ignoro cuántas horas llevo aquí encerrado desde mi salto, pero me atrevería a decir que han transcurrido unas doce. No es algo que sepa a ciencia cierta, pero lo intuyen mis huesos y mi sentido perruno.

*¿Cuándo fue la última vez que me llevé algo a la boca? ¿En qué vida comí?*

El estómago protesta conmigo. Mucho.

La puerta del cobertizo se abre entre toses de madera y polvo. La luz que se filtra a través de ella huele a campo, a carreras y libertad. Mis patas se preparan para brincar ante el amo, al que temo y amo a un mismo tiempo. Sacudo la confusión como si fuera agua en mis orejas: agitando la cabeza sin

cesar.

Los pies del amo se adentran en nuestros dominios. No van solos. Entran acompañados de unas largas piernas que sostienen un cuerpo imponente.

*¡Qué alto es desde abajo! ¡Qué grandioso es el amo!*

Agitamos nuestros rabos en movimientos frenéticos y excitados. Yo, no sé el resto, pero tengo ganas de saltar sobre él. Me acerco a olisquearle los pies con una inusual sensación de alegría.

El amo nos arroja una mirada extrañada.

—¿Dónde está Fiona? —pregunta con la voz grave y potente—. ¡Betsy, Theo, Linda, Flash, Fiona! —nos llama.

Es la llamada del amo, la LLAMADA. Theo, Linda y Flash corren a su encuentro sin perder demasiado el culo. Eso me debería haber hecho sospechar ligeramente, pero mi naturaleza optimista me lleva a sentirme halagado cuando me permiten acaparar las miradas y caricias del amo mientras ellos se mantienen en un segundo plano, lo cual está muy pero que muy guau.

—¿Fiona? —pregunta de nuevo al hacer recuento hasta que repara en el bulto inmóvil e inerte que yace al fondo del chenil, sobre un charco del suelo.

El amo tuerce el gesto y alza su mano imponente en el cielo. Yo troto ajeno a la hostia que me voy a comer mientras mis compis perrunos se retiran silbando disimuladamente. ¡Para que te fíes de la cultura popular y de sus dichos sobre la fidelidad canina!

*¡Traidores hijos de perra!*

El enorme puño del amo descarga su furia sobre mi costillar. Creo que me las ha roto todas, el muy...

*¡Ohhh, pero es el amo! El amo es bueno y nos da de comer... no, ¡qué coño! El amo es un gato cabrón. ¡Ni que yo tuviera la culpa de su muerte! Bueno, la tengo, pero él no lo sabe. ¡Pobre amito! Estará triste ahora sin ella... Joder, ¿todos los perros somos así de bipolares y con síndrome de Estocolmo incorporado en los genes?*

Los pensamientos se chocan unos con otros cuando la mano del amo vuelve a cargar contra mi lomo en un segundo golpe más fiero. Me arrastro por el suelo llorando.

*Amo, malo...*

Mis compañeros me reciben con miradas culpables y unas de ella me da lametones en mis zonas doloridas, que son todas. El amo parece complacido por mis aullidos lastimeros y sonrío.

—Regreso en un rato —nos dice antes de salir de nuestra cárcel de madera y robarnos la luz del exterior.

—¿Estás loca? —me recrimina Theo, un setter irlandés de aspecto juicioso—. ¿Cómo has ido al encuentro del amo sabiendo que se enfadaría al ver el cadáver de Fiona?

Suspiro. Dicho así, lleva razón, ¡qué huesitos!

—Yo... He tenido unos días malos y... —me disculpo.

Por las caras que ponen, me da que no entienden mi discurso aunque se lo esté contando en perruno.

—A ver... ¿Pero el amo es un hijo de gata o qué? —les pregunto de modo que puedan comprenderlo.

—¡Es el amo! ¡Queremos al amo! —exclama Linda, que debe de ser melliza de Theo porque son clavados los tíos—. Pero... es el amo —añade.

—No entiendo una mierda —les respondo yo mientras me siento sobre mis cuartos traseros en un esfuerzo sobrecanino porque me ha dejado molido.

—Pues que lo queremos porque nos cuida, nos da de comer y es quien nos regala la luz del sol, las excursiones, poder correr... —dice Flash con la mirada soñadora.

Todos nuestros rabos han empezado a agitarse a la vez en un baile nervioso y entusiasta.

—Peeero... —añade Theo—. No siempre nos trata bien. Mira este sitio. Podría estar mejor, ¿no? Tener agua limpia, comida a diario, más ventilación, poder ver la luz del sol varias horas al día, una cama calentita y seca...

—¡Podría ser mejor pero el amo nos quiere igual! —protestan Linda y Flash, que no ven con buenos ojos las críticas de un perro hacia su amo.

Theo decide ignorarlos y se acerca a mi orejota, que ya está levantada para recibir su confidencia, con aire culpable para decirme en tono confidencial:

—El amo también nos pega y muchos han desaparecido por sus manos. Es cierto que se porta mejor con nosotros que con los de su especie, sí, pero harías bien en suicidarte si no lo ves de buen humor. ¿Sabes cómo le llaman sus congéneres?

Agito la cabeza, entusiasmado tanto por el cotilleo como por el hecho de que un perro domine tanto léxico, tan culto y variado. Ahora soy yo el que adopto una expresión de confabulación y susurro:

—Tú tampoco eres únicamente un perro, ¿eh?

Theo se encoge de patas y suspira.

—Pshhhhh. Ya ves, pero calla —me dice.

—Oye, Theo... No me has dicho cómo llaman al amo. Cuenta... ¿Cuál es su sobrenombre?

Theo gruñe inconscientemente un segundo y ladra:

—William, el temible conde de Cowland, apodado el Conde Sangre.

*Genial. No he podido ser perra en casa de una animalista vegana, no. Soy perra de un jodido psicópata... ¡Joder, genio, qué vida de perros!*



El aire me acaricia las orejas y yo corro, corro, corro... ¡No, vuelo! Cientos de olores estimulan mis sentidos pero, sobre todos ellos, siento la boca agua y el apetito abierto al acercarme a cada zancada a nuestra comida, que se mueve con deliciosa lentitud delante de nosotros.

*¡Qué bueno es el amo trayéndonos cosas tan ricas!*

Nuestra comida se ha vuelto a caer, se arrastra por el camino de tierra y maleza dejando un reguero de sangre a su paso. Nosotros corremos tras él, alegres. La carrera nos espolea aún más el hambre. En mi interior una parte de mí protesta ante la idea de comernos a ese chico. Henry, creo que se llama. Mi «yo» humano dice que no está bien pero mi esencia perruna me ladra un «que te calles y a comer, o te dejarán sin nada y morirás por gilipollas».

El chico ha logrado alzarse y corre entre renqueos mortales aferrándose con desesperación a cuanto encuentra en su camino y le sirva de apoyo. Casi me da lástima. Algo en el corazón me mordisquea.

*¡Ehhhh! Céntrate, joder. Que no has saltado a esta vida para comerte a un pobre muchacho malherido. ¿Qué debo aprender? ¿Qué he visto de malo en mi vida como don Miguel además de fumar a lo bestia y morirme de cáncer? ¿Cuál es mi otra adicción?*

*El chico... la comida... ¡Oh, por todos los frisbies del mundo! ¡Estoy salivando! ¡Oh, le están mordiendo la patita! ¡Yo también quiero muslo!*

Flash le ha alcanzado la pantorrilla cuando estaba a punto de llegar a un álamo negro, seguramente con la intención de escalar por él y protegerse del ataque de los perros. El chico grita al sentir la primera dentellada en la pierna

mellada. La sangre brota en cálidos manantiales. Henry se gira hacia el punto de su dolor para intentar librarse de mi famélico compañero, quien, voraz y tozudo, desgarrar y abre su herida en grietas imposibles buscando en ellas la vida mientras al otro le llega la muerte. En un último esfuerzo, el chico trata de encaramarse al árbol con Flash colgando de su pierna.

Theo, Linda y yo corremos a reunirnos con él, ansiosos por participar en el festín. Theo y Linda le inmovilizan las piernas mientras le propinan furiosas dentelladas que le desgarran piel, carne, músculo y tendones. Yo lucho contra mis instintos y mi hambre desmedida.

*No sé qué hacer. Si no como, yo también moriré y, de todos modos, a ese chico no le queda mucho. Se lo van a merendar igual y es pecado tirar la comida... ¿Qué hago? Siento deseo y rechazo a la vez. ¿Qué hago?*

Los gritos, el olor la sangre y ese movimiento frenético..., oído, olfato, vista... Todos ellos me oscurecen los pensamientos y la razón. Mis compañeros le han hecho caer al suelo finalmente y tiran de él en varias direcciones.

He dejado de pensar. Solo salto en su dirección, me encaramo a su tórax, olfateo su cara con curiosidad genuina y le regalo un tímido lametazo en el rostro. Entonces, justo en el momento en el que clavo mis colmillos hambrientos sobre la garganta, me llega un pensamiento súbito como una revelación, como una epifanía.

—¡Soy adicto a las mentiras y a las normas sociales! ¡Al qué dirán! — exclamo triunfal—. ¡No viví como quise y perdí a Carla cuando era don Miguel por mentir a todos y a mí mismo! ¡Por eso estropeé mi vida!

El sabor metálico y dulce de la sangre brotando de aquella garganta destrozada me llega muy muy lejano. Mi alma ha salido de su contenedor y se eleva sobre la terrible escena. Quiero vomitar.

*¿Qué he hecho? ¡Acabo de matar a un ser humano!*

Me encojo en el espacio. Cada partícula y molécula me duele. Soy dolor, amargura, sangre. Me doblo sobre sí mismo, me curvo y deshago como la nieve frente al fuego. Mis lágrimas se mueren antes de ser vertidas.

Desaparezco.

Desaparezco.

Desaparezco.

## Sexto salto

La estupidez insiste siempre,  
sobre todo en los más estúpidos.  
**Albert Camus**

—**B** la bla bla bla, ¡BLA BLA! —escucho a lo lejos antes de que un coro de risas alcance mis oídos.

*¿Quién se está riendo así? ¿De qué se ríen?*

Me llevo las manos a la cabeza con temor dubitativo por si no todo se encuentra donde toca, y es que la siento llena de agujas y encogida, reducida, como si hubiera sido tragada por una apisonadora y luego me la hubiera vomitado para ponerla sobre mi cuello de nuevo. Mis manos se asombran al chocar con tanto cabello.

*¡Tengo el pelo largo!*

—Señorita Fuentes —escucho otra vez.

Es la voz de antes. Más risas. No tengo más remedio que abrir los ojos. El nuevo escenario me provoca un pavor profundo. ¡No puede ser!

—¿No ha dormido esta noche bien y está recuperando el tiempo perdido en el aula, señorita Fuentes? —pregunta la dueña de la voz, que se adueña de la mía.

No soy capaz de atinar una respuesta verbal aparte de mirarla entre parpadeos confusos y un ataque al corazón. Es...

—¡Guauuu! —exclamo, claramente afectado por mi vida anterior.

La chavalería sentada a mi alrededor rompe a reír por tercera vez.

*¡Qué pavo tienen, la leche! ¡Se ríen por todo!*

—¿Cómo? —vuelve a preguntar la mujer.

—¡Yo la conozco! —exclamo con un subidón total—. ¡Es usted doña Emilia, la profesora!

Nuevas risas.

*Madre mía, qué cansinos son...*

La mujer asiente con una sonrisa.

—¡Qué bien que me reconozcas! Habría sido muy extraño que no lo hicieras siendo tu tutora, ¿no crees? —bromea.

No sé ni qué decir, estoy en verdad confuso, y no dejo de recibir sorpresa tras sorpresa. ¡Es ella! ¡Es doña Emilia! La misma que trabajaba conmigo en la escuela cuando yo era don Miguel, solo que ahora tendrá unos... cuarenta y pico-cincuenta. ¡Claro! Ella era apenas una joven maestra recién titulada. Si no me hubiera muerto de cáncer tan joven, no habría nacido luego como Micaela, ni tampoco como Mikel. ¿Pero cómo es posible que volvamos a compartir espacio?

*¡Eh, un momento! ¿Eso quiere decir que soy...?*

Me miro el pecho y descubro dos tetas bajo una cascada de tirabuzones rubios. Me caigo de culo de la impresión. ¡Qué daño, jopetas! La clase al completo estalla en una carcajada ruidosa.

Doña Emilia se levanta de su pupitre y avanza hacia mí con el gesto preocupado. Entonces, arrodillada en el suelo a mi lado, me pregunta:

—¿Te encuentras bien, Micaela?

Me está dando un parraque, ¡me está dando un parraque! Seguro que esto no lo han previsto ni Urano ni el capullo del genio. Muerte por salto temporal y por fliparlo mogollón.

*¡Soy Micaela otra vez y mi profesora es mi propia compañera de curro de cuando era don Miguel! Y no solo eso, ¡sino que la escena es idéntica a la del lavabo cuando se agachó sobre mí al encontrarme inconsciente! ¡Y no solo eso!*

—¡Tengo tetas! —exclamo en voz alta.

Mi revelación causa pérdidas de orina inminentes entre el público adolescente. Los veo llorar de risa. Bueno, no todos. Algunos de ellos, a estas alturas, me miran con cara de pena como si tuviera un cáncer terminal o un móvil con solo un tres por ciento de batería, que también impone.

*¿Yo acabo de decir eso? Mierda, ¡me estoy adolescentizando!*

—¿Quieres ir a enfermería, Micaela? —susurra la mujer con su eterna sonrisa acogedora.

No ha cambiado nada en estos veinte años. Quizá alguna arruga, pero conserva sus rasgos intactos, la oscuridad de su pelo y el brillo de sus ojos y su piel. Es una gran mujer.

—No se preocupe, doña Emilia. Me encuentro bien. Solo necesito ir al baño un momento y refrescarme. ¿Puedo? —le digo con ojos suplicantes.

La profesora me tiende la mano para alzarme del suelo y asiente con una nueva sonrisa.

—Está bien —acepta al ver que me he levantado de un salto ágil y sin apenas esfuerzo—, pero que te acompañe alguien. Me quedo más tranquila. No querría tener un susto y que pasara algo estando sola... —añade, y no puedo evitar sentirme conectado a sus recuerdos y preocupaciones.

—¡Yo la acompaño! —se ofrece voluntaria una chica rellenita que me mira todo el tiempo con preocupación.

De hecho, a ella y a su compañera no las he visto reír en ningún momento. Les devuelvo una mirada intrigada, pues hay algo en ellas dos que me resulta familiar, aunque no caigo ahora de qué se trata, o de quiénes.

—No hace falta, de verdad. Necesito unos segundos a solas... — respondo a media voz sin dejar de mirar a la chica.

Las dos me miran fijamente. Las dos esconden algo en sus caras, en sus ojos, que me llaman la atención, un rasgo común: el reconocimiento. Las miro rápidamente, tanto a la chica rellenita que se ha ofrecido voluntaria para acompañarme como a la larguirucha de ojos aceitunados que me interroga con ellos.

—Estoy bien —repito—. ¿Puedo? —le pregunto a la profesora.

—De acuerdo —cede la mujer, no muy convencida.

Abandono la clase con fingida tranquilidad, aunque, en cuanto cierro la puerta a mi espalda, echo a correr a lo loco por los pasillos en busca de un cuarto de baño. Por suerte, a doscientos o trescientos metros me encuentro con un aseo de chicas. Entro en él echando lechugas y corro hacia el espejo más cercano.

—¡Ostras, Pedrín! ¡Qué buenísima estoy! —exclamo, y no es para menos.

Me dan ganas de meterme mano, pero eso sería un poquito pervertido. El crecimiento me ha sentado bien, pues soy guapa a rabiar. Ojazos (he dicho «ojazos») enormes y azules, cabellos del color del trigo que se entrelazan en tirabuzones chulísimos, sonrisa preciosa, dentadura perfecta... ¡Y tengo un tipín que lo flipas! Me giro para mirarme el culo y silbo como un obrero de la construcción.

—Bueno, Mikel... Micaela —me autocorto el rollo y reprendo—. A lo que has venido...

Bajo los párpados un segundo (*¿te he dicho ya que tengo unos ojos tan*

*grandes que parezco un dibujo de manga? Envidia, ¿eueehh?*), tomo aire y pronuncio la frase de invocación:

—¡Oh, Capitán! ¡Mi capitán! Nuestro espantoso viaje ha concluido. El barco ha enfrentado cada tormento, el premio que buscamos fue ganado...

El espejo comienza a parpadear. Se oscurece. La imagen de mi cara tintinea en intermitencia y se vuelve difusa, borrosa. Soy una mancha. Enseguida la mancha se reagrupa y llena de colores hasta que la cara del genio se aparece abarcando toda la superficie.

—¿Qué pasa, preciosura? —me dice a modo de saludo con un guiño de ojos coqueto.

Tengo ganas de decirle cuánto me alegro de verle y le aprecio, así que no me corto un pelo y lo hago.

—Vete a la mierda, genio míster T.

—¡Huyyy! ¿Estamos de mal humor, encanto? —se ríe—. En fin, te advierto de que en cinco minutos tu compañera va a entrar por esa puerta, así que, sea lo que sea lo que quieras preguntarme o contar, rapidito.

—Bien... —digo mientras reparto mis miradas al espejo y a la dichosa puerta.

*Estoy cogiendo una tirria a los lavabos... No tanta como a las ovejas, pero si me pones una oveja dentro de un cuarto de baño, se convierte en mi peor pesadilla...*

—¿Quieres dejar de pensar subnormalidades y preguntar lo que sea, pazguato? —brama el genio, que no deja de mirarse el reloj de pulsera. *¿Habrá quedado con alguien?*—. ¡Y dale! ¡Que me preguntes, por todos los velos de Oriente, que me preguntes!

—Vale. Quiero saber qué le pasó a Carlos, el panadero, después de mi muerte —le digo sin rodeos—. Porque algo no me cuadra... Si Carlos es el Carlitos que estuvo en la fiesta de mi octavo cumpleaños como Micaela, significa que también murió, ¿no es así?

El rostro del genio se contrae y congela unos segundos antes de asentir con gravedad.

—Está bien. Urano no pone pegas a ello, ya que no perjudica a nadie. Al año y medio de tu muerte, Carlos se quitó la vida. No voy a darte detalles, pero ocurrió así. Con esa muerte nació Carlitos y os volvisteis a reunir. ¿Satisfecho?

—Mucho —confirmo con una confusa mezcla de tristeza y alegría por ellos.

—Cojonudo. Considéralo un presente por tu anterior salto. Sabemos que ha sido una dura experiencia —enuncia sin rastro de sorna.

El sabor de la sangre regresa a mis papilas ante la mención y siento unas terribles ganas de vomitar. Sangre, vida humana, ¡arrebatada por mis dentelladas! La imagen del genio se empaña, pero esta vez no se trata de ningún efecto óptico, sino por la acción de decenas de lágrimas que acuden a limpiarme la visión de esa horrible imagen, a limpiarme el corazón y a purgarlo.

El genio apoya la mano en el espejo en un gesto de complicidad. Yo le sonrío agradecido. No es tan mal tipo después de todo...

—No lo soy, pero no te fíes —me dice con una sonrisa buenrollista—. ¿Algo más? En dos minutos esa puerta se abrirá —señala.

—Sí, mi descubrimiento... —comienzo inseguro—, lo de la adicción a las mentiras... No puedo dejar de pensar en ello, en cómo viví una mentira siendo don Miguel, pero no le veo aplicación a mi vida. Quiero decir: no me considero un mentiroso. Alguna bola, como todo el mundo, pero ni mucho menos un adicto... ¿No puedes ayudarme a llegar a ello? —pregunto aleteando mis pestañas de modo arrebatador.

El genio parece enternecerse ante mi imagen. No, si siempre he sospechado que las chicas guapas lo tienen todo más fácil. Y los tipos de ojos grandes también, ¡qué coño! Compruebo que esta vez no solo no se descojona de mí o me insulta, sino que no se puede resistir a mi guapura, a mi encanto y belleza natural...

—No es eso, gilipollas —me corta el rollo el negro este.

—Porfiiiiiiii —le suplico pestañeando a toda leche. Seguro que acabo de batir el récord Guinness en aleteo pestañil.

—No puedo decírtelo; debes ser tú quien llegue a ello, pero... —responde el genio. Su imagen se empieza a borrar—. Te has creado un sistema «eficaz» en tu vida para alejarte de lo que no te gusta, de lo que haces mal y no quieres recordar. Cada vez que ocurre eso...

—Me duele la cabeza —concluyo su frase con cierta sorpresa ante el descubrimiento—. Mis jaquecas esconden lo que soy.

—Así es. Y, oye... —dice con sus labios curvados—. Felicidades...

—¿Por qué? —pregunto sin comprender.

—Porque ya eres toda una mujercita... —ríe antes de que su imagen se disipe en el cristal y refleje nuevamente el desconcierto de mi cara.

En ese momento la puerta exterior se abre. Tras ella se asoma la chica

rellenita de antes, que se adentra de dos pasos rápidos, me coge de las manos en silencio y me mira con el ceño arrugado.

—¿Qué pasa? —le pregunto sin saber cómo actuar.

—Micaela... —me dice—. Tú no estás bien...

—¿Te puedo hacer unas preguntas de nada sin que montes un drama o que, a su vez, me hagas nuevas preguntas? —le digo en mi infinito conocimiento del universo femenino.

Ella parece tomárselo como un cumplido (quizá sí es de dramas), y lo sopesa acariciándose la barbilla sin dejar de sonreír.

—Suen a chungo, pero escupe... —dice al fin.

—¿Pero lo prometes? —trato de asegurarme a la vez que le aprieto las manos.

—¡Jo, tía! ¡Que sí! —exclama ella, que apenas puede disimular su vena cotilla y curiosa.

—Bien... ¿En qué año estamos? ¿En qué sitio? Y..., a todo esto..., ¿cómo te llamas? —pregunto con una sonrisa más falsa que un billete de tres argentos y medio.

La chavala me suelta las manos con el gesto desencajado. Está luchando por cumplir su palabra y no freírme a preguntas. ¡Mira cómo suda la pobrecilla!

—Estás vacilándome, ¿no? —me suelta al fin sin poder contenerse.

—No, jolines. Es para una cosa... —digo yo bajando la voz y haciéndome la interesante.

—¿Qué cosa?

—Es para una amiga —respondo sin ton ni son.

—¿Qué amigaaaa? —replica ella incrédula sin reparar en lo absurdo de la conversación.

—¡Me habías prometido responderme sin hacer preguntas! —exclamo entonces yo fingiendo estar muy indignada con gestos de refuerzo como cruzarme de brazos, arrugar el morro y apuntar con la barbilla hacia el lado contrario a ella.

—Está bien. Pero, oye, me estás asustando —dice con la cara seria—. Estamos en 1990, tenemos catorce para quince años. Tú estás a punto de hacer los quince, a finales de este mes. Yo hasta diciembre, nada, y Petra ya los ha cumplido —*Petra será la otra chica, la larguirucha. Claro...*—. Estás... estamos... donde siempre, en Burgos. Y yo soy Quica, tu mejor amiga.

—Ya lo sabía, tía, ¡te estaba tomando el pelo! —exclamo entre risas sin risa antes de sacarle la lengua.

—¡Qué gilipollas! —me espeta—. Me has asustado. ¡Anda! —exclama bajando la vista a mi entrepierna—. ¡Felicidades!

—¿De qué petetes hablas? —Ahora soy yo el que está más desconcertado que un dragón en un jacuzzi.

Quica extiende su dedo. Obedezco a su mano como una niña buena y el horror se instala en mi garganta al ver aquella sangre.

—¡Voy a morir! ¡VOY A MORIR! —grito aterrado o aterrada.

Mi recién conocida amiga abre la boca casi más que yo al ver mis gritos y mis lágrimas huyendo despavoridas.

—¿Qué estás haciendo? —susurra.

—¿Qué haces tú? ¡Llama al médico, que me desangro, joder! —le recrimino—. ¿Por qué te quedas ahí parada? ¡Me dueleeee y estoy palmando!

Mi amiga, ¡vaya amiga!, me mira con incredulidad y se pone en plan genio; es decir, a descojonarse en mi cara.

—¡Cuando se lo cuente a Petra se va a morir! —exclama entre risas desvergonzadas y poco apropiadas—. ¿Estás ensayando para hacer de Carrie o qué? ¡Ohhh, me muero, me muero! —teatraliza con una mano sobre el pecho—. ¡No sé qué es la regla y voy a morir desangrada! Ja, ja, ja, ja, ja.

Recupero la postura y lo poco que me queda de orgullo y respondo con dignidad:

—¿He estado convincente? Quiero ser actriz y creo que tengo posibilidades...

—Siempre has querido ser actriz, y escritora, y pintora... ¡y veterinaria! —me reprocha ella—. Pero me lo había tragado, sí. Gracias por el pase privado en el papel de Carrie, bonita —añade con evidente malestar.

*Esa frase, ese tono irónico, esa mirada... ¡Pues claro! ¡Ya sé de qué me sueñas! ¡Tú eres mi amigo Patxi! Quica, claro. Quica es el diminutivo de Francisca, y Patxi es el nombre vasco de Francisco... Y, entonces, la otra niña, la larguirucha... ¡Es Kepa! ¡Joder! Petra es el femenino de Pedro en castellano. ¡Increíble! ¿Aquí nos morimos todos en la primera pantalla del juego o qué?*

—Mica..., tía. Estás más rara que ni sé. ¿Adónde te has ido? —me devuelve al «presente» la chavala.

—¿Puedes conseguirme una compresa? —le ruego con las manos unidas en posición de oración después de sopesar las alternativas.

*¡Ni loco me meto un tampón de esos en el chirri! ¡La virgen!, ¡tengo chirri!*

Quica mueve la cabeza de modo impreciso. No se sabe si es un «sí», un «no» o una coreografía de música *House*. Aunque muestra un gesto desconfiado, accede.

—Ahora vuelvo, con una compresa y a ver si puedo conseguirte otros pantalones... —me mira el manchurrón marrón.

Yo me niego a mirarlo otra vez o volveré a gritar como loca. Quica abandona el baño. Suspiro de alivio al verme sola.

*¡Soy una adolescente y me ha bajado la regla! ¡Flipo! Ahora comprendo las risitas y la felicitación del genio por ser mujer. Si es que..., no se le puede querer, no...*

La puerta del baño vuelve a abrirse. Es imposible que sea Quica porque no se ha ido ni hace diez segundos. Tras la puerta se asoma la naricilla pecosa de una mujer de enormes ojos castaños que hace que mi corazón vuelva a sufrir un microinfarto. Empiezo a pensar seriamente que saldré de esta vida vestido con un elegante traje-bolsa a la moda burka, pero con los pies por delante.

—¿Noelia? —pregunto al reconocerla.

No creo que se pueda olvidar a una hija así como así, aunque solo la hayas visto unos pocos minutos en su adolescencia. Mi hija, que se ha convertido en una preciosa mujer de treinta y pico años, me mira fijamente y me regala una sonrisa preocupada.

—Me ha dicho doña Emilia que te has dormido o desmayado en clase —me dice después de cerrar la puerta a su espalda.

Yo asiento incapaz de hablar. No porque no pueda, ojo. Es que me ha entrado un miedo extremo por si meto la pata y me convierto en tortuga o en piojo al decir algo incorrecto o información que afecte a la cláusula trece.

—Ya veo lo que pasa. Te ha venido el período —dice mi hija sin saber que soy yo.

*¿Cómo es que no lo nota al mirarme a los ojos ni me le entran ganas de abrazarme? ¡Si yo estoy deseando darle un achuchón y apenas la conozco!*

—Quica ha ido a buscarme ropa para cambiarme y una compresa —le digo con los ojos tiernecitos.

—De acuerdo —responde ella sin apartar la mirada de mí—. ¿Estás bien?

Mi intención es mentirle a lo bestia, pero mi cabeza se mueve sola de izquierda a derecha. Y estas estúpidas lágrimas tampoco ayudan.

*¿Esto es ser una adolescente? ¡Pero si es durísimo!*

—Tu madre... —digo—, ¿sigue viviendo por aquí?

*¡Mierda! ¿Por qué he dicho eso?*

—¿Mi madre? —repite Noelia desde el desconcierto—. No sabía que la conocieras, pero es una pregunta extraña, ¿no crees? Tú eres una alumna y yo, la directora del colegio.

—¡Vaaaaaya! —exclamo con incontenible orgullo al ver que ha seguido mis pasos—. ¡Directoora! ¡Es para estar orgullosa! —digo alegre y corro a abrazarla sin ninguna justificación.

La mujer se deja abrazar entre la sorpresa y cierta predisposición natural al mimo, y me da un beso en la frente.

—¡Ay, Micaela! ¡Qué tontita estás! —ríe.

Y yo río con ella sin dejar de olerla, feliz porque estoy en los brazos de mi hija. Aunque ella no me reconozca. Aunque yo no la conozca. Es Noelia.



Por fin suena el timbre avisando del término de las clases de hoy. Ya puedo decir que soy un superviviente, un héroe, un ¡de todo! ¡He sobrevivido a mi primer día de instituto como adolescente menstruante! Seguro que mañana, cuando ya esté fusionado del todo con el cuerpo y los recuerdos de Micaela, las cosas me resultarán más fáciles (*si no muero desangrado antes. ¿Cómo lo harán las mujeres?*).

—Micaaaaa —me llama Petra con codazo de lo más bestia que me trae de nuevo a ellas. Esta chica no sabe lo que es la delicadeza—. Estás demasiado callada...

—Sí —corroborra Quica, que no deja de analizarme mientras atravesamos el pasillo camino hacia la libertad. *¡Oh, coño! ¡No sé dónde vivo!*—. Te conozco y estás pensando en cómo hacérselo pagar, ¿verdad?

Pestaño con mi encanto de rubia preciosa sin tener ni pajolera idea de lo que me está hablando.

—¿Cómo?

—¡No te hagas la tonta! —ríe Petra—. He visto la mirada asesina que le has echado en clase, y sé que alguna le tendrás preparada...

—Sí, y se lo merece, que conste —interviene Quica—. El capullo ese lleva amargándote la vida desde que erais niños, ¡y encima sois vecinos!

—Ya, pero es obvio que está coladito por ti —me señala Petra con su dedo de pianista, que no casa con sus codos de leñadora—. Solo que es subnormal profundo el pobre y no sabe cómo hacer para ligar contigo sin sacar su cachiporra de Neanderthal e invitarte a su cueva arrastrándote por la cabellera...

Yo asisto al parloteo de ambas en silencio y con una sonrisa de compromiso mientras trato de atar cabos y comprender de qué hablan.

—¡Sí, tía! —exclama la otra. Parecen haberse olvidado de mí y yo asisto a su diálogo infinito como un espectador en un partido de tenis—. ¡Luis es un capullo! Aún recuerdo cómo te perseguía para tirarte del pelo. No ha refinado mucho su método.

—El chico ese que se estaba riendo cuando he vuelto cambiada de ropa, ¿es Luis? —interrumpo—. ¿Al que llamaban Luisito cuando era un niño?

Quica mira a Petra, que le devuelve una mirada de besugo disecado, y niega con la cabeza.

—Lleva todo el día así. Creo que está menstruando neuronas y recuerdos —bromea la primera.

—¿Por qué se reía? —les pregunto—. ¿Por qué se reía ese payaso cuando he entrado en clase? —repito notando cómo mi cabreo acelera en tiempo récord.

Mis amigas han dejado de reír y se retuercen nerviosas las manos y las tiras colgantes de las mochilas.

—¡Joder, pensábamos que lo habías oído! —susurra Petra bajando la voz y la mirada.

—Como lo ha dicho gritando según has llegado, creíamos que tú... ¿De verdad no lo has escuchado? —pregunta Quica con cara de metepatas profesional.

Niego con la cabeza y esbozo una sonrisa despreocupada para aligerar el ambiente, aunque dentro de mí estoy planeando cómo hacérselo pagar (no estaba Petra tan desencaminada), lo de esta vida y la siguiente, por todas las putadas que me ha hecho, por ser el jefe más *joputa* de todos los tiempos y por... ¿A quién quiero engañar? ¡Yo solo fui el que se metió en ese trabajo de

mierda en lugar de ir a por todas tras mi sueño!

—Como le has echado esa mirada tuya de «Ven *paquí*, que te voy a hacer cosquillas en la campanilla»... —murmura entre dientes Petra.

Salimos del instituto. Los chavales, contra todo pronóstico, no huyen para alejarse cuanto antes de sus muros, sino que se quedan pegados a ellos en corros mixtos llenos de risas tontas, cigarros compartidos y mucha hormona con ganas de fiesta.

—Iba pensando en mis cosas. Sé que ha dicho algo, pero no me he enterado muy bien. Estaba un poco en *shock*, tías —disimulo—. Por lo de ser mujer y todo eso, ya sabéis. Apenas me ha dado tiempo a escuchar las risas de la clase y lo he mirado porque... *me sonaba*... porque sí. ¿Qué ha soltado ese mamarracho vendezapatos?

—¿Vendezapatos? —repiten ellas extrañadas.

—Sí, lo vi el otro día en la tele y me hizo gracia. «Vendezapatos», dícese del que fracasado que no hará nada de provecho en la vida más que amargar al resto. «Puto gilipollas», ya sabéis —rio nervioso por si acabo de violar la trece de nuevo—. Bueno, ¿y qué ha dicho?

—Que volvías en chándal porque tus pantalones blancos ahora se habían convertido en el mar Rojo... —dice Quica con un manoteo nervioso en el aire.

—¡Hijo de puta! —exclamo sin aguantarme—. Pues sí, creo que es hora de devolvérsela, ¿no creéis?

—A ver qué vas a hacer, que te pones a pensar maldades y venganzas, y te quedas sola —se ríe Petra—. Seguro que en una vida pasada fuiste Guillermo Tell o...

—¡Ni me lo menciones! —la interrumpo con brusquedad—. Creo que ya sé cómo vengarme de Luis ... —les digo con la sonrisa torcida.

—¿Cómo? —preguntan las dos a la vez.

Echo un vistazo a los grupos de alrededor con la paranoia instalada en mi cerebro por si nos están escuchando, pero todos están a su aire, fumando y riendo. Quica saca de su cazadora vaquera un paquete de Lucky Strike pagado a medias, enciende tres cigarros y nos los pasa.

Yo cojo el mío a disgusto pero, para mi sorpresa, no toso ni me quiero morir cuando le doy una calada. Parece que mi cuerpo está habituado. ¿Moriré de cáncer también en esta nueva vida? Me lo quito de la boca y lo tiro al suelo con un gesto de rechazo antes de aplastarlo con mi bota. Ellas me miran como si hubiera asesinado a Chanquete.

—¿Qué pasa? —les digo ante su cara de horror.

—¡Tía, que cuesta más de cien pelas el paquete! —escupe indignada Petra.

—Bueno, pues desde hoy dejo de fumar. Paso de esas mierdas y de adicciones —les digo con convencimiento.

—¿La regla te ha hecho envejecer cien años o qué? ¡Hablas como nuestros padres! —se cachondea ella antes de que Quica la corte con un sutil pisotón.

—Bueno... ¿Cuál es tu plan sobre Luis? —interviene mi amiga, que veo que sigue siendo más juiciosa que Kepa... o Petra, vamos.

La miro con agradecimiento y susurro:

—Le haré creer que estoy interesada en él. ¿No decís que le gusto? Pues le diré de quedar en algún lado para tomar algo y... —me interrumpo para crear efecto «Jessica Fletcher» (no sé ni quién narices es esa, pero parece que Micaela sí).

—¿Y...? —me anima a continuar Petra con una sonrisa más páfida que la mía, de esas que piden de acompañamiento un gato entre los brazos.

—¡Le daré plantón! Y, cuando estemos en clase, le preguntaré gritando qué tal con su cita con la chica invisible —anuncio saboreando el inminente éxito.

—¡Pues vaya mierda de plan, Mica! —me chafa Quica. *¿De verdad ella es mi mejor amiga?*—. Así no puedes demostrar ni comprobar que ha ido para poder dejarlo en ridículo. Vamos, que no parece idea tuya...

—Bueno, pues me escondo en algún lado y le saco unas fotos. O, mejor, nos presentamos al rato las tres y nos reímos de su cara —improvisado como puedo, pues esto del mal no es lo mío.

*Claro que tampoco lo es tener estos pechos y sangrar como un gorrino...*

Ellas se encogen de hombros sin demasiado entusiasmo. Empiezo a asquearme con tanta sinceridad.

—No creo que sea un buen plan, no sé... —duda Petra a pesar de ser la apoyadora oficial del grupo.

—¿Y eso por qué? —les pregunto mosqueada.

—Pues... por ejemplo, por eso —contesta Quica con una sonrisa maliciosa y su mano señalando más allá de mi espalda.

Me giro para averiguar de qué se trata. Mi corazón se tambalea de emoción al verle caminando hacia nosotras con la sonrisa más encantadora que haya existido en este mundo, y en los miles de mundo que haya. Viene

acompañado de dos amigos, ¡pero a quién Windows le importa! Entorna sus ojos violeta hacia mí, con los que también sonrío, y mi cuerpo se pone a hacer cosas raras ante su presencia: me estiro para sacar tetamen y meter tripa a pesar de ser más lisa que la cuenta corriente de un obrero, juego con varios mechones de mi cabello, río como si fuera tonta del culo y pestañeo como si quisiera sacarme un elefante del ojo que se me hubiera metido por accidente.

—Carla... Carlos... Carlitos —rectifico con las manos sudadas y la lengua de estropajo. Hasta el sudor de mis manos está sudando. En media hora, muerte por deshidratación.

Él abre una nueva sonrisa, creada únicamente para mí y responde:

—Charlie, muñeca. Ahora soy Charlie. Solo mis viejos insisten en llamarme Carlitos —me dice mientras se peina su perfecto tupé travoltero.

*¡Qué calor me está entrando, jolines!*

—Charlie, Charlie... —repito como un mantra para mentalizarme y acostumbrarme a la nueva situación y su nombre.

—¿Entonces...? —pregunta mostrando la blancura de sus dientes, con la que podría iluminar el Corte Inglés en Navidades. Parece perder su aplomo por un instante y sus ojos se le empañan de dudas—. ¿Te has pensado lo de ir a ver conmigo *Pesadilla en Elm Street 5* este viernes?

*¡Ohhh, me está proponiendo salir! ¡Y al cine! ¡Y a ver a Freddy! Todo el mundo sabe qué significa esto... Ehhhh, Micaela se está adueñando de mis pensamientos. ¿Qué significa eso, lista? ¡Ohhh! ¡Quiere enrollarse conmigo y tocarme las lolas cuando todo esté a oscuras y yo, asustada! Ohhhh... Pero es un año menor... ¡Un momento, coñe! ¿Cómo sé yo eso? Mierda, mierda, mierda. Estoy desapareciendo como Mikel... no puedo parar. Dile que sí, ¡dile que sí!*

Carla-Carlitos-Carlos-Charlie me dirige una mirada tensa. Está conteniendo la respiración. Los imbéciles de sus amigos hacen ruidos y gestos obscenos entre carcajadas. Quica y Petra no se quedan atrás con su baile de risitas, codazos y moñerías.

—Bueeeeno —digo con todo el pavo subido (seguro que ha anidado en mi cabeza y ha puesto un huevo si es que esos bichos ponen huevos)—. Dame tu móvil y te llamo...

—¿Mi qué...? —se le está descomponiendo el gesto al pobre—. No se me mueve nada.

*¡Sí! Mierda, que estoy en la Prehistoria y aún no tienen móviles por aquí. Joder...*

—No, que digo que necesitaré un móvil para que mis padres me dejen salir —dice mi boca.

*¿Pero qué gilipolleces estoy diciendo?*

A juzgar por su cara, y por la de los demás, resulta que no era tanta gilipollez. Todos asienten.

—Dile a tu madre que vamos a la exposición de insectos de Naturales. Aunque estés castigada, te dejará ir, verás —se adelanta Quica.

Mis ojos buscan los suyos y me doy cuenta de lo afortunada que soy, de lo que quiero a mis amigas y lo que ellas me quieren a mí.

*Vaaaaale, ya estoy perdido, no dejo de hablar en femenino. ¡Me cago en el gremio de los genios y en todas sus lámparas!*

—¿Entonces? —su pregunta esconde una súplica. Yo me muero de ganas de ir con él.

—De acuerdo. El viernes quedamos a ver esa peli... —finjo torcer el brazo, como si le estuviera haciendo casi un favor, cuando me habría cortado el mío por ir.

Charlie no oculta su emoción y sala en el aire chocando sus talones de pura alegría. Luego se repeina su preciosísisisísimo tupé (*estoy desatá*), se estira el cuello de su chupa de cuero y me guiña un ojo que hace que mi cerebro se quede sin oxígeno un momento. Soy un pez boqueando fuera del agua.

—Pues el viernes tenemos una cita, muñeca —dice con su pose de película setentera que a mí me tiene loquita.

—Ajá... —respondo en un esfuerzo supremo por colocar unas letras con otras de forma que tengan sentido.

Él me acaricia de pasada la mano con sus yemas furtivas y ágiles. La electricidad viaja veloz por mi espinazo y se multiplica hacia todos los puntos de placer que tengo, que, ¡ohhh!, son muchos.

Entonces se da la media vuelta y, después de hacer algún que otro ruidito políticamente incorrecto, se alejan de nosotras, que los miramos como pavas.

—¡Joder, qué bueno está Mario! —exclama Petra babeando.

—Ajá... —repito sin recuperarme todavía, pues salir del coma no es cosa de segunditos.

—¡Qué envidia me das! —suspira Quica—. Es que veo cómo os miráis y...

—¡Por fin te vas a liar con Charlie! —interrumpe Petra, cuya intervención cabrea a Quica, que la mira indignada. Yo me echo a reír, pues en lo

sustancial seguimos siendo los mismos.

—¡No seas burra! —le recrimina la segunda—. Están hechos el uno para el otro y hace años que lo sabemos...

—¡Sí, joder! ¡Qué guerra habéis dado! —sigue la otra a su rollo, inmune a la hostilidad del entorno—. ¡Ya nos dirás cómo besa!, ¿no? Jijijijijii.

Quica y yo nos miramos, achinamos los ojos un instante con un rápido cabeceo y le damos una colleja a dúo. Luego nos echamos a reír.

*Vaya, podría cogerle gustito a esto...*



## Libreta de viajes en el tiempo

Resumen de mis días como Micaela:

Llevo quince días en su (mi) piel y ya sé que no quiero irme de aquí. Estoy a puntito de decir en voz alta la fórmula de detención y quedarme para siempre con esta vida. ¿Por qué no lo he hecho ya? Porque tengo miedo de olvidarme de todo lo que sé y de lo que queda de mí como Mikel, que cada día es menos. No solo por lo que esto implica, sino porque tengo miedo a morirme de nuevo dentro de nueve años, con solo veinticuatro. Y... también tengo miedo de no hacerlo, porque eso... eso significaría que Mikel no nacería. ¡Menuda faena!

En resumen, que estoy hecha un lío (sí, ya hablo en femenino).

Me he leído, por fin, el contrato de pe a pa por si escondía más trampas cabronas, pero todo parece en orden. Supongo que lo más importante es lo que vimos en su día, pero ahora no me fío y cada día, antes de acostarme, me leo una cláusula entera como si de un cuento para dormir se tratara.

¡Esta vez el genio no me va a pillar y lo haré todo bien! Ahora haré un

resumencito de mis dos últimas semanas, je, je, je. Sí, ya sé... Esta libreta es para apuntar fechas y datos de mis saltos, no para usarla como diario de una adolescente, ¡pero que te den, genio de las narices! Ahora es mía y hago lo que quiero con ella. Además, ¡qué leches!, para mí sí es importante lo que voy a escribir...

### Mi cita con Charlie en el cine

Llegué a la cita muy nerviosa. Mucho. Era mi primera cita con un chico y no sabía cómo comportarme. Al principio estaba muy en tensión para que no notara nada y evitar futuros gestos míos como, por ejemplo, abrirle la puerta o cederle el asiento, gestos típicos de mí. ¡Pero ahora era Carla la que lo haría conmigo! Solo que ya no era Carla, claro, sino una versión suya masculina, bastante más joven y de otra época.

Luego se me fue pasando gracias a las hormonas, que me «ayudaron» a sentirme una chica, a ser una chica de verdad.

Y, entonces, volví a ponerme nerviosa, más nerviosa que antes si cabe. En esa ocasión se debió a la proximidad de nuestros cuerpos mientras hacíamos la cola y decíamos chorradas. Bueno, Charlie las decía; yo solo podía mirar sus ojos y sus labios y sonreír como una niña tonta asintiendo y riendo a cada palabra o gesto suyo. De vez en cuando, él me rozaba disimuladamente la mano o se apoyaba en mi cintura con cualquier excusa y las mejillas de ambos se encendían como arbolitos de Navidad. ¡Estaba tan arrebatador con esa carita de luciérnaga!

Cuando nos dieron las entradas, fuimos a comprar un cuenco de palomitas y una coca cola para dos. ¡Solo de imaginar que nuestros dedos se rozarían al cogerlas o que nuestros labios besarían la misma pajita! Tenía el corazón acelerado y ganas de llorar de felicidad. No quería que aquello se acabara nunca. Si hubiera podido llamar al genio para pedirle un solo deseo habría sido ese: que paralizara el tiempo, que lo congelara y que ese viernes de tarde durase eternamente. Solos Charlie, sus ojos, su sonrisa y yo. Para siempre.

No recordaba que se pudiera ser tan feliz... ¿Por qué todo cambia tanto? ¿Por qué se estropean las cosas? ¿Por qué el tiempo todo lo cubre de polvo rancio, haciendo que la vida tenga menos sabor, menos sustancia, menos magia? Pagaría lo que fuera porque siempre me sonriera así, y yo a ella..., a él.

Nos sentamos en la fila del fondo, apagaron las luces y vimos algunos

tráilers, aunque yo no conseguí enterarme de ninguno. Y es que mi corazón latía tan fuerte que, de verdad, tenía miedo de que se oyera más que el propio sonido de la sala.

Empezamos a jugar al juego de «Te miro de reajo sin que te des cuenta», pero lo hacíamos muy mal porque no habíamos establecido turnos y todo el tiempo queríamos jugar los dos y mirarnos, de modo que nos pillábamos todo el tiempo y nos echábamos a reír en una mezcla confusa de emoción, pudor y felicidad.

Por fin comenzó la película y, poco a poco, nos fuimos adentrando en ella y en el mundo de pesadilla de Freddy (jamás pensé que podría ver una peli de los noventa en su estreno). Si, por una casualidad, nuestros dedos se encontraban en el cuenco de palomitas, ambos nos mirábamos con la sonrisa en los labios y el deseo en los ojos. ¡Qué cosquillitas más ricas!

La peli se puso seria de dar miedo. No recuerdo haber sentido miedo con tanta intensidad viendo una peli jamás. Grité como una loca, más que los propios actores y, en cada grito, Charlie apoyaba su mano en la mía y la apretaba muy fuerte. ¡Y entonces yo me sentía la chica más afortunada del planeta!

Y llegó la escena... ¡qué terror! Dan, el novio, se dirige en su moto a casa de Alice para ayudarla, pero este se queda dormido cuando está de camino. Ahí Freddy se introduce en sus sueños y lo rebasa conduciendo otro vehículo y cortándole el paso. Freddy lo absorbe entonces como a un batido de fresa hasta dejarle reducido a un esqueleto y su pellejo. En la realidad, lo que sucede es que se estampa contra un camión y muere. En ese momento, doy un grito en el que exploro todas las habilidades de mi caja torácica y mi órgano de fonación y Charlie, sin hacer caso siquiera a su tupé, se inclina sobre mi cara y me susurra, con su aliento besándome la piel y la oreja:

—Tranquila, nena. Estoy aquí contigo.

Y me da un abrazo sin magreo ni nada. Puedo oler su colonia de Massimo Dutti y sentir su musculado brazo ciñéndome la espalda y el hombro. Lo miré con una sonrisa rendida pensando que me iba a besar, pero no lo hizo y ahí me enamoré hasta las trancas de él.

### Siguientes días

Desde entonces, no nos hemos separado prácticamente. Mis amigas están un poco celosas aunque sé que se alegran por mí. No hay más que oír sus chillidos de alegría acompañados de saltitos sincronizados cuando les he

dicho que... ¡Charlie me ha pedido salir y ya somos novios oficiales!

Tiene gracia, pero hemos vuelto a usar los *Walkie talkies* que me regaló por mi cumple hace mil. Y funcionan, ¿te lo puedes creer? Ahora, cada noche nos deseamos dulces sueños desde nuestras camas y nos damos los buenos días según nos levantamos. Como somos vecinos, me espera en su puerta cuando paso por esta.

Y así hemos estado unos diez días. ¡Somos la pareja más popular y feliz del cole! Aunque papá y mamá me han echado una charla terrible sobre la polinización de las abejas y la procreación de los mamíferos. ¡Por favor! Les he prometido que tendría cuidado y que no me dejaría polinizar hasta ser una señora flor casada y parece que se han quedado tranquilos los plastas.

Y llegamos al día de ayer...

### La fiesta en casa de Mario

Resulta que sí, que Mario es Miren, la amiga borde de Carla en mi anterior-futura vida (de Aintxane, la amiga maja de Carla, no sé nada). Supongo que es difícil que coincidamos todos si, además, cada uno de nosotros morimos en una fecha distinta, pero eso me escama... Y mucho.

Estamos hablando de que Charlie, Petra, Quica, Mario y yo... los cinco, moriríamos el mismo año, 1999, para renacer convertidos en Carla, Kepa, Patxi, Miren y yo como Mikel. Empiezo a pensar que, o bien el genio me oculta algo, o bien nuestras muertes se dieron a la vez y por eso volvimos a encontrarnos en el futuro.

¿Qué crees? Después de todo, no he vuelto a encontrarme con otra gente del pasado, ni siquiera con mi hija Noelia, a la que cada vez siento más difusa y más directora de cole. Supongo que debe ser así o el dolor de la pérdida sería insufrible. Fue hija una vez, y ahora...

Y, si hago cuentas sobre Luis, el que será el cabrón de Koldo en unos años, pues no me salen, ¡joder! Yo pensaba que me llevaba unos diez años, o quizá es que se conservaba muy mal, pero si está vivo por aquí y jodiendo la marrana, ¿cómo puede estar en la siguiente vida con esa edad? ¿He modificado algo al volver? ¿Debería estar el tío muerto, pero yo he cambiado esa realidad?

Le preguntaré al genio, pero hoy no, que es sábado y he quedado con mi chico para ir a los recreos y luego a dar una vuelta.

¡Va, te cuento la fiesta de ayer!

Los padres de Mario se iban de cena de aniversario o algo así y le dieron

permiso para hacer una pequeña reunión de amigos siempre que no hubiera alcohol. Cumplió en la primera parte.

Éramos diez: Charlie y yo, Quica y Petra, Mario y Guille, el estúpido de Luis y dos de sus amigos y la hermana de uno de ellos. Los chicos trajeron cajas de vino Don Simón y varias latas de cola del súper, le cogieron varias cazuelas a la madre de Mario para hacer la mezcla y acabamos bebiendo kalimotxo toda la noche con música tan variada como Olé olé, Madonna, Barricada, Héroes del silencio y Led Zeppelin.

Yo no había bebido nunca y me cogí una buena cogorza (todos nos la cogimos), pero a mí no me importaba porque sabía que con Charlie no me podía pasar nada malo y porque quería que me besara. ¿Por qué no lo hacía? ¿Por qué tardaba tanto? ¿No son los chicos los que besan primero? Así me lo dice mi cuerpo...

La noche fue muy divertida y mi amiga Quica se dio un pico y todo con Mario cuando jugamos a «beso, verdad o atrevimiento». A las nueve y media, mis amigas se fueron y Charlie me acompañó a mi casa (sí, nuestros padres están tan coordinados en sus labores policiales que se pusieron de acuerdo en imponernos el toque de queda a la misma hora: las diez de la noche. Una mierda pinchada en un palo).

De camino a casa él se detuvo de repente y tiró de mi mano. Yo me giré para ver qué pasaba y lo vi observando el cielo.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—¿Sabes por qué no hay estrellas esta noche? —me dijo todo serio volviendo su rostro hacia mí.

—¿Por la contaminación? —presumí de haber estado atenta en clase.

Charlie se llevó las manos a su tupé, se recolocó su preciosa chupa como si fuera a dar un discurso y negó con la cabeza.

—Porque las llevas tú todas en tus ojos —susurra.

Creo que, si hubiera oído esta frase como Mikel, habría vomitado o muerto de la risa, pero ahora soy Micaela y me pareció la frase más bonita del mundo. Usé mi arma infalible, mi sonrisa de diosa griega, y ahogué unas risas nerviosas y halagadas. Charlie sonrió a su vez complacido del efecto que había provocado en mí y me acarició la mano.

—Yo... —dudó.

—Puedes... —le dije, ya histérica.

Sus ojos se llenaron entonces de estrellas, plagiando su frase recién pronunciada, y se acercó a mí, pausado y lento. Las manos de ambos

temblaban como tarrinas de gelatina sobre un altavoz y nuestros corazones se desafiaron a una carrera, a juzgar por el sonido rompiendo la noche.

—Mica... —susurró, casi pegado a mis labios.

—Charlie... —susurré yo a mi vez.

Y nuestros labios se unieron temblorosos e inexpertos. El contacto de su lengua, suave y húmeda, me produjo un escalofrío maravilloso en la columna y otras zonas que paso de detallar porque soy una buena chica. No sabía muy bien cómo se hacía, pero entonces él me envolvió en un abrazo y me apretó muy fuerte contra su cuerpo duro y despierto, y mi lengua también despertó. Cerré los ojos y disfruté montada en la montaña rusa de su lengua, bajando y subiendo, durante... quizá... diez minutos o diez vidas, porque prometo que ese beso valió por todas ellas y las que vendrán.

Amo a Charlie y sí, creo que acabaré usando la fórmula de detención. Quiero estar con él siempre y saber que Noelia está bien., ver que es feliz, aunque sea desde este nuevo cuerpo. Sí, es lo que haré...

Volveré a escribir cuando tenga más datos o cosas que contar. Ahora me voy a poner guapa porque he quedado en dos horas y no sé qué ponerme todav...

Unos nudillos golpean la puerta de mi dormitorio. Me apresuro a cerrar la libreta por mucho que sepa que nadie más puede leerlo, alzo la cabeza y pregunto quién es, aunque hay un noventa y nueve por ciento de posibilidades de que sea la pesada de mi madre.

—Soy yo —dice. ¡Premio!—. Paso, ¿vale?

Y, antes de que pueda abrir la boca para responder, abre la puerta y está plantada delante de mí con la cara muy seria.

—Anoche bebiste —me dice, y no es una pregunta.

Evalúo las posibilidades de salir de esta, pero mi madre es un hacha oliendo las mentiras y será aún peor si trato de colarle una bola.

—Un poquito... —reconozco desviando la mirada.

—O un muchito —prosigue ella.

Deberían contratarla en la policía para interrogar a los delincuentes y asesinos. No le haría falta ni foco. Con ponerte esa mirada de «te vas a cagar» y esa voz, te cagas de verdad. ¿Ves? Ya huele a caquita y he sido yo. Interpreta mi silencio como una invitación para ser más incisiva y vuelve a atacar:

—¿Tomaste algo más? ¿Drogas? ¿Pastillas?

—¡Mamá! —respondo indignada. ¿Pero cómo se le ocurre?

—Ni mamá ni mamá, contesta o te doy dos sopapos —replica cada vez más enfadada.

—¡No! ¡No tomé nada más aparte de unos vasitos de kalimotxo! —me defiende herida y avergonzada—. ¿Cómo puedes pensar eso? ¿Por qué tienes esa cara?

—Han atropellado a Luis y parece que había algo más que alcohol —me dice suavizando el gesto mientras se acomoda en la cama junto a mí.

La miro horrorizada. Mamá no es de gastar bromas de esas, ni siquiera tiene mucho sentido del humor, y tampoco es de amenazarme con castigos físicos. Entonces...

—¿No bromeas? —musito.

Ella tensa los labios hasta formar una línea perfecta y niega con la cabeza después de cogerme de las manos.

—Prométeme que no tomarás drogas ni volverás a beber alcohol en tu vida, o hasta que estés jubilada.

Sus ojos se han oscurecido por el miedo y las lágrimas. Noto su sufrimiento y en ese momento sería capaz de prometerle hasta sobresalientes en Matemáticas, aunque se me den como el culo.

—Lo prometo, mamá. ¿Qué le ha pasado a Luis? Me estás asustando...

—Luis... —mamá se rompe, y sus palabras también—. Luis está muerto, cariño. No ha sobrevivido al atropello.

—¿Cómo? —acierto a responder.

¿Así es como murió? ¿Así es como vuelve al mundo en forma de zapatero cabrón? Niego con la cabeza, aturdida por el impacto, y sin ser muy consciente de lo que estoy haciendo, abrazo a mi madre en señal de despedida y pronuncio:

—Todo el mundo es gilipollas.

Apenas lo he dicho y ya me he arrepentido. ¿Por qué lo he hecho si yo quería quedarme? ¿Por qué? ¿Acaso me siento responsable?

Mamá se deshace entre mis brazos y mis lágrimas caen en la nada. Floto dentro de una piscina negra hasta que sus aguas se encolerizan y me engullen.

Soy agua, soy aire, soy nada.

# Séptimo salto

La idiotez es una enfermedad extraordinaria,  
no es el enfermo el que sufre por ella, sino los demás.

**Voltaire**

— ¿quién tenemos aquí? ¿Qué haces en mi piscina? —me suelta un M.A. en bañador tanguero.

¿A Cierro los ojos de inmediato cuando se levanta en todo su esplendor para darme la bienvenida, pero ya es tarde y lo he visto todo: tendré que amputarme los ojos.

—¿Dónde estamos? ¿Dónde estoy? —pregunto con mis manos cubriendo mis ojos cerrados tan fuertemente que veo chiribitas en la oscuridad (lo de las manos es por mayor seguridad, como un chaleco antibalas sobre otro chaleco, para que me entiendas).

El genio da una palmada entre murmullos y quejas sobre mi sensibilidad artística y me invita a abrirlos de nuevo con la promesa de un cambio de *look* y escenario. No quiero represalias, de modo que obedezco y observo el nuevo entorno sin replicarle ni hablarle de su nulo gusto estético.

—¿Tienes piscina, eh? —digo para romper el hielo.

El genio me mira como si fuera imbécil. Finalmente, se encoge de hombros y responde:

—Soy un genio.

—Ahhhh —replico yo.

*Y yo escritor, pero no sé qué tiene que ver la profesión de uno en esto.*

—Los genios tenemos de todo, gañán —me suelta—. ¿O crees que los deseos son solo para los demás?

—Claro, claro —respondo, todavía aturdido por el último salto.

—Siéntate, anda —se compadece y me ofrece un asiento en el enorme sofá a nuestra espalda, donde estaba la piscina segundos antes.

Miro alrededor. Las paredes brillan con el color del oro. Todo ahí es brillante y cegador, a juego de la bisutería del negrazo que, aunque lleva el torso desnudo, al menos se ha cubierto con unas bermudas.

—¿Estamos dentro de la lámpara? —le pregunto a riesgo de sonar obvio, pero como ya me considera imbécil, ¡qué más da!

Él asiente con un gesto de orgullo y se acomoda a mi lado frente a una enorme pantalla de televisión que podrían convalidar por una pista de pádel. La miro boquiabierto.

—¡Esa soy yo! —exclamo al ver mi imagen mientras abrazo a mi madre (me siento más Micaela que nunca, ya se me pasará).

—Exacto, ricura —se ríe él.

No puedo dejar de mirar la escena congelada en el plasma. Miro mi rictus de dolor, mis lágrimas, y aún sigo sin comprender cómo me he podido irme de la vida que quería vivir con todas mis ganas.

—¿Qué hago en tu casa? ¿Por qué he dicho esa frase? —le pregunto a la defensiva, que yo, cuando me pongo en plan detective, me pongo. Y mucho—. ¿Me has obligado a decirla tú?

Él me mira muy serio, con una advertencia en los ojos. Creo que está a punto de estamparme un hostiajo en la cara cuando chasquea y aparecen unos refrescos fríos y unos doritos flotantes, como a mí me gustan (lo de fríos, no que floten).

—Come, encanto, que lo vas a necesitar para el siguiente salto.

Obedezco y me casco la lata del tirón, callándome de nuevo una posible observación sobre lo que yo considero una buena dieta.

Barracus me observa con las manos unidas bajo la nuca, en posición dominical (ya sabes, la de rascarse los huevines), y dice:

—No he sido yo —niega con rotundidad mientras se llena los carrillos de Doritos en una técnica perfeccionada de las costumbres de los hámsters—. Jamás hago trampas y a mí también me ha sorprendido escucharte. Por eso te he hecho venir. Considéralo una pequeña parada antes de llegar a tu nuevo destino.

—¡No me lo creo! ¡Yo no quería irme! ¡Has tenido que ser tú! —pataleo metafóricamente con un cabreo de la leche.

—Respira y trata de volver a ser un adulto, Mikel, o te mando a tu cuarto —me regaña sin ocultar la risa.

Estoy a punto de gritarle que le odio y que me quiero ir de esa casa cuando reparo en que tiene razón, y eso hace que me enfurezca aún más. Me

cruzo de brazos, frunzo los labios y lo odio con la mirada, muy en silencio, pero muy odiador, súper intenso todo. Que se entere...

—Te perdono, hija mía —se chotea él—. A ver si se te pasa un poco y puedo volver a hablar con un adulto, aunque no es que Mikel sea el colmo de la inteligencia y la madurez, pero lo tuyo...

—¡Ehhhhh! —protesto ofendidísimo.

—¡Vaya, por fin! —exclama.

Lo interrogo con la mirada, pues no he hecho nada salvo tirarme un pedete confiando en que no se diera cuenta.

—Que ya has vuelto a pensar en masculino. Atiende, tontainas: Hay una parte de ti que te ha llevado a decir esa frase. Solo tú puedes juzgar por qué: si te has sentido culpable, si has considerado que has aprendido suficiente de esa vida y estás preparado para saltar a una nueva y seguir aprendiendo...— me explica—. ¡Yo qué sé! No estoy en tu cabeza... bueno, un poco sí, pero no te comprendo. Eres demasiado tonto.

—¡Ehhhh! —respondo en un alarde de ingenio y contrarréplica. Sus insultos no deberían hacer mella a estas alturas, pero me siguen joribiando—. ¡Y discrepo! ¡Todo mi cuerpo quería quedarse ahí! ¡Con Charlie, con papá y mamá, con Noelia y mis amigas!

—Quizá tu cuerpo sí, pero no así tu espíritu o tu mente.

Refunfuño en mi interior cagándome en mi espíritu y en mi mente.

—¡Quiero volver! —le suplico tratando de agitar mis pestañas sobre mis grandes ojos azules como quesos de bola, pero el efecto no es el mismo cuando tienes chinchetas y el genio se ríe de penica que le doy.

—No va a ser posible porque no se llamaría salto temporal si volvieras al mismo momento —me dice con su mano derecha apoyada en mi hombro como si fuéramos coleguitas—. Pero, oye, no lo estás haciendo nada mal ¡y por fin te has leído el contrato y usado la libreta!

Sonrío halagado a mi pesar.

—¿Y ahora...? —pregunto con miedo.

—Ahora caerás en tu séptimo destino, no lo desaproveches. Te queda muy poquito y las ocasiones para fastidiarla son muchas, y se multiplican si hablamos de ti... —dice con seriedad, lo cual es más hiriente que si lo dijera entre sus habituales carcajadas.

*¡Qué poco han durado los elogios! ¡Mierda de genio!*

—Eso no va a volver a ocurrir, porque, en cuanto esté en un sitio que me guste, pienso usar la fórmula antes de que algunos de mis «yoes» me

saboteen y me vuelvan a echar —hago mi declaración de intenciones.

—Tú mismo: yo solo establezco las reglas y velo pero que se cumplan, pero eres tú quien juega —responde con una sonrisa muy zen que me hace sospechar.

Entonces vuelve a dar una palmada, que me devuelve a la piscina de aguas negras. El agua me invade hasta tragarme por completo: mis pensamientos, lo que soy, lo que creía que era o sería... La sensación de claustrofobia es tan intensa que quiero gritar, pero mis gritos también se han ahogado.

La voz del genio susurra en mis oídos:

—Relájate y deja que te limpie. Así te costará menos la siguiente adaptación. Reláááájate.

Cuando quiero darme cuenta, he cerrado los ojos y estoy durmiendo a pierna suelta.



Bostezo sin piedad en cuanto me despierto. La primera novedad es encontrarme en una cama y no en mitad de un lavabo o en el suelo. La cosa promete... Estiro los brazos y mi cuerpo con alegría antes de averiguar dónde estoy o quién soy, por si se chafa la cosa.

Ahora es turno de enfrentarse a mi nueva vida. Giro la cabeza a izquierda y derecha, impresionado por el escenario. ¿Estoy en prisión? Solo así se explicarían detalles como el camastro ridículo e incómodo sobre el que he dormido, ese objeto asqueroso a los pies para hacer mis necesidades, la falta de muebles (solo veo una pequeña puertecita en la pared que, intuyo, será un armario minúsculo), un pequeño escritorio con un par de libros sobre él junto a una silla y una estrecha ventana cubierta de barrotes.

*Mierda, estoy en la cárcel, sí.*

Abro el armarito esperando encontrarme un traje de preso con sus rayitas, pero la impresión al ver esa ropa es aún mayor. La descuelgo de la percha con las manos trémulas y asustadas, y acaricio el hábito para deshacer el

encantamiento y que se convierta en otra cosa. Soy...

—¡Una puta monja! —blasfemo con la serenidad de un ateo convencido.

Agacho la cabeza y ahí están. Otra vez tetas, pero esta vez más grandes. Suspiro exasperado y decido vestirme, aunque no hay espejo alguno en toda la celda y me da pavor salir y preguntar a alguien del convento, o de lo que sea esto, dónde están las duchas y a qué hora se desayuna ahí. No sé qué hacer.

Por el sol que atraviesa mi ventanuco y también por la temperatura, adivino que es verano, pero la incógnita del lugar y de mi propia existencia me anulan del todo. Lucho contra esta sensación acuciante de agarrotamiento y me libero del camisón que llevo para ponerme el hábito. No es nada difícil. Cuando termino de vestirme solo habrá pasado un par de horas o días e intuyo que, tras la pelea con la dichosa cofia esta, pareceré recién salida de la guerra.

Me recoloco todo como puedo sin poder evitar sentir cierto disgusto al ver ese calzado piojoso y desgastado que, si bien está limpio, tiene pinta de haber servido a demasiados pies. Reprimo el asco y me acerco a la puerta, que abro con cuidado de no hacer ruido. Asomo la cabeza, lo justo para echar un vistacito a ambos lados, y echo a correr al ver que no hay moros en la costa ni monjas en el monasterio o convento este.

Como me estoy meando nada religiosamente, busco con desesperación un cuarto de baño, pero empiezo a sospechar que no hay de eso por aquí.

*¿En qué siglo estaré? ¡No me joribies, genio! ¿Y me ofreces Doritos? ¡Un plato de jamón me tendrías que haber dado!*

Camino de puntillas por el claustro agarrado a mi rosario como si fuera un amuleto protector que me pudiera volver invisible a los ojos del resto de la comunidad monacal. Sé que el condenado chisme no funciona en cuanto una voz carraspea a mi espalda.

Me giro con lentitud, por si se cansa antes de que me vuelva del todo a ella y se va. Tampoco funciona. En su lugar, me encuentro el rostro severo de una monja de hábito como el mío, pero puesto con más estilo, y un gesto de ser lamedora compulsiva de limones.

—Soră, de ce nu ați asistat astăzi la rugăciune?<sup>[14]</sup> —se dirige a mí con aspereza.

Inexplicablemente, entiendo lo que me pregunta y lo reconozco como rumano, pero sé menos de rumano que de inglés decimonónico así que sonrío y me pongo a hacer gorgoritos con la boca para despistarla.

Tampoco funciona.

—De ce nu ați asistat astăzi la rugăciune? —insiste, cada vez más enfadada.

Entonces rio con nervios, más desubicado que un moco en una oreja, me encojo de hombros para que vea que algo entiendo y me enfrento a mi destino con dignidad. Camino hacia ella, que está detenida a escasos pasos de mí, y entonces la rebaso a la carrera y huyo veloz como el viento (o una brisilla, porque el hábito de los huevos se me enreda entre las piernas y no me deja avanzar).

—Vă simțiți bine?<sup>[15]</sup> —escucho al fondo, pero yo ya estoy muy lejos, muy lejos (o eso deseo creer) y no me detengo para decirle que no, que no estoy nada pero nada bien.

—Sora Mihaela!<sup>[16]</sup> —repite a mi espalda con creciente enfado y mayor autoridad.

*¿Son todas las monjas tan insistentes?*

Me arremango las faldas a dos manos y atravieso el pórtico de esa guisa hasta llegar a un pequeño huerto. El sol pica que da gusto, no hay nadie en las inmediaciones y el olor de las hortalizas me hace salivar, de modo que me siento en el suelo junto a una tomatera y me pongo a comer tomates como si fueran pipas, porque todos sabemos que se piensa mejor con el estómago lleno. De siempre.



*¡La Virgen! ¡Estos tomates están más deliciosos que un helado de turrón!*

Por un instante, contemplo la posibilidad de esconderme aquí mismo, entre las lechugas y los pepinos, hasta que la adaptación con mi nuevo «yo» sea total y deje de estar en peligro, pero de inmediato detecto fallitos en mi plan: soy un poco más grande que las lechugas y, en algún momento, esto se llenará de monjas que me verán y, entonces, adiós. En cuanto comprueben que, de repente, no sé una mierda de su idioma y de sus rituales, creerán que

estoy poseída por el demonio o algo, como si lo viera.

—En serio, ¿qué hago aquí? ¡Porque estoy a punto de decir la frase y colgar los hábitos, genio! —grito al cielo después de limpiarme los morros con las faldas.

Miro el huerto y la culpabilidad me mordisquea las pupilas. He dejado el huerto tieso tieso. Aquí no crecerá la hierba jamás.

*¿Habré sido Atila en otra vida? Por cierto, ¿en qué año o siglo estaré?*

Un airecillo juguetón aparece para alegrarme la solana. Al principio no desconfío de su naturaleza y me dan ganas de rezar a Dios para agradecerse, aún más si es tan amable de dejarme por aquí un litro de agua bien fresca, pero es otro el artífice. Las peladuras y restos de las hortalizas y frutas cuyas almas reposan ahora en el camposanto de mi estómago se mueven con el aire. Mi cara es de creyente flipado al verlas formar una cifra: 1808.

—¿Cómo? ¿Estamos en 1808? —susurro al viento, que no es más que el soplado del genio cabrón desde el otro lado de su pantallón.

Como sé que me está viendo, le muestro mi dedo anular con convicción para que se dé por enterado de lo que opino sobre este salto.

—¿Qué se me ha perdido a mí en el siglo XIX y más siendo monja? —digo en voz alta, pero sin alzar mucho la voz por si esto se llena de crucifijos y hábitos cabreados (he oído hablar de la escasa tolerancia de las monjas hacia el intrusismo laboral)—. En serio, ¿qué pinto aquí? ¿A qué puede ser adicta una monja? ¡no tiene sentido!

Pienso en la libreta para invocarla y aparece sobre mis rodillas abierta por la primera página en blanco libre. Tomo aire y lo exhalo muy lentamente antes de escribir.

## Libreta de viajes en el tiempo

Veamos... ¡Vaya, esta caligrafía sí que es bonita! Ni siquiera sabía que las religiosas

supieran escribir en este siglo. ¡Qué curioso!  
Bueno, al lío...

Resumen de posibles adicciones en mis vidas:

-Mikel: 1999- 20s28. Soy adicto, se supone, a las mentiras, que escondo tras dolores importantes de jaqueca para evitar enfrentarme a la verdad. Y esa verdad tiene que ver con Carla y mi relación con ella. ¿Qué será?

-Micaela: 1975- 1999. Muero joven junto a mis amigos. Puedo ser adicta a muchas cosas, como el alcohol, el tabaco o las drogas, pero es pronto para saberlo.

-Poe: 1809- 1849. ¡Ehhhh! Si estamos en 1808, me queda un año para morir. ¿Pero qué adicción pude tener una monja? ¿Rezar el rosario compulsivamente? Bueno, sobre mi vida como Poe, puede que fuera adicto a todo lo anterior, y al sufrimiento incluso. Cuando era él, también sufría terribles dolores de cabeza, pero tenía un tumor, así que quizá no fuera lo mismo, no sé. ¡Espera! ¿Tengo yo un

tumor? Joder, lo que me faltaba... Bahh, ¡qué más da! Si me he muerto aplastado contra una pared... El tumor también se habrá muerto en el encuentro. Mikel 1- tumor 0.

—Don Miguel: 1928-1975. Además de fumar cigarrillos a pares, que harán que muera de cáncer, soy adicto a las apariencias, escondiendo mi verdadera naturaleza y lo que quiero de verdad. Esto ha hecho sufrir a muchísima gente, yo incluido. Esto lo veo muy claro.

—Perra Betsy: 1707. No sé ni qué decir aquí. ¿Adicta a los huesos? Dejémoslo en un «esto jamás ha sucedido».

—Monja Mihaela: ¿?- 1809, vida anterior a la de Poe. Repito, ¿a qué puede ser adicta una monja y por qué he venido a un año antes de nacer como el mejor escritor de todos los tiempos? ¿De qué muero? ¿Qué debo averiguar aquí? ¡Si en nuestro siglo todos somos ateos!

Repaso lo escrito un par de veces por si se me enciende alguna bombillita, pero mi cerebro se mantiene obstinadamente a oscuras.

*¿Y si digo la frase ya y me voy? ¡No quiero ser monja, me cago en Dios! ¿Ves? No estoy preparado para ser una...*

Lo que más temía se hace realidad en pocos segundos. Un ejército de hábitos furiosos se acerca amenazante a mí con Biblias en sus manos. Me levanto de un salto y busco algún lugar en el atrincherarme. ¡Perfecto! No puedo evitar sonreír de alivio al encontrar un pequeño cobertizo con el tejado mustio e inestable. Corro hacia allí y un gato entrometido salta en el suelo interponiéndose en mi camino. A pesar de ser un gato albino, lo reconozco enseguida en cuanto cruzamos las miradas.

—¡Urano! ¡Ahora no tengo tiempo! —le replico pateando el aire para espantarlo, pero el jodido minino no solo no huye, sino que se encarama a mis piernas con el mismo tesón que un político a su sueldo de senador—. ¡Urano, cabrón! —le escupo por si consigo herirle al menos con palabras y me deja en paz—. ¡Suéltame, que me van a pillar!

Jamás me había caído tan mal como hasta ese momento. El tío me clava las uñas y los dientes y me hace cantar en Gregoriano. Agito la pierna desesperado y, como no me suelta, me lo llevo puesto hasta el interior.

La puerta se sostiene en precario y el espacio es más reducido de lo que aparentaba. Apenas hay espacio para algunos aperos de labranza, unas pocas prendas de jardinería y una regadera, además de mí misma y el gato mordedor. Cojo una azada o lo que sea eso, que soy urbanita y de unos siglos posteriores, y atranco la puerta cruzándola de lado a lado.

*Ahora sí que no me sacan de aquí hasta que no me convierta, he dicho.*

Escucho golpes de nudillos en la puerta y en las paredes junto a mi nombre, que repiten con insistencia machacona. Por el tono, me doy cuenta de que están más preocupadas por mí que cabreadas, pero ese sentimiento empeorará si trato de comunicarme con ellas, de modo que hago voto de silencio y paso de su culo pirulo.

La sonrisa se me desmonta al tiempo que lo hace la estructura sobre mí. Urano maúlla con desesperación cabreada, que a mí me suena como un «¡Te lo dije, gilipollas!».

Después, el techo y las paredes me abrazan con fuerza, y el silencio se lo lleva todo, hasta mi dolor.

*Vaya cagada. Ahora ya no naceré como Poe..., es mi último pensamiento.*

Oscuridad, frío, incertidumbre... Vuelvo a caer.

Caigo.

Caigo.

Caigo.

## Octavo salto

El gilipollas por definición lo es de cuerpo entero.  
Se es gilipollas como se es pícnico, barbero,  
coronel, sastre, canónigo o notario:  
de una manera genérica y vocacional.

**Francisco Umbral**

**S**i vuelvo a insistir sobre lo que me duelen los huesos y la fatiguita que me da abrir los ojos, me vas a llamar cansino, pero es que es así. En vez de acostumbrarme a este ajetreo temporal y enfrentarme al nuevo escenario con soltura y decisión, cada vez estoy más acongojadito por si despierto en pleno conflicto bélico, en la cárcel acompañado de dos maromos que me miran con cariño o, peor aún, como padre de familia numerosa. ¡O madre!

Palpo a tientas la superficie bajo mi cuerpo. Es fría y dura... Vamos, que vuelvo a estar en el condenado suelo. Tengo la impresión de que estoy solo en este sitio, pero, por si acaso, finjo hacer ruidos en sueños a ver si alguien se me acerca o responde.

Nadie.

Genial.

*No, genial no, que me recuerda al genio. A partir de ahora diré «Fantástico».*

Parpadeo lentamente. El cansancio acumulado de estar viviendo tantas vidas y en tantos cuerpos me está pasando factura, como si hubiera envejecido cincuenta años de golpe.

*¿Seré un viejo? ¿Habré alterado todas mis vidas por morirme antes de lo estipulado como monja y ahora soy... otra cosa?*

¡Alucina! ¡No te vas a creer dónde estoy! ¡En un cuarto de baño! ¡No es increíble? ¡Qué fijación, con la de lugares que hay en el mundo! Eso sí... Este baño lo conozco. He estado en este baño.

*¡Por supuesto que he estado en este baño!*

Me da miedo sonreír abiertamente (a ver si me la voy a tener que tragar... la sonrisa), pero, si estoy en lo cierto, significa que...

¡Soy yo de nuevo!

Ahora no ubico este espacio; ergo, he debido de estar aquí hace mucho tiempo. Me levanto de la fría losa y corro hacia el espejo para confirmar mis sospechas, mis esperanzas.

—¡Ohhhhh! —exclamo de gozo al ver mi cara otra vez. *¡Qué guapo soy, rediós, y no me daba cuenta!*—. ¡Cómo echaba de menos esas chinchetillas azules!

La ilusión, la alegría desbordante que siento al ver mi propio reflejo se multiplican por mil, como los amigos que te salen cuando tienes una ración de croquetas caseras en la mano (pruébalo y luego me lo cuentas, verás), en cuanto reparo en la ropa que llevo.

—¡Nooooo! —grito de alegría queriendo decir un «sí», pero ando todo confuso.

*Mientras no me equivoque en la iglesia, todo correcto...*

Acaricio mi traje negro con las yemas de los dedos en un gesto de nerviosismo. Estoy a punto de llorar. Sí, este traje lo reconocería de inmediato aunque transcurrieran mil vidas. Me costó una pasta gansa y solo me lo puse una vez, ¡pero qué vez!

Ahora recuerdo este baño. Pertenece a la casa de Adrián, mi cuñado, y estoy a escasa media hora de salir hacia la iglesia para casarme con su hermana.

Con Carla.

—¡Voy a casarme con Carla! —grito loco de contento.

*Soy yo otra vez, sigo siendo yo. ¡No he desaparecido! ¡Y encima regreso a ella, a nuestra boda! En cuanto la vea y me cerciore de que todo está bien, diré la fórmula y adiós al contrato... ¡Estoy harto!*

—¡Voy a casarme con Carla! —repito en un chillido que me rasga la garganta.

—Ya lo sabemos, Mikel. ¿Todo bien? —dice la voz de mi cuñado al otro—. ¿Te queda mucho? —añade con un golpeteo de nudillos.

Tengo que sostenerme las manos, la una a la otra, para contener mi alegría, mis ganas de chillar, saltar y bailar. Carraspeo para aclararme la garganta y respondo con toda la tranquilidad que consigo reunir entre la cabalgata loca de sentimientos que me recorre el cuerpini.

—Sí. Diez minutos, por favor, Adrián.

—Está bien, no tardes o mi hermana nos matará a ambos —responde entre risas alegres el otro.

Llorar. Tengo ganas de llorar. Tantas...

¡He recuperado mi vida!

—Vale... —consigo decir con la voz mojada de lágrimas.

Me miro al espejo una vez más sin poder creerme lo afortunado que soy, lo afortunado que era. ¿Por qué no me había dado cuenta DE VERDAD hasta ahora?

*¡Qué gilipollas he sido! Pero nunca más, nunca más... Me repito, que para eso esa frase es mía.*

Mis pómulos se revuelven en el cristal. Las lágrimas se deshacen. Mis ojos se agrandan, se vuelven gigantescos agujeros negros, y todas mis facciones se alteran de modo grotesco y repelusero.

*¿Qué petetes pasa?*

—¡Chavalooooote! —saluda el genio con voz de ultratumba en cuanto su show metamórfico finaliza y se muestra al otro lado del espejo.

*¡Cómo le gusta el espectáculo! ¡Vaya vedette está hecho!*

—Me voy a casar con Carla, ¿verdad? —le digo. Como saludo, es algo pobre, pero es lo que hay.

M.A. asiente con una enorme sonrisa. Es todo boca y dientes, el tío.

—¿Dónde está la trampa? ¿Y por qué sigo siendo yo si he tenido que alterar todas mis vidas posteriores tras la monja Mihaela?

—Estoy aquí por eso, gilipichis. Además de desearte suerte y felicitarte por tu boda, y para hacerte una última advertencia...

Venga, ya se ha acabado el buen rollito. Ya estamos con las malas caras y las advertencias... ¡Ni el día de mi boda!

El genio pone los ojos en blanco y suspira con los brazos cruzados sobre el pecho, que es un gesto muy de genio pero que han plagiado a las abuelas de toda la vida.

—¡Pero qué tooooooonto eres! —suspira sin darme cancha—. Tienes a Urano con un humor de gatos. Te ha echado una manita esta vez, pero no habrá más intervenciones tuyas. NI MÍAS —subraya con su dedo apuntando hacia mí—. De hecho, he venido para que tengas claro este punto. Después de hoy, ya no volverás a verme, ni aunque me llames. El contrato continúa, por supuesto, y expirará en las condiciones firmadas. No obstante, no volverás a recibir ayuda externa, de ningún tipo.

Durante unos segundos, me siento tentado de soltar algún chascarrillo que aligere la tensión que se acaba de acumular, pero su gesto duro y mi instinto de supervivencia me atan la lengua. Asiento con un objetivo claro: que vea que no soy tan tonto.

—¿Comprendes la gravedad del asunto? —se quiere asegurar. Vuelvo a asentir y él hace un gesto con la mano valorando mi gilipollismo—. En los saltos debías aprender y, si acaso, solucionar algunas muertes tempranas, pero no se trataba de morir todavía más joven. ¿Cómo tienes esa facilidad para llegar a la muerte por tonto?

Le enseño mis encías en un gesto de inocencia y subo mis hombros hasta que chocan con mis orejas.

—No sé... —musito. Se me ha ido la alegría, jope.

—En fin, mi advertencia será tu regalo de bodas: no emplees la fórmula de detención hasta no estar seguro del todo. Y, con ello, no me refiero a que te sientas feliz, sino a que llegues a reconocer la verdad, que te enfrentes a lo que te estás ocultando. Ibas bien, yo casi pensaba que lo ibas a lograr, pero tu último salto... En serio, hombre, ¿cómo se puede ser tan imbécil?

—Bueno, me perseguían unas monjas —le digo con vocecita culpable a pesar de que a mí me parece un argumento de peso.

—¿De verdad no te decía nada la presencia de Urano y su intento de evitar que entrases en esa construcción medio derruida? —me pregunta agrandando los ojos, si eso es posible porque es como agrandar el océano.

—Bueno, dicho así... —desvío la mirada y silbo con las manos en los bolsillos mientras doy una patadita a un balón imaginario.

—En fin... Lo dicho, que a partir de ahora te quedas solo, chato. Y, si lo consigues, será por ti —lo dice con un tono que desvela que no da un duro por mí.

—¿Qué ha sucedido? Después, me refiero... —le pregunto con cierto miedo.

—Tras tu muerte como monja, naciste en una granja. Eras un bebé precioso, tenías que haberte visto, pero tuviste una corta existencia como tal, apenas un año, justo para tu nacimiento como Edgar.

—Ohhhh —y siento de pronto penita por el pobre bebé, que soy yo en realidad, pero me da pena—. ¿Qué me pasó?

—Para evitarte la impresión, te diré que hicieron buenos jamones contigo. Quizá, si eres «afortunado», lo vivas en un siguiente salto, pues aún te quedan dos. Ya veremos qué consigues hacer, pazguato.

Se me han ido las ganas de bromear. Todas.

—Estoy asustado —le confieso en un susurro.

—Es lo primero sensato que te he oído decir. Suerte —me dice con el gesto serio pero cercano en esta ocasión. Creo que, en el fondo, me ha cogido cariño y todo—. Te veré desde mi tele, pero solo como espectador. Ya no podrás oírme ni verme jamás.

Uffff. No me gustan las despedidas. Me recuerda demasiado a la pérdida de mis padres, a la de Carla, a la de mí mismo. Y, ahora, el cabrón del genio se marcha...

—¡Vaya! —exclamo dando un manotazo a una lágrima extraviada que aparece por mi cara sin venir a cuento—. ¿Y ahora quién me va a amargar las pocas existencias que me quedan?

El genio sonrío complacido y alarga su brazo hacia mí. Contra todo pronóstico, atraviesa el espejo y me ofrece la mano. Se la cojo sin titubeos y la estrechamos fuertemente, con cariño.

—Voy a echarte de menos —reconozco.

—Anda, sal ahí, cástate con Carla, hazla feliz y aprende. Con un poco de suerte, o un milagro, es posible que no tengas que saltar más y vivas una larga existencia como Mikel.

Da una palmada y desaparece. Ahora es mi rostro el que se refleja en el espejo,

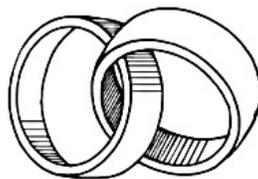
—Cuídate —resuena la voz de Barracus en mis oídos y sé que es la última vez que escucharé su voz.

Me lavo la cara y abandono el cuarto de baño dividido entre la pena, la angustia y la felicidad por verla de nuevo.

—¿Has llorado? —pregunta Adrián con la boca abierta al verme salir.

—Pero solo un poco —respondo.

—Yo también lloraría si me tuviera que casar con la insoportable de mi hermana —se ríe—. Vamos, Chinchetas, que hay una iglesia que nos espera...



Estoy de pie en la iglesia. Me sudan hasta las pestañas y todo, a causa de los nervios. El cura que nos casó en su día (y que nos va a casar de nuevo, ¡qué locura!) me dedica una sonrisa profesional, de esas destinadas a mitigar los nervios de los contrayentes («contrayentes», ¡menuda palabra! Se contraen enfermedades, deudas, pero también matrimonio. Curioso, ¿no?).

Como compruebo que soy inmune a los efectos relajantes de sus gestos y cada vez me noto más intranquilo, invento un método alternativo que me serene y que me ayude a dejar de despellejarme las manos a base de retorcerlas compulsivamente: me dedico a contar las arrugas que decoran el rostro del sacerdote.

Diecisiete. Diecisiete arrugas, la mayor parte de ellas concentradas en la frente y alrededor de sus ojos. Vuelvo a comenzar por si me he dejado alguna en el camino. No puedo evitarlo. Me siento más nervioso que en mi primera boda. ¡Y es que llevo tantas vidas sin verla!

Cuando voy ya por el cuarto recuento, con una discrepancia de un par de arrugas arriba o abajo, un clamor de cuchicheos e interjecciones se eleva sobre nuestras cabezas hasta abrazar el techo. El órgano despierta en un bostezo de teclas que acelera mi corazón. La marcha nupcial ha dado comienzo, mis latidos se unen a cada una de las notas musicales. Me giro con lentitud hacia la entrada, decorada con tulipanes, y la veo.

¡Es ella!

Carla avanza por el pasillo acompañada de su padre, unida a su brazo. Lleva el mismo vestido de la otra vez, porque esa vez es también esta vez. Todo es igual, idéntico... Salvo yo, que he cambiado y la he extrañado tanto..., que he muerto y la he perdido dos veces...

Pero aquí está. Sigue acercándose a mí en pasos estudiados y lentos. Entonces me llega el recuerdo de cuando me confesó, unos días después, lo que le había costado mantener aquel paso lento y pausado en lugar de echarse a correr a mis brazos.

Todos mis miedos desaparecen y sonrío. No necesito verme para saber que mi cara se ha convertido en una sonrisa gigante y empapada. Si mi rostro fuera el cielo, ahora debería tener un arcoíris en él. Lágrimas de felicidad y sonrisas. Yo no puedo verla a ella por culpa del velo, pero sé que también está sonriendo bajo esa tela.

Su padre deshace el abrazo al llegar al altar, inclina la cabeza en un gesto

rápido y se retira cuando tomo la mano de mi futura esposa.

—¿Puedo? —mi voz es apenas un susurro ansioso.

Ella ríe y me responde:

—Claro, tonto. Además, no me he puesto tan guapa para salir en todas las fotos con el velo puesto, ¿no crees? Ábremeee —susurra traviesa.

Mis dedos se vuelven torpes. Tiemblan. Tiemblo. Ella vuelve a reír. Por fin, el tejido vaporoso y transparente deja de deslizarse entre mis dedos como agua caprichosa y fugitiva, y alzo la tela para poder asomarme a sus ventanas de color violeta.

Me quedo sin respiración. ¡Es perfecta!

—Estás tan... ¡tú! —digo con la emoción arañándome la garganta.

—¿Tres horas de peluquería y maquillaje para que me sueltes eso? —me recrimina con una sonrisa.

—Te quiero —le digo y me responde con una mirada de amor que me electrifica.

El sacerdote carraspea para que recordemos su presencia y las de ciento y pico invitados. Volvemos nuestras sonrisas a él, preparados para ser marido y mujer. Otra vez.

Pero ahora va a ser perfecto. Estoy en el punto de partida, con el marcador a cero. 31 de mayo de 2025...

Carla entrecierra sus ojos y detiene su risa. Sé lo que vendrá ahora, pues lo tengo grabado a fuego en mi mente. Se levanta de la cama en la que nos acabamos de sentar y se aleja de mí hasta situarse enfrente.

—Ha sido un día largo, ¿eh? —disimulo con la voz ronca.

—Ajá... —afirma ella mordiéndose el labio inferior—. Pensé que no nos íbamos a librar de ellos, pero por fin estamos solos...

—Sí... —musito mientras ruego por poder poner la misma cara de sorpresa que se me quedó cuando me mostró su conjunto de ropa interior del color de sus ojos en lugar del blanco tradicional de las novias.

*Y luego me hará aquel numerito que nunca ha vuelto a repetir, el de Jamie Lee Curtis en «Mentiras arriesgadas».*

Trago saliva y deseo. La miro en silencio.

—Tengo una sorpresa para ti... —susurra—. Te dije que había estado ensayando un baile para esta noche, ¿recuerdas?

Asiento. Podría morir ahora mismo, aquí mismo.

*¿Muerte por expectación? ¿Muerte por ropa interior?*

—¿No era el de la pista de baile? —reproduzco lo que le pregunté la otra vez, pero sueno tenso y artificial. No sé disimular y va a pillarme.

—¿Qué te pasa, Mikel? —dice ella con el semblante preocupado.

—Te echado mucho de menos, solo eso, y me muero por abrazarte —digo sin mentir ni un poquito.

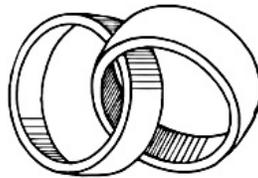
La he cogido desprevenida. Parpadea divertida y se planta de un salto sobre mis piernas.

—¿Me has echado de menos? ¡Pero si no hace ni un día que nos hemos separado! —exclama con incredulidad, pero, por su tono, sé que le ha encantado y halagado.

Además, está ese genuino y adorable gesto suyo que hace con las manos cuando le dices un cumplido.

—Bueno, ya... Un día, sí, pero a mí se me ha hecho eterno... ¿Me enseñas esos pases de baile? —le pregunto con las chinchetas encendidas.

Ella me muerde el lóbulo de la oreja antes de abandonar mi regazo de un nuevo salto y comienza a bajarse la cremallera. Sus hombros se desnudan para mí. Mis ojos se visten de ella...



—¿En qué piensas, Mikel? —pregunta con interés mientras juega a hacer caracolas con mi escaso vello pectoral.

—En que hoy es nuestro último día antes de regresar a Bilbao y volver a nuestra vida de siempre.

—De siempre, no... —me corrige después de erguirse en la cama para observarme fijamente—. Ahora estamos casados y nos vamos a vivir juntos a nuestra primera vivienda inteligente...

—¡Cierto! Por favor, nada de ovejas... —le suplico con un puchero.

Ella me mira sin comprender, pero acaba cediendo ante mi insistencia y mi cara de pena.

—Nada de ovejas, prometido, signifique lo que signifique eso... —asiente con una sonrisa a medio hacer—. Y, ahora, ¿me vas a contar qué te tiene tan preocupado?

Evalúo un momento cómo decírselo, y decido mantenerme fiel a mi sistema: soltarlo a lo bestia. Y que se encargue mi encanto natural del resto...

—El lunes, en cuanto llegue a la zapatería, me despido...

Cierro los ojos con fuerza a modo de paraguas metafórico para que el chaparrón no me alcance, pero la habitación permanece en silencio. Ni truenos, ni relámpagos..., ni siquiera unas gotitas. Abro los ojos al poco y me los froto fingiendo que se me había metido algo. No solo no hay tormenta, sino que en la cara de Carla luce un sol radiante y espléndido, sin rastro de nubarrones. No comprendo un carajo...

—Eso quiere decir que... —susurra ella con su inesperada sonrisa de oreja a oreja.

*Me estoy perdiendo algo, fijo. Me siento como un Windows 95 en un ordenador de última generación.*

—Que voy a dejar de engañarme con la idea de que la zapatería era un trabajo temporal mientras me publicaban e iré de verdad a por todas. ¡Voy a ser escritor! —respondo con aparente firmeza. Su sonrisa silenciosa me está inquietando.

—¿Sí? —dice ella cada vez más entusiasmada—. Sigue, por favor.

Tiene los ojos tiernecitos y húmedos. Al final sí va a llover...

—Voy a perseguir mi sueño, Carla. Me dedicaré todas las mañanas a recorrer cada agencia literaria o editorial hasta que me publiquen o hasta que haya llamado a todas las puertas. Día tras día... Y, por las tardes, escribiré. Debo intentarlo. Si fracaso, siempre puedo volver a ser zapatero, ¿no?

Carla asiente con un desfile de lágrimas sobre el cutis.

—¿Qué te pasa, cielo? ¿Por qué lloras? —pregunto con cautela y con miedo. Creo que va a suceder algo importante.

—¡Porque lo vamos a hacer!, ¿no es así? ¡Vamos a cumplir nuestros sueños! —exclama alborozada al tiempo que me coge de las manos.

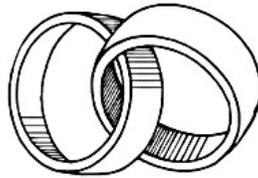
—Ehhh, sssí... —respondo totalmente perdido ya—. ¿Tu sueño es que yo sea escritor? —le pregunto porque no recuerdo nada de eso.

Mi preciosa esposa se ríe perdonando mi torpeza, sacude sus cabellos castaños y dice:

—¡No, tonto! ¡Nuestra familia! ¡La que hablamos de tener cuando por fin lo consiguieras!

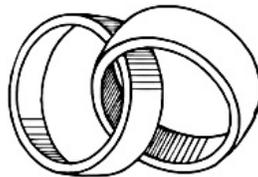
*¿Familia?*

La palabra se hace puñal en mis pensamientos y me los desangra en un único movimiento. Un dolor terrible de cabeza me nubla parte del cerebro, pero Carla se ha abalanzado sobre mi boca para celebrar la noticia y demostrarme lo feliz que está. Las manos, la lengua, y su cuerpo caliente y cálido contrarrestan la terrible migraña que amenaza con incapacitarme. En esta ocasión, es mi cuerpo el vencedor, que se despierta y reacciona ante sus caricias, su olor y su tacto.



Ella se ha dormido hace rato. La observo con angustia. Todavía mantiene esa sonrisa en los labios, incluso dormida. Me ha hecho el amor de una manera increíble, tan entregada... Cada gesto, cada dedo o parte de su cuerpo, su mirada..., me ha hecho el amor con cada molécula de su organismo. Podía sentirlo, y a ella en su sinceridad. Y a mí en mi engaño.

Soy una mierda. Esa es la revelación, el gran aprendizaje que debía darse en mí. Le he mentado, y también me he mentado a mí mismo, y solo sé que quiero arreglarlo, que la amo y no quiero perderla, pero... ¿cómo se hace eso? ¿Hijos?



Lleno mis pulmones de varias bocanadas de aire antes de entrar en casa y que ladre nuestro perro virtual avisando de mi llegada. Sé que Carla me estará

esperando llena de nervios. La imagino tomando el té en el salón con la mirada cosida a la puerta. Ella me preguntará qué tal y yo responderé que ya está hecho, que he dejado la zapatería. Entonces querrá celebrarlo, pero ha llegado el momento de ser valiente y sincero, de cambiarlo todo y, quizá, pronunciar la fórmula de detención.

Expulso el aire con suavidad, apoyo la muñeca en la cerradura para que me escanee el chip y la puerta se abre a la incertidumbre.

—¿Cómo ha ido? ¿Lo has hecho? —pregunta Carla en cuanto el ladrido anuncia mi llegada.

Deja la taza de té sobre la mesa y corre a mi encuentro con la sonrisa abierta. Asiento, cada vez más nervioso.

—Siéntate, por favor —le digo. Ella me mira perpleja. Me ha parecido ver el miedo en sus ojos, o quizá sea el reflejo de los míos—. Tengo que contarte algo, Carla...

Se vuelve a instalar en la silla que acaba de abandonar y yo ocupo la que está frente a ella. Las manos me sudan y la barbilla baila *break dance* por lo que estoy a punto de hacer. Quizá lo pierda todo, quizá la pierda a ella, pero...

—Debo hacerlo —digo en voz alta sin apartar los ojos de su cara.

—¿El qué? Me estás asustando, Mikel.

Carla busca enredar mis manos entre las suyas y yo me dejo. Quizá sea la última vez que lo haga...

—Yo he sufrido de dolores de cabeza estos años... —comienzo.

—¿Estás enfermo? —se adelanta con una mueca de horror mientras aprieta mis manos.

—Oh, no... No es eso, tranquila —respondo con una sonrisa triste—. Déjame decírtelo del tirón, por favor, antes de que el coraje me abandone. ¿Sí?

Nos acariciamos con la mirada unos segundos. Carla asiente y yo le beso los nudillos de la mano que me he llevado a la boca. Huele a nata, a fresas y a vida.

—Cada vez que he tenido un episodio de esos, de migraña, era como si hubiera olvidado algo. Al principio no le di importancia, pero con los años de casados... —me interrumpo al reparar en mi anacronismo—. Quiero decir, de noviazgo... Creo que era un sistema de protección, un sistema egoísta, lo sé...

—¿De qué wikis me hablas? —me interrumpe sin poder contenerse.

—No quiero hijos.

*Joder, soy el puto amo en decir las cosas con tacto. Puffffff. Si es que va a tener razón el genio y soy muy gilipollas. ¿Y si salto a una nueva vida ahora? No, ¡de eso nada! Podría no volver a verla más. Y, además, si me quiere, lo acabará entendiendo.*

—¿Quééé? —pregunta con el rostro desencajado—. Siempre hemos hablado de niños y jamás has dicho que no...

—Créeme si te digo que no recuerdo qué narices te decía cuando sacabas del tema. Es como si mente borrara eso —me excuso, consciente de lo inverosímil que parece.

—Pero ¿qué me estás contando? ¿Lagunas de memoria selectiva cuando hablamos de niños? —pregunta arqueando la ceja de escepticismo.

*¿Ves? No me cree. Yo tampoco lo haría.*

Sus manos deshacen el lazo de dedos con los míos y se alejan de mí para reposar en su regazo.

—Te prometo que no lo recuerdo —repito con la mirada firme.

Ella cabecea negativamente y juguetea con un par de palabrotas entre dientes.

—Me dijiste que nada de niños mientras estuvieras en tu trabajo temporal, que querías esperar a cumplir tu sueño y publicar por lo menos un libro. Entonces, cuando te sintieras realizado, lo haríamos. No me importó porque aún tengo veintitrés años y tú, veinticinco. Todavía disponemos de unos cuantos años, ya sabes, por la Ley de Procreación<sup>[17]</sup>, pero...

—Ya, la Ley de Procreación —repito.

—¿Me estás diciendo ahora, después de casados, que no quieres tener un hijo conmigo? —me pregunta en su habitual estilo directo. Hay dolor en su voz y en sus ojos.

—Es que... No me gustan, no me veo como padre... Creo —dudo un poco al evocar en la lejanía cómo me sentí al conocer a Noelia.

—¿Y lo dices ahora? —pregunta con el gesto duro y los labios tensos. Está rabiosa—. Siempre has dicho que primero, el libro y después, los hijos... Yo quiero ser madre.

—Bueno, quizá con el tiempo me vea preparado, no sé —concedo—. Pero ahora no me veo, lo siento. No sé qué me pasa con los niños, pero me provocan rechazo, y no puedo ser padre en estas condiciones. Igual en unos años...

—¿En unos años? —repite alzando la voz y su cuerpo del asiento—. ¿Y

si te espero, digamos, tres- cuatro años, y luego sigues pensando igual? — grita sobre mi cabeza. Jamás la había visto tan alterada y dolida, pero lo comprendo. Soy un timo—. ¿Qué pasará entonces cuando llegue a la edad límite para procrear o la rebase? ¿Qué hay de mí? ¡Eres un maldito egoísta y mentiroso!

Me levanto para abrazarla, pero rechaza mi contacto con un manotazo airado. Tiene la cara empapada en lágrimas, la mirada furiosa, y yo... yo no tengo ninguna justificación.

—Lo siento... —le digo.

Mis palabras son estériles y apenas le alcanzan.

—Yo también lo siento, Mikel —responde antes de darme la espalda para coger la chamarra del perchero—. Necesito pensar, ¿vale? Me voy a dar un paseo —añade sin mirarme siquiera.

Asiento aunque no pueda verme, y me derrumbo sobre la mesa en cuanto la puerta se cierra a su espalda con un ladrido de nuestra mascota virtual. A esta también le estoy cogiendo manía...

La migraña amenaza con reaparecer, pero lucho por mantenerla a raya. No quiero olvidarme de esto. Ni de nada. Nunca más.

—¡Ya sé la verdad, genio! —grito al cielo ignorando el detallito de que ya no volverá—. ¡He engañado al amor de mi vida ocultándole que no quería hijos! ¿Y ahora, qué? ¡Ya he confesado! ¿No debería suceder algo? ¡He aprendido y he confesado! ¡He reparado mi error!

Miro al techo con cara de bobo esperando ver la sonrisa socarrona del negrazo, pero solo veo una pequeña mancha de humedad en un lateral. Me siento en el sofá con la cabeza entre las manos y pienso adónde habrá ido Carla, qué haría yo en su caso...

La terrible revelación me encoge el estómago. Todo me lleva al día de mi muerte. Yo también estaba alterado (y ebrio, qué narices), entonces cogí el coche y... Abandono nuestra casa de varias zancadas rápidas y corro al *parking* subterráneo a comprobar si su coche continúa en la plaza. Todo se mueve a mi alrededor cuando me enfrento al hueco vacío de su coche. El suelo se ha convertido en arenas movedizas que me engullen sin piedad.

—Nooooo —susurro.

Un gato blanco maúlla a mi espalda. Sé en mi interior que se trata de Urano mucho antes de girarme hacia él.

—¿Dónde está Carla, amigo? —consigo decir con el corazón encogido.

El gato ronronea ante mi pregunta y se aleja por el aparcamiento en

movimientos pausados. En esta ocasión decido seguirlo. En cuanto salimos a la calle, clava sus ojos amarillos en mí y maúlla una segunda vez que me suena a una orden.

—¿Quieres que te coja? —lo interrogo.

Urano mueve su cabeza y salta a mi regazo de un único movimiento. Voy a emprender la marcha sin saber muy bien adónde ir, pero ya no nos encontramos frente a mi portal sino en la autovía, la misma en la que yo...

No quiero decirlo.

Sigo caminando con la versión albina de Urano en mis brazos hasta que mis ojos, mi corazón y mi vida se detienen.

—Miauuuuuu —maúlla el minino con pena.

Contemplo la ambulancia que se acerca a toda velocidad al cuerpo inerte y roto de mi amada sobre el asfalto teñido de rojo.

—¡No reacciona! ¡No hay nada que hacer! —grita un sanitario.

Entonces yo también me rompo y escupo mi dolor huyendo a una nueva vida en la que poder encontrarla.

—Todo el mundo es gilipollas —musito.

Una enorme fuerza me estrangula, como si me hubiera atrapado la mano de un gigante y disfrutara ejerciendo presión sobre mi cuerpo. No puedo respirar. Me quedo sin aire, sin sangre, sin razones.

*Carla...*

## Noveno salto

Cuando en una cena se reúnen cinco personas inteligentes y un imbécil, la conversación decae indefectiblemente al nivel del imbécil.

**Jean Amadou**

—*Caro, caro!* —me grita sin contemplaciones una voz femenina y aguda a la vez que una mano me golpea con firmeza en el hombro.

Me despierto con los brazos y la mejilla izquierda apoyados sobre una mesa de madera, como los bebés o los ancianos que se quedan dormidos después de la comida (o durante ella). Abro los ojos con una sensación de hartazgo y tristeza infinitos que, por lo menos, ha provocado que el miedo se aleje de mí para siempre. Ahora es el miedo el que debe temerme a mí porque yo... Yo ya no le temo a nada.

*Es lo que tiene vivir tantas vidas y perder en todas ellas...*

—*Come stai? Cosa è successo?*<sup>[18]</sup>

*¿Italiano, eh? Fantástico. Así podré practicar mi C1 sacado en la Escuela Oficial de Idiomas.*

Me yergo en la silla y alzo mis ojos hacia el rostro que está sobre mí. Me pregunto qué clase de broma macabra es esta. ¿Por qué ella? ¿Por qué no Carla?

—Ohhh, *io...* —respondo con la voz dudosa y, a partir de aquí, permíteme que te lo cuente todo en castellano o se nos va a hacer de noche.

—Estabas a la mesa leyendo el periódico y te has quedado roque, querido —me dice la joven.

La observo con intranquilidad y cierta resistencia a creérmelo del todo. Los pensamientos me pican en el cerebro como si fueran lombrices. Esos ojos, esa sonrisa...

—¿Eres tú de verdad? —susurro.

Ella ríe cubriéndose la boca con su mano derecha y asiente.

—¡Pues claro que soy yo! ¿Quién voy a ser si no...?

Miro en derredor. Estamos en un comedor de aspecto pulcro y adinerado pero cálido, compuesto por muebles de madera noble entremezclados con plantas naturales y tapicería floral. El aroma de la comida recién hecha llega a través de la puerta entreabierta de la que intuyo la cocina para acariciarme las fosas nasales. Mi estómago protesta como un crío mimado recordándome las horas que llevo sin darle alimento. Miro de reojo a la chica, que me devuelve una mirada preocupada desde su asiento, y después a la puerta entornada de la cocina, tras la que se escucha ruidos de platos y de constante actividad.

*Me apostaría un salto a que se trata de pasta a la boloñesa... Hummm.*

Estoy tratando de calmarme. En mi imaginación acabo de componer una película maravillosa a todo color, tan bucólica que «La Casa de la pradera» es boñiga de toro a su lado. Y ahora temo enfrentarme a una decepción, a un nuevo dolor.

*Vaya, pues aún queda algo de miedo en mí... Por favor, que todo sea como me lo he imaginado. Ahora saldrá de la cocina Carla y nos sentaremos los tres a la mesa: ella, nuestra hija y yo. Juntos los tres, como una familia feliz que se ama. Ya no me importa tener hijos. ¿Lo oyes, genio? ¿Lo oyes, Urano? ¿Me oís?*

*He recordado el daño que le hice a Carla la noche antes de mi muerte cuando me dijo que quería hijos de inmediato, que no podía esperarse más por aquella estúpida ley, y yo tuve que confesar que no quería ser padre. No lo he recordado hasta ahora. ¡qué bastardo he sido!*

—¡Pero di algo! —me recrimina aquella conocida desconocida que hace que mis creencias sobre la paternidad se tambaleen.

—Estoy bien, de verdad —replico con una gran sonrisa que parece tranquilizarla un segundo—. Tengo sueño y hambre, eso es todo —añado con una voz suave.

Debo de ser jovencito por cómo sueno. ¿Cómo he sido padre tan joven? Aunque todavía no me he visto, calculo que no pasaré de los treinta por mi voz, y la chiquilla parece adolescente. Diecisiete, dieciocho quizá.

—Ahora llega la comida, *caro* —afirma antes de levantarse y dirigirse con decisión hacia la cocina.

Aprovecho que me quedo solo para examinar mis manos a placer, lejos del escrutinio de los demás. Definitivamente soy joven, sí. Me toco el paquete con disimulo, por si acaso, y exhibo mi sonrisa de camello.

*Y un tío, soy un tío...*

Es algo que me alegra un montón si soy realmente honesto conmigo. Más allá de mis manos, sobre la mesa de la que acabo de levantarme, descansa un periódico de tamaño extragrande y páginas de un tono amarillento sucio. No puedo evitar apresurarme a buscar la fecha antes de que alguien entre de nuevo en el salón y vuelva a sentirme vigilado.

Aquí estás: Sicilia, 3 de marzo de 1912.

*De modo que estoy a dieciséis años de morir en esta vida y de regresar a España como don Miguel, profesor y director de la escuela en Burgos.*

—¡Michele, querido! ¡Ya está la comida! Retira eso, que el servicio va a poner la mesa —irrumpe la muchacha asomándose un segundo con un tono autoritario que me da mala espina.

*Parezco yo el hijo, y no ella.*

—¿El servicio? —repito como un loro, pero un loro que no sabe cómo ha llegado hasta ese árbol y que, además, duda de las intenciones de esos monos que no dejan de mirarlo mientras cuchichean entre ellos y se relamen.

Esa es mi sensación.

Ella se aproxima a mí con el ceño fruncido.

—Tú no estás bien —me dice pegándose en excesivo a mí mientras arruga su nariz pecosa para reafirmar con ese gesto sus palabras.

—Estoy bien, Noelia —replico sin pensar, todavía aturdido.

—¿Noelia? ¿Quién es esa Noelia? ¿Ves lo que digo? —me acosa con el dedo de acusar y acosar.

—Señora Natalia... —se escucha una segunda voz seguida de unos pasos pesados que se acercan a nosotros.

—¿Sí? —responde la falsa Noelia girándose hacia el sonido.

Una mujer entrada en carnes, en años, en arrugas y canas entra en la estancia empujando una camarera atestada de vajilla de porcelana, cubertería de plata y cristalería fina.

*Todo un derroche. Debo de ser asquerosamente rico...*

—¿Van a comer aquí hoy los señores o en la terraza? —pregunta solícita la señora.

*¿Señores? ¡Ay, que me da!*

Natalia-Noelia, mi hija-esposa, se olvida por un instante de mí y responde con la voz sonriente:

—Hoy volveremos a comer aquí, gracias, Claudia. Y tú, Michele —añade volviendo sus ojos castaños a mí—. ¿Qué opinas, querido?

—¿Yo? ¿Qué opino? —repito para ganar tiempo.

He tenido que perder todo el color porque no me queda sangre en el cuerpo ni neuronas en el cerebro.

*¿Estoy casado con la que luego será mi hija? ¿Pero qué le pasa al karma? ¿Es un puto psicópata que disfruta haciendo cabronadas a la gente o qué? Con razón era tan infeliz cuando era don Miguel... Seguro que algo intuía, que sabía que no iba bien...*

*Pero bueno, él al menos tuvo como hija a la que fue su mujer. No es tan grave. ¡Pero yo lo he vivido al revés y eso no puede ser!*

—Sí, ¿qué opinas? ¡Qué extraño estás hoy! —exclama con un suspiro resignado.

—Ba... ba... ba... —balbuceo con lo mejor que puedo dar de mí en esos momentos.

Ella se acerca a mí en un gesto cómplice y cariñoso cuando ve que la mujer del moño nos ha dejado solos. Entonces me planta un beso en la boca para después susurrarme que están haciendo mi plato favorito: pasta a la boloñesa, y que luego ella se comerá el suyo: yo.

Me atraganto con mi propia saliva y kilos de moralidad. No puedo soportar esto. El incesto es demasiado. No quiero, no quiero...

—¿Qué dices? —añade con una sonrisa pícara antes de soplarme en la nuca.

—¿Qué digo? Que lo siento, pero que por ahí no paso, y que todo el mundo es gilipollas.

Pensaba alargar el discurso y decirle que vale a lo de ser padre, pero tener sexo y estar unido en matrimonio con la que era tu hija (aunque sea en el futuro), pues no... Que no soy Woody Allen ni un perverso. Que sí, que lo mío tengo y que puede que no esté muy bien del todo, que cuando era Poe, tela, y tela también con lo mío y mis migrañas, pero que esto no, que no soy un depravado.

Sin embargo, no es necesario que le diga nada de todo eso porque ya no puede escucharme. Su rostro se ha congelado con su mirada fija en mí. Le acaricio las mejillas antes de que se transforme en humo, pero en esta ocasión soy yo quien se desvanece y desaparece de escena con violencia.

El vacío del universo me engulle y envuelve con sus brazos fríos y extraños. Giro y floto en la oscuridad hasta que el estómago no lo soporta más y vomito. Entonces dejo de ser incorpóreo y caigo con velocidad amenazante hacia el suelo, como en mis peores pesadillas. Caigo y caigo,

cada vez más rápido.

El hostión va a ser de aúpa.

Antes de impactar contra el suelo definitivamente, me percato de que ya no me quedan más saltos que este, y el miedo pregunta por mí:

—¿Quién seré en mi última vida, en mi última oportunidad?

## Décimo salto

Un imbécil siempre encuentra  
a otro más imbécil que le admira.

**Boileau**

Toqueteo con las manos el entorno y suspiro con cierto alivio. Al menos me encuentro en un sitio blandito y cálido.

*Por favor, que no sea el cerdo, que no sea el cerdo junto a mi madre gorrina y mis hermanos cerditos. Por favor, que es mi última vida...*

Abro los ojos y no veo más que oscuridad.

*¡Oh, no! ¿Soy invidente? ¿Soy ciego además de cerdo? ¡Lo tengo todo!*

Empiezo a hiperventilar (a estas alturas, ya conoces mi predisposición genética al drama. No en vano mi segundo mote es el de *Drama Queen*). Me meto las sábanas entre los dientes y las mordisqueo con nerviosismo paranoico hasta que me da la risa floja.

¡Joder, Mikel, que estás en una cama humana! Es obvio que es de noche y por eso no se ve un *hardware*.

Busco a ciegas la pared, o una mesita con su lámpara en su defecto. Finalmente, mis dedos se tropiezan con la pared sobre el cabecero e inicio un reconocimiento digital (porque es con los dedos, claro) sobre la superficie hasta localizar el interruptor. Después de unos cinco tacos y diecisiete blasfemias mentales, choco con el ansiado botoncito y lo acciono.

Se hace la luz de inmediato y me siento un poco Dios. Eso me hace compadecerme un poco por él, ¿sabes? Me lo estoy imaginado ahí en el cielo, solo y a lo suyo, inventando cosas a lo loco para no aburrirse. Y, entonces, cada vez que creaba algo chulo o bonito, ya fuera un nuevo animal, las estrellas o las almorranas, no tendría a nadie a quien mostrárselo orgulloso y poder decir, con una sonrisa satisfecha, «Lo he hecho yo». Me lo imagino hablando consigo mismo y sin nadie que lo felicitara o le diera una palmadita

por cascarse unas cataratas chulas o la aurora boreal. ¡Qué triste!

Sí, yo también he reparado en que me he puesto a pensar gilipolleces de nuevo en un momento en el que no procede, pero eso es porque no sabes que ocurre casi en cada salto de un modo no opcional, como el primer plato cuando eres pequeño y hay que comerlo por narices si quieres el postre. Se produce una especie de desajuste orgánico que influye a las emociones, a los pensamientos, la inteligencia y la capacidad de reacción. Así que, si piensas que soy más gilipollas que la media, no es así: cualquiera en mi lugar parecería, como mínimo, igual de gilipollas que yo.

Mis ojos por fin se acostumbran a la luz y mi cerebro se reubica un poco. Estoy en un dormitorio juvenil cuyo mobiliario no conozco, pero el espacio, el propio dormitorio con esa ventana ahí... me resulta familiar. Hay varios pósters de artistas sobre las paredes blancas de hotel. Todos ellos me miran sonrientes, con esa felicidad autosuficiente y altanera de saber que tienes pasta para aburrir y nunca pasar hambre. Con esa.

Les devuelvo la sonrisa a todos ellos: a Madonna, Enrique Bunbury, Alejandro Sanz (*¡Alejandro Sanz! ¿En serio?*) y a Johnny Depp, y les hago una peineta por puro hedonismo y lucha de clases.

Ahora soy Espartaco, si es que no lo he sido ya antes...

Frente a la cama hay una estantería repleta de libros, muñecos y chuminadas variadas. Empiezo a sospechar sospechosamente que vuelvo a ser una chica, pero no quiero mirarme las tetas de momento. Colindando con la librería, descansa un amplio escritorio, situado justo bajo el ventanal. En este, además de algunos libros, cuadernos y bolis, ¡hay un ordenador! Se trata de uno de esos prehistóricos que daba ya por extinguidos, como el rinoceronte negro, el velociraptor, los tronistas de Telecinco o los toreros. Aunque tiene un aspecto anticuado (me dan ganas de tapanlo con un chal y ponerlo junto al brasero), con su monitor de culo de camionero y un ratón que más bien parece una liebre a juzgar por su tamaño, no puedo evitar sentirme nervioso y excitado. ¿Habría Internet en esta época?

El resto de la habitación no me da muchas más pistas. El armario es de cuatro puertas y empotrado, decorado con multitud de fotografías. Y, al lado de él, una puerta blanca de lo que imagino que será el cuarto de baño.

*¡Ehhhh, fotografías!*

Salto de la cama y me abalanzo sobre ellas. El impacto rivaliza en mi mente con la sonrisa de mi cara. ¡Soy yo! ¡Soy ella! ¡Soy Micaela! Con lágrimas en los ojos, acaricio los rostros que me sonrían desde las fotos: papá

y mamá en algún cumpleaños, mis amigas Quica y Petra, Charlie (el corazón galopa dentro de mi pecho cuando mis labios acarician su nombre)...

*¡Soy Micaela!*

Lo celebro dando vueltas sobre mí ~~mismo~~ misma con lágrimas calladas que se entremezclan con hipos y sonrisas. Entonces detengo mi exhibición de felicidad. Un pensamiento sombrío se ha abierto paso entre tanta alegría.

—¿Voy a olvidarlo todo? ¡Voy a olvidarlo todo! —exclamo en voz alta petrificado—. ¿Qué decía exactamente el contrato sobre eso?

Froto mis manos para revisarlo y paso las hojas con rapidez hasta llegar a esa cláusula.

—Aquí está: Cláusula 6 —leo con la voz temblorosa. Me acerco de nuevo a la cama porque me flojean las piernas y me siento para releerlo con atención—: Si llegaras al décimo salto sin haber usado la fórmula de detención, no solo te quedarías para siempre en ese punto al no poder saltar a ninguna otra vida, sino que conllevaría las mismas consecuencias de haberla empleado. Esto es, a las veinticuatro horas de haber realizado el décimo y último viaje en el tiempo, justo en el momento en el que tu viejo «yo» se acople al nuevo, perderás la memoria y todos los recuerdos acumulados de cada una de tus vidas más allá de la que ocupes en la actualidad.

Lo releo otras tres veces más por si algo se me escapara, pero no; es así, no hay más. Mañana por la noche me acostaré todavía recordando mi vida junto a Carla como Mikel, pero me levantaré amnésico como Micaela, con decenas de sueños, vivencias y emociones olvidadas.

Me olvidaré de mí.

Dejaré de existir y seré una chiquilla.

—Es muy fuerte —remato con la capacidad oratoria de un adolescente—. ¿Y si la cago? ¿Y si no consigo enmendar mi vida y vuelvo a morir en 1999?

*Tengo que hablar con M.A. No me pueden hacer este faenón. A ver si me pueden dar una prórroga o algo de un día más, una semana, un mes o un año...*

Me adentro en el cuarto de baño en busca del espejo con una intención firme: llamar al genio hasta que me atienda por pesado.

El cristal me devuelve una imagen preciosa. He crecido bastante desde la última vez que me vi, pechos incluidos. Me los tapo avergonzada por mirármelos con lascivia, y me observo el resto. Soy alta y esbelta como una bailarina. Llevo el pelo atado en una trenza espigada y rubia. Mis ojos siguen siendo gigantes y azules. Nariz respingona, pómulos marcados y

acompañados de un rubor natural. Vamos, que soy guapa a rabiar.

—¡Oh, Capitán! ¡Mi capitán! Nuestro espantoso viaje ha concluido. El barco ha enfrentado cada tormento, el premio que buscamos fue ganado... — declamo en un susurro frente al espejo.

Nada.

—¡Oh, Capitán! ¡Mi capitán! Nuestro espantoso viaje ha concluido. El barco ha enfrentado cada tormento, el premio que buscamos fue ganado... — vuelvo a insistir, en esta ocasión un pelín más alto por si he pillado al genio durmiendo, que tiene pinta de el tío de ser un ceporro y no despertarse así como así.

Nada tampoco. Joder, qué bajón me está dando.

—¡Oh, Capitán! ¡Mi capitán! Nuestro espantoso viaje ha concluido. El barco ha enfrentado cada tormento, el premio que buscamos fue ganado... — digo en un tono más alto que la mayoría coincidiría en catalogar como grito

—¡Por mis chinchetas, que te despiertes! —chillo ya sin medida.

Pero el espejo sigue mostrando mi cara.

—Si me llegan a decir que te iba a echar de menos... —maldigo entre dientes.

Unos nudillos interrumpen mi monólogo y el silencio de la noche (si no tenemos en cuenta mis gritos desquiciados).

—Cielo, ¿estás bien? —pregunta la voz de mi madre al otro lado del dormitorio.

—¡Sí, mamá! —respondo desde el baño antes de salir para abrirle la puerta y que se quede tranquila o montará una tan gorda que no dormirán ni los vecinos.

«¡Charlie!», suspira mi corazón al recordar que él es uno de ellos, «¿Seguiremos usando los *Walkies*? ¿Seguiremos juntos?», me pregunto con aprensión.

—¿Qué pasas? ¿Por qué chillabas de ese modo? —me pregunta ella con las legañas cosiendo sus ojos dormidos.

—He tenido una pesadilla, mamá, pero ya estoy bien —sonrío y me contengo para no abrazarla.

No se imagina lo contenta que estoy de volver a verla. Apenas ha cambiado desde la última vez. Ahora lleva el pelo más corto y tiene más líneas de expresión en la cara, pero está casi igual.

*¿Cuántos años habrán pasado desde mi último salto a esta vida?*

—¿Entonces todo bien, pequeña? —pregunta con una sonrisa

somnolienta mientras reprime un bostezo y de frota los ojos.

—Todo bien, mamá. Muy bien —le aseguro.

Y entonces decido que la vida son dos saltos y que hay que aprovecharla, de modo que la ataco por sorpresa y la abrazo a dos manos y a lo bestia. Ella se ríe y se deja achuchar. Cuando el abrazo empieza a durar demasiado -que tampoco quiero que sospeche- deshago el nudo sobre su cuerpo, le saco la lengua y le doy las buenas noches. ¡Acabo de tener una idea!

Cuando vuelvo a encontrarme en la seguridad de la soledad, invoco con el pensamiento a la libreta. Mi plan consiste en apuntar todos los consejos que pueda para avisarme en un futuro, para prevenir a la Micaela de mañana de posibles cagadas.

La libreta de viajes se perfila sobre el escritorio; primero, de forma etérea, como un humo denso; después, adquiere solidez hasta adoptar su apariencia física. Sin tiempo que perder, corro hacia ella y, cuando estoy a punto de abrirla, veo por el rabillo del ojo el enorme monitor de anticuario, y caigo en la cuenta de que no sé en qué año estoy, pero ese cachivache sí.

En cuanto lo enciendo, el ordenador me chiva la fecha: 27 de junio de 1993.

—¡Vaya! Mañana cumpla los dieciocho... —digo en voz alta.

¿Tendrá algún significado especial que haya viajado antes de alcanzar la mayoría de edad? ¿Algo que pueda hacer para que lo cambie todo y no muera dentro de seis años?

La angustia me paraliza. Casi preferiría no saber nada de todo eso. Quizá sea mejor que lo olvide todo, y cuanto antes. Miro la libreta y sacudo la cabeza.

*¡Que no, hombre! ¡Esto tengo que arreglarlo!*

## Libreta de viajes en el tiempo

Burgos, a 27 de junio de 1993

Querida Micaela:

Soy yo, Micaela. No, no te has vuelto loca. Mira la letra y verás que es la

tuya aunque no recuerdes haber escrito esto nunca. Soy yo.

Como verás en la fecha, lo he escrito hace nada pero es que soy la Micaela del futuro (sé que no me creerás, pero, como prueba, te diré que en el futuro del que vengo los videoclubs ya no están de moda y recuerdan más bien a las tiendas de antigüedades donde un chino cabrón con sonrisa así de majo espera a darte un Gremlin). No, en serio, no puedo contarte mucho, pero soy tú.

No quiero preocuparte y por eso no te contaré a qué edad mueres, pero lo haces muy joven y creo que se debe a excesos de alcohol o drogas, algo de eso.

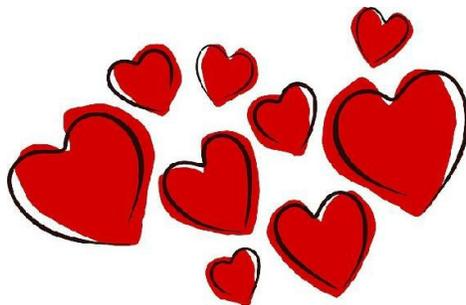
Solo quiero prevenirte, aléjate de ellas y de cualquier otra adicción que te tiente, sea peligrosa o no, como las mentiras, especialmente las mentiras (y si son a ti misma, aún más).

Cuida a Charlie, ámalo y respétalo. No dejes que se marche porque será el amor de tu vida.

Te quiere,

Tú misma.

Asiento satisfecho por mi ocurrencia y me vuelvo a acostar con una sonrisa en los labios. Mañana volveré a verlos a todos. Mañana volveré a ver Carla...



El timbre de un despertador analógico me arranca con violencia de los amorosos brazos del señor Sueño para traerme de vuelta al mundo real. Me desperezo con cientos de «cagüentodo» naufragando en mi garganta porque unas agujetas terribles me están castigando el cuerpo con saña, alevosía y *tempranosidad*.

Observo el dormitorio y, durante unos escasos segundos, me siento

desubicado y espiado por esa extraña colección de pósters viejunos sobre mi cabeza. Entonces vienen a mí las imágenes del último viaje en el tiempo y me reubico.

*Mi último salto...*

Soy Micaela.

Estoy en la habitación de Micaela niña, solo que ahora esta está pintada de un blanco neutro (nada de paredes rosas con unicornios) y redecorada con muebles juveniles, más apropiados para su mi edad.

Me sobreviene una confusa mezcla de alegría y miedo atroz por lo que pueda venir a continuación. Entonces me obligo a cerrar los ojos y me prometo que todo irá bien, que esta vez haré las cosas perfectas (0 menos mal). Vuelvo a abrirlas sintiéndome más animada y reparo en que he dejado expuesta la Libreta de Viajes en el escritorio, junto al ordenador.

Corro hacia ella con intención de protegerla de miradas ajenas. Mamá vendrá enseguida a felicitar me por mi cumpleaños, así que debo decidir ya mismo dónde guardarla. Tiene que ser un sitio que use habitualmente, un sitio en el que vaya a mirar fácilmente a pesar de mi inminente pérdida de memoria.

*Que lo encuentre fácilmente pero solo yo...*, me repito.

—¿Dónde?

Me siento delante el escritorio y trato de imaginar qué sitios suelo visitar más pero a resguardo de los súper poderes de los ojos maternos, que todo lo ven. Me dejo caer en el respaldo de la silla de madera y sonrío al ver la cajonera encastrada propio mueble.

—No es un escondite muy sofisticado, pero tendrá que valer —suspiro.

En cuanto abro el cajón superior sé que he acertado. No solo es un lugar perfecto para conservarla, sino que lo veré de inmediato ya que, casualidades de la vida, parece ser que ahí también guardo mi agenda. La cojo con avidez. Esa agenda puede darme mucha información y ayudarme mucho.

Paso las hojas con velocidad hasta llegar a la actualidad, aunque no puedo evitar fijarme en la suerte que tengo. Además de usarla como agenda del cole, también hay anotaciones de mi vida social y personal, como «Cine a las ocho con Charlie» y cosas por el estilo.

Mi sonrisa se curva tanto que creo que me voy a besar las orejas.

*Charlie. Estoy con Charlie... Seguimos juntos...*

—Lunes veintiocho de junio —leo en voz baja—. Cumpló dieciocho años. A las diez, fiesta de fin de curso en el instituto y mirar tablón de

anuncios con las notas publicadas de Selectividad. A las dos, comida de COU con los profesores en un restaurante para despedirnos. A las cinco, merienda cumpleaños con la familia.

*Voy a tener el día atareadillo, sí...*

Paseo mis ojazos por el resto de la semana y solo veo una anotación más, escrita en mayúscula: Sábado 3 de julio, FIESTÓN de graduación con los amigos. Entre paréntesis y escrito con un pilot de color rosa, pone: «Permiso de mis padres para volver cuando quiera. ¡Será la noche, la gran noche! ¡Ya está todo planeado y reservado!».

*¿A qué se referirá? ¿A qué me referiré?*

Me da la risita tonta si es lo que creo. Ji, ji, ji, ji. ¿Charlie y yo vamos a ... HACERLO? Me agarro la tripa con una mano y me tapo la boca con la otra porque no puedo parar de hacer ruidos de foca retrasada.

—¿Qué te pasa, cenutria? —escucho la voz de mi madre a mi espalda.

Cierro el diario-agenda de golpe, lo arrojo al cajón junto a la Libreta y me abalanzo hacia ella con complejo de pulga saltarina.

—¡Oh, mamá! ¡Es que soy tan feeeeeeliz! —le digo en un improvisado abrazo.

Mi madre se ríe de nuevo. Le encanta que le achuche más que a mí achucharla. Me acaricia el pelo y la cara y me dirige una mirada orgullosa.

—¿Estás más nerviosa por tu cumple o por las notas de la universidad? —me pregunta.

—¡Las notas, mamá! ¡Las notas! —le espeto con un movimiento indignado de cabeza.

*¡Vaya tontería de pregunta! Con lo que me he esforzado todo el curso para tener mis notas...*

*¡Anda! La fusión está yendo muy rápido. Mejor así. Necesito saber cosas de mí antes de desaparecer...*

—Verás cómo va a ir muy bien, cielo —me dice ella ignorando mi arrebatado adolescente—. Además, para hacer Filología apenas piden nota y tu expediente es de diez... —trata de animarme.

—¡Mamáááá! —protesto con el orgullo herido—. ¡No se trata de eso! Ya sé que voy a entrar, pero he estudiado mucho y no me conformaré con menos de un notable —le digo exhibiendo el paquete completo de adolescente irritada: brazos cruzados al pecho, mirada desafiante y a tope de morritos.

Mi madre pone los ojos en blanco y suspira.

*¿Será familia del genio?*

—¿Vamos a desayunar, pequeña? —me pregunta—. Hoy hay gofres cumpleaños especiales y tu regalo te espera abajo. ¿Vamos?

La miro con los ojos iluminados.

Soy feliz, muy feliz.

Su sexto sentido de madre le hace comprender que me encuentro especialmente sensible y tontorróna hoy (es que también es muy observadora -he debido de salir a ella- y lo habría visto igual sin detallitos tontos como estas lágrimas que se me están escurriendo hacia los carrillos). Me planta un beso ventoso en la frente (de esos incómodos que hacen ruido y hasta te dejan humedad), pasa su brazo por mi cintura, yo la imito encantada y salimos del dormitorio en un semiabrazo.

Comienza el día...

Mi mayoría de edad.

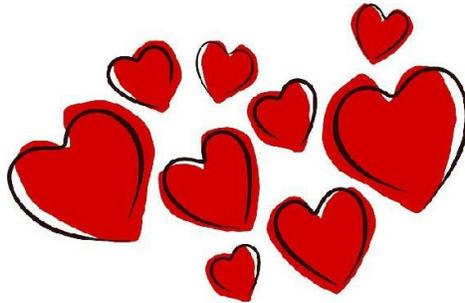
Mi despedida del instituto y de los profesores.

Las notas de Selectividad.

Mi reencuentro con Charlie.

Mi muerte definitiva como Mikel.

*¡Oh, la leche! Creo que voy a vomitar. ¡Ohhh, no! Mis problemas estomacales de nuevo. Me caaaago...*



—¿Puedo? —pregunto sin dejar de tamborilear la enorme caja que preside la mesa.

—Espera, que voy a coger la videocámara —responde mi madre con la palma de su mano en el aire.

—¿En serio? —le pregunto poniendo caretos sin dejar de relamerme al ver (y oler) los gofres caseros sobre el plato.

—Hija, ¿qué quieres? A tu padre le daba mucha rabia perderselo y me ha hecho prometer que lo grabaré para que pueda verlo. Era eso o nos hacía

levantar a las dos a las seis y media de la mañana para darte el regalo...

—Vale, vale —contesto intrigada.

Aguardo unos segundos a que encienda la cámara, que ya tenía preparada sobre la mesita del centro, y me dé su permiso.

—Venga, dale —me dice ella—. Pero no te olvides de mirar mucho a la cámara mientras lo abres y sonreír, y decirle algo a tu padre, que es muy sentido aunque le guste hacerse el duro. Además, el regalo fue idea suya ... —añade con la mirada enamorada.

Asiento dichosa. Como Mikel, no pude disfrutar de una madre y en los ojos de mi padre siempre había tristeza y un poso de desesperación, de encontrarse perdido. Saber que ahora tengo dos padres que, además de quererme a mí, se aman entre ellos me provoca un nudo doloroso en la garganta.

*La felicidad también duele...*, me digo.

Tengo el día filósofo yo hoy.

—¿El regalo es idea de papá? —disimulo y lucho contra la pelota de tenis que asfixia mis palabras—. ¡Ay, Dios! —me río.

Mamá me acompaña también en las risas pero sin dejar de grabar. A la tía, le pones una cámara en las manos y se convierte en Spielberg. Ahora empezará a mandarme indicaciones de todo tipo.

—Tranquila, es idea suya, sí, pero bajo mi supervisión —¿Ves? *Lo que decía. Todas las madres tienen supervisión según nacen sus retoños*—. Esta vez no te ha comprado una caja de polvorones en pleno verano con el argumento de que te encantan —añade entre risas.

Abro la boca en una «o» perfecta y grandiosa antes de estallar en carcajadas.

*¿De verdad hizo eso? Joder, pues sí que me parezco a mi padre...*

—Sabes que papá va a ver y escuchar esto, ¿no? Lo de los polvorones... —le recuerdo mientras me limpio a dos manos los lagrimones y le señalo al aparato.

—Mejor, así nos reímos luego otra vez —contesta con jovialidad y señala a la caja con la cabeza.

No está envuelta, solo cerrada con un enorme lazo de color azul celeste. Deshago la lazada de un movimiento rápido y los ojos se me llenan de lágrimas y esperanza al descubrir su contenido.

Me giro hacia ella para constatar que no es una broma, sin atreverme a tocarlo por si deshago el encantamiento.

—¿De verdad? —pregunto en un susurro inquieto.

—De verdad. Anda, cógelo y piensa un nombre...

—Ya sé cómo se llamará, mamá. Urano, se llamará Urano —le digo al tiempo que meto las manos en la caja para tocar esa bolita de algodón naranja que tiembla en silencio.

—Bueno, hija, es una gata —apunta la aguafiestas de mi madre.

—Da igual, mamá. El sexo es irrelevante —le digo con conocimiento profundo sobre el tema—. Se llamará Urana.

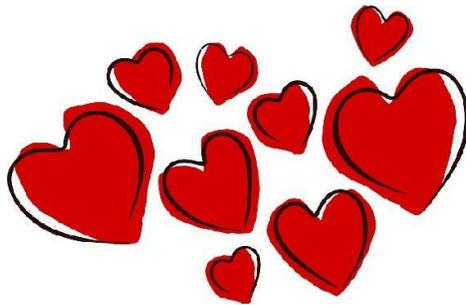
—¿Urana? —repite mi madre, poco convencida—. Si se trata de ponerle un planeta, y ya que tiene ese color... ¿por qué no la llamas Tierra? —me sugiere sin dejar de grabar.

Lo estudio un instante y asiento. ¿Por qué no? Plutón, Urano, y ahora Tierra, la diosa Tierra.

—Me gusta —reconozco—. Gracias, papi —le digo mirando a cámara y lanzándole una lluvia de besos que lo va a flipar cuando lo vea.

Miro a la bolita caliente que tengo en mis manos y sonrío feliz. Ahora siento más seguridad y confianza. Urano- Tierra estará aquí para acompañarme aunque yo ya no recuerde nada.

—Genial... —susurro al gatito y froto mi nariz contra su pequeña cabeza como le gustaba a mi Urano.



Quica y Petra me esperan a la entrada del insti con las uñas mordisqueadas por la ansiedad.

—¡Jo, tía! Llegas tarde —me dice a modo de saludo Quica al tiempo que señala los cinco minutos de retraso que marca su reloj.

—Lo sé, petarda —respondo antes de darle un abrazo a traición que le pilla por sorpresa.

—¿Y esto? —dice la otra.

—¿Y yo? —vocea Petra a nuestro lado.

—¿No puede una amiga dar un abrazo a sus dos mejores amigas el día de su cumple? —replico yo con el gesto adusto.

Ellas intercambian una mirada flipada y se encogen de hombros sin comprender.

—¡Mis padres me han regalado un gato! —chillo a ver si esto les suena mejor.

Ellas exclaman haciendo aspavientos.

*Bingo, voy mejorando. ¿Ves, genio, ves?*

Aprovecho el momento festivo para darles otro buen achuchón, que es lo que me apetece después de tantos años sin verlos (o verlas).

—En fin... ¿preparadas para ver las notas? —pregunta Quica con impaciencia.

Petra y yo asentimos mordiéndonos el labio y las tres entramos al recibidor. Vemos los paneles expuestos para la ocasión a la izquierda. Nos acercamos de tres zancadas nerviosas y buscamos nuestros apellidos.

—¡Sí! —grito como una loca—. ¡Toma ya, toma ya! ¡Ocho con siete de media!

—¡Joder, y yo un siete con veintisiete! —exclama Quica a mi lado—. ¡No está mal para la birria de examen de Filosofía que hice!

Las dos nos cogemos de la mano y hacemos nuestra coreografía súper ensayada: saltos y más saltos. El silencio de Petra nos escama y nos giramos hacia ella, que sigue pegada a la hoja, como si la estuviera amenazando con la mirada.

—Petra... —susurra Quica—. ¿Qué has sacado?

Petra esboza una sonrisa tirante y responde:

—Un cuatro con nueve. Adiós a Periodismo —dice con la voz gris y los ojos vidriosos.

Entonces las dos la abrazamos y yo me inquieto muchísimo porque eso no debería ser así. En mi mundo, Kepa no solo hace el Grado de Periodismo y Comunicación Audiovisual, sino que es una de las grandes figuras radiofónicas de nuestro país gracias a su programa «Las mañanas con Kepa».

*¿Qué más desajustes puede haber?*



—Enhorabuena, chicas. Estoy muy orgullosa de vosotras —nos dice doña Emilia con una sonrisa cándida cuando ya estamos en los postres y la despedida es inminente—. Venid aquí, anda.

Quica y yo asentimos con una mezcla de morriña y cariño y nos levantamos aprisa, como en una carrera de obstáculos, para ocupar cada una el primer hombro libre que le encontremos, que para eso es nuestra tutora y profesora favorita. Doña Emilia nos abraza sin protestar ni un poco por nuestro impetuoso arranque, que le hace trastabillar hacia atrás cuando aún se estaba alzando de su asiento

Cierro los ojos un instante para saborear el momento hasta que la certeza de saberme observada me obliga a abrirlos de golpe con aprensión. Suspiro de alivio al encontrarme con que es Quica quien me está mirando desde el otro hombro de doña Emilia. Le devuelvo una mirada cómplice y ella esboza una sonrisa confundida. Ambas estamos goteando y moqueando sobre nuestra tutora.

Sé lo que está pensando y sintiendo ahora mismo. En que todo esto ya no volverá, en que finaliza una etapa y nuestras vidas no volverán a ser ya iguales. Adiós a nuestra etapa de niñas. En septiembre dejaremos Burgos, nuestro hogar y nuestro entorno, para empezar nuestras licenciaturas en la universidad de Valladolid. Compartiremos piso, viviremos sin nuestros padres y nos separaremos de nuestros amigos. Incluso de Petra, a pesar de los planes que teníamos de compartir la casa las tres. Incluso de Charlie...

Está tan ilusionada como aterrada, pues todo está a punto de cambiar. Para siempre. Lo que ella no sabe es que yo estoy aún más asustada. Cada vez queda menos de mí como Mikel. Pronto me iré y no sé si sabré estar a la altura. El reloj me está ganando la partida y yo sigo apostando a ciegas sin saber cuáles son mis cartas...

¡Me quedan tan pocas horas para recordarme! Siento cómo me diluyo en Micaela, cómo van desapareciendo todos mis recuerdos. Ni siquiera sabría decir ahora mismo cómo era (soy) físicamente. Solo recuerdo los ojos y la

sonrisa de Carla, y lo que sentía en sus brazos.

Me separo de doña Emilia bruscamente. Tanto que Quica y ella me miran intrigadas.

—Petra... —digo con la voz ahogada, y me siento miserable por usar a mi amiga de excusa.

Ellas (doña Emilia incluida) dirigen sus miradas hacia la aludida, que se encoge de hombros y parece incluso más alegre que nosotros.

—¡No es el fin del mundo, pesadas! —exclama Petra mostrando las palmas de las manos—. Pienso estudiar este verano, presentarme de nuevo en septiembre, aprobar, matricularme en Periodismo y compartir piso con vosotras, que lo sepáis. No os vais a librar de mí tan fácilmente...

—¿Cuándo has decidido todo eso? —le pregunta Quica con la boca abierta—. Es tan poco «tú»...

Ella acepta la frase con una mueca divertida y halagada, como si le hubieran hecho el mejor piropo del mundo (que, para ella, sería algo así como «¡Qué bien eructas!») y responde:

—He madurado, ¿qué pasa?

Quica y yo la miramos con la misma confianza con la que lo haría un guarda de seguridad con Belén Esteban paseándose por los pasillos de una biblioteca. Petra eleva una ceja fingiéndose ofendida, pero no aguanta el tiempo y rompe a reír de inmediato.

—Mi madre... —sintetiza magistralmente—. Lo hablé con ella hace unos días porque no las tenía todas conmigo, ¿sabéis? Así que, aunque tenía esperanzas de que ocurriera un milagro, iba mentalizada de ello. ¿Qué? ¿No os vais a comer esa tarta de queso ninguna? —señala a nuestros platos—. Porque yo ya me he comido la mía y está de cine...

Nuestra tutora nos guiña el ojo para espolearnos y ambas corremos a recuperar nuestras sillas antes de que esta gumiás nos deje sin postre.

—Por cierto... —añade Petra con una sonrisa en cuanto nos hemos sentado—. Le hemos comprado una cosita las tres, doña Emilia.

Sus ojos se dislocan por la sorpresa y nos mira sin creérselo del todo. Los demás estudiantes ya están haciéndose fotos con el resto de profes, brinda, gritan, bromean y se firman unos a otros en las postales de la orla de COU.

—¿A mí? —pregunta emocionada ella con la mano sobre el pecho.

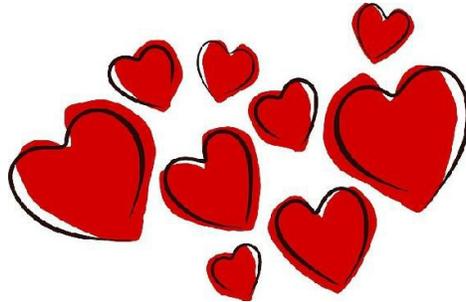
Quica se agacha a recoger una bolsa escondida bajo la mesa y se la hace llegar. Las tres aplaudimos nerviosas y más felices aún que nuestra profesora, que acepta el regalo y lo abre sin dejar de mirarnos.

—¡Un peluche de Piolín! —exclama encantada.

—¿Por qué un peluche? —susurro al oído de Quica sin entender el regalo.  
*¿Un muñeco a una profesora de taitantos?*

—Es su personaje favorito, tía, y lo elegimos juntas. ¿Qué te pasa? —me reprocha ella en voz baja.

Respondo con una risa incómoda y me lleno la boca de pastel. Así no podré hablar y dejarme en evidencia todavía más...



Todo me resulta extraño y es porque el tiempo se arrastra como un animal herido, lento y veloz a la vez. Al final del día, da igual cuánto haya avanzado.

Ya estoy muerto. Solo quedará de mí y de mi lucha un reguero de sangre seca sobre el suelo y un cuerpo frío.

Nadie me recordará. Nadie sabrá de mí.

Jugueo con Tierra, que me muerde con sus afiliados colmillos-alfiler de bebé, mientras releo todo lo que he escrito la Libreta y mi agenda por si encuentro algo que lo cambie todo, que asegure un buen final para Micaela.

Mi familia acaba de irse de la obligada merienda cumpleañosera y me pregunto por qué no he sabido de Charlie en todo el día. Es mi cumpleaños. ¿No deberíamos habernos visto ya?

El sonido en la puerta de unos nudillos me obliga a vestirme de sonrisas. No hay nada que se castigue más que la desnudez de alegría, sobre todo cuando eres joven, cumples años y se da por hecho. Ser feliz – o parecerlo- es una obligación. En este siglo y en el siguiente...

—Mamá... Estoy ocupada ahora. ¿Qué quieres?

La puerta se abre sin que me dé una respuesta. Voy a protestar como una energúmena por esta clara violación de mis derechos constitucionales a la intimidad y privacidad cuando se asoma tras ella la perfecta nariz de Charlie, que viene acompañada de sus perfectos ojos violeta y su sonrisa aún más perfecta.

Salto de mi asiento sin acordarme de la gata, que bufa mostrando

indignación por mi escasa cortesía al tirarla al suelo. Le pido perdón mentalmente y me acerco a Charlie a ritmo del tamtam de mi corazón.

—Hola... —me dice.

*Ainssss, ¿no es original? Es guapo, irresistible y, además, inteligente...*

—Hola... —respondo yo, al mismo nivel.

—Sé que habíamos quedado en que no te vería hasta las nueve por todo lo del cumpleaños con tu familia, pero... ya no me aguantaba más —confiesa con las mejillas encendidas.

Me coge de la mano con cierto recato (estamos en casa de mis padres) y me la acaricia sin dejar de clavar sus pupilas en las mías. El roce de su piel convierte en líquido mis pensamientos, mi propio cuerpo. Debo contenerme...

—¡Uffff! —exclamo arrebatada. Tengo ganas de reír, de llorar, de comérmelo a besos y que él me coma a mí—. Yo también te he echado mucho de menos, Charlie. No te imaginas lo largo que se me ha hecho...

Charlie, el artista, esculpe una maravillosa sonrisa solo para mis ojos, mira de soslayo hacia el pasillo y se inclina hacia mí para susurrarme:

—¿Estás lista para este sábado?

Enrojezco como un turista alemán en Mallorca y asiento con una risa nerviosa mientras trato de tragar una saliva que parece haberse convertido en cemento.

—Es lo único que me hace gracia de que ya tengas dieciocho años y me lleves un año de edad —reconoce mordiéndose el labio—. Por fin podremos estar juntos y el hotel es genial, ¿verdad?

Una sonrisa traviesa baila en sus labios. Yo, incapaz de contenerme más, me aprieto contra su cuerpo caliente y busco la suavidad de sus labios. Sus manos se ajustan involuntariamente a mi cintura; después, a mis nalgas, pero se arrepiente y recula.

—Tu madre nos mata si nos pilla magreándonos... —dice asustado.

Como una buena hija católica, hago aquello que se espera de mí. Asomo la cabeza tras el umbral, me encojo de hombros y exclamo un «¡A la mierda!» antes de cogerle de la camiseta, tirar con fuerza de ella hacia el interior del dormitorio y cerrar la puerta con rapidez. Tierra se escabulle en el último segundo en busca de un nuevo lugar donde reclamar atención divina.

*¡O a chivarse a mi madre! ¡Cómo sea eso, verá!*

—¿Por qué n...? —empieza a decir mi chico.

—Chissst —le suplico mientras le coloco mi dedo índice sobre la boca

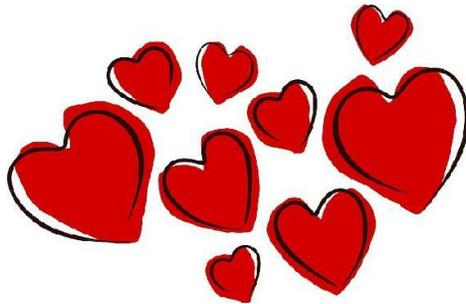
—. Necesito darte un beso y comprobar si saben tal como los recuerdo. Solo uno...

Charlie alza las cejas en plan «¿Qué te has tomado?», aunque acaba por rendirse y tomarme en serio cuando tomo su cara entre mis manos y la acerco a mí.

—Nos va a matar... —susurra una última vez dentro de mi boca.

Mi lengua se abraza a la suya con una necesidad hiriente. Me envuelve, le envuelvo, me abraza, lo abrazo. Reconozco sus besos. Mi cuerpo, también. Y lloro porque sé que esto es lo último que me llevaré de recuerdo.

En unas horas, cuando yo ya no exista, los besos de Carla se irán conmigo, se quedarán conmigo. Mi miedo se ha ido porque la he encontrado y me hundo en ese beso de sal y de sol.



Martes, las nueve de la mañana y sigo en la cama sin despertador ni nada. ¡Esto es vida! Me noto la cabeza un poco pesada y el cuerpo dolorido, como si tuviera una resaca espantosa (*¿bebí ayer? No creo...*) o acabara de salir de una gripe de las gordas.

*¡Qué extraño! No me recuerdo enferma los días de atrás y tampoco pueden ser agujetas.*

Me estiro en la cama como los gatos haciendo ruiditos de placer y entonces me acuerdo. ¡Me ha regalado una gatita!

—Tierra, Tierra... —la llamo buscándola con la mirada.

Una bolita anaranjada y ronroneadora se encarama sobre mí. La muy tonta parece estar estudiándome. Está sentada en mi pecho sin apartar la vista. Le agunto la mirada por puro orgullo.

*A ver si ahora me va a ganar un bebé de tres meses...*

Pero lo cierto es que, si ella no fuera una gata, me sentiría amedrentada. Tiene el mismo rictus cabreado y reflexivo de mi madre cuando desapruaba algo.

—¿Qué pasa? ¿Tienes hambre y por eso me miras como enfadada? —le

pregunto medio en broma.

El bichito maúlla como si me entendiera y utiliza la altura de mi cuerpo para dar un salto y aterrizar acrobáticamente sobre el escritorio. La miro divertida (*le pongo un 9,5*) y ella vuelve a maullar mientras se pasea por un libro que no reconozco.

Como dicen que la curiosidad mató al gato y yo siempre he jurado que tengo algo de gata, me levanto para ver de qué se trata. Aparto a Tierra, que se ha puesto pesada con sus miaus, y cojo el libro intrigada. No, definitivamente, jamás lo he visto ni sé qué hace aquí.

Las tapas son algo estridentes, de un color plata futurista con letras de color negro en relieve que dicen: «Libreta de viajes en el tiempo». El título es llamativo por sí solo y la intriga me pica en los dedos. La abro con ganas de ver qué hay dentro pasando las hojas a toda pastilla hasta encontrarme con algo que llame mi atención.

—Pues vaya mierda... —digo decepcionada en voz alta.

De verdad, no sé qué hace en mi dormitorio un libro que no es mío y que solo contiene hojas en blanco.

*¿Será un regalo de Charlie de cuando vino anoche? Es curioso, pero hay momentos de ayer que no consigo recordar, como si hubiera estado en otro lado. No, mejor, como si otro hubiera estado en mi lugar, en mi cuerpo. ¿Estaré desvariando?*

Tierra se restriega contra la mano en la que sostengo el peculiar objeto y maúlla con más insistencia.

—¿Quieres que te lea un cuento? —le pregunto burlona—. Pues tendrá que ser de otro libro porque esté está tan vacío como mi hucha, chavala. ¿Crees que lo pudo traer anoche Charlie? Lo mismo lo puso ahí para dármelo luego y se le olvidó.

Tierra agita la cabeza. ¡Qué graciosa! Es como si me dijera que no.

—En fin... —me digo—. Luego se lo pregunto, porque es un regalo muuuy extraño.

—¿El qué es extraño, cielo? —dice mi madre metiendo el morro por encima de mi hombro—. ¿Y con quién hablas?

—Mamááá —me quejo—. ¡Habíamos quedado en que llamabas a la puerta! Y estaba hablando con Tierra... —me excuso.

No me gusta que la gente sepa que tengo la costumbre de hablar conmigo misma cuando nadie me ve.

—Sí, Mica, pero estaba abierta y te he visto aquí hablando con la pared...

¿Qué es eso? —señala con el dedo.

—¿Esto? —pregunto—. Pues es un libro con las hojas en blanco. ¿No es raro?

—¿Puedo?

—Sí, claro —respondo y dejo que lo coja.

—¡Qué encuadernación tan bonita! —exclama mi madre y me llama la atención que le guste tanto—. Casi parece un diario... Me encanta. ¿Quién te lo ha regalado?

—Bueno... Si te gusta, te lo regalo, mamá —le digo con una sonrisa satisfecha—. Este año me habéis traído a Tierra después de tanto tiempo y yo quiero también darte algo que te guste.

Tierra se pone a maullar reclamando mimos, comida, o ambas cosas.

—Oh, hija... No sé. Los regalos no se regalan... —duda ella.

—Mamá, no tengo ni idea de cómo ha llegado este libro aquí, pero yo tampoco lo necesito para nada y tú seguro que ya estás pensando cómo darle un buen uso, ¿no es así? —le digo.

Se lo piensa un poco, arruga el morro dubitativa (ese gesto lo he heredado de ella) y, finalmente, asiente.

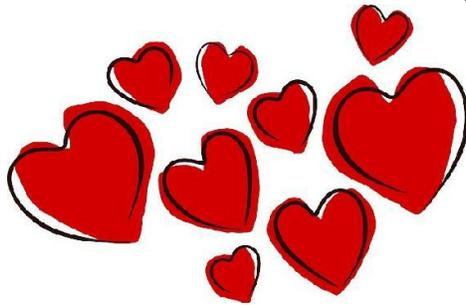
—Pues sí —reconoce alzando la voz sobre los insistentes maullidos de la gatita—. Me viene genial para anotar los libros leídos y los que quiero leer. Se me está gastando la libreta...

—Pues no se hable más, mamá. Un regalo perfecto es aquél que hace feliz a alguien y a ti te va a hacer feliz —afirmo con convencimiento.

Mamá me devuelve una mirada húmeda y orgullosa.

—¡Por la virgen María! Cuánto has crecido en tan poco tiempo... —musita—. Hace cuatro días eras una mocosa y mírate ahora, ¡mayor de edad!

Nos abrazamos emocionadas con Tierra, que no para de dar saltos entre nosotras, amenizando el instante con más maullidos. ¿No se cansa la tía?



Y, por fin, sábado.

Ha llegado el día... o la noche.

Ji, ji, ji, ji.

Hoy Charlie y yo, después de casi tres años saliendo juntos, después de que todos nuestros amigos lo hayan hecho ya (o eso dicen), después de soportar sus continuas bromas -como lo de preguntarnos si vamos a llevar aureolas de santo e ir vírgenes al altar como hacían nuestros viejos...-, después de todo eso, hoy VAMOS A HACERLO.

Y es que yo no quería que fuera en cualquier parque o rincón guarro en la oscuridad de la noche, de mala manera y en plan cutre. Es genial estar tan de acuerdo en eso (y en todo) porque a Charlie tampoco le agradaba la idea. Es un romántico, como yo. Ambos deseamos que sea un momento especial: con una cama de verdad, que podamos mirar por primera vez nuestros cuerpos desnudos, coquetear, sentirnos cómodos, abrazarnos y quedarnos dormidos así.

Sé que mis padres lo saben o se lo huelen. Lo más gracioso es que se intentan hacer los tontos y les sale fatal porque en los últimos días se han triplicado sospechosamente las estadísticas de charlas casuales sobre enfermedades venéreas y embarazos no deseados. A Charlie también le han dado la barrila los suyos con el tema de los anticonceptivos y ayer su padre le regaló una caja de condones. Muy sutiles, ¿verdad?

Está claro que este año nuestros padres se han salido con los regalos...

Aun así, eso solo será parte de la noche. La empezaremos cenando en la hamburguesería todos juntos, pues somos conscientes de que será muy difícil que se repita. Charlie y sus amigos se quedan aquí terminando el instituto. Nosotras (si Petra aprueba) nos iremos a Valladolid a vivir y no podremos estar viniendo todos los fines de semana. Además, el próximo año será peor porque Charlie quiere estudiar en Salamanca y... bueno, puede que sea nuestra última noche todos reunidos. Creo que por eso nuestros padres se muestran tan generosos. Ellos lo saben y quieren dejarnos creer en la magia un poquito más.

Después de la cena iremos a la nueva discoteca que han abierto, donde nos juntaremos con la promoción de COU al completo. Y agregados: novios y amigos variados. Por eso hemos reservado una de las tres salas del local para nosotros. Ahí bailaremos, nos divertiremos y reiremos y, cuando Charlie y yo estemos preparados, nos escabulliremos al hotel sin decir nada a nadie. Está todo planeado, incluso la excusa de irnos al baño cada uno por su lado para evitarnos guasas, despedidas que duran horas y todo eso.

Y... entonces... el hotel.

Sonrío delante del espejo y me cepillo el pelo con fuerza por millonésima vez para que brille mucho muchísimo. Está feo que yo lo diga, ¡pero qué jodidamente guapa que estoy! Aunque no soy mucho de maquillaje, hoy me he dado un poco de rímel, sombra de ojos y pintalabios. Pero muy poquito.

Compruebo la hora en mi reloj de pulsera. Aún tengo media hora antes de que Charlie pase a buscarme y no sé qué más narices hacer porque ya estoy lista y me va a dar algo. Me paso las manos húmedas por los vaqueros, estiro mi top-corsé de color celeste en un efecto buscado para que combine con mis ojos y me calzo las botas de tacón. Me doy una gotitas de *Anais Anais*, y me ahueco una vez más el pelo para que las ondas caigan con naturalidad sobre mis hombros y espalda desnudos.

Tierra me mira desde sus ojos amarillos. Me acerco a ella, que está tumbada sobre mi cama, y la acaricio. Enseguida ronronea y eso me alegra porque lleva todo el día movida, como si estuviera incómoda. Quizá esté asustada por lo de esta noche.

—Pobrecita... —le digo rascándole la cabeza.

Ella enseguida se pone en posición fetal (de combate si eres un gato) y me engancha con las uñas de sus patas traseras y los dientes. Está ensayando para inmovilizarme y matar mi mano. No puedo evitar reírme.

—Te he asustado mucho cuando he gritado, ¿eh? —le digo en tono meloso permitiendo que me destroce la mano a arañazos y mordiscos—. Es que vaya pesadilla. Estaba en una autopista y me moría, pero no era yo, ¿sabes? Bueno, era yo, pero en el cuerpo de un hombre de ojos minúsculos. No sé cómo explicarme, pero ha sido espantoso, Tierra. ¿Me guardas el secreto?

—¿El secreto de qué? —pregunta a mi espalda la voz de la madre más entrometida de la galaxia.

—¡Mamáááá! ¡Que llames, *joer!* —le digo fingiendo más irritación de la que siento para que no insista en el tema.

—¡Ay, hija! Si no cierras la puerta, difícil me lo pones —me replica antes de sacarme la lengua—. Además, tu Romeo está abajo esperándote, que no se aguantaba más, dice, y se ha venido antes de la hora —me dice con una sonrisa cómplice.

—¡Mamáááá! —repito, y ahora la indignación es real.

Ella se ríe y suspira con cierto deje nostálgico.

—Ainsss, que te me has hecho mayor. Anda, baja, que tienes a papá esperándote para darte un beso y darte los últimos consejos.

—¿Delante de Charlie? —le pregunto con la boca muy abierta—. ¡No se le ocurrirá!

—Bueno, así también lo oye él, ¿no? —se defiende mi madre sin mostrar ni un poco de pudor.

—¡Mamáááá!

Se vuelve a reír y me abraza a traición.

—Por favor, esta noche y todas las que vengan..., las cosas, con cabeza, ¿vale? —me susurra al oído y esta vez hay seriedad y preocupación en su voz.

—Te lo prometo, mamá. No te fallaré.

Ella se limpia los ojos con disimulo y sé que está recordando la muerte de Luis. Tierra salta a mi regazo y me muerde con rabia.

—¡Joder! ¿Qué le pasa a esta gata? —grito—. Lleva todo el día alocada. Mamá... —la miro olvidándome de Tierra y del mordisco que me llevo puesto y sin envolver—. No voy a beber, te lo prometo. Además, iré con Charlie todo el tiempo.

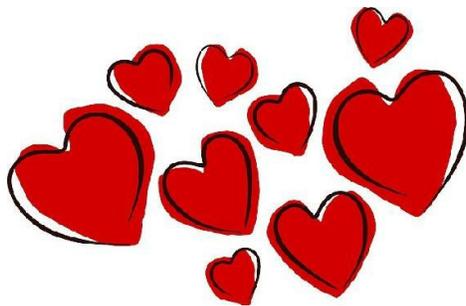
—De acuerdo —contesta ella con una mirada teñida de cariño—. Anda, corre a ver a tu Charlie, que se ha puesto de nuevo ese tupé horrible que llevaba hace años...

—¿El tupé? Ohhhhh—exclamo con las piernas blanditas y tiritonas. *¡Con lo que me gustaba ese tupé!*—. ¿Y también lleva su vieja chupa negra?

—Sí, hija, también. Ha venido con el modelito completo de *Grease*. Seguro que tu padre estará ahora vacilándole con el tema. Ha venido para triunfar el muchacho.

—¡Oohhh! ¡La leche! —exclamo y salgo pitando de mi habitación para interceptar a mi padre y su lengua larga y afilada.

No quiero que me lo asuste demasiado o la noche será un fiasco...



Las tres de la mañana. Sostengo mi segundo cubata en la mano. Sé que se lo había prometido a mi madre, pero la noche es larga y solo serán dos cubatitas de nada, que quemaré bailando... o de otro modo. A ver si así se me van un poco los nervios...

Charlie baila junto a mí sonriendo. Nos contamos con la mirada las ganas que tenemos de estar juntos. No queda nada ya... Levanta su mano y hace el gesto de victoria. Nuestra señal. Aguardamos dos canciones, finjo que voy al baño y me salgo. Al rato, vendrá él y nos iremos a la habitación que he reservado.

—Parejitaaaaa... —grita Julián, un chaval de mi clase, al acercarse a nosotros—. Tomad. Tengo uno para cada uno. Es mi regalo de fin de curso.

Coloca algo en la mano y me la cierra en un puño. Yo le dirijo una mirada interrogante. Charlie abraza mi cintura en un gesto protector.

—¿Qué es? —le digo.

Julián se acerca a mi oído para que la música no apague su voz. Puedo sentir su aliento alcoholizado al respirar sobre mí y, de repente, no me apetece beber más. Ni hoy ni nunca.

—Éxtasis —susurra y nos mira sin dejar de asentir como el amo de la pista—. Las he sacado a muy buen precio por ser muchos. Mil pesetillas la unidad.

—¿Estás de broma? —interviene Charlie—. ¿Y los demás?

—Ya se lo he dado a vuestros amigos, no os preocupéis —dice dándoselas de guay—. Consideradlo un regalo de despedida —añade con un guiño de ojos antes de alejarse de nosotros y meterle la lengua a...

—¡Petra! —exclamo alucinada.

—¿Desde cuándo le gusta a Petra ese tío? —pregunta Charlie, tan descolocado como yo o más.

—¿Desde ahora?

Ambos bajamos la mirada hacia mi mano izquierda, que permanece convertida en un puño como si le aquejara de *rigor mortis*. Charlie y yo nos miramos un segundo antes de abrir la mano. Desde la palma de mi mano nos miran dos caritas amarillas sonrientes. Charlie coge una y se la acerca a la nariz para olisquearla.

—No sé... —dice él—. ¿Lo probamos?

—Dicen que desinhibe y pueda ayudar a... —me silencio. Me arden las mejillas.

Los ojos de Charlie también arden, pero no de vergüenza. Yo también lo deseo. Observamos a nuestro alrededor. Todos bailan y sonríen como dementes.

—Parece que se lo están pasando bien... —apunta Charlie con dudas.

—Sí, y nos ayudaría a... —vuelvo a decir yo.

—¿La probamos a ver qué pasa?

—Vale... —respondo insegura.

Nos llevamos la pastilla a la boca y, en el último momento, decido que no está bien, que se lo he prometido a mi madre y a mí misma.

—Que no, joder —digo y estiro el brazo para sujetar su mano e impedir que se lo trague—. No. No hemos esperado tanto tiempo para que sea bonito y ahora estropearlo así, ¿no crees?

Charlie asiente con una sonrisa.

—Tienes razón, nena —replica después de arrojar al suelo la pequeña pastilla y aplastarla con sus botas militares.

Yo lo imito. Noto cómo la pastilla se deshace bajo mis tacones, aunque no le echo cuentas. Solo tengo ojos para Charlie, para mirar embobada cómo se rehace el tupé. Me descubre en mi momento caracol (babeando a todo meter) y me sonríe con sus ojos violeta. Entonces me coge de la mano y salimos corriendo de la pista mandando a la porra nuestro maravilloso plan.

—¡Vamos! —grita.

—¡Vamos, sí! —grito yo.

Los chicos, al contrario de lo que habíamos creído, siguen a su bola sin reparar en nosotros ni en nuestra escapada. Sorteamos a la gente que baila y conversa, pero es difícil avanzar porque son muchos y borrachos. Estoy a punto de salir de la discoteca, unida a la mano de Charlie como si fuera Eurídice con Orfeo, cuando me choco con un negrazo imponente que me recuerda muchísimo a ese que salía en El Equipo A.

—Perdón —le digo alucinada porque apenas he bebido y ya veo cosas raras.

El hombre montaña me mira sonriente y me dice:

—Nada, bonita. Al final, va a resultar que no todo el mundo es gilipollas...

Me detengo para mirarlo con cara de vinagre y noto cómo Charlie se suelta de la mano para salirse a la calle.

—¿Perdón? —le digo.

—Claro que sí. Te perdono... —me dice el tipo.

*No tomo más alcohol en mi puta vida. Lo juro...*

—A lo mejor el gilipollas es usted —le digo—. ¿Y usted no es el que sale en la tele?

El negro se ríe y señala con la cabeza a algún punto situado detrás de mí. Le doy la espalda al señor siniestro un segundo, pero no hay nada. Entonces me giro rápidamente hacia él para despedirme como es costumbre en mi barrio, mostrándole el dedo, pero al volverme ya no está. Ha desaparecido.

—¿Estaré flipando? —se me escapa en voz alta.

Vuelvo a sentir la mano derecha unida a la de Charlie.

—¿Estás bien? —le oigo preguntar a mi izquierda.

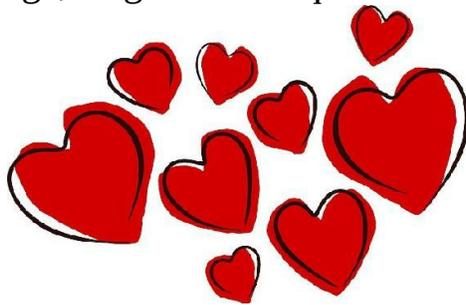
Parpadeo confusa y miro a todos los lados antes de devolverle la mirada y responderle.

—¿No te habías soltado de mi mano? —pregunto con miedo a su oído.

Él no hace nada por ocultar un gesto extrañado de sorpresa y niega con la cabeza.

—No. Te has parado un segundo, he tirado de ti para salir pero no te movías ni parecías escucharme. ¿No te habrás tomado esa mierda? —me pregunta y solo continúa cuando me ve mover la cabeza de izquierda a derecha—. Al poco, te has mirado la mano y has sonreído. ¿Qué te ha pasado?

—Joder, no sé... Venga, salgamos de aquí cuanto antes, por favor...



Estamos de pie frente a la cama. El pulso le tiembla cuando comienza a desanudar la lazada de mi corsé. Mi cuerpo tiembla con él también. Somos dos pequeñas locomotoras sincronizadas.

La prenda azul cae al suelo sin elegancia y sus ojos se dilatan por la sorpresa al descubrir que no llevo sujetador. Me ato las manos la una a la otra con el fin de obligarlas a permanecer quietas sobre mis caderas y que no me cubran los pechos. Lucho por superar el impulso de taparme para que pueda contemplarme cuanto quiera. Charlie me regala una sonrisa preciosa que me

tranquiliza y levanta los brazos para que yo haga lo propio con su camiseta blanca.

Mis dedos se mimetizan ahora con la torpeza anterior de los suyos, pero lo logro. Aunque ya lo he visto en bañador infinidad de veces en la piscina, mis ojos se vuelven tímidos ante la desnudez de su pecho. Busco sus ojos violeta y me anclo confiada en ellos. Charlie se siente igual y nos reímos, avergonzados de nuestra propia vergüenza.

Nos quitamos los vaqueros sin dejar de mirarnos y emitir risitas nerviosas. Estamos desnudos el uno frente al otro sin atrevernos a dar el paso y a tocarnos.

—Pues... —rompe el silencio con un susurro entrecortado—. Aquí estamos.

Mis ojos se llenan de él, mi piel se ruboriza. Se acerca en dos pasos cortos y apoya sus manos sobre mi cintura como si me fuera a romper, como si no hubiera hecho aquello mil veces.

Nuevas risas nerviosas.

Me abrazo a su torso desnudo y apoyo la cabeza en él para aspirar su aroma. Me asombra la familiaridad de este gesto cuando nunca no recuerdo haberlo hecho antes.

Charlie me besa el cuello, lo lame juguetón y yo respondo de inmediato a sus caricias (mi madre siempre dice que a respondona no me gana nadie). Lo atraigo hacia mí, apretándolo contra mis pechos, y me adentro en su boca para bailar con su lengua.

Es extraño, pero, tras el deseo y las ganas acumuladas de estar con él, siento agazapada la sensación de una nostalgia infinita, un olor a hogar, a tristeza alegre de reencuentro y pérdida. No sé lo que pasa...

Las lágrimas se asoman traicioneramente a mis ojos y empapan las manos de mi amor quien retrocede para poder mirarme.

—¿Estás llorando? —pregunta confuso—. No tenemos por qué hacerlo.

—No, no. Si yo sí quiero. Y mucho... Es emoción —le digo sin mentir ni un poco.

—Podríamos, si quieres, ver una peli en la cama, ducharnos, dormir abrazados... No hay que forzar anda si no te sientes segura —propone él mientras me acaricia las manos.

—También podríamos... —hago una pausa dramática antes de abrir mi sonrisa para él—. Hacer todo eso después.

Sus labios se curvan hacia el cielo y todos nuestros nervios, temores y

dudas se deshacen como la niebla al sol. Me sumerjo en su boca y nado.

Soy feliz.

Estoy con él.

# Epílogo

Todos los que parecen estúpidos lo son y, además, también lo son la mitad de los que no lo parecen.

Francisco de Quevedo y Villegas

## *1993. Tres días más tarde...*

Suena el teléfono. Como cada día desde aquella noche, el timbre hace que se nos encoja el corazón por si esa vez se trata de la LLAMADA. Mi madre descuelga el aparato y musita un «¿Sí?».

Papá y yo la vemos asentir en silencio varias veces, como si su interlocutor pudiera verla. No dice nada más, únicamente un «Gracias» antes de devolver el auricular a su sitio. Entonces se gira hacia nosotros y no es necesario que nos cuente nada. Ya lo hacen sus ojos emborronados de lágrimas.

Mi padre me abraza en silencio.

—Quica ha salido del coma, pero Petra... —su voz se rompe por las esquinas y las palabras se desintegran en su garganta.

—¿Por qué tomaron esa mierda? —se pregunta mi padre en voz alta con la voz furiosa después de darle un puñetazo imaginario al aire.

Mamá se une a nosotros y dejo que me abracen.

Y yo... Yo pienso en Petra, en que ahora acompañará a Julián en el cementerio, y en las extrañas pesadillas en las que la he estado viendo muerta, pero luego otra vez viva con otro nombre.

*¿Me estaré volviendo loca o una médium de esas?*

Entonces yo también me rompo a pesar de saber que Quica ha salido de peligro. A pesar de ello.

*¿Por qué?*

1998

—¿Qué es toda esta urgencia? —le pregunto sin aire en los pulmones al entrar en su casa—. ¿Qué ha pasado?

Charlie me sonrío de un modo misterioso. Va a pedirme algo seguro. Lo sigo a través del pasillo y nos adentramos en el salón. No dice ni una palabra el muy...

—Charlie... ¿Qué has hecho? —le digo contagiada por el efecto madre.

—Nada, ¿por? —se justifica él con aire inocente.

—¡Porque me has dicho que viniera urgentemente a tu casa! Pero, sobre todo... —añado agitando mi dedo sobre su cara—. Porque el apartamento está sospechosamente limpio. Y, a no ser que hayas cambiado a Mario por una nueva (y limpia) compañera de piso, aquí hay gato encerrado.

—Bueno, es que quería celebrar contigo algo... —confiesa con una sonrisa pícara.

—¿Sí? —pregunto expectante—. ¿Te han concedido la beca Erasmus el año que viene para terminar tus estudios?

—Bueno, eso... Lo he rechazado.

—¿Cómo? ¡Si te morías por ir a Roma! —exclamo atónita.

Él se acomoda en el sofá, da unas palmaditas en el asiento contiguo para que me siente a su lado, pero me hago de rogar, saco la artillería pesada (mis morritos y golpes de pestaña) y niego.

—No me siento hasta que no me digas qué pasa... —le chantajeo a lo bestia.

—Lo he pensado mucho y no necesito irme a vivir allí ni terminar la carrera fuera de aquí. Si me trasladé a Valladolid fue porque llevaba fatal estar en Salamanca sin ti y los chicos. Ya iremos juntos a Italia de viaje de novios —replica encogiéndose de hombros.

—Claro, claro —me pitorreo sin saber bien qué decir pero acabo sentándome junto a él—. ¿Será antes de la familia numerosa o después?

—¿Me tomas el pelo? Antes, claro... ¿No te gustaría ser madre? Siempre evitas el tema —me replica algo crispado.

—Sí me gustan, pero para un rato y si son de los demás. ¿A qué viene esto ahora? Somos muy jóvenes para discutir sobre unos hijos hipotéticos.

—Tienes veintitrés y yo, veintidós. No tan jóvenes.

—Lo somos, nene. Yo estoy terminando la carrera y a ti te falta un curso aún. ¡Somos dos universitarios hablando de hijos cuando no estamos ni casados! —exclamo con grandes aspavientos.

No quiero hablar de hijos. Me pone nerviosa cada vez que saca el tema. No me siento preparada ni me gustan, pero tampoco se lo puedo soltar así, no sé. Además, soy yo la que tendría que incubarlo, no él...

—¿Sabes por qué hablamos de hijos hipotéticos? —retoma la conversación, algo molesto—. Porque tú quieres que sea así. No te digo de tener hijos ya, no es eso. Pero me gustaría saber si, en un futuro, querrás tenerlos conmigo...

Me mira con ansiedad. Se ha puesta seria la cosa. Trato de imaginarme cómo sería mi vida sin él y no me gusta lo que veo. Me vienen *flashes*, relámpagos de imágenes inconexas de un yo que no soy yo llorando por un Charlie que no es Charlie. Siento su dolor en el estómago y es como si me desangrara. Agito la cabeza con decisión para espantar la angustia y el horror.

—Yo lo quiero todo contigo, Charlie. Todo —respondo a su rostro emborronado por mis lágrimas.

Él me abraza y susurra que me quiere más que nunca. Sé que es verdad porque yo me siento igual.

—Entonces... ¿cuál era la urgencia? —le digo más calmada.

—Oh, ya no importa en realidad, Micaela. Por cierto, ¡me he comprado un móvil! —me dice señalando a una caja sobre la mesa.

—¿Un móvil? Qué pijo, ¿no? Como Mulder y Scully... —bromeo aunque siento curiosidad.

—Rite, rite, pero ya verás cómo esto se hace tendencia y en unos años todos tienen uno. Hasta los críos —me dice ignorando mi pedorreta—. ¿Quieres verlo?

—Bueno... —respondo fingiendo desinterés.

Charlie se levanta para coger la caja y me la entrega en mano después de volver a sentarse a mi lado. La abro con expectación, pues solo he visto uno en las películas y series americanas, pero, en su lugar, me encuentro una alianza de oro.

—¡Joder! —exclamo. Romántica que es una...

Él ahoga una risa tensa y me mira sin pestañear, interrogándome con la mirada en lugar de usar las palabras. Yo también me he quedado sin ellas.

—¿Y bien? —consigue decir.

—¿Me habrías enseñado tu «teléfono móvil» si antes te hubiera dicho que

no a lo de los hijos? —le pregunto en un súbito palpito.

Su cara se contrae en un gesto de dolor y niega.

—No, creo que no.

—¡Joder! —vuelvo a exclamar.

—Pero has dicho que sí... —se apresura a recordarme.

Una sombra negra nubla mi felicidad.

*¿Me habría abandonado si llego a decir que no? ¿Cómo habría sido nuestras vidas entonces? ¿Me quiere pero solo si le doy hijos?*

Charlie lee mis dudas en mi expresión e intuye lo que estoy pensando.

—No es así. Yo quiero casarme contigo y compartir mi vida aunque no pudieras ser madre o yo fuera estéril.

—¿Entonces? —le pregunto amarga.

—Porque lo que necesitaba es saber que no te cierras a darme la oportunidad de crear una familia juntos. Yo... ya sabes que adoro los niños. Pero solo los quiero si son contigo... —me explica a la vez que desocupa su plaza del sofá e hinca la rodilla en el suelo al modo en que nos han adoctrinado las pelis—. ¿Te quieres casar conmigo?

Voy a abrir la boca para exponer mis pegas, pero me conoce y se apresura a matizar:

—Pero no antes de que nos licenciemos y tengamos una estabilidad: un trabajo y un sitio en el que vivir. ¿Qué me dices?

—¡Joder! ¡Claro que sí! —exploto en un chillido feliz. No sabía que esto podría hacerme tanta ilusión—. ¡Sí, sí y sí!

### ***1999. Quince días antes del nacimiento de Mikel...***

El camarero nos sirve dos latas de Coca colas light con unas aceitunas y se aleja para atender a otras mesas. Charlie sonrío con los ojos cerrados al sol, dejando que le acaricie y yo aprovecho para espiarlo. Nunca me cansaré de mirarlo, lo juro.

Él abre los ojos y me mira a su vez por el rabillo.

—¿Qué haces? —me pregunta divertido.

—Te miro. ¿No puedo acaso mirar a mi prometido cada vez que guste?  
—replico con la barbilla alzada.

—Con esos ojazos puedes hacer lo que quieras —replica burlón.

—¡Vaya! ¿No me querrías si los tuviera pequeños como lentejas? —me finjo escandalizada y le doy un manotazo suave en el brazo.

—No sé, no sé... Podría quererte, pero te llamaría Chinchetillas o algo así y no sería serio porque pensaría en tus tetas —responde entre risas aunque el nombre me provoca cierto ardor de estómago, como si algo que hubiera comido hace mucho tiempo siguiera ahí dentro sin hacer la digestión—. Pero, bueno, tú siempre tendrás esos ojazos aunque vivas mil vidas.

—Lo sé —me chuleo.

—¿Emocionada con el viaje que nos han preparado los chicos? —me pregunta antes de atacar su refresco y dejarlo tiritando de un trago.

—Mucho —respondo feliz—. Me parece genial la idea de reunirnos todos, después de tanto tiempo, e irnos de camping como en los viejos tiempos. No es la típica despedida de solteros, pero...

—Yo también lo creo. Hemos pasado mucho, sobre todo Quica, y será bonito pasar un finde en la naturaleza antes de la boda... —sueña en voz alta con la voz alegre.

—¡Y luego a Italia! —grito.

—¡A Italia! —responde él chocando su vaso de tubo con el mío.

### ***1999. Dos días antes del nacimiento de Mikel...***

Los maullidos son cada vez más audibles e insistentes.

—¿Tierra? ¿Eres tú? —pregunto en voz baja y no sé por qué susurro.

Sí lo sé. Tengo miedo. Todo es negro a mi alrededor. Camino sin verme los pies, únicamente siguiendo el sonido de mi gata. La alcanzo por fin, pero no es ella, sino un gato negro de ojos verdes que parece que estuviera esperándome.

—¿Qué hago aquí? —le pregunto sintiéndome un poco ridícula, un poco Alicia en el País de las Maravillas—. No salgas ahora corriendo con un reloj de bolsillo en la mano, ¿vale? —intento bromear para combatir el miedo.

El minino maúlla una vez más. Ahora estoy dentro de un coche. Tengo las manos al volante y el gato negro está en el asiento del copiloto. Yo hablo

con él pero no es mi voz la que sale de mis labios. Es una voz de hombre, y las manos con las que sujeto el volante, también.

—¡Otra vez la pesadilla! —grito sintiendo que me ahogo de terror.

El espacio y el tiempo se ralentizan en una absurda paradoja. Mi cuerpo se fragmenta en mil pedazos mientras nuevos maullidos se enredan en mis tímpanos. Entonces el mundo enmudece, se vuelve silencioso. Quizá soy yo quien ha ensordecido. Mi cuerpo se desintegra, se escinde y reagrupa de modos imposibles para crear nuevas figuras.

Ahora soy un paraguas; un flamenco; una magdalena con *toppings* de chocolate, una cacerola... Miro mis asas de colores sobre el volante y pienso en alguien llamado Carla. ¿Será Charlie? Los colores de mis extremidades se tiñen de luto y mis ojos también.

Consigo abrir la boca y proferir un alarido aterrado. Vuelvo a ser yo, Charlie está a mi lado. Pero no se mueve y tiene la cara llena de sangre. Trato de sacarme el cinturón de seguridad pero está atascado. Peleo con todas mis fuerzas. Delante, los cuerpos de Quica y Mario no se mueven.

—¡Noooooooooooooooooooo! —grito y despierto empapada en sudor con la certeza de que ese sueño ha sido real.

No es una premonición, estoy segura, sino un recuerdo, aunque aún no haya pasado.

Vamos a morir.

### ***1999. El día anterior al nacimiento de Mikel...***

—¿Pero de verdad sigues con eso? —me dice atónito y decepcionado—. ¡Fue solo una pesadilla! —repite con frustración.

Los chicos me observan callados como si me faltara un tornillo o la ferretería al completo. Charlie ignora mi súplica y mete su maleta en el maletero del coche de alquiler junto a las del resto.

—¡No fue una pesadilla! Era real, muy real, y todos moríamos —me definiendo con lágrimas en los ojos.

Tierra acude en mi auxilio a apoyar mis argumentos afilando sus garras y dientes en las piernas de mi prometido.

—¡Joder! —perjura Charlie agitando la pierna derecha para liberarse del

minino aferrado a su pantorrilla—. ¿Qué le pasa a tu jodida gata?

—¡Pues que tampoco quiere que vayas! ¡Sabe como yo que algo va a pasar! —chillo y soy consciente de que la vieja lanzadora de gatos de los Simpsons parece más cuerda que yo.

Quica intercambia una mirada con Mario y se toca disimuladamente la sien en círculos rápidos. Trato de serenarme y tenso una sonrisa.

—No estoy loca. Por favor, no vayáis. Hagamos el viaje otro día... —les suplico mientras Charlie continúa luchando por soltarse del agarre de Tierra, pero no sabe lo obstinada que puede ser. Se dejará los dientes antes que liberarlo.

—Mica... —se adelanta mi amiga y me coge de las manos—. Te casas en una semana y llevamos dos semanas preparando este viaje: senderismo, guitarra, piragüismo y *puenting*, historias de miedo en torno a la hoguera, karaoke en el bungalow... Es vuestra despedida de solteros y teníamos muchas ganas todos... Ven, anda, y déjate de sueños, va...

—Está bien... —Todos sonrían aliviados al malinterpretar mi frase—. No me dejas otra opción, Charlie. Estoy embarazada y no puedo hacer nada de esas actividades.

Él me devuelve una mirada escéptica y cabecea sin parar.

—No te creo.

—Mira —le digo sacando mi as de la manga (o el predictor del bolsillo trasero del pantalón donde lo ocultaba por si hacía falta)—. Pensaba esperarme a decírtelo en el altar, después del «Puede besar a la novia», pero ahora es más importante. No puedo ir.

Tierra pierde interés por masticarle el tobillo y desciende al suelo con majestuosidad para su sesión de peluquería de las siete de la tarde. Charlie me coge en volandas y me aúpa, loco de contento, en cuanto ve el test de embarazo y descubre que es cierto, que va a ser padre.

—¡Tomaaaaa! ¿Entonces no quieres ir? —me pregunta más comprensivo.

—No, no —niego entre sus brazos con una sonrisa de alivio—. ¿Por qué no lo celebramos en casa esta noche, chicos? —les propongo—. Pizza, un par de pelis de miedo, risas... ¿Qué me decís?

Mario se rasca la coronilla y lo consulta sin palabras con Quica, quien niega con la cabeza.

—¡Lo hemos pagado, tíos! ¡Y perderíamos la pasta! Nosotros nos vamos y así podéis celebrarlo como conejos esta noche —dice entre risas y gestos obscenos. Quica le da una colleja y me parece que los conejos serían ellos en

todo caso—. Os vemos el próximo sábado entonces en vuestro bodorrio. Portaos bien, ¿eh?

—No hay modo de convencerlos de que no subáis a ese coche, ¿verdad? —les pregunto con la voz derrotada.

—Verdad —confirma Quica dándome un beso antes de subirse al coche—. Pero, oye, en cuanto lleguemos, te llamamos para que te quedes tranquila. Palabra de tía buena —promete recuperando nuestra frase-broma de la adolescencia.

—Vale —musito y me abrazo a Charlie mientras les vemos arrancar el motor y alejarse de la calle hasta que se convierten en un puntito y desaparecen.

—Embarazada, ¿eh? —susurra cuando nos hemos quedado a solas mientras sigo de pie mirando hacia el sitio por el que nuestros amigos se han ido—. ¡Madre mía!

Busca mis labios y los acepto con alivio. Es más sencillo enterrar mi tristeza y culpabilidad en ellos que fingir una sonrisa que solo me haría sentir más traidora y miserable por no haber insistido lo suficiente.

### **1999. El día en que habría nacido Mikel...**

—Charlie, vuelve a llamarlos al móvil, por favor —insisto, aunque me vuelva a llamar «pesada de las narices».

—¡A ver, pesada de las narices! —me responde con la tostada en la boca ratificando mis dotes de pitonisa. *Doy miedo, de verdad que sí. Seguro que tengo poderes porque lo mío no es normal...*—. Han conducido varias horas, se habrán liado —dice riéndose—, y ahora están durmiendo como angelitos. Seguro que, en cuanto se levanten de la cama, nos llaman.

—Vuelve a llamar, por favor —le digo son ojos suplicantes.

—¡Les hemos dejado tres mensajes en el contestador! Yo creo que eso convalida por una denuncia por acoso como mínimo —suspira, pero me hace caso y coge su móvil (yo no tengo porque odio la tecnología, Internet y todo eso).

—[...]

—Mario, tío. ¿Eres tú? Perdona, ya sabes cómo está de pesada Micaela y...

—[...]

—Sí, soy un amigo suyo.

—[...]

—¡Oh, joder!

—[...]

—Claro, por supuesto.

—[...]

—Sí, descuide. Lo haré.

—[...]

—Sí, este es mi número. Gracias. Llámeme.

—Habla —le digo en cuanto cuelga el aparato, aunque ya sé lo que va a decirme.

Charlie aprieta los puños y se obliga a mirarme a la cara.

—Han tenido un accidente de tráfico. Quica se quedó dormida al volante. Está en coma irreversible.

—¿Y Mario? —le digo recordando mi sueño y toda esa sangre.

—Se ha lesionado la columna y quizá no vuelva a caminar, pero no su vida no corre peligro —consigue decir con la cara lívida—. ¿Cómo lo sabías?

—Ya te lo dije. Lo he soñado, aunque no ha ocurrido todo como en mi pesadilla... Tengo miedo, Charlie —le digo mientras sus brazos me envuelven reconfortantes y lloro escondida en él.

### ***1999. Cinco meses después del accidente...***

Charlie llega a casa con cara de circunstancias. El pobre no sabe que ya lo sé todo, pero finjo desconocerlo para que él se sienta mejor. Después de todo, lo hace lo mejor que puede. Solo trata de protegernos al bebé y a mí de más sufrimiento.

—¿Qué tal el día? —le pregunto con la voz saltarina y ensayada.

—Me han dado la beca —se explica con alegría contenida mientras masajea mis cervicales sin que se lo haya pedido—. Mientras estoy con la tesis daré algunas clases presenciales. Es poco, pero bueno, hay posibilidades

de expansión, sobre todo con el nuevo concepto de enseñanza a distancia. Ya veremos...

—Cielo, ya sé que han desconectado a Quica esta mañana... —le suelto de forma impulsiva y no comprendo por qué. Mi intención era callármelo.

Las manos se paralizan en mis omoplatos y se hace el silencio. Al segundo se sienta frente a mí con el semblante preocupado.

—¡Vaya! ¿Cómo? —sisea. Casi no le oigo.

—¡Oh, no, nada de gatos ni sueños esta vez! —exclamo aireando la mano—. Me llamó ayer mi madre para contármelo cuando fuiste a sacar la basura. A ella la había llamado la madre de Quica, pero le hizo prometer que no me lo diría hasta que fuera ya inminente. Supongo que pensaba que la despedida sería mucho para mí.

—Y, seguramente, tenía razón. Solo hace un mes que Mario... —no puede decir la palabra «suicidio» sin llorar—. Ha sido demasiado. Todo ha sido demasiado.

—Lo sé. No estoy enfadada —miento a lo bestia—. Lo han hecho por mi bien. Y bueno, ya no están. Ninguno de ellos. Es... —busco la palabra adecuada.

—Duro —finaliza él. Asiento. Es una buena definición—. Joder, es duro. ¡Me cago en la puta!

Me acaricio el vientre de modo inconsciente y siento una patadita que me hace dar un respingo en mi asiento.

—¡Mira, Charlie! Toca... Noelia se acaba de levantar guerrera de su siesta.

Mi marido se agacha para pegar la oreja a mi barrigón y sonrío. Esta vez es una sonrisa real, una sonrisa que me recuerda que nosotros seguimos aquí, que estamos vivos...

**2005.**

Noelia se ha quedado dormida en mis brazos y la cajera del supermercado me mira con cara de leche caducada. Puedo leer su «Es para hoy» en su mente sin necesidad de que abra la boca. ¿Se creerá que con una mano puedo sacar todo el carro y ponerlo en la cinta?

—Noelia, cariño —le digo al oído—. Despierta, mi vida, que mamá tiene que poner la compra en la cinta para que esta señora tan amable nos cobre.

La cajera dibuja una línea recta con los labios.

*¡Qué cosa tan desagradable, por Dios!*

—Noelia... —instituto, pero tiene el mismo dormir marmota que su santa madre.

—Si quiere, la sostengo yo mientras coloca las cosas y le cobran —dice una voz a mi izquierda.

Me giro y me encuentro con unos rasgos que se me antojan familiares, pero no caigo. Además, es tan particular, con ese tamaño descomunal y esa piel tan negra, que es imposible de pasar por alto.

—Perdone, ¿nos conocemos? —le pregunto intrigada.

—Quizá en otra vida —responde la mujer con una sonrisa enigmática.

Cuanto más la miro, más conocida se me hace.

—Has tenido una hija preciosa, Micaela. Realmente preciosa. Lo has hecho muy bien...

—¿C...cómo? —tartamudeo.

—Que son cuarenta y dos con quince, señora —me dice la cajera.

—P... pero... —miro hacia la empleada y toda mi compra está empaquetada ya en bolsas cuando hace un segundo estaba en el carro.

Me giro para preguntarle a la señora si lo ha hecho ella pero no hay nadie más en la cola aparte de mí. Mi pequeño trasto se despierta y reclama el suelo. Cojo las bolsas aún aturdida y salimos del supermercado.

No comprendo qué ha pasado ahí dentro...

**2021.**

Lanzo una moneda al agua y sonrío.

—¿Has pensado en algún deseo, Mica? —me pregunta Carlos (*sí, se le ha pasado la fiebre del Charlie*) agachándose disimuladamente hacia mí para tocarme el culo.

—Tengo todo lo que puedo desear —le digo con un suspiro de alegría.

—Es cierto, señora escritora de éxito. Anda, ¡que llevarme a Roma para celebrarlo con la de sitios que no conocemos! —teatraliza con las manos abiertas al cielo.

—Te vuelves muy italiano gilipollas cada vez que venimos, querido —me río.

—Un poco... Pero, oye, es que es raro que vayamos de viaje al mismo lugar al que se ha ido nuestra hija con sus compañeros de universidad, ¿no crees?

—No te voy a mentir. Es raro y entiendo que se haya enfadado conmigo un poco, pero ya se le pasará.

—Imagino, pero sigo sin entender por qué querías estar justo hoy en la Fontana di Trevi.

—No lo sé. Me lo pedía el corazón. Ya sabes, uno de esos pálpitos míos... —le digo y él asiente—. Mira, ahí va tu hija con sus amigos —le señalo con la cabeza.

Carlos la mira con incomodidad.

—Me siento un poco espía. ¿Nos vamos?

—Solo cinco minutos, por favor... Y luego nos vamos.

—Está bien —cede.

En ese momento alguien empuja a nuestra hija a la fuente. Un chico corre a sacarla y se miran azorados. Reconocería esa mirada a cientos de kilómetros. Es la del amor a primera vista.

Un corro de chavales vitorea al «héroe».

—¡Bien hecho, Patxi! ¿Ves cómo hoy mojabas?

—¡Que te calles la puta boca, Kepa! —le recrimina el otro avergonzado.

El chico y mi hija salen de la fuente empapados. Tras un cruce de miradas y sonrisas, se presentan los unos a los otros. Miren y Gloria, las amigas de nuestra hija, ríen como marsupiales drogados en compañía de los chicos.

Carlos y yo reímos sin escondernos. Es maravilloso ver cómo dan sus primeros pasos en la vida.

—Ahora sí nos podemos ir, carcamal —le anuncio con media sonrisa asomada a mis labios.

—¿Carcamal, yo? ¡Si soy más joven que tú y mis cuarentaicinco parecen cuarentaicuatro y medio! ¡O menos! —protesta.

Me río con ganas y nos alejamos de ahí a paso rápido. Es hora de que Noelia elija su camino...

Todo el mundo es idiota  
hasta que demuestre lo contrario.

**Frank Zappa.**



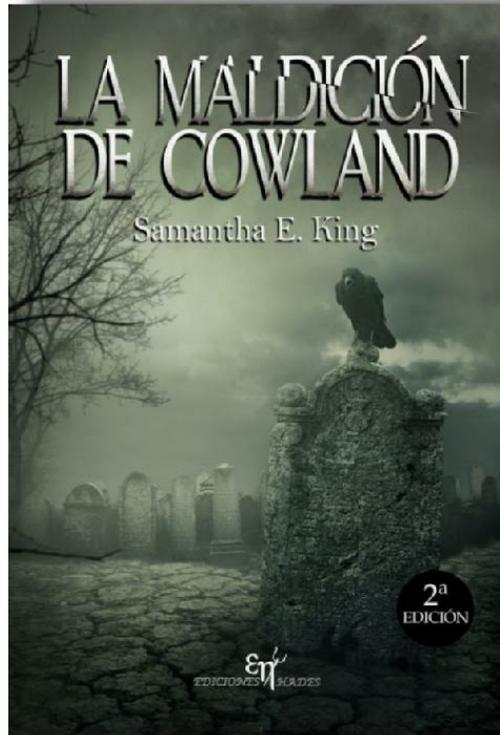
¿Te ha gustado la novela? ¡Pues espera, no te vayas aún! Tengo cosas que contarte... Ven, ven... ¿A que jamás te han pedido que dejes «opi» en la plataforma donde has adquirido el libro? ¿Puedo ser la prime, puedo, puedo? Pues eso... ¡Comparte con el mundo mundial tu opinión sobre la novela! Me ayudarás, mucho más de lo que piensas, si compartes tus sensaciones y opiniones al leerme, incluyendo tus redes sociales o incluso en el tablón de anuncios del Mercadona.

Por cada opinión que dejéis, alguien en algún lugar del mundo adoptará un gatito. Si con eso no os animáis ya, yo no sé... Va... ¿Me ayudas a que más gente se anime a leerme y a conocerme?

Y si, a estas alturas, te has enamorado irremediablemente de mi pluma, mi deber es ayudarte a que encuentres mi obra fácilmente, así que ahí va:

**LA MALDICIÓN DE  
COWLAND**

**(thriller sobrenatural)**



Cuando al inspector de policía Nicola Segreto le asignan el caso de una mujer fallecida en condiciones sospechosas en un hotel de su Nápoles natal, nada hacía presagiar que su vida estuviera a punto de cambiar para siempre.

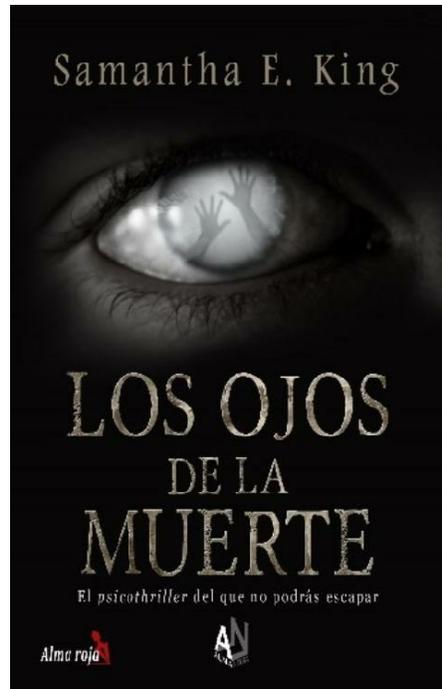
En su afán por encontrar respuestas, Segreto iniciará un viaje sin retorno que lo llevará hasta el condado de Cowland, Inglaterra. ¿Estará preparado para descubrir la verdad que se oculta tras la cadena de muertes y crímenes en las que se verá involucrado?

Pero... ¿Y si te cuento que nuestra historia no comienza ahí? ¿Y si te hablo de una mujer casada con un conde cruel y sanguinario? ¿Y si es ahí, en el siglo XVIII, cuando comienza realmente esta historia y la terrible maldición que sus habitantes se empeñan en olvidar?

Dos tramas aparentemente inconexas que se acabarán revelando como una sola. Crimen, misterio y ficción sobrenatural se mezclan aquí en una trepidante novela.

# ***LOS OJOS DE LA MUERTE***

**(Psicotriller intimista)**



Cuando la joven Natalia abandona el orfanato para reunirse con un padre totalmente desconocido, no se podía imaginar que la verdadera pesadilla estaba a punto de comenzar para ella. A través de los diarios de su madre muerta, descubrirá una realidad que llevaba oculta largo tiempo. Los fantasmas despiertan y una oscura amenaza se cierne sobre ella hasta que abandona el hogar.

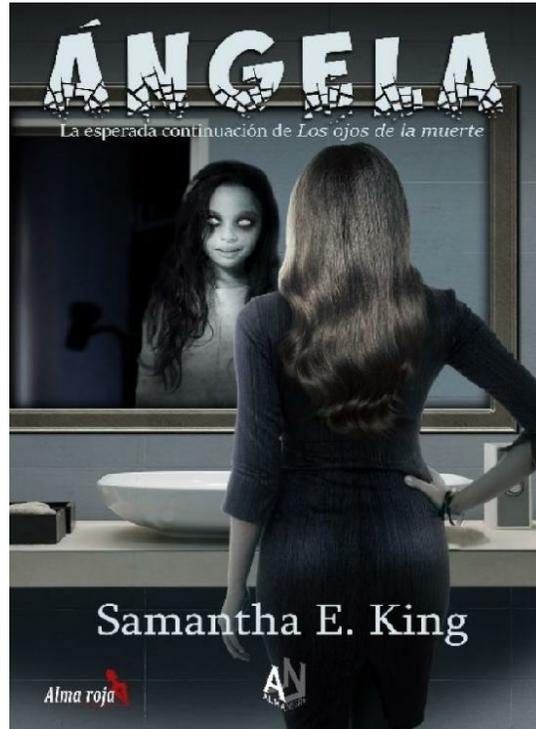
Años después, la pesadilla volverá a comenzar. Solo que, quizá, esta vez no haya escapatoria...

1. La Muerte ha regresado.
2. Tiene hambre.
3. Te está buscando.
4. No la mires a los ojos.
5. Si tu ventana aparece abierta, ¡huye!

# ÁNGELA

(Psicotriller intimista, la continuación de LOS OJOS DE LA MUERTE)

Sinopsis:



¿Cómo empezó la maldición de la familia Aguirre? ¿Qué ocurrió con David? ¿Y con Natalia? Todos estos interrogantes, y muchos otros, se desvelarán en esta novela, donde seguiremos los pasos de Ángela y descubriremos miles de secretos ocultos. ¿Preparado para enfrentarte a la verdad y la Muerte?

Los lectores dicen:

«La lectura de este libro me ha resultado tan adictiva que, incluso en

algunos momentos, he tenido la sensación de haber caído en las garras de Ángela de forma irremediable», Nieves Noguera (escritora)

«Ha cumplido con creces mis expectativas», Benjamín Ruiz (escritor)

«Obra de tan extraordinaria calidad y originalidad», Emily S. Smith (escritora)

«Provoca un tremendo ‘clic’ en la mente y obliga a cambiar percepciones preconcebidas», Esther Mor (escritora).

# SAGA SERES MALDITOS

**(novela gótica)**

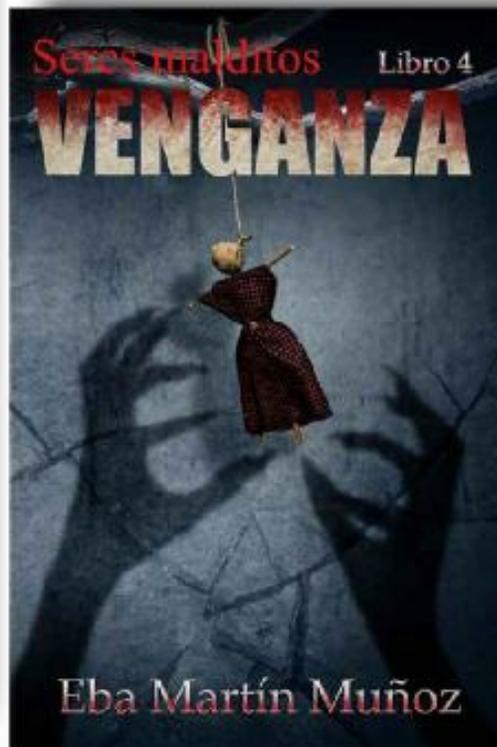
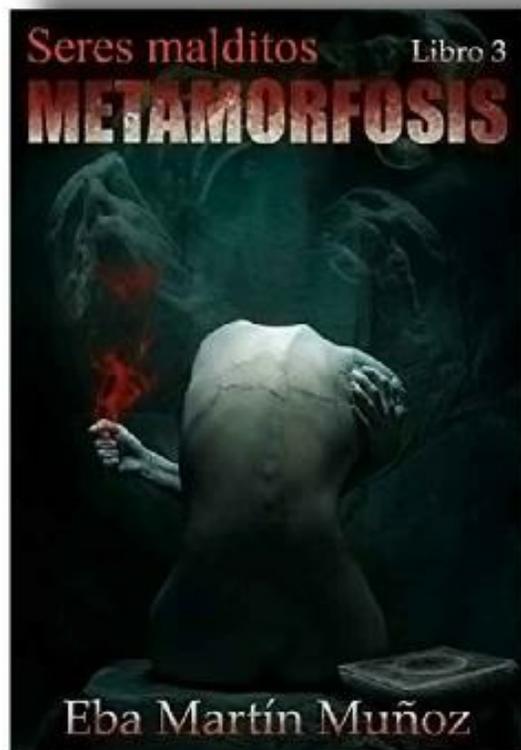
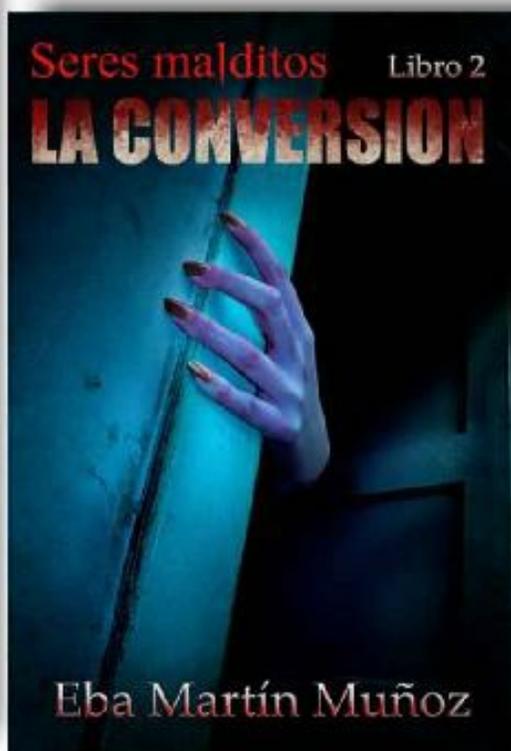
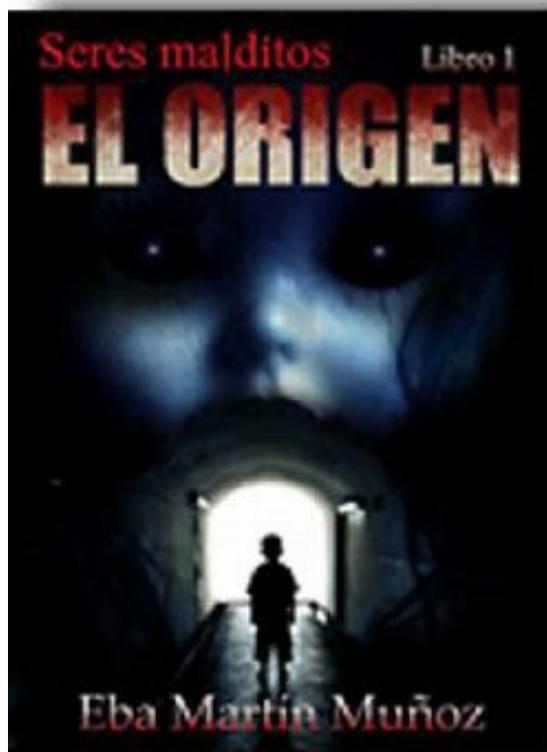
Actualmente, están publicadas las cuatro primeras entregas de un total de seis.

## **Sinopsis:**

Dos niños con cualidades mágicas se conocen en un orfanato. Desde el inicio, ambos reconocen en el otro sus facultades, además de un espectacular parecido físico. ¿Qué misterios encierra esa fuerte conexión que sienten? ¿Qué sucede en el futuro para que ambos busquen la muerte del otro? ¿Quién matará a quién?

A su vez, una serie de seres sobrenaturales poblará su existencia y se mezclarán con ellos en un sinfín de aventuras llenas de contrastes: violencia y ternura, misterio y dolor, terror y humor, erotismo y amor.

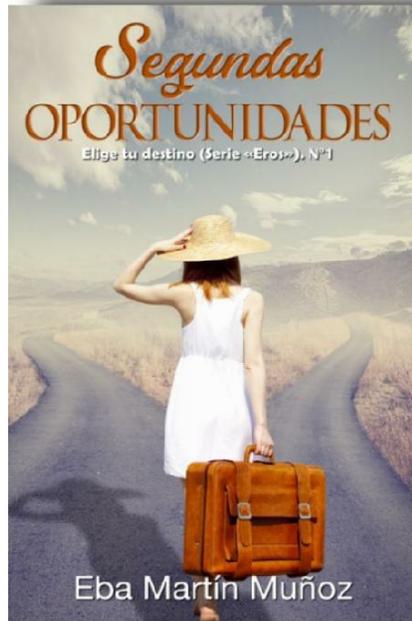
Prepárate para sumergirte en un mundo de fantasía oscura que te hará emocionarte, horrorizarte y sorprenderte. SENTIRÁS, EN MAYÚSCULAS.





# ***SEGUNDAS OPORTUNIDADES***

***(Colección Elige tu destino. Serie «Eros», n° 1)***



¿Alguna vez has pensado cómo habría sido tu vida de haber cambiado una sola de tus decisiones? ¿Qué habría sucedido si ese día hubieras hecho aquello otro? ¿Dónde estarías ahora? ¿Con quién? ¿Serías más feliz? Ahora tienes la oportunidad de hacerlo y de vivir, varias veces, múltiples vidas según tus elecciones.

Ven, toma mi mano y adéntrate en esta novela, TU NOVELA, pues lo que ocurra dentro de ella (y el final) dependen exclusivamente de ti.

## **Un extracto del prólogo:**

Bienvenido a Elige tu destino, una colección de novelas independientes donde tú eres el protagonista absoluto. Tu destino, tu futuro, dependerán

exclusivamente de ti y de las decisiones que tomes a lo largo de la lectura. Eso sí, piénsalo bien, ya que no podrás volverte atrás; como en la propia vida, cada decisión que escojas te llevará a uno u otro final. ¡Y deberás elegir varias veces a lo largo de la lectura!

La colección se escinde en dos series: «Eros», con argumentos que versan sobre las preocupaciones y relaciones sociales: el amor, la amistad, los sentimientos y el erotismo (entre otras); y la serie «Thanatos», de tono más oscuro, que mezclará en ocasiones los elementos de la primera con misterios que resolver, muertes y asesinatos.

# Sobre la autora

Eba Martín Muñoz es una autora versátil que ha escrito numerosas novelas multigénero, aunque sus tres pilares son el thriller, el terror y la fantasía en todas sus vertientes.

Esta autora barakaldesa (País Vasco) reside en la actualidad en Ciempozuelos (Madrid), desde donde trabaja a tiempo completo en el campo de la literatura tras abandonar en 2016 y su trabajo como profesora de instituto. Ahora reparte su jornada laboral entre la escritura de novelas, la corrección profesional literaria y la colaboración con varias editoriales.

Entre sus obras más destacadas se encuentran la saga gótica Seres malditos, que cuenta con cientos de seguidores, y Los ojos de la muerte, el psicotriller que la encumbró de forma contundente hasta ser bestseller durante semanas en España, Estados Unidos y América Latina, publicada en la actualidad bajo un sello de Penguin Random House.

Para contactar con ella, comprar sus libros para un regalo, pedirle un libro dedicado de puño o letra, o seguir su avance en la saga o su carrera, puedes entrar en su web [www.ebamartinmunoz.com](http://www.ebamartinmunoz.com) o seguirla en su Twitter: @ebamireny en sus páginas <https://www.facebook.com/EbaMartinMunoz/> y <https://www.facebook.com/Seresmalditos/>

**La autora te invita** a que te unas a ella en [www.patreon.com/ebamartin](http://www.patreon.com/ebamartin) , una iniciativa en la que, por muy poco (un euro al mes), te conviertes en su mecenas, ayudando a que pueda seguir escribiendo y creando libros para vosotros, a que no abandone y continúe produciendo. A cambio de tu mecenazgo, no solo formarás parte del proceso creativo de la autora y de su futuro, sino que obtendrás premios, detalles y regalos exclusivos como personajes y dedicatorias en sus libros.

# Agradecimientos

A mis amigos, por existir.

A mis lectores, porque, sin vosotros, nada de esto existiría. Yo tampoco.

A mis *testers*.

A mis compañeros de letras... (sí, varios estáis en varias categorías ya, o en todas).

A mi familia peluda (algunos de vosotros seguís estando también en esta categoría  )

Y a mis mecenas por tanto tanto tanto: **Juanma Martín, Benjamín Ruiz, Encarni Prados, Núria Casas- Salat, Teresa Díaz, Emilia Serrano, Esther Recio, Emma Palenzuela, Noelia Fernández, Esther Mor, Ana Álvarez Benito, Ángela Molina, Leila Shan. Alfred Pié, Anemi Castilla, Beatriz Betegón, Daniel, Eva M<sup>a</sup> Soler, Fulgen Martínez, Fulgencio Panduro, HJ Pilgrim (Kike), Daniel Hermsel, Janna Álvarez, Jesús Salas, Jesús Gragera, Laura Mazaira, M<sup>a</sup> José Ramos, Marisa Armesto, M<sup>a</sup> Ángeles Cascales, M<sup>a</sup> Loreto Navarro, M<sup>a</sup> Luz Muñoz, Núria Márquez, Perla Negra, Raúl López, Toni Martín, Vanesa Villalba, Vanessa García y Yolanda Tejero.**

Este libro de *Alma negra* se terminó de imprimir en Madrid el 1 de septiembre de 2019.

- 
- [1] Nombre vasco que se traduce por Luis en castellano.
- [2] Moneda de uso común en todos los países a partir de 2020.
- [3] Whitman compuso dichos versos en homenaje a Abraham Lincoln tras su asesinato, aunque son conocidos en la actualidad por la escena mítica de Robin Williams en el film *El club de los poetas muertos*.
- [4] Nombre vasco que se traduce por Pedro en castellano.
- [5] Nombre vasco también que significa Francisco (o Paco) en castellano.
- [6] Nombre vasco que significa María.
- [7] También nombre en euskera, que se traduce por Gloria.
- [8] Se conoce así a la ruptura del mundo tal como lo conocemos en la actualidad gracias a los avances tecnológicos y robóticos que supusieron, a su vez, cambios estructurales de gran calado en la economía (como el uso internacional de una única moneda: el argento y el auro) como en la sociedad (nuevas formas de vida, profesiones, pensamientos, reglas y estructuración social).
- [9] En inglés: ¡Espere, espere! ¿Año? ¿Día y mes?
- [10] «Manuscrito encontrado en una botella» le hizo ganar esa importante suma gracias a un concurso literario organizado por el periódico *Saturday Visiter*. También será debido a este relato por lo que John P. Kennedy, un acaudalado caballero de Baltimore, se fijará en él y lo ayudará a publicar. Le presentará a Thomas W. White, editor del *Southern Literary Messenger*, de Richmond (Virginia), periódico en el que Poe llegará a ser incluso redactor, aunque perderá el puesto al cabo de escasas semanas al ser sorprendido en estado de embriaguez en varias ocasiones.
- [11] Según Borges, éstas serían las últimas palabras que Poe diría antes de fallecer, las mismas que había pronunciado en un relato uno de sus personajes en su lecho de muerte.
- [12] Medicamento que combate y trata los síntomas del mareo y las náuseas.
- [13] ¿Te has vuelto loca o qué? ¡Vas a enfadar al amo, estúpida!
- [14] En rumano: «Hermana, ¿por qué no ha asistido hoy a la oración?
- [15] ¿Se encuentra bien?, también en rumano.
- [16] ¡Hermana Mihaela!
- [17] En 2023 se promulga esta ley debido a numerosos problemas, como malformaciones en los fetos y un índice de mortandad infantil elevado, que aumentan cuando los progenitores rebasan una edad “idónea”. Esta ley universal prohíbe tener hijos después de los treintaidós años en el caso de las mujeres, y de treintaicinco en el de los hombres. Todo aquél que viole esa ley es castigado con dureza.
- [18] En italiano: ¿Cómo estás? ¿Qué ha pasado?